Libros del Asteroide

Maurice Druon

La caída de los cuerpos

Traducción de Amparo Albajar



Annotation

En La caída de los cuerpos, Maurice Druon continúa el durísimo ajuste de cuentas a la sociedad francesa de la Tercera República que iniciara con la publicación de Las grandes familias, novela con la que ganó el premio Goncourt de 1948. En esta segunda entrega de la trilogía homónima asistimos a la debacle de la vieja guardia de los clanes Schoudler y La Monnerie. Si el hundimiento del banquero Noël Schoudler retrata el fin de las fortunas amasadas durante el siglo XIX y la codicia de los especuladores que sucumbirán en la crisis financiera mundial de 1929; Urbain de La Monnerie, ciego y octogenario habitante del castillo de Mauglaives, encarna la decadencia de una vieja aristocracia que está a punto de desaparecer. En cambio, nada parece detener el ascenso del arribista Simon Lachaume, un político frío y cerebral, hecho a sí mismo, que no reconoce otros antepasados que 'la universidad, las antecámaras de los ministerios, las salas de redacción y los gabinetes de gobierno'. Maurice Druon, digno heredero de Balzac, escribió en la trilogía Las grandes familias el certero retrato, público y privado, de la sociedad francesa de entreguerras.

Sinopsis

En La caída de los cuerpos, Maurice Druon continúa el durísimo ajuste de cuentas a la sociedad francesa de la Tercera República que iniciara con la publicación de Las grandes familias, novela con la que ganó el premio Goncourt de 1948. En esta segunda entrega de la trilogía homónima asistimos a la debacle de la vieja guardia de los clanes Schoudler y La Monnerie. Si el hundimiento del banquero Noël Schoudler retrata el fin de las fortunas amasadas durante el siglo XIX y la codicia de los especuladores que sucumbirán en la crisis financiera mundial de 1929; Urbain de La Monnerie, ciego y octogenario habitante del castillo de Mauglaives, encarna la decadencia de una vieja aristocracia que está a punto de desaparecer. En cambio, nada parece detener el ascenso del arribista Simon Lachaume, un político frío y cerebral, hecho a sí mismo, que no reconoce otros antepasados que «la universidad, las antecámaras de los ministerios, las salas de redacción y los gabinetes de gobierno». Maurice Druon, digno heredero de Balzac, escribió en la trilogía Las grandes familias el certero retrato, público y privado, de la sociedad francesa de entreguerras.

Título Original: *Chute des corps*
Traductor: Albajar, Amparo

Colección: Libros del asteroide, 66
ISBN: 9788492663200
Generado con: QualityEbook v0.64

Maurice Dron

La caída de los cuerpos

Las grandes familias II

Traducción de Amparo Albajar

1. La caza del ciego

I

El anciano llevaba una larga casaca de color amarillo junquillo con galones dorados, y unos calzones de terciopelo negro a rayas. Sus manos, aún hermosas pero huesudas y salpicadas de manchas, con las uñas acanaladas y cortadas al ras, descansaban sobre sus muslos, como si éstos fueran cojines. En el anular izquierdo llevaba un gran sello de cornalina.

Las brasas del hogar proyectaban un resplandor rojizo sobre la piedra del anillo, la pasamanería de la casaca y el cuero de las botas altas, de punta redondeada, ajustadas en los tobillos.

El viejo señor, hundido en un sillón de orejas, tenía la cabeza levemente inclinada; en la parte posterior del cráneo, pelado en sus tres cuartas partes, todavía conservaba una hirsuta corona de pelo blanco, levantado con un cepillo, mientras que los grandes pellejos de la papada le caían sobre la corbata de piqué, de doble lazada, sujeta con un alfiler adornado con colmillos de ciervo.

Un reloj de la estancia dio las seis y, a continuación, las dos campanadas, más tenues, de y media.

El marqués de La Monnerie, en pleno duermevela, pensó: «Entonces, ya es de noche... ¿Habrán cazado algo?».

Luego oyó cómo se caía un tizón, pero no se movió, pues sabía que delante de todas las chimeneas había una alambrera de cobre.

«A ver, ¿dónde estoy? —se preguntó—. En el saloncito. Entonces, ¿qué chimenea hay aquí? ¿La de los hipogrifos o la de las musas?»

Se levantó, alzando la mano con prudencia para evitar golpearse con el enorme faldón de piedra de estilo Renacimiento que formaba el borde de la campana. Sus dedos, agitados por un ínfimo espasmo, alcanzaron las esculturas, reconocieron las formas aladas, las estrías que representaban el vello de los muslos, las patas que terminaban en unas uñas aceradas. Sí, era la chimenea de los hipogrifos, con la gran *m* de Mauglaives de trecho en trecho, cuyos trazos verticales estaban representados por espadas y la letra, rematada por una ancha corona. La otra, la chimenea de las musas, era una de las del salón grande.

«¡Vaya! —pensó el marqués—; ya ni siquiera sé lo que hay en mi propia casa».

Encontró, a tientas, el brazo de su sillón y volvió a sentarse, dejando escapar un suspiro.

El marqués de La Monnerie tenía ochenta y cuatro años. Pese a las dos operaciones de cataratas a las que se había sometido unos años

antes, se había quedado ciego. Los días de sol apenas lograba ver el marco gris de una ventana, como un paño colgado en el fondo de la noche; en ocasiones, al anochecer, una lejana fluorescencia le advertía de que se encendían las lámparas. Vivía en el interior de una enorme perla muerta.

A veces, cuando alguien pasaba entre él y la luz, distinguía una sombra, cosa que le hacía exclamarse: «¡Caramba! He visto algo», pero de semana en semana aquellos últimos jirones de sensibilidad visual se deshilachaban. El marqués sabía que muy pronto los criados y los escasos parientes con quienes se cruzaba en los corredores del castillo perderían hasta aquella apariencia de almas que están abandonando su cuerpo, y Mauglaives ya no era para él más que un gigantesco sepulcro donde las voces se respondían.

Se abrió la puerta y entró Jacqueline Schoudler, seguida de un corpulento oficial de espahíes.

—Soy yo, tío Urbain —anunció—; soy Jacqueline.

Cada vez que entraba en la estancia y se encontraba al anciano así, abatido en su sillón, temía que hubiese muerto. El marqués se irguió.

—Entonces, ¿han cogido alguna pieza?

—No sé nada, tío —respondió Jacqueline, mientras tiraba el tricornio y el látigo sobre el mármol de una consola—. He perdido la cacería en los pantanos de Combe-aux-Loups, al caer la tarde... ¡Estoy furiosa! Por suerte, me he encontrado con el capitán De Voos, que estaba tan perdido como yo, y eso me ha consolado un poco. Nos hemos retirado juntos y le he rogado que viniera a tomar algo.

Era menuda, extraordinariamente fina de cuerpo y de extremidades, de cuello delgado y cejas muy arqueadas, e iba vestida de negro de pies a cabeza. Llevaba la falda de amazona, manchada de barro arcilloso, levantada sobre la cadera, a fin de poder caminar sin estorbo.

Fue a sentarse en el sillón del otro lado de la chimenea; se empolvó y se pasó el peine un par de veces. Su delicadeza física contrastaba con su ropa.

—¿Quién dices? ¿De Voos? ¿Qué capitán De Voos? No lo conozco —dijo el marqués con voz gruñona.

—Sí, tío; es un invitado de Gilon. Se lo han presentado esta mañana, antes de salir de caza. Está aquí, conmigo —se apresuró a aclarar Jacqueline.

—¡Ah, bueno! Muy bien —murmuró el marqués.

—Señor, estoy abusando de su hospitalidad —dijo el oficial.

Inconscientemente, había hablado demasiado fuerte, como si se dirigiese a un sordo, y oyó la resonancia de sus propias palabras bajo los altos techos artesonados.

El marqués levantó los párpados y volvió las pupilas blanquecinas, sin cristalino, un tanto espantosas, hacia la voz del oficial.

—Jacqueline, ¿cómo es el capitán? —preguntó.

La joven, medio sonriente, medio confusa, miró al enorme espahí y no se le ocurrió nada mejor que adoptar un tono de irónica gravedad.

—Verá, tío, es muy alto… —contestó—. Mide un metro ochenta…

—Ochenta y cuatro —precisó De Voos, para demostrar que participaba en el juego de buenas.

—El pelo castaño… Vamos a ver; ¿castaño oscuro o castaño claro? —continuó ella, como si le hiciera una inspección—. No; castaño oscuro. Lleva un uniforme rojo magnífico y… es muy apuesto. ¡Ya está!

—¡Gracias! —dijo De Voos, inclinándose.

—¿Qué edad tiene? —siguió preguntando el marqués.

—Treinta y siete años, señor —contestó De Voos.

Y volviéndose hacia Jacqueline, agregó:

—Ahora, ya lo sabe usted todo de mí.

Hubo unos instantes de silencio. Al inclinarse para atizar el fuego, Jacqueline mostró, sin querer, por encima del cuello de terciopelo negro y la corbata blanca, su nuca frágil y tersa, de la que nacía una cabellera vaporosa y dorada, casi como de niña.

—¿Te vas a casar con él? —dijo de repente el ciego.

Jacqueline dio un respingo.

—Pero ¡tío! —exclamó, riendo—; le he dicho que hasta esta mañana, antes de salir de caza, no conocía al señor De Voos.

Luego, como sentía la mirada del oficial posada sobre ella, añadió:

—Es preciso que le explique que mi tío está empeñado en casarme. Es una manía suya. Pero no tema, no corre usted ningún peligro.

Como no sabía qué actitud tomar, De Voos se contentó con separar las manos en un gesto fatalista.

—¡Es que es *necesario* que vuelva a casarse! ¡Yo sé lo que digo! —gritó el marqués, golpeando el brazo del sillón.

—¡Vamos, tío Urbain, por favor! —le interrumpió Jacqueline, impaciente. Y para cambiar de tercio, continuó—: Lo que más rabia me da es que Laverdure va a cazar el venado él solo.

—¿Qué distancia hemos recorrido hoy? No conozco la región, me cuesta calcular las distancias —dijo De Voos—. ¿Cincuenta, cincuenta y cinco kilómetros?

—¡Oh, no! Apenas cuarenta —contestó Jacqueline.

—Me temo que le esperan recorridos más duros, señor, si nos

concede el honor de volver —dijo el marqués.

II

Cuando llegó el montero mayor, Jacqueline y el oficial estaban terminando la opípara merienda que les habían servido.

De estatura media, ancho de hombros, musculoso, con la piel endurecida por la intemperie, el pelo canoso, las facciones extraordinariamente regulares y desafiantes, y los ojos vivos, de color negro azabache, el montero mayor empezaba a luchar contra la edad. Con sus botas embarradas de caña alta que le llegaban hasta la mitad de los muslos, bajo los faldones de su librea amarilla, con el látigo de caza al cuello, la trompa de caza alrededor del torso, el cuchillo al costado y la gorra en la mano, permanecía erguido frente al marqués.

—¿Qué tal ha ido, Laverdure? —preguntó éste.

—¡Ay, señor marqués!; no hay quién lo entienda —respondió el montero—. ¡Qué rabia! ¡Maldita sea!

—Vamos, Laverdure; juramentos no.

—Le ruego que me disculpe, señor, y usted también, señora baronesa —prosiguió el montero—, pero el señor comprenderá… Un venado al que le quedaba media hora de caza, como máximo. La última vez que lo he visto tenía la lengua fuera. Y luego, de repente, había desaparecido, como si el diablo se lo hubiera metido debajo de la capa. ¡El señor marqués no me negará que parece cosa de brujería!

Desconcertado, fruncía la frente, que el borde de la gorra había marcado con un surco rojo.

—¿Quiere un poco de vino, Laverdure? —preguntó Jacqueline. Le confortaba que el montero mayor también hubiera perdido el venado.

—¡Oh, la señora baronesa es demasiado buena! —contestó el montero, volviéndose instintivamente hacia el ciego.

Como si hubiera sentido aquella mirada, éste dijo:

—Beba, Laverdure, beba.

A continuación cogió una campanilla de bronce con el mango de madera, parecida a las que se utilizan en los colegios para anunciar el final del recreo, colocada sobre una mesita al alcance de su mano, y la agitó largamente.

Un anciano vestido a la francesa, de grueso paño verde botella, apareció enseguida. Caminaba arrastrando los pies, con el pantalón un poco caído entre las piernas; su pesado torso inclinado emitía un estertor permanente de enfisema y sus mejillas bamboleantes recordaban a las de un viejo buey.

—¿El señor marqués ha llamado? —preguntó.

—Quisiera mi caja de caza —contestó el ciego.

—Señor Laverdure, ¿podría hacer el favor de ayudarme? —dijo el anciano en librea verde, volviéndose hacia el montero.

—Por supuesto, señor Florent —respondió éste, dejando su vaso vacío.

Los dos sirvientes, que desde hacía décadas reinaban sobre la casa y sobre las perreras y las caballerizas, respectivamente, se tuteaban en la intimidad, pero delante de su señor se trataban con cierta ceremonia.

De Voos los observó acercarse a un mueble extraño, de caoba, bastante parecido a las antiguas mesas de chaquete, pero el triple de grande, frente al que colocaron al ciego. Éste tosió para aclararse la garganta, se levantó, buscando un pañuelo en uno de los faldones de la casaca, escupió, se secó cuidadosamente la boca, y volvió a sentarse. Mientras estuvo de pie, con su traje entallado, se parecía a los mariscales de Mauglaives de quienes descendía, cuyos retratos agrietados, con una cinta azul, colgaban, desvaídos, de las paredes; se asemejaba a un viejo mariscal de la guerra de los Siete Años que hubiese olvidado la peluca y se hubiera dejado crecer el bigote.

Laverdure dijo: «Si la señora baronesa me permite...», y acercó una gran lámpara de petróleo montada en un jarrón chino. En Mauglaives no había electricidad.

«En el fondo, cada rostro es de una época», pensó De Voos. Encontró que Jacqueline tenía una cara muy Luis XVI. «Exacto; de la generación siguiente...», y sus ojos buscaron maquinalmente la fina línea de las vértebras sobre su nuca grácil.

Observó que ninguno de los presentes, ni los señores ni los criados, vestía de forma habitual o contemporánea. Él mismo, con su dormán rojo y sus espuelas doradas, que solían llamar la atención de la gente por la calle, sentía que era el único vestido a la moda. Aunque no era en absoluto fantasioso, ni sensible a la magia, tuvo la impresión de haber sido transportado a un lugar donde los siglos se abolían, donde la gente no moría, donde los guillotinados conservaban la cabeza sobre los hombros, y no le habría sorprendido lo más mínimo si, de pronto, un mosquetero gris o una dama de honor de Catalina de Médicis hubiese aparecido de entre los tableros de las paredes.

«Pero ¿qué pinto yo aquí?», se preguntó.

Florent retiró la parte superior que cubría la misteriosa mesa. En el interior había una reproducción en relieve, vasta y minuciosa, de toda la región que circundaba Mauglaives.

El año en que comprendió que se hundía irremediablemente en la noche, el marqués se hizo construir aquel objeto costoso y único. Aunque estaba destinado a un ciego, su artífice se esmeró hasta el extremo de hacer correr cobalto por los arroyos, de pintar de rojo los

techos de los pueblos, y de verde los bosquecillos que había en medio de las praderas. Aquella maqueta recordaba tanto a un juguete para el hijo de un rey como a una «caja de arena» con la que se preparan las maniobras en las escuelas militares.

El marqués tendió las manos. El sello de cornalina osciló bajo la luz. Los viejos tendones se crisparon, las uñas cortadas al ras tantearon un poco. Por fin el índice derecho se detuvo sobre un pequeño cubo erizado de conos.

—Aquí está el castillo —dijo el marqués.

Atravesó lentamente el parque con el dedo, siguió una ranura (la carretera de París), se internó por el bosque y se paró en un claro.

—Bueno; estamos en la Encina Quemada —prosiguió el marqués —. ¿Y después, Laverdure?

—Pues cumpliendo las órdenes del señor marqués —comenzó el montero—, yo doy una batida por mi mancha a las once. Levantamos el venado de inmediato. Cruza la avenida Nueva...

El índice del marqués se deslizó hacia la derecha.

—La avenida Nueva —repitió el ciego para sí.

—... luego la avenida de las Damas, donde precisamente mi capitán me da la información, cosa que me fue muy útil —dijo Laverdure, volviéndose hacia el oficial—. Se ve enseguida que el capitán es montero —agregó, con la intención de halagarle—. Un gran ciervo de cuernos oscuros, que lleva más de doce puntas, a mi juicio. Aguzo la vista y...

—¿Qué capitán? —interrumpió el marqués.

—El capitán De Voos, que está aquí, tío —terció Jacqueline.

—¿El mismo de antes? Vale, continúe, Laverdure.

El rostro del anciano se había animado; la sangre le sonrosaba las mejillas, le circulaba entre las arrugas, las bolsas, las patas de gallo, las manchas parduscas y las arterias sinuosas y abultadas; las aletas de la nariz se le estremecían con perfumes que sólo él percibía, con olores a setas, musgo, arcilla y sudor de caballo.

Urbain de La Monnerie saboreaba una de las dos únicas horas de la semana en que, entre otoño y fines de abril, le daban la impresión de seguir viviendo. Luego vendrían los meses vacíos que «los imbéciles llaman la buena estación», durante los cuales dormitaría en el interior de su perla muerta, esperando las cazas de adiestramiento del siguiente octubre... Suponiendo que por aquel entonces...

Su mano volvía a recorrer el itinerario que le había indicado el montero. El ciego no perdonaba nada. Exprimía hasta la última gota aquel fruto postrero de invierno, con sabor a humo, que le había concedido la existencia.

Quería saber qué perro había perdido la pista en la pradera, al dejar atrás el bosque de Neufosse, y cuántos minutos de delantera

llevaba el venado a la jauría, y si Laverdure había visto el salto y si el venado ya tenía las patas separadas por la carrera.

Era como si el marqués cazara realmente, tras la pista del animal fugitivo y astuto. Las palmas de sus manos y las falanges de sus dedos reinaban sobre millares de hectáreas de provincia. Sus dedos, agitados sin cesar por espasmos, descendían a los valles, saltaban por las colinas, le transmitían la textura afieltrada de una avenida verde, la polvareda de la tierra bajo el galope de los caballos y las salpicaduras de los vados. Escuchaba los ladridos de sus perros; medio alzado sobre los estribos, tocaba la trompa para mandar desemboscar o cambiar de bosque, y las notas se desplegaban tras él como banderolas doradas... Tenía tanto calor que hubiera querido sacar el pañuelo para enjugarse el cuello.

El viejo Florent se las había ingeniado para permanecer en la habitación, mientras ponía un leño en el fuego y recogía los platos de la merienda. Intentaba hacer el menor ruido posible y contener su estertor de enfisema. Escuchaba casi con la misma pasión que el ciego. Laverdure habló largo rato.

—Y entonces, señor marqués —concluyó, frotándose el pelo de detrás de la cabeza—, fue ahí donde debí de cometer un error, lo reconozco. Encontré la pista del venado después del valle de Combe-aux-Loups, donde vi por última vez a la señora baronesa, después de que todos los demás señores hubieran perdido la caza, por qué engañarnos. «Ese ciervo busca agua, me dije; no cabe ninguna duda». Pues agua, por ese lado (el señor lo conoce y, además, lo ve con sus propios dedos), no hay más que en el estanque de Fontgrelle, o el arroyo que desemboca allí. Así que con mis perros cansados, cuando ya anochecía, y con mi Jolibois... (el apodo del segundo montero), que había vuelto a tener una idea propia y a quien no oía desde hacía media hora, corté en línea recta y fui a esperar al venado al estanque, pero no apareció.

—Vaya; pues les ha tomado el pelo, Laverdure —dijo el ciego.

—Así es, señor marqués.

—Ha hecho usted un final de caza de montero viejo, más con la cabeza que con las patas del caballo.

—Sí, sí; es cierto.

Laverdure se mordía el labio inferior, al tiempo que movía la mandíbula de un lado a otro, presa del despecho y de la cólera contenida. Era consciente de que había procedido así, sobre todo, para no tener que saltar varias zanjas altas ni atravesar vardascas difíciles. Si hubiera estado en la flor de la vida no habría tenido en cuenta su fatiga; de hecho, ni siquiera se habría cansado.

Desde lo alto de su guerrera roja, De Voos observaba con creciente simpatía a aquel hombre de a pie, inteligente, desenvuelto

pero respetuoso —cosa poco habitual—, cuyo oficio consistía en perseguir venados para complacer a un ciego, y que sufría por la inminencia de la vejez.

De Voos empezaba a comprender por qué Jacqueline, durante el camino de vuelta, le había dicho: «Laverdure es un hombre conmovedor».

Las manos del anciano permanecían inmóviles.

—Entonces, naturalmente, como el señor marqués debe de suponer —prosiguió Laverdure—, di la vuelta al estanque, batí por todas partes y subí por el arroyo. Los perros me dieron la pista hasta aquí... ¿Me permite, señor marqués?

Laverdure tomó suavemente entre sus dedos duros y enrojecidos el índice del ciego y lo adelantó hasta la orilla del arroyo.

—¿En qué dirección soplaba el viento? —preguntó el ciego.

—Del oeste, señor marqués.

El índice se movió hacia el este, remontando el curso del arroyo hacia su fuente, hasta detenerse en un recodo. El rostro del marqués se ensombreció, como un hechicero cuya varita se tuerce.

—Pues su venado está aquí, Laverdure —afirmó—. Se ha metido en el agua para borrar su pista, ha avanzado en el sentido del viento para que éste se lleve su olor, en lugar de arrastrarlo hasta los perros. Y como un venado que lleva más de cinco horas de caza, una vez que se mete en el agua, ya no puede salir de ella, y usted lo sabe tan bien como yo, no puede estar en otro sitio que ahí, agazapado en un juncar.

—Pero eso es imposible, señor marqués; hay una compuerta de irrigación que corta el arroyo, no podría pasar. O tendría que volver a poner pie en tierra firme, y los perros no lo encuentran en ninguna de las dos orillas. Parece que haya desaparecido por arte de magia.

—Usted diga lo que quiera, Laverdure. Yo le aseguro que el venado está ahí —repitió el anciano—. ¡Estoy convencido! En vida de mi padre, cuando yo era niño, en una época en que los venados solían ir en dirección a Combe-aux-Loups, recuerdo haber cobrado varios en ese lugar.

Laverdure reflexionó y respiró profundamente.

—La cosa es muy sencilla —dijo—. Con el permiso del señor marqués, me voy a comer un bocado de pan, y luego meteré los perros menos cansados en la camioneta y volveré allí. Que no sea dicho que no hemos hecho todo lo posible por dar con el venado.

El ciego se dejó caer contra el respaldo del sillón y, con una señal, ordenó que se llevasen la caja de caza.

Del cansancio, se le hundieron las facciones. A Jacqueline se le encogió el corazón.

Una vez que el montero y el criado abandonaron la estancia, el

ciego preguntó:

—Y Gilon, ¿dónde está?

—Creo, señor —contestó De Voos—, que ha debido de regresar directamente a Montprély, adonde volveré yo también, por otra parte.

—¡Qué fastidio! —dijo el marqués—. No me gusta que los criados se afanen tanto sin que esté presente al menos un señor. Ojalá yo viera algo...

—Pero yo iré con Laverdure, tío —exclamó Jacqueline.

—Vamos, vamos; no digas tonterías. Tú estás cansada.

—Ya no, tío, se lo aseguro; podría volver a salir de caza perfectamente.

No mentía. La ilusión de apresar el venado le había dado nuevas fuerzas, y De Voos la miró asombrado.

—Tengo el coche aquí, si quiere —dijo—. Yo también siento curiosidad por saber cómo terminará esto.

Jacqueline no mostró ni un atisbo de duda, de rechazo o de cortesía.

—¡Ah, es usted muy amable! —contestó.

Impaciente, su imaginación ya estaba en el recodo del arroyo.

—Entonces, ¿irás de verdad? —preguntó el marqués.

—¡Por supuesto, tío; ya se lo he dicho!

Una expresión de alivio y de dicha recorrió el rostro del anciano.

—¡Menos mal! Al menos no me dejan morir completamente solo —murmuró.

III

Por las rejas colocadas a modo de puertas traseras de la vieja camioneta, asomaban los grandes perros de jauría, agitados y sorprendidos por ese traslado nocturno. Les seguía el gran Voisin beis que conducía De Voos, cuyos faros, a media potencia, iluminaban los ojos de los perros con extraños e inquietantes reflejos dorados.

Jacqueline había logrado descifrar la plaquita de propietario, grabada sobre plata y adornada con una medalla de san Cristóbal: «Srta. Sylvaine Dual, artista teatral. Calle de Nápoles, 33».

Experimentó hacia De Voos una mezcla de interés acrecentado y de desconfianza.

Le parecía muy atractivo. La iluminación de la tabla de mandos le hacía resplandecer el mentón. Casi inconscientemente, Jacqueline observaba los contornos del perfil del hombre, el trazado de su ancho maxilar, seco y voluntarioso, y el aire de superioridad, de certeza de sí mismo, que emanaba de aquel rostro y se traslucía en todos sus detalles, en el porte de la cabeza, en el pliegue del párpado, hasta en la tersura de los tejidos musculares.

—Tiene usted un bonito coche —dijo.

—Sí… Es el coche de una amiga mía…, que me lo ha prestado —contestó él. Y prosiguió, cambiando de tema—: ¿Así que su tío, en los días de caza, se pone el traje de montería para esperar frente a la chimenea?

—Sí, y no permite que se lo quiten hasta que ha vuelto la comitiva y el montero no le ha dado el parte —dijo Jacqueline.

De Voos permaneció unos segundos silencioso.

—Cuando uno envejece, debe de ser una gran alegría haber podido conservar alguna pasión —dijo.

—¿Tiene usted alguna que crea poder conservar? —preguntó ella.

Él no contestó. Mientras seguía conduciendo se quitó el grueso guante de piel de gamuza que le cubría la mano derecha —bastante grande, franca y larga, de uñas rectangulares y cuidadas, tal vez demasiado cuidadas, incluso, para un militar—, y sacó una cigarrera de oro que tendió a Jacqueline. Sus miradas se cruzaron un instante. Los ojos del alto espahí no eran tan luminosos como relucientes. Sonreía. Jacqueline se sintió ligeramente turbada.

Llevaba un grueso abrigo forrado de piel y estaba bien apoyada contra el respaldo de cuero. De Voos le puso gentilmente su abrigo sobre las rodillas.

«¿Por qué siento tanta reticencia hacia él? —pensó Jacqueline—. Es cortés, servicial, y no se aprovecha de que estamos solos para hacerme la corte de forma idiota, como tantos otros se creen obligados…»

¿Era por la mano posada con autoridad sobre el volante prestado, por la gruesa cadena de oro que llevaba en la muñeca, por el quepis colocado con insolencia sobre la frente, o por la sarta de condecoraciones —indiscutibles, es cierto, pero un poco recargada, un poco ostentosa?— Con la cinta de la roseta de oficial de la Legión de Honor y las cuatro palmas de la Cruz de Guerra bastaba; ¿por qué llevar las demás? ¿O era aquel coche demasiado lujoso, que no le pertenecía, lo que daba a Jacqueline la impresión de que el personaje no era de pura ley, que no era, como solía decirse entre los La Monnerie, «una persona perfectamente bien?».

—Usted no vive siempre en Mauglaives, ¿verdad? —le preguntó.

—No. Divido mi tiempo entre París, donde mis hijos van al colegio, y aquí —respondió Jacqueline—. Pero sólo este año… Desde la muerte de mi marido, es la primera temporada que vuelvo a cazar.

Como siempre que evocaba el recuerdo de François Schoudler, cuyo suicidio databa de hacía casi seis años, o cuando se hablaba de él en su presencia, Jacqueline hizo un leve movimiento de retroceso, de repliegue sobre sí misma, y sus cejas se arquearon aún más. Luego prosiguió:

—Creo que usted y él se hubieran caído bien.

Enseguida se preguntó por qué había sentido la necesidad de agregar aquella frase que no era del todo verdad, y se arrepintió de ello.

—Gilon me ha hablado mucho de él; como de un hombre realmente excepcional —dijo De Voos.

Jacqueline no respondió. Los coches se internaban en caminos transversales, de tierra amarillenta surcada de rodadas. Los ojos de los perros seguían reluciendo detrás de la reja.

—Por otra parte —continuó él—, ese gran cuartel sería un poco siniestro para una mujer sola, durante todo el año.

Lo que más turbaba a Jacqueline del oficial, al tiempo que la seducía, era la seguridad en sí mismo, la comodidad con que parecía instalarse en la existencia del prójimo, y aquel aire que tenía siempre de decir: «Ya verá usted; en cuanto llegue yo, todo se arreglará».

Ya llamaba a Mauglaives, donde no había estado nunca antes, «ese gran cuartel», como si fuese de la casa. Era exactamente la misma expresión que empleaba antaño François para referirse a él.

Jacqueline pensó que en presencia de aquel hombre debía procurar no pronunciar ciertas palabras que pudiesen adquirir un sentido más profundo que el pensamiento que las había originado.

«Por no hablar de esta especie de furor que tienen todos por casarme de nuevo —pensó—. Mi madre, que todos los meses quiere presentarme a un supuesto buen partido; mi suegro, que querría que me casara con Simon Lachaume; el tío Urbain, a quien se le había metido en la cabeza el bueno de Gilon y que ahora vuelve a empezar con el primer invitado que pasa. Tengo la misma impresión hasta con los sirvientes... Pero ¿tanto les fastidia que siga viuda?»

En aquel momento, el oficial dijo:

—Seguramente encontrarán al venado. Su tío tenía toda la razón; el animal sigue remontando el arroyo contra la corriente.

Lo dijo con el mismo tono de certidumbre y de competencia.

Los coches habían llegado al término del último camino transitable. Laverdure hizo bajar a los perros.

IV

La tierra estaba esponjosa por un deshielo reciente, y el cielo de enero negro como un techo de hollín.

Calzado con botas de agua, Laverdure sostenía una gruesa antorcha de paja mientras remontaba el curso del arroyo. Charlemagne, el jovencísimo criado encargado de los perros (un niño de la Asistencia cuyo nombre se había considerado bastante singular para no ponerle un apodo de inmediato —«si se lo merece, más adelante lo llamaré La Ramée», decía Laverdure—), lo seguía, medio dormido, con otra antorcha de paja y una brazada de torzales, también de paja, preparados. Dos valerosos perros chapoteaban tras ellos. Otros cuatro, entre los cuales estaba el viejo *Valençay*, avanzaban por la orilla.

Con una voz gutural, Laverdure azuzaba a los perros sin cesar para que olfatearan en pos del rastro del venado.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Busca, muchacho! ¡Allí ¡Allí!

«Si logramos cobrar el venado, querrá decir algo», pensaba Jacqueline, incapaz de precisar el significado que atribuía a tal presagio. De vez en cuando se estremecía de frío pese a llevar un abrigo de piel.

Laverdure llevaba un cuarto de hora trabajando y no había levantado nada. La vieja compuerta de irrigación de la que había hablado al marqués estaba allí, cerrándole el paso con sus planchas cubiertas de musgo viscoso y su torbellino de mala espuma.

—En cualquier caso, tiene que haber pasado por alguna parte. Es para darse de cabezadas contra la pared; es para darse de cabezadas contra la pared —gruñía el montero.

De repente, se le ocurrió una idea y gritó:

—¡Charlemagne! ¡Toma, agarra eso!

Se quitó el cuchillo de caza, el cinturón y la guerrera y se las tiró al criado de los perros.

—¿Qué hace, Laverdure? —gritó Jacqueline.

—No se inquiete, señora baronesa —contestó él.

Y el viejo montero se medio arrodilló, se inclinó a ras del agua, se cogió con una mano de una traviesa apolillada mientras con la otra seguía sosteniendo la antorcha, e introdujo el torso por la estrecha abertura de la compuerta, bajo el tablero levantado, como si fuera una guillotina.

«No es posible; sería increíble», pensó Jacqueline. Y casi al

instante, oyeron que Laverdure exclamaba:

—¡Por Dios bendito! ¡Esto sí que es bueno! ¡Es digno de ver!

Luego se enderezó de golpe y aulló:

—*¡Valençay!* ¡Ahí está, muchacho! ¡A por la presa! ¡A por ella! ¡Charlemagne! ¡Haz el favor de despertarte de una vez! ¡Pon el perro en el agua! ¡Ahí está! ¡A por ella! ¡Vamos, muchachos!

Achaparrado y robusto, con el chaleco de terciopelo negro y dorado, los pantalones chorreando agua, mientras se afanaba y sostenía la antorcha por encima del torbellino, el anciano era feliz, casi terrible y bello.

En el musgo que tapizaba la parte inferior de la compuerta, había observado dos arañazos recién hechos por la cornamenta del venado.

—¡Ay, señora baronesa! —exclamó—. ¡Nunca hubiera imaginado que un venado pudiera colarse por ahí, y menos uno tan grande! ¡Qué malicia! Le ruego que me disculpe por maldecirlo, pero había por qué. ¡A por ella, muchachos! ¡Vamos, valientes!

—¡Bravo, Laverdure! ¡Vamos a cobrarlo! —gritó Jacqueline.

—Ojalá, señora baronesa, ojalá. ¡A por ella! ¡A por la presa!

Las tablas de la compuerta seguían impregnadas del olor a venado fugitivo y extenuado, ya que *Valençay* dio dos breves ladridos. Y los otros cinco perros, medio chapoteando y medio nadando, se internaron tras él en el interior de la compuerta.

Laverdure había vuelto a la orilla y se había puesto la guerrera. Con una vara golpeaba el agua, a fin de armar el mayor alboroto posible.

De repente, en la entrada del recodo que había indicado el marqués, los seis perros se echaron a ladrar a la vez y una enorme figura negra dio un brinco en el arroyo y saltó a la orilla.

—¡A por ella! ¡A por ella! —gritó Jacqueline.

—Ya se lo había dicho yo —respondió De Voos.

Jacqueline se volvió hacia él, con una mirada de reconocimiento, llena de fe, como si él hubiera tenido algo que ver en aquello. Luego echaron a correr, torciéndose los pies entre los troncos de sauces y los terrones arcillosos.

—¡A por la presa! ¡A por la presa! —gritaba Laverdure para azuzar a los perros.

El venado, pese a estar aterido de frío a causa del agua, había tenido tiempo para reponerse un poco, por lo que se arriesgaban a que huyera en las narices de los perros y se volviera a perder en la oscuridad.

«Pero sólo el hecho de haber logrado que salga ya es maravilloso», se decía Jacqueline.

El venado corrió en línea recta y su silueta se elevó sobre el suelo, pero en vez de adentrarse en el bosquecillo, se golpeó en plena frente

contra un árbol.

Se oyó el ruido sordo del choque. El venado permaneció un instante aturdido; dio media vuelta, cogió carrerilla, pero volvió a tropezarse con la cornamenta varias veces, de una manera demente, como si cargase contra un ejército de gigantes; luego, jadeante, se resguardó junto a un tronco y se enfrentó a los perros.

Llegaron los hombres, empuñando las antorchas. El viejo ciervo tenía un porte admirable, confundido con la noche, con el pelaje oscuro, alisado por el agua, el enorme cuerpo agitado por una respiración rápida, y la inmensa cornamenta erguida, que sacudía, presa de la cólera.

Los seis perros, con el hocico alzado, lo rodeaban a la par que emitían esos gritos profundos, guturales y salvajes con que acorralan a una presa.

—Pero ¿por qué se golpea así contra los árboles, Laverdure? —preguntó Jacqueline.

—Está ciego, señora baronesa —respondió el montero, quitándose la gorra—. Ya lo verá, señora.

Se acercó a una distancia prudente y agitó la antorcha frente al animal. Éste olfateó el humo, pero no se movió; sus ojos vidriosos permanecieron abiertos de par en par y resplandecieron con un brillo rojizo que no era sino el reflejo de la llama.

—Sucede a veces, señora baronesa —dijo Laverdure—, sucede a veces con los venados acosados. Les estalla algo en la cabeza y luego ya no ven. Este venado habría muerto por sí solo mañana o pasado mañana... Sí, ya lo sé; es curioso, resulta raro... —agregó, a sabiendas de lo que debían de pensar en aquel mismo instante Jacqueline y De Voos.

Apagó la antorcha con el pie, desenvainó el cuchillo de caza y dijo con deferencia:

—No creo que la señora baronesa quiera rematarlo...

Jacqueline dijo que no con la cabeza y miró a De Voos.

Laverdure dudó un instante y luego añadió:

—A menos que la señora baronesa quiera hacerle el honor a mi capitán.

La costumbre inmemorial (que nadie respetaba tanto como Laverdure) dictaba que el animal fuese muerto a cuchillo por uno de los señores presentes o, en su ausencia, por un montero, pero jamás por un invitado.

Sólo en las circunstancias extraordinarias de aquella cacería se podía infringir la regla, suponiendo, sobre todo, que entre Jacqueline y De Voos existiera alguna relación secreta de la que ni siquiera ellos eran conscientes, pero que inducía al viejo montero a actuar de aquella forma, como si desease crear una situación complaciente para

ambos.

—¿Quiere usted...? —dijo Jacqueline.

—Con mucho gusto —contestó De Voos, agarrando el gran cuchillo, tan largo como una bayoneta.

Mientras ellos dos cultivaban la cortesía, el viejo ciervo presentía su muerte.

De Voos se había quitado el abrigo para que no le estorbara. El animal, con la cornamenta erguida, era tan alto como él, pero De Voos sentía que su emoción se había atenuado por el hecho de que el ciervo estuviera ciego; hasta pensó que habría preferido tener que matar a un hombre.

—¡Cuidado, mi capitán! Aunque no vea, este venado todavía opondrá mucha resistencia —dijo Laverdure—. Tiene que acercársele por el costado y luego apoyar la punta aquí si no puede en el codillo —señalaba el lugar con el pulgar, sobre su propia casaca—, buscando el bofe, y luego hundirlo...

—Sí, sí..., ya lo sé —dijo De Voos.

—Y tú, Charlemagne, enciende una antorcha, y tenla preparada por si hace falta tirársela a las astas.

Los perros habían dejado de ladrar; estaban al acecho, con los colmillos relucientes y el pelo erizado.

Jacqueline se acordó de François, cuando saltaba del caballo, victorioso, y avanzaba, igual que De Voos en aquel momento, y fue presa de la misma mezcla de angustia y de orgullo.

Sintiendo la proximidad del hombre, el animal bajó su vasta cornamenta, resopló a ras de tierra y se recogió como si fuera a saltar.

—Por el costado, mi capitán, por el costado —gritó Laverdure, que también avanzaba.

Se oyó un grito horrible. El ciervo se había erguido, y entre sus fauces elevaba una masa que se retorcía y que dejó caer delante de él.

—¡Dios santo, el muy puerco! —gritó Laverdure—. ¡Termine deprisa, mi capitán!

Sobre la tierra yacía uno de los perros, agitando las patas y con las tripas fuera del vientre.

Al atacar al ciervo, De Voos sintió bajo el cuchillo la resistencia del hueso, así que cambió la punta de lugar y le asestó un golpe, ayudándose violentamente con el hombro; estuvo a punto de perder el equilibrio de la facilidad con que la hoja se deslizó hasta la guarnición. No esperaba que un animal tan fuerte tuviese la carne tan tierna. El viejo ciervo se arrodilló y a continuación cayó sobre el flanco derecho, a la par que se le escapaba un débil bramido y sangraba por la boca abierta, por encima de la lengua.

Jacqueline, que llevaba varios segundos conteniendo la respiración, aspiró una gran bocanada de aire.

—Lamento mucho lo del perro. No fui bastante deprisa, ¿verdad? —preguntó De Voos, con gran aplomo, mientras le devolvía el cuchillo al montero.

—¡Oh, no; mi capitán! Eso le puede pasar a cualquiera —contestó Laverdure con cierta brusquedad—. Al contrario, mi capitán tiene arrojo y valor.

Se había vuelto a quitar la gorra, un gesto absolutamente reflejo en cuanto se le dirigía la palabra, fuera a pie o a caballo, siempre que tuviera una mano libre.

Limpió el cuchillo sobre el pelo del perro destripado, que seguía pataleando con pequeños estremecimientos en un charco de sangre, le frotó el espinazo con la punta de la gruesa bota empapada, y dijo:

—Pobre *Artaban*. Ya ves, era tu hora. Siempre sucede lo mismo con los mejores. En fin, más vale que sea él que mi capitán, ¿verdad?

Sólo entonces sintió la humedad que se le pegaba a la piel. «Además, esto es pésimo para el reuma, y para cosas peores —pensó —. ¡La bronca que me va a echar Léontine dentro de un rato, cuando me vea volver así!» De repente, estaba decepcionado por todo, sin poder culpar a nadie de ello. «A lo mejor, si lo hubiera acuchillado yo mismo, o si Charlemagne le hubiera tirado la vara encendida... Es por eso... Es por eso...»

El viejo *Valençay*, con el hocico husmeante y el paso prudente, ya se acercaba a las tripas desenrolladas de su compañero. Laverdure separó violentamente al rastreador mientras gritaba:

—¡Atrás! ¡No vas a encarnizarte en él!

Sacó del bolsillo otro cuchillo más pequeño, con seguro y de hoja afilada, se acercó al cadáver del ciervo y se lo hendió de un golpe, desde las costillas hasta los genitales. Se esparció un hedor cálido de carne de venado, que invadió el bosquecillo.

A aquella hora no era cuestión de hacer maravillas, sino tan sólo de recompensar a los perros lo antes posible.

—¡Hala, muchachos, hala! —gritó Laverdure.

Los cinco perros se precipitaron sobre las entrañas desparramadas, se hundieron en ellas hasta el pecho, con sonoros castañeteos de dientes y gruñidos, y el espinazo erizado.

Al oír que sus compañeros se alimentaban, *Artaban* abrió los ojos, esbozó una expresión de tristeza y de apetito a un tiempo, hizo un esfuerzo titánico por arrastrarse hasta el encarne, pero su cabeza volvió a caer sobre la tierra y ya no se movió más.

Los demás continuaban triturando los cartílagos, disputándose los cuatro estómagos del rumiante —llenos de hierbas nauseabundas y de segregaciones de licores—, y las largas tripas sedosas, cuyos ópalos, aguamarinas y rubíes desgarraban con los colmillos.

Jacqueline observaba todos los detalles del espectáculo con una

mezcla de repugnancia y de pasión.

—¿Es el primero que destripa usted? —preguntó.

—Sí, el primero —respondió De Voos con una sonrisa.

Antes de aquella persecución nocturna y de aquel salvaje encarne bajo las llamas de paja, ninguna cacería anterior había dado a Jacqueline tal sensación de reinar, no sólo sobre lo que se puede comprar —como los perros, los hombres…—, sino sobre el resto, sobre el cielo, la llanura, el bosque y los animales libres que lo recorren.

—¿Qué le había dicho yo a la señora baronesa? Un venado de catorce —comprobó Laverdure, expresando a su manera un arrebato de orgullo semejante—. No se ve todos los días, por estas tierras. El señor marqués se pondrá contento.

En unos minutos los perros habían devorado y destripado la enorme masa de vísceras, y el gran ciervo quedó vacío como una vieja fragata encallada.

En las manos del joven criado se apagó la última antorcha.

Al día siguiente por la mañana, antes de abandonar Montprély, donde era huésped del comandante Gilon, Gabriel de Voos recibió la pata derecha del ciervo, con la piel aún fresca y blanda, trenzada con tiras, de manos de Laverdure, que llevaba ropa de trabajo. Junto al envío había una tarjeta grabada con el nombre de la baronesa François Schoudler, en la que había trazado estas palabras con una letra menuda y rápida: «De parte de mi tío. ¡Se lo merece! Vuelva a cazar cuando quiera».

V

Las dos partes de la cerradura del portón ya no estaban encaradas; de ellas pendía una cadena rematada por un grueso candado, que por la noche servía de cierre. El patio estaba sembrado de viejas ruedas de carretillas, de herramientas de jardinería y del campo que ya no se usaban. La cuadra estaba vacía. Un chorrito de estiércol líquido todavía manaba del establo, donde sólo quedaba una vaca. Tras una verja inestable de alambre, unos cuantos pollos chapoteaban en su propio fimo hasta media pata.

Simon Lachaume no había vuelto a Mureaux cuando murió su padre. Su última visita databa de más de diez años atrás, y sólo había sido de paso, durante unas horas, en el curso de un permiso hacia el final de la guerra.

Ante su casa natal, de la que, no obstante, sólo guardaba recuerdos miserables y desdeñados, a Simon le embargó un enternecimiento fugaz, inexplicable y estúpido.

Todo estaba roído, herrumbroso, podrido por los años y las lluvias. Los postigos se habían desprendido de los herrajes, el yeso de las paredes se descascarillaba y dejaba al descubierto un salitre polvoriento; los techos se hundían y Simon avanzaba sobre tejas caídas que crujían bajo sus pasos como si fueran de azúcar.

La madre de Simon Lachaume trabajaba en el jardín, encorvada sobre la tierra. Al principio Simon sólo vio la enorme grupa negra de la anciana.

—Mamá —la llamó.

La madre Lachaume volvió la cabeza, se irguió poco a poco, con dificultad, y miró a su hijo, que se le acercaba entre dos hileras de manzanos muertos.

—¡Ah, eres tú! —dijo, sin mostrar ni un atisbo de sorpresa—. Si no hubieras dicho «mamá», creo que no te habría reconocido. Ya casi no tienes pelo, y además estás más bien gordo y vistes como un verdadero rico.

Simon se pasó la mano maquinalmente por la frente desguarnecida.

La madre y el hijo no se besaron, sino que permanecieron unos instantes más estudiándose, observando los cambios que había experimentado el otro.

La madre Lachaume apenas había cambiado; seguía siendo la misma masa monstruosa de carnes bamboleantes y deformes. Sólo el

párpado derecho, abultado como una cáscara de nuez, le caía sobre la pupila pálida; las mejillas se le habían tapizado de crines grises, mientras que entre el cabello recogido en un moño aparecían gruesas franjas rosas de la piel del cráneo.

Se limpió las manos con el delantal sucio y dijo, por fin:

—Si te has molestado en venir, supongo que será porque tienes algo que decirme. Entremos en casa.

Pese a su avanzada edad, todavía no se había encogido y continuaba sacándole media cabeza a su hijo. Caminaron uno junto al otro por el camino tapizado de hierba, sintiéndose extraños, aunque no carecían de parecido, ambos escasos de pelo, de andares contoneantes pero descansando sobre los riñones, empujando ella su fibroma y su hidropesía bajo el delantal sucio, él la panza naciente de cuarentón demasiado bien nutrido.

Simon miraba el jardín medio abandonado, en el que crecía la acedera y varias matas de claves de la India recordaban el trazado de una antigua bordura. La emoción del primer instante ya se había disipado. La vieja iba amurallada en su desconfianza, al parecer sin prestar atención a nada. Dejó caer los zuecos ante el umbral de la cocina.

En el gran cuarto sombrío, Simon se sintió invadido de inmediato por el olor a vino agrio, a leche ácida, a humo y a agua de fregar los platos que había envuelto toda su infancia; aquel olor que desprendía su madre y que lo impregnaba todo: los objetos, las telas, los alimentos, los recuerdos. Tan sólo había desaparecido el olor agrio a sudor que antaño añadía su padre.

Simon volvió los ojos hacia un hueco comprendido entre la chimenea y la panera, con la certeza de que allí encontraría el espectáculo más penoso que podía ofrecerle el regreso a casa.

En cuclillas, más que sentado, sobre una vieja sillita desfondada, el hermano de Simon soplaba suavemente sobre un molinete primitivo, hecho con dos pedazos de cartón fijados, con un clavo, en una rama de saúco.

—Ven, Louis; ven a saludar —dijo la madre Lachaume—. Vamos, no tengas miedo; es Simon.

El ser que se levantó torpemente, apoyándose en el arcón, llevaba pantalones cortos y un delantal negro. Andaba como un autómata descuajaringado, con las piernas delgadas y los brazos medio torcidos bamboleándose. Era más alto que Simon. Tenía la piel del rostro, de las manos retorcidas y de las rodillas zambas de un tono uniforme y frío semejante al del bronce verdusco. La cara, exageradamente ovoide, encuadrada por dos mechones lisos que le salían de una boina, no tenía ni una arruga. El labio le pendía, brillante de saliva; los ojos negros, aterciopelados, profundos, bizqueaban horriblemente.

El idiota murmuró: «... día», se sorbió la baba y volvió a su rincón, donde se encaramó al arcón, del que le colgaban las piernas.

—Ya lo ves, está bien. Lleva unos días muy dócil —dijo la vieja.

Simon cogió una silla; al verla tan sucia, hizo un gesto de campesino: antes de sentarse, se levantó el abrigo.

—Y pensar que es mayor que yo... —murmuró.

—Pues sí. Tiene tres años más que tú, es decir, cuarenta y cuatro.

El idiota arrojó el molinete al suelo, agarró una pizarra de escolar y, con una tiza rechinante, se puso a trazar signos incomprensibles.

—En el fondo, es como tú —dijo la madre Lachaume—; si hubiera podido, habría tenido afición al estudio.

Hubo un momento de silencio.

—¿Tomarás una copita? —continuó, dirigiéndose al aparador a buscar una botella. Le ofrecía de beber como a un extraño, y, como un extraño, él no se atrevió a rechazar el vasito de aguardiente áspero, por temor a ofenderla.

—Qué bueno —dijo.

—Es el que le gustaba a tu padre —replicó ella—. ¡Ya ves!, todos tenemos algún vicio. Ahora que ya no está, ya no me hace sufrir.

La anciana se sentó y, por debajo de su párpado de media nuez, observó a Simon.

—¿Recibiste el dinero el mes pasado? —preguntó él, tratando de reanudar la conversación.

Le enviaba regularmente un giro de trescientos francos, que ella, por lo demás, no necesitaba para nada. Guardaba con avaricia los tres billetes mensuales en una vieja caja de bizcochos, donde iban amontonándose.

—Sí, sí —contestó—. Te lo agradezco. ¡Ah, en eso, no puedo quejarme de ti! Ya no es como antes. El otro día se lo decía a la tía Feudechien: «Estoy orgullosa. Tengo un hijo que no me abandona en la miseria. Está muy agradecido por lo que hicimos por él».

Sólo entonces la madre Lachaume pareció emocionada de volver a ver a su hijo. Una espuma blancuzca le brotó del párpado; se arremangó la falda y buscó en el bolsillo del refajo violeta, tieso por la mugre, un pañuelo con el que se secó los ojos.

—En fin... El caso es que has venido..., el caso es que has venido —dijo varias veces, lanzando largos suspiros.

—Me presento al Congreso —dijo Simon.

—¿Quiere decir que vas a ser diputado? —preguntó la anciana, dejando de frotarse los ojos.

—Creo..., espero...

—Ya que hacen falta esos vagos, más vale que seas tú y no otro el que saque provecho.

Simon intentó explicarle por qué se presentaba en una

circunscripción de su departamento natal, y las probabilidades que tenía. Se esforzó por encontrar palabras sencillas para expresar aquello que suponía la culminación de varios años de perseverante servilismo, de tantos almuerzos útiles, hábiles contactos y sabias adulaciones; en suma, de tantas mañanas pasadas, lápiz en mano, sobre las aspas, los puntillados, los claroscuros y los plumeados que formaban el mapa electoral de Francia.

Ahora estaba todo decidido, todo estaba en su sitio; Simon contaba con sus puntales, sus fondos, sus agentes, sus periódicos.

La madre Lachaume, suspicaz de nuevo, con el párpado inmóvil, escuchaba sin comprenderle, en apariencia. El hecho de que su hijo se hubiera convertido en un hombre tan importante, que cenase con ministros y presidentes del Consejo, la dejaba indiferente. Aquello sucedía en un mundo tan lejano para ella como Bengala, al que ningún relato podía acercarla. Creía que el presidente de la República seguía siendo Émile Loubet.

—Entonces, ¿no le sucedió el hijo?

Y de repente, mirando la solapa del abrigo de Simon, le preguntó:

—Y la Legión de Honor ¿te reporta algo?

—No —dijo Simon.

—¡Vaya! ¡Qué raro! Porque el nuevo maestro, al que no conoces, sí que tiene una medalla por la que le pagan.

Simon sintió que perdía el tiempo. El retrasado continuaba haciendo un ruido irritante en la pizarra.

—¿Sabes qué? He alquilado una casa en Jeumont, la casa Cardouin —dijo Simon.

—Será que te gustaba.

—No, no es eso; es que la necesito.

—Con el dinero que te va a costar, harías mejor instalándote en una casa nueva y no en esa antigualla.

La «antigualla» a la que se refería la madre Lachaume estaba situada a unos cuantos kilómetros, en la división administrativa vecina. Se trataba de un caserón heterogéneo, formado por un gran pabellón cuadrado con tejado, vestigio de una antigua parroquia, al que en el siglo XVIII habían adosado un hermoso edificio de piedra blanca. Poseía diez habitaciones, una avenida de tilos centenarios y una gran pradera, medio inundada en invierno, que llevaba al río. De no encontrarse en el pueblo y haber pertenecido a un simple jubilado, la casa habría podido llamarse «el pequeño castillo».

Era lo bastante grande para inspirar respeto al elector, pero no tanto como para parecer ostentosa. Y, sobre todo, iba a servir para eclipsar la casa de Mureaux.

—Creo que no es necesario que tengamos dos casas —dijo Simon —, así que lo mejor será que te instales conmigo y que vendamos ésta.

La madre Lachaume se irguió un poco en la silla y miró a su hijo de hito en hito, con sus ojos sin pestañas, uno redondo como el ojo de un pájaro nocturno y el otro a medio cerrar.

—¡Vaya! Por eso has venido... —murmuró. Permaneció un instante en silencio—. No —continuó lentamente—. No iré a vivir a casa de otros.

—Pero mamá, ¡yo no soy *los otros*!

—Yo sé lo que digo. En primer lugar, estará tu mujer.

—No, mamá. Ya sabes que hace años que me he separado de Yvonne; en París no vivimos juntos, no la veo nunca.

—Pues me pregunto por qué te casaste con ella —dijo la vieja.

Simon se encogió de hombros y pensó: «¡Ya empezamos!».

—Y además, esto es mío —prosiguió ella—. No iré a una casa de alquiler.

Simon le explicó que había acordado un arrendamiento con promesa de venta. Si era elegido, compraría la casa.

—¿Y si no te eligen?

—Bueno, entonces mantendremos el alquiler hasta...

Iba a decir «hasta tu muerte», pero se detuvo; ella ya lo había comprendido.

—¿Y por qué no me dejas palmarla aquí? —inquirió—. El cementerio está al lado, no tendrás que esperar demasiado para que me lleven allí. Además, a mí no me gusta Jeumont... No, hijo mío, no —continuó—; una vieja a mi edad no se muda. Y en la casa Cardouin hay escaleras. Yo no puedo, por culpa de las varices. ¿Ves?

Se volvió a levantar la falda y el refajo, con la intención de mostrarle las piernas, tan enormes y deformadas que parecía que entre la carne y las medias de algodón negro llevara una docena de huevos.

—Hasta hay días que supuran —declaró con una especie de orgullo—. No, amiguito, no; los viejos no están hechos para vivir con los jóvenes. Tú tienes que ver gente, y yo sería un estorbo.

«Me fastidias mucho más quedándote aquí», pensó Simon. Le quedaban pocas semanas para empezar a interpretar su nuevo personaje de «hijo del pueblo, nacido en una familia trabajadora, que se educó por su propio mérito y que honra al departamento». Ello exigía borrar el recuerdo del padre borracho, instalar a la madre en una dignidad semiburguesa y hacer desaparecer al hermano idiota.

Simon sabía que el presente de un hombre afortunado se impone siempre a su pasado, y que el éxito incluso puede borrar el crimen. Le bastaría con un poco de habilidad, sumada la seguridad en sí mismo, para no exponerse a que en un encuentro público le gritaran: «¡No eras tan orgulloso cuando encontraban a tu padre de culo en los charcos!», y para que, en vez de eso, los viejos aldeanos, medio guasones, medio enternecidos, viniesen a decirle: «¡Señor Lachaume!

Su padre era un gran hombre, muy gracioso; los días de mercado cogimos más de una cogorza juntos», alardeando de su antigua camaradería.

Del enfermo, la gente hablaría en voz baja: «¡Nada!, ¡esas desgracias pasan en todas las familias!», hasta el día en que se olvidarían por completo.

—Y además, tu pobre hermano está bien así. No creo que le gustaran los cambios —dijo la madre Lachaume.

—Pues a propósito de Louis, precisamente...

Simon miró hacia el fondo de la habitación; el idiota se había ovillado, con las rodillas levantadas y el mentón colocado sobre la pizarra fría, y, como un animal que presiente la desgracia, no apartaba los ojos del visitante. Instintivamente, Simon bajó la voz, aunque el otro no podía comprenderlo.

—Lo mejor para él y para todo el mundo, creo yo, sería que lo metiésemos en el hospicio público... No como menesteroso, por supuesto —se apresuró a agregar Simon—. Yo pagaría una pensión para que tenga todo lo que necesita y tú podrás ir a verlo cuando quieras. Eso te aliviará de las fatigas que te da...

La madre Lachaume adoptó una expresión tan espantosa, su ojo redondo fue atravesado por tal llamarada, que Simon se interrumpió.

—Así que ¡era eso! ¡Era eso! ¡Vaya, vaya! —exclamó la vieja—. Entonces lo que quieres es meter a tu hermano en el hospicio, a estas alturas. ¡Eso es lo que has decidido! Preferiría estrangularlo, ¿oyes?, estrangularlo con mis propias manos antes de que puedan decir que dejé meter a mi hijo en el hospicio. Con lo que me ha costado soportar el calvario de que sea como es, para que ahora que estoy sola vengan a quitármelo. ¡Conque era eso!

Fue a buscar su pañuelo de tomadora de rapé y se enjugó maquinalmente los ojos, pero no lloraba.

—¡Así que eso es todo lo que se te ocurre para darme las gracias! —prosiguió—. Después de todo lo que hicimos por ti, de que te dejamos estudiar a la edad en que todos los chiquillos empiezan a trabajar y que tu padre incluso tuvo que tomar un criado en tu lugar..., con lo pobres que éramos..., y ahora te avergüenzas. ¡Ahora te avergüenzas de nosotros! Pues yo iré a decirles, yo iré a decirles: «¡Menudo diputado! ¡Miradlo, miradlo! Pone a su madre de patitas en la calle y a su hermano en el hospicio». Y haré poner carteles, para que lean cómo eres.

Gritaba, echando escupitajos, mientras permanecía sentada, con las manos en las caderas y el enorme pecho colgante agitado por el jadeo.

Simon observaba con odio aquel amasijo de células grasientas y gastadas, de donde ya no podía salir más que el pus de las úlceras, la

cera de las orejas y las legañas de los ojos, pero que aún lograba poner obstáculos a su voluntad. El que aquella masa de carne a medio pudrir le hubiese dado a luz tiempo atrás ya no significaba ningún otro lazo entre la vieja y él distinto de los que existen entre un árbol y la tierra mohosa donde ha germinado.

—¡Ya basta! ¡Ahora escúchame! —exclamó a su vez Simon, preso de cólera, golpeando la mesa pegajosa con la palma de la mano.

En aquel momento oyeron una especie de gorgoteo al fondo de la cocina; era el idiota, que se divertía con la discusión. Con la algarabía, dejó resbalar la pizarra, que se rompió con estrépito contra el suelo de piedra, y se puso a lloriquear.

La madre Lachaume recogió los trozos de la pizarra y, mostrándoselos a Simon, gritó:

—¡Mira! ¡Mira lo que has hecho!

Simon se encogió de hombros.

—Ya le compraré otra —dijo.

Y se sintió invadido por un inmenso desaliento. ¿Por qué no había ido a presentarse a otra circunscripción, a cualquiera, pero en el otro extremo de Francia?

Vivió un momento de desesperación. No porque temiese las amenazas de su madre, sino porque aquel jardín lleno de ortigas, aquella cocina oscurecida por el humo y aquel enfermo cuya cara secaba ahora la vieja con unos golpecitos, todo ello le recordaba lo que tanto deseaba olvidar, le restaba la confianza en sí mismo.

No era posible construir un gran destino sobre unos fundamentos tan precarios. Ninguna de las cualidades que contribuían a su triunfo era innata; todo lo que le había permitido prosperar lo había aprendido, fuera con profesores, «patronos» o mujeres. Sólo le habían legado la tenacidad, la astucia y el egoísmo.

¿Acaso su precario andamiaje, construido con materiales robados, sería lo bastante sólido para llevarlo más arriba, o se derrumbaría en cuanto los acontecimientos le exigieran algo más que el propio sacrificio?

—Hubiera preferido ser un niño de la Asistencia social —dijo con un tono de voz resentido—. La diferencia material hubiera sido mínima, y por lo menos siempre habría podido imaginarme otros padres.

Al decirlo, evocó el sueño que había alimentado entre los seis y los doce años, cuando golpeaba con furia las malas hierbas y los cardos, en el ribazo de un camino, al tiempo que fantaseaba con que un día le revelarían que era un niño encontrado.

—Ojalá te hubiera metido en la Asistencia —gritó la madre Lachaume—; ¡me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza! ¡Marie Feudechien no sabe la suerte que tiene de haber perdido a su

hijo en la guerra! Y ahora, escúchame bien —prosiguió, abrazando los hombros del inválido—: de aquí no nos sacarán hasta que yo esté muerta..., para lo que no falta mucho, estate seguro.

—No me darás esa satisfacción —gruñó Simon.

—Y en cuanto a ti, lo único que te queda por hacer aquí es cruzar la puerta —replicó la vieja.

Simon se levantó, se quitó las gafas, se pasó la mano por el rostro chato y volvió a ponerse las gafas, una vez las hubo enjugado con los pulgares.

La vieja creía que lo había vencido.

—Está bien —dijo él con calma—. A todo esto te olvidas de que yo poseo la parte de herencia de mi padre, que no he reclamado nunca. Ya que te obstinas, voy a exigir la venta; se sacará todo a subasta y tú decidirás lo que quieras.

—¿Serías capaz de hacer eso? —murmuró la madre Lachaume.

—La ley está de mi parte —contestó Simon.

Ella estuvo a punto de decir que la ley estaba hecha contra la gente honrada, pero el golpe había sido demasiado duro y comprendió que Simon era más fuerte.

Se sentó, agachó la cabeza y guardó silencio. Simon le concedió el tiempo necesario para que asumiera la derrota y, luego, poniéndole la mano en el hombro, le dijo suavemente:

—Vamos, mamá; volveré la semana que viene. Ya lo verás; serás mucho más feliz en Jeumont.

«Tal vez tenga la suerte de morir antes de tener que mudarme», pensó la madre Lachaume cuando se fue su hijo.

Permaneció largo rato inmóvil hasta que, trabajosamente, fue a buscar una tina, la arrastró hasta delante del hornillo y la llenó de agua caliente.

—Vamos, Louis —dijo—; ven a lavarte. Hoy no toca, pero no importa. Hay que aprovechar, hijo mío; tal vez no pueda hacerlo por mucho tiempo más.

Le quitó la ropa de colegial y lo ayudó a entrar en la tina.

—Ten cuidado, no la vuelques.

Llorando, la madre Lachaume se entregó a la dichosa fatiga de lavar, desnudo en la tina de madera, a aquel bobo de cuarenta y cuatro años, que tenía la espina dorsal torcida, la piel de bronce y los genitales vacíos, y que realizaba para ella, de la manera más grosera y espantosa, el sueño secreto de toda madre: conservar a los hijos en perpetuo estado de infancia.

VI

La víspera del día fijado para la mudanza de la madre Lachaume, el hermano fue conducido al hospicio en una ambulancia que había encargado Simon, a fin de hacer creer al vecindario que el desdichado había empeorado bruscamente.

La vieja sollozó durante toda la noche, con la esperanza de morir en el transcurso de las pocas horas que le quedaban antes de que la sacaran de su casa.

Por la mañana, fue a comulgar a la primera misa, y luego subió hasta el cementerio para coger un puñado de tierra, que guardó en un saquito. Arrodillada ante las tumbas, murmuraba a solas:

—Pronto volverán a traerme aquí. Por unos días de diferencia, ¿no podría haberme muerto esta noche?

Simon llegó casi al mismo tiempo que el camión de la mudanza, en su propio coche. Sosegado, autoritario y apresurado, se sentía como un magistrado designado en la mañana de una ejecución capital.

—Eso…, eso…, eso… —les decía a los peones, eligiendo los pocos muebles que se podían conservar. Y a su madre—: No, eso no, mamá; déjalo.

—Pero esto todavía puede servir —gemía la vieja.

Casi tuvo que luchar con ella para impedir que se llevase un montón de viejas traíllas podridas, de fundas de paja para botellas y otros trastos. Ella se aferraba a todo, a los diez calendarios de correos colgados del mismo clavo, unos sobre otros, a los tres tiestos de la ventana donde los geranios se helaban cada invierno, a la caja de la sal, toda rota, pero cuyo lugar conocía tan bien que su mano la encontraba hasta a oscuras.

Libraba una batalla por cada objeto, pero en cada ocasión era vencida. En unos instantes tendría que abandonar su huerto, su cerdo, sus herramientas oxidadas, la cuadra vacía —donde ella aún veía los tres caballos que la habían ocupado durante su vida matrimonial—, el carricoche con el que en otros tiempos iba al mercado y que en la cochera levantaba las varas en oración.

Ya nada la ataría a la existencia, ni siquiera el cuidado de varias hectáreas esparcidas por el terruño del ayuntamiento, algunas de las cuales dejaba en barbecho mientras que alquilaba las otras por caprichosas rentas. «¡Me darás ciento cincuenta francos al año y un saco de avena!» Con el tiempo, cambiaba la avena por miel. Ya no podría chismorrear con las vecinas; la gente de Jeumont no le

interesaba, puesto que no sabía nada de ellos.

Exasperado por las jeremiadas de su madre, Simon zanjó la cuestión haciendo prender una gran hoguera en medio del patio, a la que él mismo arrojó todo lo que no quería que conservase. Con rabia contenida arrancó las cortinas cubiertas de cagadas de moscas, cogió los trapos amontonados en la parte inferior de los armarios y vació en el fuego cajones enteros. La sillita desfondada del inválido, sus juguetes de pobre, una gorra vieja que había pertenecido al padre Lachaume y que al arder volvió a tomar forma de cabeza; todo ello fue echado a las llamas, entre tapones resecos, cordeles polvorientos y zuecos rajados.

Una humareda acre, densa, se elevaba de aquel montón grasiento y coronaba la granja, el establo, la casa.

Con las manos ennegrecidas y la chaqueta llena de polvo (se decía sin cesar: «¡Y pensar que debo encargarme de todo esto yo mismo!»), Simon contemplaba y animaba a un tiempo aquel espectáculo, con un regocijo violento, amargo, liberador. Las llamas azules que danzaban sobre la gorra paterna, la columna de humo en la que los objetos familiares se reducían a escombros, ejercían sobre Simon una acción benéfica; a través de ellas, purificaba su infancia.

La madre Lachaume, con el párpado todavía más abatido que de costumbre, miraba caer las cenizas y repetía:

—¡Por unos días de diferencia! Por unos días de diferencia... Ya te habrías podido esperar.

Estrechaba, encajada entre los senos, la caja de bizcochos donde guardaba el dinero.

Cuando movieron el aparador, medio centenar de monedas de oro rodaron por el suelo, con un tintineo gozoso y agridulce. La madre Lachaume, conmovida por su partida al fin del mundo, había olvidado su escondrijo. Su rostro adquirió una expresión de vergüenza y de terror. Simon la miró con malevolencia irónica.

—Estarás contento de haberlas encontrado —le espetó ella—. Seguro que esto no lo echas al fuego.

Una vez lo vaciaron todo, en las paredes sólo quedaron las marcas del lugar que habían ocupado los muebles, llenas de telarañas espesas como mantas. La anciana recorrió las tres habitaciones oscuras y sarnosas, que de pronto parecían haberse agrandado. Con una rama de boj y una pila de agua bendita que había logrado sustraer al furor de Simon, roció la casa, como si fuera un cadáver.

Luego se colocó sobre las franjas rosadas del cráneo el sombrero de perlas negras en forma de corona, anudado debajo de la barbilla. Y por fin se declaró dispuesta a partir. No obstante, Simon tuvo que detenerse tres veces en la aldea para que pudiese abrazar a Marie Feudechien, Marie Védée y Marie Chauçon.

—No debes llorar —le decían las viejas—. Tienes la suerte de ir a vivir a una casa grande, y de tener un hijo con un bonito coche para pasearte.

—Sí, sí; claro que tengo suerte —contestaba la madre Lachaume, obligada por vanidad a darles la razón—. Es que me preocupa la cama.

—¿La cama? Pero ¿no te la llevas?

—Sí, pero aquí estaba colocada como es debido, hacia el sepulcro del Señor. Y allí, ¿cómo voy a saber dónde está el sepulcro?

—¡Vamos! El cura te lo dirá —contestó Marie Védée.

Simon acabó por llevarse a su madre, que parecía un gran paquete de ropa mojada.

Le daba miedo ir en coche, cosa que la distrajo un poco de su desdicha.

—¿No tomas el camino de Jeumont? —le preguntó de repente.

—No —contestó Simon—. Vamos a pasar por Bourges; te voy a dar una sorpresa.

Recelosa, se hundió en el asiento, sobresaltándose de pavor cada vez que adelantaba un coche.

Cuando llegaron a Bourges, Simon aparcó frente a las Nuevas Galerías. Había decidido vestir a su madre de pies a cabeza.

—¡Ni hablar, hijo mío! —gimió la vieja—. Ya ves que no puedo ni arrastrarme. Y además, no necesito nada. No, no puedo.

Pero él, implacable, remolcó de sección en sección, de piso en piso, a aquella masa jadeante que avanzaba entre los mostradores como un barco carbonero entre los muelles de un puerto. Le compró dos vestidos negros, un abrigo, ropa blanca, un par de zapatos y un inmenso corsé, rígido como una coraza, que parecía cortado en tela de somier. La madre Lachaume, desplomada en un asiento, repetía ante cada pieza:

—¿Por qué despilfarrar tanto, si no me dará tiempo a usarlo? ¡Por unos días de diferencia no vale la pena!

Simon no se hubiera afanado tanto por vestir a una obrerita a la que quisiera convertir en su amante.

Al salir de la tienda, estaba satisfecho de la nueva apariencia que había dado a la anciana, de su aire de digna madre campesina que llora de alegría por cada éxito de su hijo. La había convertido en una discreta imagen de Épinal republicana, cuya presencia en su casa de Jeumont, en lugar de perjudicarle, contribuiría a demostrar que permanecía fiel a su modesto origen. El pueblo se complace en enternecerse con los buenos hijos y aprecia las virtudes familiares de sus elegidos.

—Te aseguro que este corsé me ahoga —dijo la madre Lachaume en las afueras de Bourges. Estaba colorada y el aro de hierro la

obligaba a mantenerse derecha.

—No es nada, mamá; ya lo verás, vas a acostumbrarte.

La vieja no dijo palabra hasta Jeumont. Al entrar en el pueblo, Simon frenó bruscamente.

—¡El primer cartel! —exclamó, y saltó del coche.

Los carteles electorales, pegados a las paredes grises de un edificio escolar, estaban alineados sobre unas patas de madera. El de Simon llevaba el número tres. «Un buen número», pensó. La cola aún fresca destacaba el grano del papel vulgar, de color paja.

Simon había hecho reproducir un gran retrato fotográfico en el cartel. Los mil puntitos de tinta, brillantes de humedad, le devolvían su imagen de perfil, con el mechón en medio de la frente, el mentón alto, la mirada autoritaria, casi desafiante, tras las gafas; una de esas caras de las que suele decirse que tienen una fealdad interesante.

Echó una rápida ojeada a los carteles de sus competidores, pero enseguida volvió a mirar su tablero con satisfacción, como si fuera un espejo. Henchido de orgullo, releyó los títulos que se sabía de memoria, ya que los había redactado y sopesado él mismo con gran esmero, y a través de los cuales se presentaba a los sufragios.

SIMON LACHAUME
41 años
Caballero de la Legión de Honor
Profesor agregado de Universidad
Doctor en Letras
Ex profesor de los liceos de París
Ex director adjunto del gabinete del ministro de Educación Nacional
Periodista
Secretario general de *L’Echo du Matin*
Vicepresidente de la Asociación profesional de la Prensa
Teniente de reserva
Ex combatiente

El propósito de dicha enumeración era imponer el respeto del elector y, en primer lugar, reconfortarlo a sí mismo. «Soy yo, todo eso soy yo —se decía—. Y lo he logrado solo».

Tenía la impresión de ser su propio genitor, y no reconocía más antepasados que la universidad, las antecámaras de los ministerios, las salas de redacción y los gabinetes de Gobierno. Sólo aquello le parecía verdadero, mientras que la vieja sentada en el coche, aprisionada en un corsé demasiado rígido, le parecía irreal, inexistente, una especie de falso testimonio del pasado, o a lo sumo un error del destino al lanzar los dados. «Tenía que nacer en alguna parte…»

—No me encuentro bien —dijo a media voz la madre Lachaume cuando Simon volvió al coche—. Siento como si algo me hubiera estallado en la cabeza.

Sólo entonces Simon se detuvo a observar a la vieja con un poco de atención. Tenía el ojo del párpado caído de color vino, y en medio de la frente, en el mismo lado, le había aparecido una especie de red tupida de arteriolas violáceas, parecidas a las nervaduras de una hoja descarnada por el otoño, como si se le hubiera pegado allí.

«¡Qué se le va a hacer! —pensó Simon—. Era ella o yo».

VII

El comandante Gilon, sentado de través —pese a sus gruesas nalgas— en el borde demasiado bajo de un sillón de satén blanco, con el sombrero encima de las rodillas, seguía con una mirada desdichada los movimientos de Sylvaine Dual por la habitación.

Jefe honorario de escuadrón, antiguo dragón y oficial de órdenes del general de La Monnerie, Charles Gilon se había retirado a su posesión de Montprély, donde pasaba los mejores ratos cazando con la comitiva de Mauglaives. Era uno de esos solterones que envejecen antes de tiempo, cuya naturaleza profunda es el egoísmo, pero a quienes la ociosidad, la vanidad, la necesidad «de estar en las cosas», la afición a representar el papel de protectores o de contar los favores que hicieron a los ingratos, llevan a intervenir sin cesar en los asuntos difíciles de los demás; de esos que siempre acaban siendo testigos de los duelos, o los encargados de ir a anunciar las defunciones y las rupturas.

Con un gesto colérico, Sylvaine Dual hizo surgir sus brazos desnudos de las mangas del batín de seda verde.

—¡Parece mentira! —exclamó, dándose unas palmadas en la frente—. ¡El gran guerrero ni siquiera tiene el valor de venir él mismo!

Soltó una carcajada de despecho y continuó midiendo la alfombra, desde la ventana a la cómoda de espejos y desde la cómoda a la ventana. Su cabellera rojiza, que llevaba recogida como una aureola, redonda, brillante, cuidada, deslumbrante, resplandecía como virutas de cobre agitadas bajo el sol. Sus ojos verdes relucían, bien encajados en la órbita.

Sylvaine tenía veinticinco años. Dos arruguitas diminutas, cortas como una pluma de cisne, apuntaban en la comisura de sus párpados, pero sólo se hundirían del todo unos años más tarde; apenas habían reservado su lugar para el porvenir.

—En el fondo, Gabriel es muy bueno, ya lo sabe —dijo Gilon—; esto le hace sufrir tanto como a usted.

Sentía que se le agotaban los argumentos, que repetía las peores trivialidades y se preguntaba cómo lograría llevar a cabo su misión.

«Pero ¿qué necesidad tenía yo de meterme en esta historia?», se repetía.

Además de ser un diplomático bastante torpón, para más inri Gilon estaba perturbado por el aspecto físico de Sylvaine, por la hermosa firmeza de su carne fogosa, moldeada por el batín, por sus

piernas largas y lisas cuyo reflejo fugaz atrapaba en los espejos de la cómoda, por el perfume femenino un poco picante… «¡Gabriel no debía de aburrirse!», pensaba.

Y todo lo que Gilon había oído acerca de la joven actriz —sus inicios como animadora en un local nocturno, que había arruinado a Lucien Maublanc, el hermanastro de los La Monnerie, que se había acostado con medio mundo, que era lesbiana, que era temible—, todo aquello cuya parte de verdad y de mentira, de maledicencia y de invención ignoraba, estaba a punto de disolverse, de fundirse. «En el fondo, es una pobre chica que sufre…»

Otros sostenían que Sylvaine era flaca, fea, estúpida y vulgar. «Ya me extrañaba a mí. Gabriel no tiene tan mal gusto».

Gilon ignoraba que los que tenían ese concepto de Sylvaine la habían conocido en los tiempos no tan lejanos en que no era sino una adolescente perdida, aterrada por el hambre, venal por necesidad y codiciosa por deseo de desquite, viciosa por impaciencia y viciada por los viejos; y antes de que cierto desahogo material del cual era dueña y señora, los éxitos progresivos en el teatro, el trato con la sociedad de París y una relación físicamente más satisfactoria que las precedentes —cuyo fin le anunciaba Gilon— le diesen aquella especie de florecimiento con que se presentaba.

—Y lo que más me indigna es su manera de actuar —gritó.

—Lo cierto es que cuando se causa dolor a otro —dijo Gilon— la forma nunca es buena.

—Decírmelo a través de un tercero, a quien no conozco…, para humillarme todavía más —continuó Sylvaine, sin escucharlo.

—Yo soy amigo de Gabriel desde hace quince años. Fui su instructor en Saumur…

—A mí me da exactamente igual —replicó Sylvaine, plantándose frente al antiguo dragón—. Aunque, en realidad, ¡me alegro de conocerlo! Porque la culpa es suya, suya, de su partida de caza y de su pandilla de viejos esnobs, pero sobre todo suya. ¡Fue usted quien lo empujó a esto! Durante todo el invierno le he oído decir: «Necesito volver a practicar algún deporte. En París no hago más que dar vueltas por ahí. Me llevo tu coche, querida… Voy a pasar tres días en casa del bueno de Gilon…». ¡Y yo me he dejado engañar como… como una imbécil!

—No, le aseguro que no; yo no tengo nada que ver —contestó Gilon, mientras a la altura de sus ojos se estremecían los senos de Sylvaine bajo la seda color verde alga.

«Veamos, ¿qué me queda por hacer? —se decía—. ¡Ah, sí! El estuche, la ropa…»

—¡Confiese, confiese que no tiene excusa! —exigió Sylvaine—. Me planta de la manera más baja, más fea, como si fuese una

mantenida cualquiera.

«En el fondo, es lo que eres, hija mía, por muy apetitosa que seas», se dijo Gilon. Su rostro honrado reflejaba su parecer, y Sylvaine continuó, alzando aún más la voz:

—¡Pues una mantenida cualquiera no hubiera hecho lo que yo he hecho por él! ¡Cuando pienso que durante dos años ha vivido aquí! Era yo la que lo pagaba todo, la que le pagaba el sastre, la que le daba dinero para que fuera a perderlo en las carreras. El señor siempre decía que encontraría una ocupación la semana siguiente. Cada vez que lo pienso... ¿Sabe usted cuánto me ha costado su amigo Gabriel?

—Sí..., sí..., lo sé. Precisamente a propósito de eso... —dijo Gilon, aprovechando la oportunidad. Sacó del bolsillo un joyero de cuero rojo. Nunca se había distinguido por una delicadeza excesiva con las mujeres, y Sylvaine le parecía misteriosa, inquietante, como un animal desconocido. Temía que le tirara el estuche a la cara.

—Gabriel me ha encargado que le entregue esto...

Sylvaine cogió la caja sin decir palabra, la abrió, y ni siquiera pestañeó al ver el brazalete de esmeraldas y oro blanco.

Dentro del estuche había también un cheque doblado. El color rojo del satén, el verde de las piedras y el azul del cheque no conjuntaban en absoluto. Sylvaine desplegó el cheque y se encogió de hombros. La cifra no representaba ni la cuarta parte de lo que le había costado Gabriel.

Por un instante, estuvo tentada de hacer el gesto que tanto temía Gilon, pero la maciza solidez del comandante, así como aquella especie de indiferencia bonachona con que al hablar dejaba al descubierto la ausencia de un canino y un premolar, imponían un poco a Sylvaine.

—Prefiero no sacar cuentas —dijo secamente, al tiempo que arrojaba el estuche, el cheque y el brazalete encima de la colcha.

Gilon llegó a la conclusión de que Gabriel había sido generoso y, muy aliviado, creyó necesario agregar:

—Lo ha elegido Gabriel...

—Entonces ¿está en París? —exclamó Sylvaine.

Gilon, que había comprado el brazalete aquella misma mañana, intuyó de inmediato la estupidez de su mentira gratuita.

—No..., no... —respondió—. Lo... lo había encargado la última vez que vino.

—¿Así que la última vez que vino —añadió Sylvaine, recalcando las palabras en un tono amenazante— ya estaba decidido? ¡Y no me dijo nada! ¡Y vino a dormir aquí como siempre, como si estuviera en su casa, con toda tranquilidad! ¡Y...! ¡Será cerdo!

Gilon se frotaba el bigote corto, avergonzado, no de las infamias que le imputaban a Gabriel, sino de su propia tontería.

—¿Y puede usted decirme de dónde ha sacado este... dinero? —preguntó Sylvaine, sosegada de pronto, tendiendo la mano hacia la colcha.

—Ha... ha tenido que pedirlo prestado...

—¿Pues sabe usted lo que es su amigo Gabriel? —dijo Sylvaine, mirándolo de hito en hito—. ¡Pues es un chulo! Ha encontrado una mujer más rica que yo, con un título, con un castillo, con todo lo que hay que tener. Se casa con una fortuna, y de las buenas. Le gustan las comodidades, y las tendrá. Y de propina incluso tendrá los hijos. ¡Es un chulo y nada más que un chulo! Y en cuanto a su Jacqueline Schoudler...

—¡Le prohíbo que hable mal de ella! —exclamó Gilon—. ¡Es una mujer perfecta! He sido oficial de órdenes de su tío, el general...

—¡Una mujer perfecta! ¡No me haga reír! A los Schoudler los conozco yo, y mucho mejor de lo que cree usted. Conozco todas las historias del padre, el suicidio del hijo...; ¡vaya familia! Y ahora esa viuda inconsolable que ni siquiera es bonita y que ni siquiera es joven se compra al hermoso De Voos para alegrar sus noches. Y le da con qué librarse de mí conservando sus humos de hombre elegante. No le pregunto a usted —prosiguió— cuánto tiempo hace que se acuestan juntos; me importa un comino. Supongo que ella debe de ir a confesarse cada vez que hace el amor... Váyase, señor, váyase; ya ha hecho usted lo que tenía que hacer. Pero ellos —agregó, alzando el dedo, amenazante—, ¡ellos volverán a tropezarse conmigo!

Gilon se levantó, pero no parecía decidido a marcharse.

—Ya que estoy aquí —dijo vacilando—, ¿no cree usted que sería conveniente que... me llevara sus cosas? Eso evitaría...

Y al mismo tiempo se dirigía hacia un candelabro de cristal que le llamaba la atención desde hacía un rato.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no? —exclamó Sylvaine, intentando reírse—. ¡De inmediato! ¡No quiero nada suyo aquí!

—Y llamó a voces—: ¡Emiliana!

Apareció la doncella, con cara de circunstancias, es decir, con cara de no estar al corriente de nada. Como el apartamento de la calle de Nápoles era minúsculo, resultaba difícil que no hubiera escuchado la conversación.

—Meta la ropa del señor en sus maletas —le ordenó Sylvaine—. El señor tendrá que ausentarse durante algún tiempo.

«Parezco idiota dando explicaciones. ¿A quién pretendo engañar?», se dijo.

—¿Todas las cosas del señor?

—¡Sí, todas! ¿No se lo he dicho ya? —gritó Sylvaine, impaciente.

Y al mismo tiempo, pensaba: «¡Qué tonta he sido! Pero ¡qué tonta, qué burra!».

Y recorrió febrilmente todo el apartamento, abriendo los muebles, recogiendo una pipa, cuadernos, un paquete de cartas, gemelos, algunos libros, todos aquellos objetos que se depositan como sedimentos en los cajones de la vida en común. «¡Qué tonta! ¡Qué tonta!» Lanzó el escaso botín en un baúl abierto.

—Y esto también; podrá volver a utilizarlo con la viuda —dijo mientras arrancaba de un marco de cuero rojo colocado encima de la cómoda una fotografía de Gabriel, con el quepis ligeramente echado sobre la frente.

En el vestidor, la doncella doblaba cuidadosamente los trajes.

—¡Vamos! ¡Deprisa, deprisa! —dijo Sylvaine.

El frac de Gabriel estaba colgado entre sus vestidos.

—¡Esto déjelo! —dijo en voz baja, empujando el frac hacia el fondo del armario.

«No andará pavoneándose con el frac que yo le regalé —pensó Sylvaine—, ¡Que le compre otro ella! ¡Dios mío, qué guapo estaba con él y qué feliz me sentía yo...! ¡No, no! No voy a llorar, no voy a llorar... ¡Y por nada del mundo voy a consentir que me pisoteen y se burlen de mí así!»

—¡Y adviértale usted —exclamó, volviendo bruscamente adonde estaba Gilon— que todavía no está casado! Yo me río de todo el mundo, ¿sabe usted?; yo no tengo nada que perder ni tengo nada que temer. Así que le reservo un pequeño escándalo.

Gilon tuvo que ir y venir tres veces para cargar todo el equipaje en su coche; resoplaba, gemía.

«¡Me acordaré siempre de esta escena! —se decía—. En fin, habría podido ser peor. Le he hecho un gran favor a Gabriel. Si Sylvaine llega a decir todo eso delante de cualquier otro...»

Cuando iba a cruzar la puerta por última vez, oyó un estrépito de cristales rotos a sus espaldas. El candelabro estaba en el suelo hecho añicos.

—¡Qué torpeza, la mía! —dijo Sylvaine, que acababa de romperlo adrede para sosegarse.

Gilon vaciló, miró una vez más a la joven, desde la aureola de su cabellera pelirroja hasta las chinelas de terciopelo, y al fin se decidió a hacer algo pensando en sí mismo.

—Escuche, mi querida niña; tal vez se sentirá usted un poco sola... Yo estaré unos días en París...

—¡Ni hablar, señor, se lo ruego! —replicó Sylvaine, cerrando la puerta a sus espaldas.

VIII

Una hora antes, Sylvaine se decía: «Pasado mañana, cuando vuelva Gabriel…». Y luego tocaron al timbre, apareció aquel desconocido sentado de lado en el sillón…, y todo había terminado. Era incapaz de recordar exactamente lo dicho durante aquella hora. Ya no sabía si sufría por despecho, por humillación o realmente por amor. Una sola cosa era cierta: ya no podría vivir más en aquel apartamento.

«Pero ¿adónde voy a ir? No tengo ganas de ir a ninguna parte».

Mientras recorría la habitación, se fijó en el cheque, y empezó a echar cuentas de lo que poseía. De los dos millones que cuatro años antes le había dado Lulu Maublanc por dos gemelos que no eran de él y ni siquiera de ella, de esa suma con la que se había creído rica para el resto de sus días, apenas debía de tener en el banco cien mil francos. El resto se había ido en flores raras, perfumes y cigarrillos exóticos. Había comprado vestidos a la ligera por la sola alegría de comprar; decenas de vestidos que volvía a vender a precio de saldo después de habérselos puesto tres veces. Poseía pieles, encuadernaciones demasiado lujosas para libros sin valor y pocas joyas, porque consideraba que las joyas deben ser regalos de hombres.

Aquella facilidad para entrar en las tiendas, encargar lo que había llamado la atención, llenar su vida de objetos inútiles de los que se hastiaba al instante, alojarse en los hoteles más lujosos, donde, con sus exigencias, lograba doblar la cuenta, le daba la impresión de representar por fin el personaje que había soñado ser.

Y sobre todo Gabriel, el hermoso Gabriel, que en dos años («apenas; el 11 de abril hicimos el amor por primera vez…; por lo menos podría haber esperado el segundo aniversario…»), dos años de pérdidas en el juego, de vida noctámbula, podía cuantificarse en casi un millón.

«¡Y todo eso para quedarme en este apartamento miserable! ¡Ni hablar! ¡Mañana mismo me instalo en un hotel! Y luego vendo el coche; no quiero ver más ese coche. Cuando pienso que lo ha cogido para irse allí…»

Pero los problemas económicos eran secundarios; Sylvaine era de esa clase de seres que no llegan a inquietarse realmente antes de haber cambiado el último billete de mil francos, y que por esta misma razón bordean periódicamente los precipicios.

Los recuerdos de su antigua miseria no les sirven de lección. Lo importante, de momento, era saber si había amado verdaderamente a

Gabriel, y si lo amaba todavía.

Del cajón de la mesilla de noche sacó otra fotografía de Gabriel que no había devuelto a Gilon y que prefería a la del marco. Dispersas por el apartamento aún quedaban muchas cosas de su amante, como la boquilla de marfil, que se puso entre los labios. Aspiró el aroma de la nicotina fría y luego se tumbó en la cama para pensar.

«Tendría que haber salido con Gilon esta noche —se dijo—, y acostarme con él. Y que Gabriel lo supiera. Habría sido una bonita venganza. Aunque, en el fondo, no le habría importado en absoluto. ¿Qué puede importarle ahora? Además, ese viejo es demasiado feo, con esos dos dientes que le faltan».

Prefirió rememorar las pocas veces que había engañado a Gabriel, con antiguos amantes o con amantes casuales, pero aquello no la consoló lo más mínimo. Gabriel había sido el primer hombre que satisfizo, y durante largo tiempo, la violencia sensual que antaño la había empujado a desordenadas y ávidas búsquedas. Amaba sus músculos, su piel y su peso…

La invadió el deseo, un deseo furioso, doloroso, desesperado, que le ponía en el vientre una bola de fuego, una especie de sol remolinante. Contrajo las mandíbulas; apretó los muslos cruzados, soldados, con tal violencia que parecía que quisiera romperse los músculos. Y, bruscamente, la desgarró un espasmo semejante al rayo que atraviesa la copa de un árbol y alcanza la tierra.

Sylvaine se levantó de un salto, despavorida, con los ojos abiertos de par en par, como si acabase de hacer un descubrimiento. A continuación, se dejó caer, sacudida por el llanto, con su hermosa cabellera de cobre esparcida sobre el joyero, el cheque y el retrato del amante perdido.

IX

Todas las mañanas, hacia las ocho, un gran Rolls-Royce negro con carrocería de cupé franqueaba el inmenso portón del palacete Schoudler, en la avenida de Messine, y se deslizaba hacia el bulevar Haussmann. Los transeúntes, atraídos por uno de los coches más caros del mundo, entreveían, sentados en la parte trasera, a dos niños que, en su jaula de cristal, tapizada de claro, con apoyamanos y portarrefrescos parecían una pareja de príncipes enanos.

El coche se detenía en la calle de Ponthieu, frente al convento de los Pájaros; el chófer, quitándose la gorra, abría la portezuela, y una chiquilla que aún no tenía catorce años se apeaba.

—Hasta las once y media, Albert —decía en voz bastante alta al criado, aunque sin utilidad alguna, simplemente para guardar las apariencias delante de las compañeritas que llegaban al mismo tiempo que ella. A continuación, dirigiéndose al niño que seguía en el coche, decía—: ¡Hasta luego, Jean-Noël!

—¡Hasta luego, Marie-Ange! —contestaba su hermano.

El coche partía de nuevo hacia Passy y depositaba a Jean-Noël a la entrada del liceo Janson-de-Sailly.

Esta vez el chófer no se levantaba de su asiento. Jean-Noël, con un gesto que fingía ser indiferente, empujaba la pesada puerta del coche y, sumándose a la baraúnda del colegio, se dirigía a cualquier muchacho desenfadadamente:

—¿Qué tal, amigo? Esta mañana tenemos historia y geografía. Otra hora de aburrimiento, y con el padre Marín.

Jean-Noël llevaba pantalones bombachos, calcetines de lujosa lana inglesa y zapatos de suela gruesa, de un número demasiado grande. Así afirmaba entre sus camaradas un prestigio de gran elegancia.

Al final de la mañana, tras haberse manchado los dedos de tinta, de carboncillo y de polvo, tras haber obtenido la mejor nota de recitación y una vez que, bajo los castaños del patio de recreo, un muchacho de pelo rizado y nalgas pronunciadas le hubo contado varias historias obscenas que ni el uno ni el otro comprendían del todo, pero les causaban una emoción turbia, Jean-Noël encontraba de nuevo el gran Rolls en la puerta del liceo. Tenía la satisfacción de comprobar que entre los numerosos coches que iban a esperar a los alumnos, el de su abuelo era el más bonito; más bonito incluso que la berlina del embajador de Argentina.

Madres jóvenes, vestidas con elegancia, besaban en la frente a sus hijos, a quienes aquella ternura pública irritaba. Viejas *nannies* trataban de arrastrar a niños ariscos o bien seguían a distancia a personajillos que fingían ser independientes. Los niños más desdichados eran aquellos a quienes iban a buscar sus abuelas.

Jean-Noël, con andares a un tiempo indolentes y determinados, atravesaba el gentío de mujeres y niños reunidos en la ancha acera de la avenida Henri-Martin, en la esquina con la calle Decamps, y, una vez que le había hecho una seña con la mano al chico del pelo rizado que se perdía en la escalera del metro, se dejaba caer sobre los almohadones del Rolls, imaginándose que ya era un gran banquero, un embajador, un general o un académico célebre que iba a almorzar tras haber llevado a cabo tareas de suma importancia, cosa que tarde o temprano acabaría sucediéndole, puesto que en su familia abundaban los hombres notables.

El coche volvía a detenerse en la calle Ponthieu, donde Marie-Ange fingía estar impaciente mientras escuchaba con gran interés las andanzas de una chica rubia que alardeaba de haber sido besada por un hombre.

—Deberías probarlo; está bien, ¿sabes? —decía esta última—. Y además, no te arriesgas. Sólo es peligroso cuando un chico se acuesta encima de ti. Un día, si quieres, te besaré para que veas cómo es, aunque con una chica no es lo mismo.

¿Qué hacían exactamente los hombres cuando se tendían sobre las mujeres? ¿Qué gestos y sensaciones poblaban aquel universo prohibido, misterioso y codiciado?

El chófer cerraba la portezuela; los neumáticos cantaban sobre la calzada.

A esa misma hora, los niños de las escuelas públicas también volvían a casa, rascando el pavimento con sus pesados zuecos o peleándose a golpes de esclavina. Pero Jean-Noël y Marie-Ange habían pasado la edad de envidiarlos; ya no soñaban con la dicha de dar patadas a una pelota reventada a lo largo de la orilla, o de saltar a la pata coja en los cuadrados de una rayuela; ya no se prometían al oído: «Dentro de un rato, en el jardín, jugaremos a los niños pobres». Aquellos tiempos, que sólo databan de unos meses atrás, les parecían muy lejanos.

Ahora Marie-Ange y Jean-Noël tenían otras satisfacciones. Aunque intentaban mantener una actitud indiferente, observaban las miradas de embeleso o de envidia a su paso; atrapaban al vuelo las exclamaciones de los chiquillos, que tras silbar entre dientes, exclamaban:

—¡Caray! ¡Vaya cochazo!

Y en los rostros de los adultos, de los obreros que empujaban su

bicicleta, de los tenderos solícitos, de las amas de casa cargadas con sus capazos, de los pálidos empleados, distinguían las mismas expresiones.

Adquirían la falsa certeza de la existencia de dos mundos distintos, uno de los cuales, el privilegiado, estaba delimitado por los cristales del coche, y el otro, subalterno, comenzaba al otro lado de los mismos cristales, a partir de la gorra del chófer. Dos mundos que se veían, pero que no se comunicaban en absoluto, salvo por relaciones de vasallaje. En su universo acolchado, Jean-Noël y Marie-Ange se calentaban al sol del orgullo. Con todo, el espectáculo de una miseria excesiva, de un ciego atravesando la calle a tientas, de una vieja descarnada y harapienta, o de ciertas expresiones hostiles, les daban una sensación pasajera de culpabilidad y de vulnerabilidad a la vez. Era un ligero malestar, más que un verdadero sentimiento, porque, tal vez, un instinto oscuro les advertía de que bastaba una piedra bien tirada para atravesar la fría y transparente pared que separaba ambos mundos, y que era así como estallaban las revoluciones.

No obstante, aún podían atribuir aquellos instantes de malestar a su juventud, y creer que cuando fuesen mayores ya no volverían a experimentar jamás incomodidad alguna por ser tan afortunados.

Además, sabían que eran hermosos, y ello aún acrecentaba más su derecho a ser admirados.

El pelo de Marie-Ange había adquirido un color castaño dorado; sus ojos, de iris verdes, eran un poco alargados hacia las sienes; tenía una naricita muy fina, y su cuerpo anunciaba un porvenir de proporciones perfectas.

Jean-Noël seguía siendo rubio como cuando nació; sus ojos, más redondos, eran de un azul oscuro y profundo. Ya tenía el largo mentón de los La Monnerie y se parecía al retrato de su abuelo el poeta cuando era niño.

Si en ocasiones Jean-Noël envidiaba la libertad de los niños de la calle, era tan sólo porque le hubiera permitido rondar de noche por los alrededores de las puertas cocheras o detrás de los bancos de los jardines para ver qué hacían las parejas.

No se atrevía a preguntárselo a su hermana. Por otra parte, tal vez Marie-Ange no lo supiera. Tampoco se atrevía a contarle las historias del muchacho de pelo rizado. Se avergonzaba de buscar la amistad de aquel chico, de rodearlo de consideraciones, y de sus cuentos obscenos. Y, sin embargo, al mirar el cuerpo de su hermana, cuyos senos comenzaban a formarse bajo el austero vestido azul marino, no podía dejar de imaginar, de tratar de imaginar, más bien, los gestos y las posturas que el muchacho de pelo rizado le había hecho entrever. Y también se avergonzaba de aquello.

Marie-Ange también hubiera deseado volver a pie, porque

entonces habría podido saber qué impresión causaba el que alguien la siguiera por la calle, como le ocurría a menudo a la chica rubia. Marie-Ange se preguntaba si algún día se atrevería a besar a un muchacho en la boca, y si no debía probarlo antes con su compañera.

Así, para los dos niños, tras la rutina cotidiana de las traducciones del latín y los rudimentos de álgebra, que les enseñaban como lo más importante de su existencia y como la clave de su arraigo en el mundo, subyacían de manera permanente, angustiosa, las inquietudes del orgullo y el sexo.

Bastaba con que ciertas noches, al dormirse, temiesen no despertarse más, o que alguna mañana, sobre la bandeja de plata del correo, viesen el marco negro de una participación de defunción, o que de pronto se preguntasen qué hacían ellos en el mundo, bajo el gran cielo nublado, y por qué su padre ya no estaba, cuando tantos ancianos seguían vivos, para que les asaltase la tercera y peor angustia, la de la muerte.

No obstante, la gente mayor continuaba tratándolos con una condescendencia sonriente.

—¿Así que estos niños ya estudian humanidades? Eso está muy bien —declaraban personas de ademán grave cuyo mentón veían moverse a veinte centímetros de altura.

¡Por supuesto que estudiaban humanidades! Es decir, que frente a los tres grandes problemas del ser humano —el orgullo, el sexo y la muerte—, los dejaban solos. Solos como todos los humanos; solos ante los misterios de la sangre y del universo; solos para abrirse camino en un destino oscuro; solos para lograr algún día, tras muchos sufrimientos, disertar de forma cualquiera, o sabia, o lírica, sobre sus angustias, designándolas con los vocablos sociedad, amor y Dios. Solos...

Y entonces, al cabo del tiempo, mucho más tarde, aprenderían que las personas mayores no existen, porque sus certezas no son sino aparentes, superficiales, ilusorias, porque nadie es adulto del todo para sí mismo.

Pero mientras el gran cupé negro recorría la avenida de Messine y se acercaba al portón del palacete Schoudler, otra angustia más inmediata, más precisa, se apoderó de los niños y se impuso a sus inquietudes.

—¿Almuerza hoy en casa el abuelo? —preguntó Jean-Noël.

—Sí, creo que sí —contestó Marie-Ange.

Y los dos niños tragaron una gran bocanada de aire para armarse de valor.

X

El barón Noël Schoudler, comandante de la Legión de Honor, regente del Banco de Francia, propietario de la banca Schoudler y de *L'Echo du Matin*, presidente de las azucareras de Sonchelles, de las minas de Zoa y de otras empresas de la misma importancia, había perdido sucesivamente a su hijo, el barón François, en un suicidio del cual París lo consideraba responsable; a su padre, el barón Siegfried, casi centenario, de un ataque de apoplejía, y a su mujer, la baronesa Adèle, de un cáncer de ovario que la había extinguido lentamente, y desde entonces se encerraba en una soledad de viejo tirano.

Hasta su nuera Jacqueline, que desde el otoño residía casi a tiempo completo en Mauglaives, se le había escapado.

A su alrededor ya sólo quedaban sus nietos, así que, a falta de otra compañía, a partir de ese año el barón Noël les había concedido el temible honor de compartir las comidas y, amoldándose a sus obligaciones escolares, había hecho adelantar la hora del almuerzo.

El comedor del palacete Schoudler era suntuoso y siniestro. Sobre grandes alacenas de ébano había soperas de la Compañía de las Indias y, en su interior, cubertería de plata vienesa. Cuatro cuadros sombríos y barnizados, en pesados marcos dorados, más propios de un castillo que de una vivienda parisiense, desbordaban de frutas, verduras, faisanes muertos y glaucos pescados. Los cortinajes de terciopelo carmesí, cuya caída estaba combada por alzapaños, enmarcaban detalles frondosos del jardín, pero apenas dejaban entrar la luz.

El último lunes de abril, al día siguiente de las elecciones legislativas, Jean-Noël y Marie-Ange esperaban, como de costumbre, desde hacía largos minutos, junto a las sillas de roble con respaldo de cuero de Córdoba.

Miss Mabel, Mab, como la llamaban ellos, su antigua aya, convertida en su ama de gobierno, miraba el péndulo.

Al fin entró el barón, con un ademán sombrío y malévolo, encorvado. La edad empezaba a menguar su estatura de gigante; su corta barba se encanecía.

—¡Qué incómodo es comer a esta hora! Me desorganiza todo el día —gruñó—. Pero si yo no me ocupara de vosotros, me pregunto quién lo haría... ¡Vamos, sentaos!

La colocación en torno a la mesa, de veinte comensales, era singular. Frente a los centros de mesa y los candelabros, los dos niños flotaban en la lejanía, aislados, separados de su abuelo por una serie

de sillas vacías, ya que el barón Noël exigía que se respetasen los lugares de los muertos. Parecía que almorzaran en un panteón familiar.

El gigante presentaba el acceso a tales asientos como una recompensa futura que se hallaba tan sólo en sus manos.

—Jean-Noël, cuando cumplas quince años tendrás derecho a sentarte en el sitio de tu padre... Marie-Ange, cuando tengas dieciocho años podrás ocupar la silla de tu abuela.

Los niños apenas osaban levantar los ojos hacia él.

Los gruesos párpados del barón apenas dejaban filtrar más que un filete de mirada negra, parecido a las rendijas que ciertos escultores antiguos abrían en el lugar de los ojos en los bustos de bronce. Una noche inquietante comenzaba más allá de aquellas hendiduras. A veces aparecía en ellas un resplandor rojizo, signo de una cólera siempre esperada e imprevisible, como si de repente se prendiera fuego en el interior del metal hueco.

Pero a Marie-Ange y a Jean-Noël, la mano derecha de su abuelo les turbaba tanto como su mirada de gigante. Tenía una mano gorda y puntiaguda que parecía enrollar una miga de pan sin cesar; un gesto en apariencia trivial, pero muy inquietante, ya que entre sus dedos no había ninguna miga de pan, y el pulgar trabajaba por sí mismo, sin objeto, contra el índice y el dedo corazón.

Los dos niños no podían evitar vigilar aquel movimiento continuo, a la par que temían que su abuelo se diese cuenta de su insistencia.

—Sí —prosiguió el barón Noël—; si yo no me ocupase de vosotros... Y ahora va a ser más necesario todavía, porque, ¡pobres pequeños!, vais a ser completamente huérfanos, por así decir... Vuestra madre ya os habrá anunciado que va a casarse... ¿No? Bueno, pues os lo anuncio yo. Ya sois bastante mayorcitos para que se os hable a las claras.

En el primer momento el pensamiento de los niños no hizo más que atar cabos, presentimientos, cuchicheos de los criados, alusiones de Mab, palabras evasivas y tiernas de su madre en su última visita...: «La próxima vez quizá os dé una gran noticia...». La noticia no podía ser otra. Y seguramente su madre se casaba con aquel señor tan alto que habían visto una vez y que les había tratado de forma tan forzada, con una amabilidad excesiva y fría.

Así que una vez que su abuelo se lo hubo dicho, tuvieron la impresión de haber sido advertidos desde hacía mucho tiempo, y comenzaron a sentirse desdichados.

Noël Schoudler era consciente de que acababa de cometer una mala acción. Jacqueline, que llegaría dos días después, le había suplicado en su última carta: «Sobre todo, papá, le ruego que no les

diga nada a los niños; quiero decírselo yo misma...». Pero no había podido contenerse. Y además, ¿por qué iba a andar con miramientos con quienquiera que fuese, aunque se tratase de los niños? ¿Acaso la suerte lo trataba a él con consideración? ¿Acaso no se encarnizaba el destino, no le hería, no segaba cabezas en torno a él y le dejaba solo en aquel inmenso caserón?

¡Y cuántos agravios le inferían, que justificaban que castigase a inocentes! Se tomaba como un agravio todos los dientes postizos que tenía en la boca, los pelos blancos que le salían en la barba y el pecho en lugar del vello negro de antaño, sus angustias nocturnas... ¿Acaso sabían los niños lo atroces que eran las noches en blanco, preguntándose si moriría al minuto siguiente? Se tomaba como un agravio los dolores en la región cardíaca y en el hombro izquierdo que el profesor Lartois insistía en que no eran síntomas de una angina de pecho, sino cosa de los nervios. Pero, a fin de cuentas, ¿qué sabía Lartois? También se tomaba como un agravio la impresión de repentina debilidad que le invadía desde hacía unos meses. Nunca antes había experimentado esos instantes de absurda duda de la realidad del mundo exterior, esa sensación de extrañeza de las percepciones.

Sin contar aquel movimiento incesante de su mano derecha, del cual se daba perfecta cuenta, pero que no podía detener.

Y con todo ello, a los setenta y dos años aún trabajaba, cosa que le admiraba. ¿Cuántos hombres de su edad habían sabido mantener toda su actividad y todo su poder? De su trabajo vivirían toda la vida aquellos dos niños que bajaban la nariz hacia el plato, sentados más allá del lugar de los muertos. De su trabajo vivía Jacqueline, ya que él, por fuerza, administraba su fortuna. Y ahora un petimetre, un incompetente, un oficial sin sueldo y sin nombre, también iba a vivir de él.

Un resplandor rojizo apareció entre los párpados del barón. El fuego se avivaba en el interior del bronce.

—¡Si a vuestra madre se le ha puesto entre ceja y ceja casarse con un inútil, por lo menos podría casarse con un duque! —exclamó—. Siendo mi nuera, podría darse el lujo de casarse con quien quisiera. Pero De Voos..., De Voos... ¿Qué significa eso? ¿Qué demonios es esa falsa partícula flamenca? ¡La señora De Voos! —pronunció, encogiendo sus enormes hombros y sin pensar siquiera en recordar que la nobleza de los Schoudler, nobleza de banca, sólo se remontaba al reinado de Fernando II.

Los niños habían perdido el apetito por completo. El mayordomo les presentaba en vano, sobre pesadas bandejas, pirámides de manjares cuyo humo se retorcía como el del incienso. Una de las nuevas manías del gigante era exigir a los cocineros menús de una

abundancia desmesurada. Se servía porciones monstruosas que atacaba con gestos de ogro, pero los niños habían observado que devolvía los platos llenos en sus tres cuartas partes.

—Vamos, hay que comer —dijo.

—Gracias, abuelo, pero le aseguro que no tengo hambre —respondió débilmente Marie-Ange.

Tenía un nudo de sufrimiento en la garganta y se preguntaba si lograría contener las lágrimas hasta el final de la comida.

—Sí, lo comprendo. Pensáis en vuestro padre, pobres pequeños —prosiguió el barón, mientras seguía vertiéndoles el veneno—. ¡Qué lástima que lo conocierais tan poco! ¡Era un hombre admirable! ¡Y os quería tanto!

Mucho antes de lo que Marie-Ange preveía, se le cayeron las lágrimas, en silencio.

Miss Mabel callaba, sin atreverse a expresar su reprobación. Sabía que si decía cualquier cosa, la cólera del barón se descargaría sobre ella. Formaba parte de la familia desde hacía catorce años y conocía todos sus secretos. Su rostro, enmarcado por unos cabellos demasiado finos, que teñía a escondidas, comenzaba a arrugarse. Vivir a través del destino de terceros sólo procura escasas alegrías, pero al menos tenía la ventaja de permitirle comer en paz.

Jean-Noël intentaba no mirar a su hermana, pues sentía que él también se echaría a llorar. Pero su pena estaba atenuada por la búsqueda de una vaga y suntuosa venganza. ¿No habría manera de matar a aquel horrible señor De Voos, que iba a quitarles a su madre? ¿O de intimidarlo, tal vez? Quizá podría mandarle todos los días una carta de amenaza. También acariciaba ideas de fuga e imaginaba a su madre volviéndose trágicamente hacia aquel señor De Voos, diciéndole: «Mi hijo se ha marchado. ¡La culpa es suya!».

—Sí, ¡bonito sucesor le da! —siguió el barón Schoudler—. Y si no le importaba ni el origen social ni la fortuna, entonces haber elegido a Simon Lachaume; se lo dije mil veces. Un hombre que salió de la nada, pero que llegará muy arriba, porque yo lo he forjado. Ya lo habéis visto: desde ayer es diputado. Pasó en la primera vuelta de las elecciones, sin empate… En eso, por lo menos, tengo una satisfacción.

La cólera interior de Jean-Noël se desvió hacia Simon Lachaume. Jean-Noël aborrecía a aquel hombre de apariencia y talla mediocres, de mentón aplastado, de falanges peludas. Sentía aversión por él, sobre todo, porque el gigante se lo citaba como ejemplo en tres de cada cuatro almuerzos, y aquello habría bastado para hacerle detestar a cualquiera.

Jean-Noël se preguntó a quién quería. No quería a su abuelo, aunque hoy se sintiese vagamente aliado suyo contra el señor De Voos. Tampoco quería a su abuela La Monnerie, que era seca,

autoritaria y sorda. Tampoco quería a Mab, que era falsa y jamás lo defendía. Apenas quería a su compañero de pelo rizado, ni a ninguno de sus profesores. ¿Y a su madre...? Sí, pero ahora ya no podía seguir queriéndola..., ahora que entre ella y un hombre iban a suceder aquellas cosas que le contaba su compañero...

Se ancló en la idea de que ya sólo quería a su hermana y de que estaban solos en el mundo. Quiso levantarse y estrecharla entre sus brazos para consolarla, es decir, para llorar con ella.

Mientras tanto, el gigante, sin dejar de enrollar su miga de pan imaginaria, proseguía su monólogo.

—Podéis contar con ese hombre cuando sea, porque me lo debe todo. ¿Sabéis, hijos míos, que su escaño me cuesta trescientos mil francos? Pero así tengo un hombre en ese partido. Y, por otra parte, ¿qué partido, salvo los revolucionarios, podría negarme algo...? ¡E incluso los revolucionarios! —dijo riendo entre dientes, tras marcar una pausa—. Estoy seguro de que no son tan caros como los otros, porque no están acostumbrados. Desgraciadamente para ellos, uno no los necesita; eso es lo que los amarga... Nada resiste a la fuerza, ya iréis aprendiéndolo; nada resiste al dinero. —Continuó perorando, impulsado por la irreprimible necesidad de oírse pronunciar aquel discurso, indiferente a sus interlocutores—. Nada se me ha resistido jamás, porque siempre he tenido fuerza y dinero. Nada, ni nadie; ni siquiera...

Iba a decir «mi hijo». El filete de su mirada negra se dirigió hacia el asiento vacío que le había prometido a Jean-Noël. Con todo, logró contenerse y, expresándose de forma indirecta, afirmó:

—Soy un hombre de la clase de Pedro el Grande.

En aquel momento anunciaron a Simon Lachaume, que iba a traerle a su «patrón» y protector los primeros ecos de su triunfo.

—Sí, podréis contar con él —repitió maquinalmente el barón Noël.

A continuación, su rostro se hundió un poco y el filete de mirada negra se empañó, como si el bronce se llenase de cenizas.

—Vuestro pobre padre también quería ser diputado —dijo.

Marie-Ange estalló en sollozos, sin que ello guardara relación alguna con las últimas palabras pronunciadas. Dejó la servilleta y abandonó el comedor, al tiempo que pronunciaba vagas excusas.

—Tú no llorarás, supongo —dijo el gigante, observando las hermosas pestañas humedecidas de Jean-Noël—. Un hombre no llora. Y menos un Schoudler. ¡Jamás!

Se tragó el café hirviendo, luego se levantó y, posando su pesada mano sobre el frágil hombro del niño, dijo:

—Algún día te acordarás. Algún día dirás: «Yo tenía un abuelo a quien su época le quedaba estrecha, pero que en otros tiempos habría

podido construir ciudades, crear industrias, abrir provincias a la prosperidad… Uno de esos individuos que son los verdaderos jalones de la historia…». Vamos, pequeño. Ojalá me iguales, pero mucho me temo que no lo logres.

Y salió, tan ancho como las puertas, para ir a recibir a su visitante.

Unos minutos más tarde, en el asiento del Rolls, mientras Marie-Ange se daba golpecitos en la cara con un pañuelo mojado, para no llegar a clase con los ojos hinchados, Jean-Noël comentó:

—¿Tú no crees que el abuelo está un poco loco?

Pero rechazó aquel pensamiento apenas lo hubo expresado. No, un hombre que poseía un coche tan bonito, que estaba rodeado de criados tan respetuosos y que podía pagar trescientos mil francos por un escaño, como si comprase una localidad en el teatro (cosa de la que Jean-Noël no dejaría de alardear ante sus camaradas; cosa que, al menos, sería un consuelo), un hombre así no podía estar loco, no cabía la menor duda.

XI

Habían acordado que la boda tendría lugar en Mauglaives, en la capilla del castillo, ante una concurrencia limitada a unos cuantos íntimos, y que no sería anunciada en los periódicos hasta una vez celebrada.

«A nuestra edad —dijo Jacqueline—, reunir a trescientas personas para hacerles saber que por la noche…; no, es un poco ridículo. A los veinte años tiene mucho encanto, pero…»

Jacqueline ya había protagonizado una gran boda, y no deseaba volver a la misma alcaldía y la misma iglesia donde se había casado con François. Por su parte, Gabriel, en París, temía una locura de Sylvaine.

«En el fondo, he sido bastante cruel con esa pequeña —se decía—. Pero ¿había otra forma de proceder? Cuando se conquista la felicidad, es preciso arrebatársela a otro».

Porque Gabriel era feliz. Continuaba viviendo provisionalmente en casa de su amigo Gilon, pero pasaba gran parte del tiempo en Mauglaives, y todas las noches, al volver a Montprély en el nuevo automóvil que acababa de adquirir, gracias a un «préstamo» de Jacqueline, aspiraba el aire fresco del campo y experimentaba un entusiasmo que no recordaba haber sentido nunca. «¡Qué árboles tan hermosos! ¡Y el suelo, y la tierra! ¡Aquí está la verdad! Nadie creerá que no me caso por dinero… ¡Y qué más da! Que piensen lo que quieran, puesto que Jacqueline y yo sabemos la verdad. ¡Ay, me he olvidado de decirle…!»

Siempre se olvidaba de decirle infinidad de cosas a Jacqueline, pero ya tendría tiempo el día siguiente, o el otro, o toda la vida. De repente su existencia estaba llena, tenía un sentido, una dirección. «¡Y pensar que me he preguntado tantas veces qué pintaba yo en la Tierra! ¡Bueno, pues ya está! ¡Era para esto!»

Y hasta altas horas de la noche torturaba a Gilon, que se caía de sueño. Gabriel no podía parar de hablar y se servía seis vasos de aguardiente sin darse cuenta. Pero a medida que se acercaba la ceremonia, Jacqueline se mostraba nerviosa, reticente.

—¿Quiere que lo suspendamos todo? No nos casemos, si cree que no debe —le dijo Gabriel la antevíspera con gran dignidad, pero con un atisbo de cólera—. Todavía estamos a tiempo.

—No; no me guarde rencor, Gabriel —contestó Jacqueline—. Pero compréndame: soy como un caballo que ha sido herido al subir por

primera vez a un furgón, y que tiene un miedo instintivo de volver a entrar en él; eso es todo.

Lo cual, dicho a las claras, significaba: «¿No estaré predestinada? ¿No me expongo a otra desdicha…?».

—Lo comprendo muy bien —dijo Gabriel, grave—; y quisiera que supiera que respeto profundamente su…, ¿cómo decirlo…?, su recuerdo. Nunca le pediré que olvide su pena.

—Perdóneme, pero aunque me lo pidiera, no podría olvidarla —dijo ella, levantando tristemente los hombros. Permanecieron callados un instante.

—Sé que piensa a menudo en François —prosiguió Gabriel—, y así es como debe ser. No se oculte jamás. Por lo que usted y otros me han dicho, es un hombre por quien siento una gran admiración.

—Gracias —dijo ella posando la mano sobre el brazo de él.

Era la primera vez que Gabriel, en sus conversaciones, llamaba al primer marido de Jacqueline por su nombre, y no por incómodas perífrasis a las que había recurrido hasta entonces. Y su tono parecía completamente sincero.

Andaban poco a poco, el uno junto al otro, por el parque. Jacqueline sentía que se le humedecían los ojos. Aquella propensión a las lágrimas que tenía desde hacía algún tiempo la exasperaba.

De pronto Gabriel se sorprendió pensando: «El muerto reaparece».

—¡Con qué maldad me mira de repente, Gabriel! —exclamó Jacqueline.

—No, no, en absoluto… Estaba reflexionando… acerca de todo lo que nos separa…, de mi pobreza… Me pregunto si tengo derecho…

Era su artimaña habitual y casi inconsciente en cuanto surgía algún roce entre Jacqueline y él; invocaba su falta de fortuna.

Jacqueline levantó la mano, como para cerrarle la boca. —Se lo suplico, Gabriel; ya hemos discutido bastante al respecto. Poseo una fortuna personal suficiente para dos, y no tengo que dar cuentas a nadie. Es una gran dicha para mí poder proporcionarle la clase de existencia segura que le impedía ser usted mismo… ¿Acaso no se lo he demostrado? —agregó con una sonrisa, haciendo referencia a las sumas que ya le había «prestado», entre las que figuraba el cheque de Sylvaine Dual.

El destino de aquel hombre de un metro ochenta y cuatro, de una valentía física excepcional, demostrada en varias ocasiones en el campo de batalla, y de un aspecto más marcial que viril, era inspirar a las mujeres el deseo de protegerlo, es decir, de descubrir y de servir sus flaquezas secretas. Su debilidad era la falta de dinero, y al colmar sus necesidades, de algún modo las mujeres se vengaban de él, se aseguraban su posesión.

Le tocaba a Gabriel colocar la mano sobre el brazo de Jacqueline,

a la par que murmuraba:

—Gracias.

Se miraron.

«¿Cómo podría renunciar a una mujer que me da tanto, y con tanta delicadeza...?», pensaba Gabriel.

«¿Cómo podría soportar prescindir de la presencia de este hombre tan recto, tan leal, que ha colmado tantos vacíos y que se ha convertido en mi amigo más cercano?», se decía Jacqueline. Y agregó en voz alta:

—¡Y pensar que la primera vez que le vi me resultó bastante desagradable! Me pareció antipático.

Era sincera en su recuerdo, pero llamaba antipatía a lo que no había sido más que la desconfianza en un atractivo inmediato. Se rieron juntos.

—¡Querido mío! —murmuró Jacqueline.

Y su mano pequeña, elegante, de dedos frágiles y finos, buscó la hermosa mano de grandes uñas claras de Gabriel. Eran muy felices.

Sin embargo, tenían prisa por que aquella época de noviazgo terminase, como si, para sus adentros, temiesen alguna catástrofe.

Al fin llegó la mañana de la boda.

Al mirarse en el espejo largo y estrecho que ocupaba un ángulo del vestidor, Jacqueline tuvo una alegría. Su vestido era muy sencillo, de ciudad, de un tono turquesa, pero era un vestido de color.

«Me sienta muy bien —pensó—. Aún parezco joven».

Desde hacía ocho años se habían sucedido las defunciones en torno a ella a una cadencia tal —muerte de su padre, muerte de su marido, muerte de su tío el general, muerte del barón Siegfried, muerte de su otro tío el diplomático, muerte de su suegra...— que Jacqueline no había cesado de llevar luto.

Y he aquí que el destino concedía a Jacqueline una tregua, le daba derecho de nuevo a la frescura, a la diversidad, a los tonos claros.

La señora Florent, que ayudaba a Jacqueline a vestirse, no dejaba de charlar detrás de ella, para liberar la emoción que embarga a los criados viejos cuando en la vida de sus amos se producen grandes acontecimientos.

—Qué gusto tener a un señor joven en el castillo, y que la señora baronesa ya no esté sola. Además, Laverdure le decía a menudo a Florent que en las cacerías faltaba un señor joven y perspicaz que lo ayudara de verdad...

De repente, Jacqueline se estremeció al mirarse la mano. Seguía llevando la alianza de su primer matrimonio. «¡Es horroroso! —pensó—; iba a subir así al altar». Desde el día lejano en que François se la había puesto en el dedo («catorce años y diez meses..., la salida de

Saint-Honoré d'Eylau…; temíamos que lloviera y no llovió…; el gran dosel rayado encima del pórtico…; me parece volver a verlo de tal manera…; no, no debo pensar más en eso…») no se había quitado la alianza más que una sola vez, hacía poco, en la joyería, la mañana en que le habían tomado la medida, por otra parte idéntica, del nuevo anillo.

«¿Y por qué no puedo llevar los dos? —se preguntó—. No, eso no se puede hacer. Además, seguramente a Gabriel le molestaría… François, te lo prometo: haré fundir nuestras dos alianzas para hacer una sortija que llevaré siempre».

Volvió a leer la carta que le había escrito François unos minutos antes de suicidarse y que siempre llevaba consigo, como una reliquia, en una cartera negra. La caligrafía era rápida, nerviosa, sin puntuación.

> Jacqueline te suplico que vivas, te suplico que seas feliz. Yo [faltaba la palabra estoy, «omisión terriblemente significativa», había dicho el profesor Lartois] seguro de que existe en el mundo otro hombre que puede ocupar a tu lado el lugar que yo ya no me siento digno de seguir ocupando…

Jacqueline besó la carta y volvió a doblarla con respeto. «Ya lo ves, François —pensó—; te obedezco. Actúo conforme a tu voluntad. Estoy segura de que Gabriel te hubiera gustado, de que te gusta, de que es el que tú habrías designado».

En eso, como en la fundición de las alianzas, sentía que buscaba un subterfugio, una falsa excusa.

El viejo marqués de La Monnerie debía conducir a su sobrina al altar. Fue Jacqueline quien guió al ciego a través de la capillita sombría, cuya decoración había sido modificada hacia 1830, en gótico de la época.

Gabriel se había puesto por última vez su hermoso uniforme rojo de espahí, con todas sus condecoraciones. Acababa de presentar su renuncia en el ejército.

—He querido ponérmelo —le murmuró a Jacqueline— porque me ha conducido hasta ti.

El comandante Gilon, que ejercía de primer testigo de Gabriel, estaba exultante de alegría. Se consideraba el verdadero artífice de la boda y alardeaba de ello.

Unos cuantos parientes y unos cuantos señores e hidalgos de la vecindad completaban la asamblea. En la primera fila del personal, la mujer de Florent y la de Laverdure se secaban los ojos.

La ceremonia fue ennoblecida por la presencia, frente al tabernáculo, del padre Boudret. El dominico que había convertido a

Jacqueline, que la había salvado de la demencia y tal vez de la muerte en los primeros meses trágicos de su viudez, había venido de París para bendecir aquella unión.

El fraile tenía la sensación, a la vez satisfactoria y un tanto melancólica, de haber culminado la obra que había emprendido con Jacqueline.

«¿Funcionará?», se preguntaba.

Sus gestos tenían tal majestad natural que parecían proceder a una consagración.

Jacqueline alzó los ojos hacia el rostro de Gabriel, de mandíbulas angulosas, ligeramente crispadas. Y de repente volvió a ver, con una extraña precisión, superponiéndose al perfil de Gabriel, el de François; y, como en su primera boda, estuvo a punto de desvanecerse, pero no era por su emoción presente, era tan sólo por el recuerdo de su emoción de antaño.

«En el fondo, tenía el presentimiento de que sucedería una desgracia», pensó.

«¿Estará pensando en... la otra vez?», se preguntaba Gabriel.

El padre Boudret bendecía los anillos de platino, mientras la nueva pareja permanecía bajo su mirada atenta y profunda.

En la ficha del Pabellón Sévigné, en Vichy, primera etapa de su viaje hacia el Mediodía, Gabriel se inscribió por primera vez como «conde De Voos». Jacqueline sabía perfectamente que la espiga invertida del escudo del anillo de Gabriel no representaba sino la *v* de su apellido. Sin embargo, aprobó la decisión de su nuevo marido con una especie de muda complicidad. «En el fondo, el noventa y nueve por ciento de los títulos de hoy en día no son más que títulos de cortesía», pensaba. Y de todas maneras, prefería que la llamaran «señora condesa» que «señora» a secas.

Sobre todo experimentaba un gran alivio al no tener que llenar ella misma la ficha. Su situación un poco humillante de mujer sola había llegado a su fin. Estaba protegida de cara a la sociedad.

—Subamos a lavarnos las manos, y luego bajemos a cenar —dijo Gabriel—; es muy tarde.

Durante la cena, al fondo de la sala casi vacía, Jacqueline observó de repente:

—Pero ¿por qué hablamos en voz baja? No tenemos por qué ocultarnos.

—Es verdad —dijo Gabriel, riéndose.

Él mismo cogió la botella de champán y llenó las copas.

Cuando volvieron juntos a su apartamento, amueblado en un falso Louis XVI gris perla, lo primero que vio Gabriel desde la puerta fue la fotografía de François, colocada sobre el tocador.

Sus facciones se endurecieron y sus hermosos ojos castaño claro,

de grandes pupilas, por un instante parecieron completamente negros.

«¿Qué debo hacer? —se preguntaba al desnudarse—. Es preciso que ponga punto final a eso inmediatamente. Pero si me pongo a gruñir, conociéndola como la conozco, se enfadará. Sería absurdo que empezáramos armando un escándalo por culpa del otro. Se lo diré mañana. Al fin y al cabo, ¡me importa un comino!»

Pero se dio cuenta de que se equivocaba al no expresar de inmediato su disgusto. Por su parte, Jacqueline, que había comprendido el sentido de la mirada de Gabriel, se decía: «Soy estúpida. Debería haberme fijado. ¿Qué voy a hacer ahora?».

Cuando Gabriel volvió a la habitación de Jacqueline, en pijama de seda, observó que la fotografía estaba colocada horizontalmente sobre la mesa, y medio cubierta por objetos de tocador.

Gabriel llevaba cinco semanas de castidad, con la voluntad de purificarse. Su primer abrazo fue rápido y violento.

Jacqueline se dirigió a toda prisa al cuarto de baño.

«Evidentemente, sería absurdo tener un hijo tan pronto; con François quedó embarazada enseguida», se decía él mientras la esperaba.

Cuando Jacqueline volvió, él había encendido un cigarrillo.

«Exactamente como François», pensó ella.

Él volvió a tomarla casi enseguida y de una manera más prolongada, que esta vez permitió a Jacqueline alcanzar una dichosa expansión.

Cuando él la contempló, ella tenía los ojos cerrados; las lágrimas le corrían por debajo de los párpados y hacía un gran esfuerzo para disimular los sollozos que le sacudían el pecho. Gabriel experimentó un gran orgullo.

—Perdóname, perdóname —murmuró Jacqueline—. Soy muy tonta, ¿verdad? ¡Hacía tanto tiempo...!

Y aquel «tanto tiempo» bastó para herir el orgullo dichoso de Gabriel, que tuvo la certidumbre de que Jacqueline volvía a pensar en François en aquella misma situación. «A fin de cuentas, es natural, es casi obligado —se dijo—. Cuando se hace el amor con otro, no se puede evitar pensar en el precedente, sobre todo si con éste se ha estado meses y años».

¿Acaso Gabriel podía evitar pensar en la voracidad de Sylvaine, recordar sus largos estremecimientos, volver a ver los mechones de fuego en el vientre y en las axilas, las tres aristas de un triángulo infernal? ¿Podía evitar comparar los perfumes de las dos mujeres?

A través del ligero camisón que Jacqueline había conservado por pudor, se perfilaba su cuerpo y su pecho, al que los años y dos maternidades habían dado cierta gravidez.

«He estado con chicas de burdel, con bereberes...», pensaba

Gabriel. Y a pesar de lo que se había prometido, dijo de repente:

—¿Piensas mantener esa fotografía siempre a tu lado?

Jacqueline le miró, desdichada.

—No, perdóname, Gabriel. Hace un momento lo he comprendido perfectamente… Pero no es culpa mía. La doncella deshizo la maleta. Sacó el… marco sin saber…

—De todos modos, te habías tomado la molestia de coger la foto —dijo Gabriel.

—Escucha, creía que habíamos acordado…

—Sí, sí —dijo él—. No tengo ninguna razón para pedirte que no conserves esa fotografía. Es perfectamente comprensible.

Volvió a tener la certidumbre de que cometía un grave error de táctica al hacer esa concesión, pero quiso mostrarse conciliador.

Al alegar razones cristianas para no entregarse antes del matrimonio, Jacqueline había dejado en el aire la incertidumbre acerca del entendimiento carnal que tendría la pareja. Tras la primera noche, aquella inquietud se había disipado.

—Además, querido —agregó Jacqueline, muy suavemente—, ten presente que si François no hubiera muerto, nosotros no nos habríamos…, en fin…

«¡Por supuesto!», pensó Gabriel, que por el mero hecho de estar vivo, se creía el vencedor.

Con un dedo ligero, emocionado, Jacqueline tocaba la cicatriz sonrosada que dividía en toda su longitud, como la hendidura de un pan, el antebrazo izquierdo de Gabriel. François tenía una en el costado derecho; un surco de piel delicada, más clara, un poco fruncida, que le había causado el estallido de una granada.

—Decididamente, estoy destinada a los hombres con heridas —murmuró Jacqueline sonriendo.

A partir de entonces, fueran adonde fueran, Jacqueline siempre colocaba la fotografía de François en su habitación. Había deslizado en el marco —otro subterfugio— los retratos de sus dos hijos, que ocultaban en parte la imagen de su padre. Pero por encima de ellos, la mirada del muerto seguía siendo visible.

2. El teatro de Deux-Villes

I

Frente a la chimenea enmarcada por dos columnitas de mármol verde, Simon Lachaume se ponía los gemelos.

El techo del apartamento era bajo, como sucede a menudo en los edificios de la orilla izquierda del Sena. Éste, donde vivía Marthe Bonnefoy, daba al Quai Malaquais. Tras las cortinas echadas, la tarde brumosa de finales de septiembre caía sobre el Sena y rodeaba de algodón el palacio del Louvre y sus jardines.

El nuevo diputado acababa de vestirse sin prisa. La luz tamizada, las telas de seda que tapizaban los sillones de madera, las llamas de los pequeños leños en la chimenea de diseño de templete antiguo, todo ello inspiraba una sensación de confort elegante, cálido y feliz.

Simon Lachaume sabía que dentro de un momento, en cuanto bajase, levantaría los ojos hacia la ventana, con una mirada de ternura y de orgullo a la par. Recordó una noche glacial, ocho años antes, en que regresaba de ver morir al poeta Jean de La Monnerie y andaba por aquel mismo muelle desierto, hacia la una de la madrugada, abrigando la esperanza de que su verdadera vida al fin cobrara forma. ¿Cómo podía imaginar, entonces, que su destino le haría detenerse —dichosamente— en aquella casa, por la que se habían deslizado sus ojos, entre otras fachadas?

En silencio, Simon se demoraba contemplando el hogar, en cuyas llamas festoneadas, regulares, creía distinguir todo un paisaje de agosto, un gran campo segado, abrasado por el sol, con el trigo cosechado reunido en gavillas, o los haces alineados sobre los rastrojos, mientras los soldados dormían durante un descanso de grandes maniobras. Al mismo tiempo, pensando en el enternecimiento que experimentaría más tarde, cuando el instante presente resurgiese en su memoria, sentía aquella especie de nostalgia anticipada que es la conciencia misma de la dicha.

¡Qué preciosa era para él la mujer cuya casa, cuya carne y cuya palabra le proporcionaban aquel sosiego tan benéfico, aquel rato risueño!

Desbordaba de una gratitud universal y apenas expresable por haber conocido, una vez cumplidos los cuarenta, a una amante como ella, al lado de la cual aún se sentía joven y tenía la impresión de descubrirse de nuevo, de ser novicio tanto en las intrigas mundanas como en las caricias del cuerpo…

Se volvió hacia ella y dijo, dulcemente:

—Gracias, Marthe.

—Pero ¿por qué, querido Simon? —preguntó ella, con una sonrisa.

Él hizo un gesto vago.

—Por existir... —contestó.

Marthe Bonnefoy tenía cincuenta y seis años, una hermosa cabellera plateada, vivaz, leve y sedosa, que peinaba hábilmente y que, lejos de envejecerla, le servía de adorno, encima de unos hombros magníficos. Tenía una sonrisa inagotable, de dientes perfectamente alineados y brillantes, y cuando había terminado de sonreír, la piel de sus mejillas aún sonreía, resplandecía.

No temía la sociedad de las jovencitas; a su lado, éstas parecían pertenecer a otra especie, a otra raza menos evolucionada, y era como si Marthe Bonnefoy les dijera: «He aquí, hijas mías, he aquí lo que es preciso llegar a ser». Entre las mujeres que habían pasado los treinta no conocía rival.

—¿Marthe? Es uno de esos fenómenos de los que sólo existen uno o dos cada siglo; es Ninon de Lenclos... Acostarse con ella es uno de los medios para alcanzar la posteridad —declaraba complacido, con una autoridad de experto, el dramaturgo Édouard Wilner.

A las perfidias de las amigas envidiosas, Marthe Bonnefoy respondía, con la sencillez que le otorgaba la certidumbre de su superioridad:

—No, no he llevado una vida más disoluta que otras mujeres que conocemos. Si he tenido más amantes que ellas, es porque he seguido siendo comestible durante mucho más tiempo; eso es todo.

Simon la contemplaba, sentada, con su amplio salto de cama de satén negro, bordado de tul blanco, que le rodeaba altivamente la cabeza con una gorguera almidonada, le bajaba a lo largo del pecho como el agua de una cascada, rebotaba sobre la rodilla lisa y redonda, e iba a expandirse circularmente sobre la alfombra. Le recordaba a no sabía exactamente qué cuadro ilustre o qué obra maestra jamás pintada, a la cual podría haberse parecido.

Simon se abrochó la chaqueta.

—¡Oh, te lo ruego, querido; no sigas llevando ese horrible brazalete! ¡Es tan provinciano! —dijo Marthe—. Y no cambiará en absoluto la pena que puedas sentir por la muerte de tu madre...

—Sí, ya lo sé —dijo Simon buscando una excusa—. Me lo había puesto para ir a mi circunscripción.

—No es cierto; lo llevas siempre. Basta con una corbata negra, te lo aseguro.

Fue a buscar las tijeras de cortar las uñas al tocador.

—Vas a darme ese gusto, ¿verdad? —Y se puso a descoser de la manga de Simon el trozo de paño mate y rugoso.

«Sólo tiene diez años menos que mi madre… Es extraordinaria», pensó Simon.

Su mirada volvió a posarse en la chimenea. Sobre la repisa de mármol verde, encima del frontoncillo del templete, estaban colocadas, como dioses lares de la morada, fotografías de varios hombres, políticos en su mayoría y todos célebres, o que en su época habían sido conocidos. Las dedicatorias, elogiosas, afectuosas, estaban redactadas de forma que daban a entender algo más que el sentido literal de sus términos discretos. Édouard Wilner, que en aquella galería íntima representaba la gloria literaria, en vez de escribir «A Marthe», había cruzado su imagen con un «¡Ah, Marthe!» seguido de diez puntos suspensivos. El retrato del profesor de Medicina Émile Lartois, en uniforme de académico, llevaba una inscripción dispuesta de modo muy artístico, pero casi ilegible. Entre aquellos rostros de desigual tamaño, que se tapaban el uno al otro, se podía reconocer a varios presidentes del Consejo; los más antiguos, de un color sepia un poco desvaído, eran rostros de muertos y ya pertenecían a la historia. Con los vivos se habría podido constituir sin dificultad un ministerio. De hecho, no se formaba ninguno sin que Marthe Bonnefoy fuera consultada por sus amantes —pasados, recientes o presentes—, sin que participase en las intrigas, sin que reuniese en su casa, en una atmósfera amistosa, a adversarios que no hubieran podido encontrarse en otra parte, sin que diese su parecer sobre la distribución de carteras ni sin que se las arreglase para colocar a sus protegidos.

Salvo que cometiese una falta imperdonable, Simon tenía la promesa de llegar a subsecretario de Estado en breve.

Mientras fingía que seguía calentándose, Simon se divertía comparando la caligrafía de sus predecesores, las firmas retorcidas, prudentes, las rúbricas hechas a hachazos; constató, además, que entre las fisonomías expuestas muchas se le parecían, como si un mismo tipo de hombre con gafas, medio calvo, de mandíbula ancha y aplastada, fuese una constante en la vida de Marthe. Tal vez porque aquel tipo de hombre llegaba con bastante frecuencia al poder…

Por encima de las fotografías, miró en el espejo su propia imagen, viva y coloreada. Marthe Bonnefoy respetaba el silencio de Simon, consciente de que cuando un político no habla, acostumbra a estar pensando en sí mismo, reflexionando a fin de justificar sus ambiciones y su carrera.

—En el fondo —dijo Simon de pronto—, la República suele estar gobernada por hombres feos.

Marthe adoptó una expresión que parecía significar: «Yo siempre he sido bastante hermosa para valer por dos…».

Luego dijo en voz alta:

—Ya conoces la sentencia de Talleyrand: «En un hombre, la

belleza hace ganar quince días».

El rostro de Simon se iluminó; no, no conocía la frase del seductor cojo, y la tomó como un regalo.

A decir verdad, a Marthe no le gustaban los hombres bellos, ni la apariencia física era determinante en sus inclinaciones amorosas. Ella amaba a los hombres de talento y, sobre todo, a los que gobernaban, a los que eran capaces de gobernar, o a quienes ella convertía en gobernantes.

Hecha en cuerpo y alma para ser la amante de un rey, invalidaba el tópico según el cual ciertos seres no triunfan porque no pertenecen a su siglo. Había llegado a ser reina bajo la República, cambiando de príncipe con la misma frecuencia que el pueblo, y previendo con extraordinaria seguridad, en sus gustos personales, los del parlamento. Encarnaba a la tercera Marianne. Se complacía en retocar las corbatas mal anudadas al cuello de los tribunos, en acariciar las panzas pesadas tras los banquetes electorales y escuchar hablar de los créditos para el ejército mientras extraía los puntos negros de la espalda del poder.

¿Acaso un predecesor de Simon, cuando era ministro de Bellas Artes y debía encargar un nuevo busto de la República, no había llevado la galantería hasta el punto de sugerir al escultor que tomase como modelo a Marthe Bonnefoy? Así, en numerosos ayuntamientos de Francia, se leía los artículos del código civil a los recién casados bajo la efigie blanca y soberana de Marthe.

Con todo, a Marthe no le entusiasmaba el fasto. Le encantaba vivir en el corazón de París, frente al enorme palacio donde hubiera vivido de haber nacido unos siglos antes, en aquel apartamento de techos bajos, amueblado en estilo Directorio —«Diana de Poitiers alojada en casa de la señora Tallien», decía Lartois— y que era el primer lugar adonde a sus «grandes amigos» se les ocurría ir a compartir sus triunfos o sus derrotas.

Mucho después de haber terminado una relación regular, ella aceptaba todavía, de vez en cuando, pasar con ellos una noche sazonada de recuerdos. Tenía su manera de demostrarles que seguía ligada a ellos, en cualquier circunstancia de su fortuna variable. Y el amante de ese momento difícilmente podía inquietarse, pues sus predecesores ¡ya le habían hecho tantos favores!

Por otra parte, Marthe Bonnefoy conservaba, desde sus inicios, un marido anciano y lejano, que vivía retirado en una discreta opulencia provinciana, y al que visitaba durante las vacaciones de los parlamentarios.

Cuando Marthe Bonnefoy cambiaba de favorito, tenía la encantadora costumbre de invitar a cenar, junto a éste, a algunos de sus «grandes amigos», para que estuvieran al corriente sin necesidad de decirles nada.

Al salir de la última de aquellas cenas, Édouard Wilner le había dicho a Simon en la escalera, poniéndole la mano encima del hombro:

—¡Qué tesoro, Marthe…! ¡Nos presenta a tanta gente!

Simon había tenido la suerte de que Marthe se hubiera fijado en él, inmediatamente después de las elecciones de abril, como en uno de los hombres más interesantes de la nueva legislatura.

—El género es bueno —había dicho Robert Stenn, el presidente del grupo parlamentario al que pertenecía Simon—. A ti, Marthe, te corresponde darle el corte.

—¿Por qué no? —había contestado ella con su hermosa sonrisa.

Y ahora Simon era el benjamín de aquella camarilla de hombres poderosos que no podían dejar de ayudarlo a trepar la escala de los honores, ya que Marthe le había iniciado en sus secretos, sus intrigas y sus vicios.

Marthe había hecho de Simon uno de los posibles herederos del trono de quince asientos llamado el Banco del Gobierno, y cuando lo viera sentarse en él, tendría la alegría de poder afirmar: «¿Lachaume? ¡Nosotros lo aupamos!».

«Nosotros», es decir, ella y los hombres de la chimenea.

«En un hombre, la belleza…», se repetía Simon a fin de retener la ocurrencia de Talleyrand. Y al pensar en Talleyrand se acordó del padre de Noël Schoudler, el viejo barón Siegfried, que de niño había visto al ilustre diplomático. «¡Y pensar que he conocido a un hombre que había visto a Talleyrand! Con qué facilidad da uno la mano a la historia…»

Y aquello lo condujo a su principal inquietud del día.

—Marthe —dijo—, Noël Schoudler me preocupa. Tengo la impresión de que ya no es dueño de sí mismo. Esta mañana un loco le ha propuesto construir un ferrocarril que cruce África, del Congo a Zanzíbar. Ha mirado el mapa del mundo y ha contestado: «El único que puede financiar su proyecto soy yo. Yo formo la sociedad. Dentro de seis meses podrán empezar los trabajos». Puede que mañana le presenten un estudio para construir un túnel bajo el canal de la Mancha y dé la misma respuesta.

Y Simon enumeró las extravagancias del banquero en el curso de los últimos meses. Schoudler había comprado el teatro Taima, que estaba en quiebra y había puesto dos millones en una casa de costura cuyas colecciones hacía que se le presentasen en su salón de la avenida de Messine. Parecía que hubiera decidido extender su poder, febrilmente, a todas las ramas de la actividad humana. Para *L'Echo du Matin*, donde Simon, que no podía continuar asumiendo las funciones de secretario general tras su elección, había sido nombrado administrador, Noël Schoudler también tenía un ambicioso proyecto; quería convertirlo en un periódico mundial, sacar una edición en

Londres, otra en Nueva York, otra en Roma y otra en Río.

—Temo que termine en una catástrofe —concluyó Simon—. Es un hombre a quien debo mucho y soy casi el único a quien todavía escucha. ¿Qué debo hacer?

Marthe Bonnefoy encendió un cigarrillo y dio algunos pasos, rodeada por los pliegues sedosos de su salto de cama.

—¿Sigue haciendo ese movimiento raro, como si hiciera girar una bolita con los dedos? —preguntó—. Resulta molesto, desagradable... —Siguió reflexionando—. No hay nada que hacer, querido Simon —prosiguió—. Si quieres llevarle la contraria, tarde o temprano os enfrentaréis. Así que consiente sus manías, pero vigílalo.

Sabía por experiencia que la sociedad está constituida de manera que nadie se atreve a tocar a sus viejos ídolos, aunque sus virtudes decaigan. Los primeros en darse cuenta de que ya no se puede creer en ellos se ven paralizados por los que todavía creen; las leyendas difunden demasiado terror, demasiados diáconos se nutren todavía de su servicio para que se las pueda tocar, y es preciso esperar a que se derrumben ellos solos sobre la podredumbre de sus pedestales.

—El delirio de grandeza, en los que la han alcanzado, es una cosa extraña y sin embargo frecuente —continuó Marthe—. Nuestro amigo Stenn me lo explicó un día, con la inteligencia que ya le conoces. Al parecer, es increíble el número de ancianos que siguen dirigiendo enormes empresas, e incluso el país, aunque se hayan vuelto completamente locos, presos de una especie de delirio senil por el poder.

Marthe Bonnefoy se acercó a Simon, le pasó el brazo alrededor del torso y, dirigiéndose a su doble imagen en el espejo, dijo:

—Además, si Schoudler se hunde, caerá forzosamente sobre las espaldas de Anatole Rousseau. Y me parece que eso les gustaría bastante a Stenn y a los amigos de tu grupo. Supongo que te estarían muy agradecidos si pudieras dar un empujoncito...

—Pero Marthe, Rousseau es mi antiguo jefe, ya lo sabes. Con él empecé; era jefe de su gabinete.

—¡Qué se le va hacer, querido! Nosotros no le tenemos simpatía a Rousseau, ya te lo he dicho —replicó Marthe con un tono muy tajante, que señalaba una posición irreductible.

Luego, con un tono de voz más tierno, inclinó la aureola de su cabellera plateada hacia los hombros de Simon, y añadió:

—Tú eres joven, Simon; tienes sentimientos nobles y puedes jugar un poco con ellos, pero no vayas a ahogarte para salvar cadáveres, ¿comprendes, querido?

Sonreía.

—Sí, sí. Gracias, Marthe —dijo Simon.

Deslizó una mano comprensiva, agradecida, por el escote del salto

de cama, y separó la tela de tul blanco; entretanto, miraba en el espejo sus propios dedos que apretaban aquel seno hermoso, sostenido, pero todavía lleno, pulposo y dulce, que habían acariciado las mismas manos que firmaban tratados, indultos y leyes.

II

La pareja De Voos viajó tres meses por Italia.

Gabriel no conocía el país, pero Jacqueline lo había visitado dos veces en compañía de su primer marido.

Dicho precedente influyó en su itinerario. Así, pues, los recién casados renunciaron al lago Mayor y las islas Borromeas, muy de moda en 1913, cuando Jacqueline se había detenido allí en ocasión de su primer viaje de bodas, por las orillas más abruptas del lago de Como. Asimismo, silenciosas razones les hicieron decantarse por Vicenza en lugar de por Verona, por las torres de San Gimignano en vez de por las piedras rosadas de Siena, hasta que, de repente, Jacqueline lo lamentó; quería regresar a Siena de todas formas.

—Bueno, vamos; nada nos lo impide —dijo Gabriel.

—Pero ¿no vas a ponerme mala cara, querido? —contestó ella—. Te aseguro que tienes que verlo.

Y unas horas después, plantada en la plaza del Municipio, de una perfección monumental casi milagrosa, o recorriendo las salas de la pinacoteca, ante las vírgenes de dedos afilados y ojos almendrados de la primera escuela sienesa, Jacqueline observaba con el rabillo del ojo el rostro grande de Gabriel, que no se sabía si mostraba indiferencia, resentimiento o tedio.

Gabriel sólo parecía contento al volante del coche, atravesando admirables paisajes que la concentración en el volante le impedía apreciar. Con todo, no pudieron evitar los lugares de paso obligados de todos los enamorados y de todos los recuerdos: Venecia, Florencia y Roma.

Jacqueline pretendía descubrir con Gabriel la infinidad de cosas maravillosas, pero al mismo tiempo le conducía a los lugares caros a su memoria.

Por las calles empinadas, impregnadas del cálido olor de los pinos, frente a las estatuas ilustres que elevaban su carne de mármol en la profundidad fresca de las galerías de los museos, junto a las fuentes murmurantes y a los pilones musgosos donde moría, verde y dorada, la luz de los atardeceres, Jacqueline, con una alegría extraña, con un sufrimiento sabroso, paseaba sus dos amores, el vivo y el muerto. Allí donde se acordaba de una frase, de una mirada, de un beso de François, buscaba la mano de Gabriel, se la estrechaba, alzaba los ojos sonrientes hacia su nuevo compañero. A veces, también viajaba con el recuerdo de su padre.

—Papá escribió un poema sobre este lugar —decía. Y empezaba a recitar:

Íbamos bordeando el jardín de las Vestales,
y entre todo aquel caos de mármol derribado
buscaba un pedestal donde poder alzarte.
La hora era calurosa y las sombras inmóviles.

De pronto, en gesto vivo, te vi desenlazar
la leve cinta blanca que ataba tu sandalia,
y riendo colocar el pie desnudo sobre la losa misma
que dos mil años antes había hollado César.

Para no parecer víctima de aquel lirismo un poco trasnochado, ni sometida a una excesiva piedad familiar, agregaba:

—Creo que era en la época en que estaba enamorado de la Cassini. Ese día a ella le dolerían los pies... Eso es la poesía.

Pero Gabriel no era ni un artista ni un intelectual. Consideró Italia una escuela de perfeccionamiento para literatos profesionales.

Harto de iglesias y de descendimientos, con los dedos ablandados por el agua bendita, se sorprendía pensando frente a un púlpito esculpido o a un fresco descolorido: «Profesión: marido de una viuda rica...».

Encontró a las muchachas del pueblo, por las calles, más bellas de lo que esperaba, a diferencia de las mujeres de la aristocracia, menos seductoras de lo que imaginaba por las novelas de D’Annunzio. En los salones romanos conoció a tantos duques, marqueses, princesas y baronesas que le pareció imposible que todos aquellos títulos fuesen auténticos, y eso aumentó su seguridad para llevar el título de fantasía que se había adjudicado. En los mismos salones, bajo retratos de cardenales y de *condottieri* acorazados, tuvo encuentros fugaces con algunas jóvenes damas atraídas por su presencia y sus ojos, que le hablaron en un francés estremecedor, y constató que Jacqueline no era celosa, pues no le hizo ningún comentario. Llegó a la conclusión de que no experimentaba ninguna pasión por él y que seguía enamorada del recuerdo de François.

Cuando volvieron a París, a principios de octubre, la señora de La Monnerie, la madre de Jacqueline, preguntó a Gabriel con su tono perentorio:

—¿Qué tal, François? ¿Qué le ha parecido Italia? Bueno, ¿por qué pone esa cara? ¡Ah, sí, es cierto; usted se llama Gabriel! No me acostumbraré nunca. Yo he acabado por tomarle antipatía a ese país. Mi marido se paseó demasiado por él en compañía de otras. En cuanto tenía una nueva amante, la llevaba allí.

—Entonces, es hereditario —murmuró Gabriel,

—¿Qué? ¿Qué dice usted? —preguntó la señora de La Monnerie, que cada vez oía con más dificultad.

—Digo que es precioso —dijo Gabriel, más alto.

Por su parte, Jacqueline pensaba: «En el fondo, deberíamos haber ido a España. Bueno; iremos el año que viene».

Como era ella la que disponía de la fortuna, y como había vivido sola largos años, era ella la que tomaba las grandes decisiones. Gabriel, pese a sus aires arrogantes, en realidad sólo se encargaba de pequeñas tareas. Por ejemplo, se sentaba encima de las maletas demasiado llenas, revisaba las facturas de los proveedores o escribía las direcciones en la agenda por orden alfabético. Iba adquiriendo el tic, frecuente entre los hombres ociosos, de consultar continuamente el reloj, a fin de controlar horarios inútiles.

Una vez repartidas así las preocupaciones de la existencia en común, Jacqueline y Gabriel se daban una impresión mutua de seguridad.

Convinieron en pasar gran parte del año en Mauglaives. Como residencia en París, Jacqueline eligió el palacete de la calle de Lübeck, cuya propiedad compartía con su madre, y donde ésta vivía sola desde la muerte del poeta.

Al principio la señora de La Monnerie hizo algunas objeciones, y lamentó tener que cambiar sus costumbres, pero en realidad estaba bastante contenta.

Al envejecer, la señora de La Monnerie se había ido secando, sin encorvarse. Aún conservaba, sobre su rostro severo y orgulloso, un mechón rizado de un color blanco azulado, pero ya no tenía los majestuosos hombros de antaño.

—Mi pobre François —le decía a Gabriel—, yo que tenía un cuerpo magnífico, con el cual, por otra parte, dicho sea entre paréntesis, nunca hice nada, aunque mi marido se mostrara indiferente desde muy pronto... Pues bien, ahora, cuando me aseo, le confieso que cierro los ojos para no verme en el espejo. ¡Es horroroso en lo que uno puede llegar a convertirse!

Ya no le interesaba fabricar muñecas de miga de pan, su pasatiempo favorito durante varios años. Dedicaba cuatro horas al día a jugar al bridge con amigas de su edad.

Gabriel no hizo ninguna objeción a ir a vivir a su lado. Sólo puso una condición:

—Jacqueline, pídele a tu madre que tenga la amabilidad de llamarme por mi nombre.

Los niños, con gran alivio para ellos, también se instalaron en la calle de Lübeck. Jean-Noël siguió yendo al liceo de Janson-de-Sailly y a Marie-Ange la sacaron de la institución de los Pájaros para

inscribirla en el convento de la Asunción, que se hallaba unas puertas más allá del palacete de La Monnerie.

Con la mudanza dejaron de comer, salvo los jueves, con el abuelo, y perdieron los recorridos cotidianos en el gran Rolls.

Entre los niños y Gabriel aún no se había establecido ningún contacto, ninguna relación. Con él mantenían una actitud deferente y fría. La palabra *daddy*, que les habían impuesto para dirigirse a él, les resultaba molesta, igual que a Gabriel. Sin embargo, Marie-Ange no podía evitar ser sensible a la espléndida elegancia de su padrastro. En su presencia utilizaba palabras elegidas y giros un tanto preciosistas. En cuanto a Gabriel, sus pupilas leonadas y brillantes se fijaban a veces, durante largos segundos mudos, en los dos niños. Luego su torso se henchía en una gran inspiración triste y miraba la hora en su muñeca.

III

Hubo que proceder a la mudanza de los muebles y los objetos personales de Jacqueline, que se encontraban en la residencia Schoudler; es decir, de todos los recuerdos de su vida en común con François.

Gabriel aceptó amablemente llamar a los hombres de la mudanza, ya que formaba parte de sus atribuciones. Pero la mañana prevista, a Jacqueline, que no era propensa a ese género de malestar, la atacó una intensa migraña que ningún medicamento pudo aliviar.

—Gabriel —dijo Jacqueline con una voz agotada—, tendré que pedirte que me acompañes a la avenida de Messine. Perdóname; ya sé que no te resultará agradable, pero me siento muy enferma y es preciso terminar eso. Y además, luego ya estará terminado; nunca más volveremos a hablar de nada... de lo que te disgusta —concluyó con un gesto vago, como si prometiera todas las concesiones futuras.

Gabriel estuvo a punto de negarse en redondo, pero se esforzó por ser generoso.

—De acuerdo, iré —dijo.

Jacqueline le agradeció infinitamente su comprensión. Aquella misma mañana, a primera hora, el barón Schoudler había hecho una inspección completa de las habitaciones que componían el antiguo apartamento de François y de Jacqueline, había registrado cada cajón y se había llevado todos los objetos y los papeles que creía que debían permanecer en su posesión, comprendidas las perlas de la pechera de su hijo.

Luego, en vez de dirigirse al banco como los demás días, el viejo gigante se había encerrado en su despacho del primer piso y había anunciado que no quería que lo molestaran bajo ningún pretexto.

Cuando Gabriel y Jacqueline llegaron, los hombres de la mudanza ya estaban allí. Jacqueline dio las indicaciones indispensables y se tendió sobre su antigua cama, con una compresa en la frente. Sentía que se precipitaba en una niebla negra estriada de círculos dorados, y cada palabra, cada ruido, cada golpe de martillo de los hombres de la mudanza, le resonaba dolorosamente en las sienes. Se preguntaba si no tendría una enfermedad grave, pero al mismo tiempo intuía que aquellos dolores le enmascaraban la emoción de la mudanza, la protegían contra el asalto de recuerdos demasiado crueles. «Pobre Gabriel... Qué amable es...», se decía también.

El «pobre Gabriel», con los labios y la frente fruncidos, vigilaba en

la habitación contigua el embalaje de los libros y los pequeños objetos. De vez en cuando, a través de la puerta abierta, pedía una indicación.

—¿La lámpara de porcelana blanca?

—No, se queda —respondía débilmente Jacqueline.

Volvía a ver la lámpara blanca, que se hallaba a tres pasos de ella, encendida en la lejanía del pasado. ¡Cuántas veladas, qué pocas veladas habían pasado François y ella junto a su luz! Jacqueline pensó que tenía mucha suerte de que existiera otra lámpara en la calle de Lübeck, y otra en Mauglaives. Se cubrió los ojos con la compresa mojada, porque la idea de repetir la felicidad hacía que se le saltasen las lágrimas.

En la parte inferior de un armario vacío, Gabriel descubrió un par de zapatos de noche. Allí estaban, relucientes y un poco polvorientos, con las puntas vueltas hacia la habitación. Era como si la sombra del muerto, de pie en sus zapatos, hubiera permanecido en el armario y también vigilase el embalaje. Gabriel cerró instintivamente la puerta.

—Y esos..., esos zapatos —le gritó a Jacqueline—, ¿te empeñas en conservarlos?

—Que se los den a los criados —contestó ella sin moverse.

—Te aseguro, Jacqueline —continuó Gabriel con acritud—, que pareces muy enferma. No sé si podrás soportar la fatiga de la próxima temporada de caza. Tendrás que cuidarte.

—Sí, sí —murmuró ella, conciliadora.

Gabriel observaba a su mujer, tendida, con la cabeza hundida en un cojín.

«Ahí, en esa cama, dormían juntos», se dijo.

Una corriente abrasadora le invadió el cuerpo y se le crisparon los brazos. Se dio la vuelta e intentó dedicar toda su atención a los hombres de la mudanza, a sus gruesas manos polvorientas y diligentes, que abrían nidos en la paja de los cajones para depositar en ellos los objetos frágiles. Pero los ojos de Gabriel volvieron al marco de la puerta, a la cama.

«No tiene jaqueca, no es verdad; está volviendo a hacer el amor con él. Y además, delante de mí..., ¡delante de mí!»

Recorrió la habitación, incapaz de liberarse de la visión. Su mirada chocaba a cada instante con aquella compresa, colocada como una máscara, bajo la cual imaginaba a su mujer entregada a otro deseo antiguo.

«¡Bueno, pues que se excite con un cadáver, si le apetece! Yo sólo me he casado con ella por su dinero».

Las palabras vulgares y los pensamientos mezquinos de los que se nutren las iras de los celos le venían a la cabeza.

Frente a él, el otro, el muerto, François, se reconstituía fragmento

a fragmento, como un rompecabezas cuyos trozos desordenados hubieran salido del ataúd, con el número exacto de sus zapatos, el reposabrazos de su sillón, la curva de su pecho marcada en una vieja cartera, la empuñadura de sus dedos sobre una estilográfica.

De repente se abrió otra puerta y apareció el barón Schoudler. No había podido mantener la consigna que se había impuesto a sí mismo.

Ocupaba todo el hueco de la puerta. Un resplandor rojizo centelleaba entre sus gruesos párpados, y su mano daba vueltas contra la chaqueta a una nuez invisible.

—¡Bravo, señor, lo felicito! —le dijo a Gabriel—. No sólo me ha quitado usted a mis nietos, sino que además viene a arrebatarle a un anciano las últimas reliquias de su hijo. Sí, lo felicito. Buen trabajo.

Desconcertado por aquella aparición y por aquel ataque, Gabriel contestó con altivez, pero tartamudeó:

—Pero señor…, no entiendo… Me parece… En fin, estoy aquí tan sólo…

Al oír sus voces, Jacqueline se levantó y salió en defensa de su marido con una energía de la que Gabriel no la hubiera creído capaz unos instantes antes. Frente al gigante aún parecía más pequeña y más frágil, pero se enfrentó con él.

—Padre, Gabriel está aquí porque yo se lo he pedido, porque estoy enferma y porque él ha tenido la bondad de no dejarme sola en un momento que para mí es muy doloroso. Él lo sabe y lo comprende. No concibo que cometa usted la monstruosidad de reprocharme que me haya vuelto a casar, dada la parte de responsabilidad que le corresponde en el suicidio de François. —Tomó aliento—. Creo que en estas condiciones, padre —concluyó—, será mejor que sólo nos veamos lo estrictamente necesario.

Se arrepintió de inmediato por haber dicho aquella frase, ya que el barón era el gerente de su fortuna.

—Es precisamente lo que venía a decirle —contestó Noël Schoudler con una sonrisa fría—. Pero no olvide que soy el tutor de mis nietos y que depende usted de mí mucho más de lo que cree. ¡Saquee, señor, saquee mientras pueda! —dijo al irse.

Jacqueline ya no volvió a tumbarse; su jaqueca había remitido bruscamente. Permaneció apoyada en el marco de una puerta, con el pañuelo mojado en la mano.

—Lo siento, Gabriel, lamento esta escena absurda —dijo dulcemente.

Gabriel no contestó. Estaba furioso porque por primera vez en la vida se había encontrado en una posición tan falsa que se había dejado insultar sin responder. Y todo ello por culpa de Jacqueline. Además, ella tenía mala cara, y de pronto le pareció fea.

En un rincón oscuro de una pequeña biblioteca acristalada, uno

de los hombres de la mudanza encontró una pistola automática, y puso esa cara a la vez asombrada y guasona que suelen adoptar las personas sencillas frente a las armas. Seguramente el hombre de la mudanza iba a hacer una broma cuando Gabriel vio palidecer a su mujer, alargar el brazo nerviosamente, tomar la pistola y esconderla en su bolso, como un objeto sagrado que no quisiera que profanaran miradas o dedos impuros.

El incidente fue la gota que colmó el vaso de la cólera de Gabriel. Éste cogió el primer objeto que encontró al alcance de la mano, que resultó ser un álbum de fotografías, y lo lanzó con todas sus fuerzas sobre la alfombra. Las páginas se soltaron y las fotografías se esparcieron... Y Gabriel reconoció Roma, Florencia, Venecia..., las mismas fuentes, los mismos palacios, los mismos canales, con el *otro* en casi todos los clichés.

—Nunca más te obligues a realizar un acto bondadoso, puesto que no eres capaz de llevarlo a cabo —le dijo Jacqueline—. Además, me lo haces pagar demasiado caro.

IV

En su estrecho despacho, desde donde dirigía su teatro como un comandante dirige el navío desde la pasarela, con la única diferencia de que se sentía no sólo dueño después de Dios, sino Dios mismo, Édouard Wilner escribía.

La lámpara iluminaba su pesado busto inclinado, su pelo blanco, corto, ligeramente rizado en la punta, y su gruesa nuca.

Al otro lado de la mesa de palisandro, un joven esperaba de pie a que Jehová se dignara darse cuenta de su presencia. El muchacho, de rostro amable y franco, era uno de los actores de la nueva obra de Édouard Wilner, que se estaba ensayando.

El ilustre dramaturgo levantó por fin la cabeza y dejó la pluma.

—¡Eres tú, mi pequeño Romain! —dijo—. Sí, te he mandado llamar…

La voz le brotaba de la boca como el agua de una gárgola en el pórtico de una catedral, y su pecho parecía encerrar las profundidades de un órgano. Tenía los párpados unidos a la frente y se le perdían en los pliegues de las mejillas; sus inmensas orejas parecían percibir lejanos fragores de los espacios cósmicos, y su nariz lograba aspirar cinco veces más aire del que necesita el común de los mortales. Un desdén universal le marcaba las comisuras de los labios.

París conocía pocos rostros de una fealdad tan colosal y fascinante.

—Te he hecho llamar porque quería decirte que tu mujer me parece encantadora —continuó Wilner.

El joven actor esbozó una media sonrisa, entre sorprendido y turbado.

—Sí, sí; encantadora. Lo digo porque lo pienso —siguió Wilner—. Tiene un cuerpo muy bonito, y además es inteligente y parece que tiene corazón. Está muy bien, me gusta mucho.

La frecuencia de las repeticiones y la costumbre de comenzar una frase con las mismas palabras con que había terminado la precedente conferían una lentitud intencionada al discurso de Wilner.

Romain Dalmas, que sabía de lo que era capaz Wilner en lo que toca a los placeres galantes, se disponía a rechazar alguna proposición indecente aunque se jugara su carrera.

—Me alegro —contestó fríamente—. A mí también me gusta mucho.

—Sí, sí; está muy bien. Creo que tienes mucha suerte.

Dejó que se produjera un silencio durante el cual gozó con el malestar de su interlocutor. Se levantó. De pie casi llegaba al techo de la minúscula habitación y parecía condenar al visitante a una breve asfixia.

—... mucha suerte. Tienes que ser muy amable con ella. Las mujeres, ya lo sabes, las conozco muy bien, son personitas muy sensibles... ¿Sueles regalarle flores? —preguntó.

—Sí...; en fin, de vez en cuando —dijo el joven actor, desconcertado.

—Hijo mío; tienes que regalarle flores todos los días. Así que voy a pagarte veinte francos más para que puedas comprarle un ramo todas las mañanas. ¿Estás contento?

El embeleso, la alegría y la gratitud sonrosaron las mejillas de Romain Dalmas.

—¡Oh, gracias, señor Wilner! ¡Es usted muy amable! —exclamó.

El ilustre dramaturgo levantó su enorme mano pálida y fofa.

—No me llames «señor» Wilner, ceremoniosamente, como si fuese el jefe de policía o el director de las Galerías Lafayette. Deja eso para las acomodadoras. Llámame..., llámame como me llama todo el mundo...

—Gracias, maestro —dijo Romain Dalmas.

Wilner inclinó ligeramente la frente en señal de satisfacción.

—Ganarás, pues, doscientos veinte francos al día. Toma, ya está hecha la modificación en tu contrato; no tienes más que firmar ahí. Toma mi estilográfica —dijo Wilner, concediéndole aquel honor, además de la bondad de subirle la paga.

«Todo lo malo que dicen de él es a todas luces exagerado —pensaba el actor mientras trazaba sus iniciales al margen del contrato—. Con las personas que quiere es realmente maravilloso. ¡Y qué delicadeza en la generosidad, en la manera de hacerme comprender que está contento conmigo!»

—Bueno, hasta luego. Te veré en el ensayo —dijo Wilner, despidiéndolo.

El actor salió, complacido con la vida, su oficio, su papel, su mujer, su director y consigo mismo, y se abalanzó por las escaleras de caracol que conducían al escenario. De repente, en mitad del segundo piso, se detuvo en seco y se golpeó la frente.

—¡El muy cerdo! —murmuró. Acababa de acordarse de que según las disposiciones generales de los contratos establecidos por Wilner, los actores que cobrasen más de doscientos francos al día, si interpretaban una obra que se representaba con vestuario moderno, debían pagarse la ropa para salir a escena.

La sala del teatro de Deux-Villes era redonda, clásica y bella, con sus estucos dorados y sus barandillas de terciopelo rojo a lo largo de

los palcos y de los balcones, y su alto techo en cúpula. A Édouard Wilner le gustaba contar el origen del nombre de su teatro.

—En la época del Directorio había dos actores que se llamaban Deville…

De momento, las hileras de asientos estaban cubiertas por largas fundas; el gran navío cabeceaba en una penumbra polvorienta propia de la creación del mundo; sólo el escenario estaba iluminado a media potencia, a fin de representar una aurora amarillenta. El decorado no estaba puesto y se veían los bastidores, la carpintería y la maquinaria.

La gigantesca figura de Édouard Wilner avanzó silenciosamente por la sala. Un sillón crujió en medio de la segunda fila. La vieja divinidad acababa de sentarse al borde de las tinieblas para modelar a sus nuevas criaturas.

Sylvaine Dual y su colega Romain Dalmas, que encarnaban a unos personajes llamados, respectivamente, Esther y Jacques, ensayaban una escena de transición. Dalmas debía recitar un largo discurso amargo e, inspirado por el resentimiento de su falso aumento de sueldo, le daba el tono justo.

«Ya está, esto ya está; ya casi está a punto», pensó Wilner.

Mientras Dalmas-Jacques hablaba, Sylvaine-Esther debía levantarse de un sillón y tumbarse en un diván, sin quitar los ojos de su compañero.

Desde donde estaba sentado, Wilner entreveía los muslos de Sylvaine Dual bajo la falda de un traje sastre.

«¡Qué muslos tan bonitos tiene esa pequeña! —pensó—. Están hechos para el placer».

Y ordenó:

—Empiecen de nuevo.

«¡Y pensar que la noche del ensayo general quienes van a aprovecharse son los viejos sordos que hay que sentar en las tres primeras filas! ¡Bah…! Bien se les puede dar ese consuelo», pensó, cada vez más atento.

—¿Está bien así, maestro? —preguntó Dalmas.

—No del todo… Trata de poner más ironía en: «El amor… Cuando uno ya no ama, hasta oír hablar de él resulta fatigoso…». Y tú, Dual, repite el movimiento.

«Obsesionantes… Obsesionantes como las flores de papel de una habitación nueva… —se decía Wilner—. ¡Caramba! ¿Será bueno esto? Me parece que para los muslos no, pero para otra cosa puede servir…»

Sacó un cuaderno de su bolsillo y anotó al azar la comparación que se le acababa de ocurrir. Luego dijo:

—A decir verdad, mi pequeño Romain, estaba mejor la primera vez. Acuérdate de cómo lo habías dicho tú e interprétalo así.

Y pasaron a la réplica de Sylvaine.

Desde hacía tres o cuatro ensayos, Wilner sentía un interés creciente por la joven actriz a quien había encargado el papel secundario de Esther. En primer lugar, Sylvaine era pelirroja, y como Wilner había sido pelirrojo antes de encanecer, aquello le inspiraba cierta simpatía. Sylvaine le parecía bien formada de cuerpo, atractiva, con algo electrizante en los músculos y en la voz. Además, le recordaba a una amante a la que hizo sufrir lo indecible.

«Pero aún es demasiado ácida; tiene muchas pretensiones y le falta oficio. Todo está por hacer, pero vale la pena. De esta muchacha se puede sacar un verdadero talento».

La escuchó en silencio durante unos minutos, y estudió qué había de personal y de espontáneo en su entonación, y qué gestos de la actriz revelaban artificiosidad e impostura.

Luego se levantó de repente y gritó con su terrible voz profunda:

—Bueno, hay que empezar de nuevo. ¡Eres mala, mala como un cerdo! ¡No has comprendido tu papel! Te crees que actúas como una diosa y no eres más que una burra.

Sylvaine, que se consideraba una actriz excelente y esperaba felicitaciones, volvió hacia él un rostro crispado de despecho. Humillada al verse tratada así en presencia de sus compañeros, quiso contestar a Wilner que aquélla no era forma de dirigirse a una mujer, sino que era la mejor manera de echar a perder todas sus cualidades, y que además, si ella actuaba tan mal, era porque el papel era malo.

Pero Wilner ya trepaba al escenario por una escalerilla lateral, y ante aquel viejo que hacía temblar a todo el mundo —obreros, regidores, acomodadores, actores, decoradores—, Sylvaine se sentía débil como un junco.

El escenario cambiaba de proporciones cuando Wilner se encaramaba a él. El lugar de los muebles, los peldaños de los practicables, la maquinaria misma, todo adquiría un sentido, un destino, una realidad.

Se puso a explicar, a describir, a mimar el personaje de Esther Maugard, a crearle una familia, tormentos, enfermedades, a inventarle un alma. Iba del sillón al diván, del diván a la puerta, se agitaba, gritaba, juraba, se enternecía de repente, con los dos brazos tendidos, y luego, volviendo hacia Sylvaine, la agarraba por los hombros, la hacía girar y la colocaba en el lugar exacto y le murmuraba una sarta de obscenidades al oído. Con las inmensas aletas de su nariz, el exceso de piel bajo las cejas, en aquel momento estaba casi hermoso, de una belleza enorme y violenta, bello como el buey que hace fuerza sobre el yugo para arrancar el volquete de la gleba, bello como el toro en celo, bello como el leñador que abate una encina o el escultor que golpea el mármol. ¿Qué mineral pretendía desligar de la invisible ganga de piedra? ¿A quién amasaba en el barro de las palabras? ¿A quién quería

animar con su aliento rugiente? ¿A la Esther ficticia o a la Sylvaine real?

Causaba cierta melancolía observar tanto afán y tanto conocimiento de la naturaleza humana derrochados por el pobre personaje de Esther Maugard, que se reducía a ochenta líneas de texto sin particular brillo, y que una vez hubiera vivido todas las noches de una temporada el tiempo de sus ochenta réplicas, iría a pudrirse para siempre en el cementerio infinito de los personajes teatrales secundarios.

Con todo, Wilner sabía que la creación no puede consentir el desdén por el detalle, que el esfuerzo debe estar presente en todas partes, y que la naturaleza ha necesitado tanta dedicación, tantas búsquedas y tantas tentativas para lograr el ala del abejorro como el cerebro del hombre.

Aquel dramaturgo que no cesaba de hablar de amor, alardeando de ser un verdadero entendido, tanto de viva voz como en sus obras, de hecho sólo experimentaba el éxtasis amoroso en aquellos instantes.

Los asistentes, fueran maquinistas o comediantes, permanecían callados.

La desdichada Sylvaine, doblegada, embrutecida, aniquilada, tuvo que repetir una frase tan sencilla como «¡Ni hablar! ¡No quiero volver a sufrir lo que he sufrido!».

—Pero ¿es que a ti nunca te han dejado plantada? ¿Nunca te han puesto los cuernos? —le repetía Wilner martilleando el respaldo del diván.

—¿Y a usted? —exclamó ella de los nervios, furiosa de repente.

Wilner se irguió cuan largo era, y se recogió un segundo.

—Pues sí, pequeña; una vez —contestó con gravedad—. ¡Por suerte! ¡Me sirvió de mucho! Y ya lo ves, todavía hoy me sirve para algo.

Entonces Sylvaine recordó el día de la primavera anterior en que Gilon fue a anunciarle la ruptura con Gabriel. No había vuelto a enamorarse, sólo había tenido algunas aventuras de una noche, que no le dejaban ningún recuerdo feliz. Se sintió miserable, desamparada, perdida en el mundo, y acabó diciendo «¡Ni hablar! ¡No quiero volver a sufrir lo que he sufrido!» de una manera que era como para echarse a llorar.

—Bueno; está bien, más o menos —dijo Wilner, disimulando su sensación de satisfacción y de orgullo.

Sylvaine, desplomada sobre un sillón, con los brazos trémulos, sacudía su hermosa aureola de cobre al tiempo que decía con una voz agotada, descompuesta por las lágrimas:

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar, señor Wilner...! En fin, maestro... Si soy tan mala como un cerdo, debe de ser así todos los días..., prefiero

renunciar a mi papel.

Wilner se encogió de hombros y dejó caer desde su labio de gárgola:

—Ya sabes lo que decía el padre Jules Lemaitre: «Los actores son trompetas. Hay que soplar en ellos…». De vez en cuando —agregó— se produce un milagro, y una trompeta toca sola.

Y volviendo la espalda a la luz amarillenta del escenario, bajó la escalerilla mientras se tomaba el pulso disimuladamente para comprobar que no se hubiera cansado demasiado.

Un poco más tarde, Édouard Wilner, con un sombrero de fieltro blando curiosamente abollado en la cabeza y envuelto en un inmenso abrigo beige claro forrado de castor, se disponía a irse del teatro, pasando antes por los bastidores.

—¿Ya se ha ido la señorita Dual? —preguntó a una camarera.

—No, señor Wilner, sigue aquí.

Empujó la puerta de un camerino. Sylvaine, sentada frente a su tocador, con las manos hundidas en el pelo, se sobresaltó al ver en el espejo la imagen de Wilner, que le dijo:

—¿Quieres cenar conmigo mañana? Iremos a La Tour d’Argent. ¿Te gusta La Tour d’Argent? Bueno, entonces mi chófer te recogerá en tu casa a las ocho.

V

Al día siguiente, el chófer fue a recoger a Sylvaine a la hora acordada y la instaló en el asiento trasero, rodeada de cuidados, como si llevara a una frágil virgen al sacrificio. Aunque la noche era tibia, extendió una manta de piel sobre las rodillas de Sylvaine. Ella le indicó que no la necesitaba.

—Sí, sí —insistió el chófer—; el señor me ha dicho que le diera su manta a la señorita. Y también me ha encargado que le entregue esto.

Le tendió una rosa muy bella, pero una sola, envuelta en un papel crujiente, cuyo tallo era demasiado largo para que se la pudiese prender en el corpiño.

La voz de Édouard Wilner parecía haberse desteñido en la de su criado; éste se expresaba con la misma lentitud que el maestro, y las órdenes recibidas parecían haberlo investido de una fracción de la autoridad suprema.

La joven actriz, con las rodillas tibias, inspiraba el perfume de la rosa mientras se imaginaba su entrada junto al dramaturgo en el restaurante cuyos ventanales daban al Sena. Veinte personas volverían la cabeza y se oirían murmullos: «¡Es Wilner…! ¡Wilner…! ¿Con quién está? Con Dual, su intérprete». Veinte personas que al día siguiente se lo contarían a otras doscientas en París.

Sylvaine sentía que una corriente de alegría ligeramente ansiosa le recorría los nervios. Aquella cena era un jalón en el camino de sus sueños hacia el día en que su nombre, el de ella, sería susurrado en primer lugar y en que dejaría esa estela de murmullos cuyo privilegio comparten los grandes actores en la buena temporada de su vida con los campeones de boxeo, los presidentes del Consejo y algunos escritores.

Asimismo, se preguntaba qué actitud le convenía adoptar ante Wilner. ¿Debía interpretar a la intelectual, la mujer de mundo lanzada, acaso debía pretender ser desdeñosa con los hombres, sentimental, o fingir ser una actriz enamorada tan sólo de su oficio?

¿Por qué Wilner la había invitado a cenar? ¿Para hablarle de su papel, para quitarle el mal sabor de boca de la víspera, para desplegar sus encantos ante una mujer hermosa, o para distraerse, tal vez?

¿Llegaría a evocar el recuerdo de su primer y fugaz encuentro, muchos años atrás, al que no habían hecho ninguna referencia desde el inicio de los ensayos? ¿O acaso querría seguir manteniendo la misma discreción, el mismo silencio, el mismo trato de dramaturgo e

intérprete?

El coche se detuvo en la avenida Henri-Martin. El chófer invitó a Sylvaine a bajar, la precedió por un gran vestíbulo con columnas. Un portero glacial, sentado como un ujier de ministerio en una elegante recepción acristalada, observó a la joven. Un ascensor rococó, pintado de blanco crema, con una forma inspirada en las sillas de manos, la llevó lentamente hasta el segundo piso.

Un ayuda de cámara de chaqueta blanca acudió a abrir y, silencioso, guió a Sylvaine a través de las habitaciones iluminadas con parsimonia, que se abrían por medio de puertas correderas y cuya disposición la joven sólo pudo ver fragmentariamente: enormes cabezas de mármol que a todas luces eran reproducciones de piezas antiguas, viejas casullas de color cereza y dorado colocadas a modo de tapiz al fondo de las vitrinas, asientos modernos, grandes libros viejos… Intimidada, Sylvaine avanzaba sosteniendo la rosa por el tallo.

La luz y el silencio de santuario que reinaban en el apartamento, los secretos del universo que parecían dormir bajo el cuero de las encuadernaciones, los ornamentos sacerdotales, los rostros inmóviles de los dioses muertos y, sobre todo, aquellas puertas que se cerraban misteriosamente sobre sus pasos, daban a Sylvaine la impresión de penetrar en las salas sucesivas de un templo desconocido cuya salida no podría hallar sola.

El criado deslizó la última puerta corredera y se apartó el tabique que daba al Santo de los Santos, brillantemente iluminado.

La vieja divinidad del teatro apareció ante Sylvaine y, con una gracia de minotauro, se acercó a la nueva ofrenda que le enviaba la vida.

Wilner llevaba una gran chaqueta de seda verde oscuro que resaltaba aún más la blancura de su corto cabello rizado y de su nuca de buey sagrado.

—¡Aquí estás! ¡Muy bien! —exclamó—. Así es como yo quería verte entrar. Una mujer siempre debería llevar una flor en la mano. Pero ésa no es una razón para que te contonees como un oso en una feria. Deja las nalgas donde te las puso la naturaleza y casi, casi parecerás una infanta.

La habitación era el dormitorio de Wilner. Junto a un enorme diván-cama, cubierto de ligeras pieles, y al que se llegaba como si fuera un trono, subiendo dos peldaños de terciopelo, un biombo ocultaba apenas una mesilla de noche abarrotada de medicamentos, de frascos de píldoras, de tubos, de cuentagotas y de todo tipo de pomadas. Había allí gasa y yodo para el menor arañazo, una especie de hueveras de porcelana para hacer baños de ojos, y remedios para todos los órganos, para todas las glándulas, para todas las vísceras.

Un leño se consumía lentamente en la chimenea, sumando su

calor al de la calefacción central. La gran mesa de trabajo estaba llena de carpetas de varios colores y de archivadores ordenados alfabéticamente con un orden y un cuidado propios de un contable.

Wilner se había embarcado en un lento análisis de los andares femeninos y se afanaba por distinguir dos clases en las prostitutas.

—Están las laterales —decía—, las que balancean la grupa haciendo pasar las nalgas de un lado a otro del cuerpo; y luego las verticales, que tienen un paso seco, reducido por las blenorragias e irritado en la acera...

Luego preguntó repentinamente:

—Entonces, ¿dónde quieres que cenemos, en La Tour d'Argent o aquí?

—Yo... no lo sé, maestro...; como usted quiera... —contestó Sylvaine, que carecía de sentido de la réplica, mientras miraba la mesa puesta.

—No me llames «maestro», ceremoniosamente, como si fuera el notario de la familia[1] —dijo Wilner—. Llámame Édouard, como todos mis verdaderos amigos. —Luego, sometiéndola a aquel privilegio, prosiguió—: Así es, tienes razón: cenaremos aquí. Será más agradable.

Llamó al servicio de inmediato y dio la orden de servir.

—Apague las luces de las demás habitaciones —agregó.

Sylvaine se dio cuenta enseguida de que Wilner no tenía ninguna intención de llevarla al restaurante, ya que la cena estaba preparada.

Hizo de tripas corazón y, sobreponiéndose a su decepción, decidió cumplir la segunda parte del programa que se había propuesto aquella noche, a saber: interesar, intrigar, seducir a Wilner.

Pero él apenas la dejó hablar. Temía como al fuego a las personas que declaran: «¿Sabe usted? Mi vida es como una obra de teatro». Y temía que Sylvaine perteneciese a esa especie.

Prefería divagar él mismo, repetir anécdotas de otra época, convertidas en verdades, mezclándolas con aforismos y con paradojas muy manidas:

—La época más feliz de la vida es la vejez. ¡Lástima que dure tan poco!

No necesitaba que su interlocutor le contase sus cosas. Los personajes se le iluminaban mejor a través de su reacción ante su monólogo. Acerca de Sylvaine, pensaba: «Esta pequeña terminará o bien en la Comedia Francesa, donde representan obras pésimas, o bien de tabernera, porque con el tiempo se enamoriscará de un botones de hotel o de un buen cocinero, e iremos a un local (¡irán otros, vamos!) que se llamará Chez Sylvaine... Pero no; más bien será la Comedia Francesa; ¡es una egoísta!».

Y entretanto contaba gotas de un calcificante que se receta a las mujeres encintas, y mientras las vertía en un vaso colocaba encima del

mantel dos píldoras de un estimulante de fósforo que tomaría con el asado y cuyo efecto equilibraría con un comprimido sedante.

Sylvaine aprovechó el silencio para decir uno de los halagos que había preparado; así, fingió asombrarse de que Wilner no perteneciese a la Academia.

—¿Para qué? —exclamó él—. ¿Crees que no he trabajado bastante por la lengua francesa para tener todavía que pasarme los jueves castigado copiando el diccionario? ¿Qué me aportaría? Te lo repito, soy maravillosamente feliz —continuó, abriendo los brazos—. ¡Mira, pequeña, mírame! Lo tengo todo... sí, todo. Hago mi obra. No me cuesta ningún esfuerzo ser el primer autor dramático de mi época, porque soy el único. Cada una de mis obras eleva un edificio que me sobrevivirá. Poseo un teatro; veo desfilar y aplaudir en mis butacas a todos los inteligentes, ricos, estúpidos, pobres, jóvenes, viejos, nuevos o hastiados. A veces tengo la alegría de descubrir el talento en bruto de un actor y de pulirlo, de imponerlo a las multitudes idiotas...

Aquellas últimas palabras de Wilner despertaron una oleada de esperanza en el pecho de Sylvaine.

—En primer lugar —prosiguió Wilner sordamente, bajando el morro hacia el plato—, nunca me hubieran querido allí, porque soy judío.

—¿Y Porto-Riche?

—Porto-Riche no les molestaba: ¡era un talento secundario! —Cogió un palillo de dientes y se hurgó un poco sobre los premolares—. En el fondo, tal vez hubieras preferido cenar en La Tour d’Argent —prosiguió—. ¿No, de verdad? En La Tour d’Argent se come muy bien, pero es muy caro, y me parece desmoralizante. ¿Qué estaba diciéndote...? ¡Ah, sí, que soy muy feliz! Y mi mayor, mi más profunda alegría, es la dicha que he proporcionado a las mujeres...; a todas, ¿lo oyes bien?, a todas...

Sylvaine sintió que las altas rodillas de Wilner apretaban las suyas bajo la mesa de bridge.

—Todas continúan escribiéndome, «querido y gran Édouard» —prosiguió—, y me hacen regalos, con la esperanza de que algún día vuelva con ellas. Este reloj de oro, ¿lo ves?, me lo regaló una mujer la semana pasada. Bueno; pues tengo diez relojes como éste en aquel cajón. Casi podría establecerme como relojero. —Tragó un sorbo de vino y continuó—: Y en cuanto a mí..., no hay una sola mujer con quien me haya acostado de la que no me acuerde de todo..., el perfume de la axila, el grito de placer, el ardor de la carne...

—No me resulta muy grato lo que dice..., Édouard... —dijo Sylvaine, que rehuía su mirada y no podía dejar de manosear el borde del mantel.

«¿Ya está celosa?», pensó Wilner.

—¿Y eso por qué, pequeña? —preguntó con suavidad.

—Bueno, pues ya que tiene tanta memoria, ¿no recuerda... en 1922...?

—¿Cómo, en el 22...? —preguntó Wilner—. ¿Nosotros... nos hemos acostado juntos?

Sylvaine bajó lentamente la cabeza.

Por los ojos de Wilner pasó una expresión de duda... («¿Se estará burlando de mí?»), luego de inquietud y casi de espanto.

—No me atreví a recordárselo cuando me contrató —dijo Sylvaine—. Pensé que preferiría que no hablásemos de ello. Pero de todas maneras, creía... ¡Es verdad que yo era una chiquilla! Nos encontramos en un local nocturno, el Carnaval. Usted me acompañó a casa en coche, y fue muy seductor...

—El Carnaval... Espera..., espera... Ahora lo recuerdo —dijo Wilner—. Fuiste tú quien me dijiste: «¡No! ¡En serio, por favor!». Querías tener un hijo por no sé qué razón... ah, sí, porque el desdichado Lulu Maublanc, pobre imbécil, te había prometido no sé qué, y no lo conseguías... Yo pensé que no sabías nada del amor. Lo serio está al alcance de todo el mundo... Entonces ¿eras tú? ¡Qué quieres!; estás tan bien formada, te has vuelto tan hermosa... ¡Es la primera vez, de verdad...!

En aquel momento entró el mayordomo:

—Llaman al señor por teléfono; es el señor Lachaume.

—¡Ah, sí! Pásemelo —contestó Wilner, encantado por la interrupción.

Y fue hacia el aparato, pensando: «Es extraordinario. Es la primera vez que me sucede una cosa semejante».

—Buenas noches, mi querido diputado y amigo —dijo—. Gracias; sí, muy bien. ¿Para cenar dentro de dos viernes? ¿Dónde? ¿En La Tour d'Argent? Sí, sí; me gusta mucho. Es muy agradable. ¿De esmoquin? ¿Quiénes irán? No, las mujeres. Nuestra querida Marthe, naturalmente, y además... la princesa Torreggiano, sí, muy bien... Inès Sandoval, la poetisa, sí... —Al mismo tiempo, Wilner anotaba los nombres en una hoja suelta—. De acuerdo, mi querido amigo; del viernes en ocho días —dijo Wilner y colgó.

«Inès Sandoval —pensaba—; con ésa nunca me he acostado». Abrió un pequeño clasificador de caoba, buscó entre las fichas y sacó una de la letra *s*. Leyó: «12 de diciembre de 1908. Cena en casa de la duquesa de Giverny. La pequeña Sandoval, de veinte años, acaba de casarse con Jules Sandoval, conde del papa. Se llama Marguerite, pero prefiere su segundo nombre, Inès. Bonita, inteligente, morena. Llevaba un vestido verde agua y un collar de topacios. Le dije que no se pusiera pendientes, que las orejas estaban hechas para llevarlas desnudas... Escribe poesía, por desgracia».

La ficha tenía otra indicación, que databa de 1918, y otra, en tinta más fresca, de 1924. En la caja de madera, el viejo seductor atesoraba notas sobre todas las mujeres que habían despertado su curiosidad a lo largo de medio siglo de vida parisiense.

Antes de acudir a una cena, se informaba cuidadosamente acerca de los comensales y consultaba sus fichas, que se contaban por centenares. Dentro de dos viernes, después del café, atraería a Inès Sandoval a un rincón y su labio de gárgola dejaría correr sobre la poetisa el agua casi milagrosa del recuerdo intacto.

«La primera vez que nos encontramos —diría— fue en casa de la buena de Cécile de Giverny… Sí, sí. Hace veinte años; claro que sí, amiga mía. Llevaba usted un vestido verde agua, satinado como las algas… Sí, ¡claro que me acuerdo! ¿Cómo iba a olvidarlo? Sus orejas me turbaron profundamente. Y usted tuvo la bondad de quitarse un instante las maravillosas joyas que llevaba para descubrirme esas joyas aún más maravillosas…»

Pocas mujeres resistían a la embriaguez de un homenaje tal. Por costumbre, Wilner buscó en la letra *d*. Encontró la traza de varias muertas, pero nada sobre Sylvaine.

«Eso es lo que pasa por despreciar a las muchachas que no son duquesas», pensó furioso consigo mismo, mientras volvía a la mesa.

VI

Se había quitado el servicio, se había plegado la mesa de bridge y el criado se había retirado a las profundidades del templo. Sólo el paso de algún coche por la avenida recordaba de vez en cuando la existencia de la ciudad, de su movimiento, de sus rumores...

Wilner tomó la mano a Sylvaine y declaró, con un tono súbitamente patético:

—Pequeña, te necesito. Deberías ayudarme a suicidarme.

Con su voz profunda, tejía en torno a su prisionera hilos gruesos como cables, recurriendo tanto a la dicha como a la desesperación, lamentándose de su exceso de gloria y de genio, que lo condenaban a una soledad eterna. Disponía todas sus trampas para tener la ilusión de que se enfrentaba con una presa difícil.

«Además, siempre les gusta que parezca que uno se esfuerza por conquistarlas», pensaba. Unos instantes después afirmó:

—Pero antes de morir quiero asombrarlos a todos. Escribiré un Moisés como el que el tonto de Chateaubriand echó a perder. Será mi única obra verdaderamente autobiográfica.

Hablar de sí mismo era su manera de seducir. No temía ni la desmesura ni el ridículo. Interpretaba su personaje por su propio placer, y Sylvaine ejercía de espectadora necesaria de su enésima representación.

«Otra que se acordará de mí, que podrá decir que ha conocido a Wilner sin coraza, y que propagará mi leyenda».

De hecho, Sylvaine no podía evitar sentirse fascinada por la monstruosa vitalidad de aquel ser que a medida que transcurría la noche parecía volverse más pesado y más grande, como si excediera las proporciones humanas. Sylvaine ya había renunciado por completo a las esperanzas que había depositado en la cena, y se había entregado a aquella abrumadora presencia.

«Hará lo que quiera conmigo —pensó—. Pero ¿acaso puede hacer algo? ¿Le apetece, siquiera? ¿No será una fantasmada?»

En parte por curiosidad, en parte por deseo de recobrar el dominio de sí misma, se levantó y dijo:

—Es tarde; tengo que irme.

Wilner traslució una verdadera angustia. Agarró a Sylvaine por las muñecas.

—No, no; no puedes irte ahora —dijo—. Apenas estamos empezando a comprendernos. Tú tampoco eres feliz...; lo sé, lo veo...

Créeme, es ahora… Es preciso no romper el ritmo. —La voz de Wilner se tornó más sorda, exigente y suplicante a un tiempo—. Te haré experimentar cosas inauditas —prosiguió—. La otra vez eras demasiado joven, no podías darte cuenta de con quién hacías el amor. Ahora sabrás lo que es ser feliz, ahora sabrás lo que es ser amada por mí.

Cuando las mujeres repetían ese género de frases de Wilner, todo el mundo se reía, pero la destinataria de semejante declaración, cara a cara, pasada la medianoche, no podía evitar —además de las burlas del día siguiente— sentir por un instante emoción o terror.

—Y te convertiré en una gran actriz, en la reina de París —le prometía a Sylvaine, en un murmullo.

«Con tal de que esta idiota no se vaya», se decía al mismo tiempo.

Sabía que si se marchaba, la odiaría; sabía que se sentiría humillado, ridículo por su representación gratuita; sabía, sobre todo, que pasaría la mitad de la noche tomándose el pulso, reprochándose haber bebido en exceso, haber hablado en exceso, haberse agitado en exceso. Escucharía el latido de su corazón en su pecho, no cesaría de estudiar ansiosamente el ritmo de esa víscera misteriosamente dominada por nervios autónomos y, sin embargo, a merced de un tóxico, de una impresión o simplemente del trabajo de los años. ¿Qué fuerzas desconocidas regulaban los movimientos del músculo cardíaco? ¿De qué momento de descuido de esas fuerzas dependía de repente su inmovilidad y su silencio?

Si «aquella idiota» se obstinaba en querer alcanzar la puerta mientras sacudía sus hermosos rizos pelirrojos y repetía: «No, se lo ruego, Édouard…; por favor…», Wilner sabía que permanecería hasta el alba atento a la presencia de la vida en su tórax.

Obsesionado por la precariedad del envoltorio carnal, abrumado por la conciencia demasiado aguda de que su enorme cuerpo no era sino un montón complicado de células blandas, de líquidos viscosos y coloreados, de minúsculos agujeros en tejidos en lenta y permanente putrefacción, no tendría otro recurso para distraer su insomnio y sus temores que rehacer mentalmente la lista de sus amantes, año por año, añadiendo a Sylvaine en 1922… Hasta que al fin los primeros rayos del día se filtrarían entre los postigos, al fin el último somnífero tomado demasiado tarde ejercería su acción reguladora sobre las misteriosas vísceras…

Wilner miró el reloj de péndulo. Aún faltaban seis largas horas hasta que el cielo palideciera y adquiriera un tono grisáceo.

—No vas a negarle eso a un viejo —dijo poniéndose de rodillas con sorprendente agilidad, al tiempo que obligaba a Sylvaine a sentarse en el borde de la cama.

Le exigió que se desnudase poco a poco, pretendió enseñarle

interminables preliminares, paseó su morro por todo el cuerpo de la joven actriz, y hasta le agradeció el instante de inquietud que ella le había causado cuando fingió irse. Bien estaba; había jugado a su juego y le había consentido mirarla, palparla como a una presa.

Tendida sobre las pieles, medio ahogada bajo el peso de Wilner, Sylvaine aspiraba los perfumes farmacéuticos que emanaba la mesilla de noche. Era bastante hábil para fingir voluptuosidad; e incluso bastante cerebral para gozar realmente.

Por su parte, el viejo minotauro, mientras sentía gemir debajo de él aquel cuerpo que tomaba con una lentitud calculada, para no tener que repetirlo, no podía dejar de reflexionar. Su pensamiento acariciaba frías cuestiones, en las que Sylvaine no tenía ningún significado; se preguntaba por un problema que le quitaba el sueño desde la adolescencia. «¿Por qué, pero por qué lo único que calma la angustia física es el acto del amor?»

VII

La víspera de San Huberto, es decir, el 2 de noviembre, día de los Difuntos, el marqués de La Monnerie mandó llamar durante la tarde al matrimonio Laverdure.

Léontine Laverdure (así la llamaban, pues el sobrenombre del montero se extendía a su mujer y a sus tres hijos, y prácticamente todo el mundo había olvidado su verdadero apellido, Bouillot) era una mujer menuda, gritona y morena, cuyos párpados batían sin cesar como élitros, que reprendía a su marido por cualquier cosa, del mismo modo, por otra parte, que en sus plegarias reprendía a los santos del Paraíso y al mismo Dios.

—Entonces, Laverdure, ¿cazará usted mañana su ciervo número dos mil? —preguntó el marqués.

—Ojalá, señor marqués, ojalá —contestó el montero—. Perder un venado el día de San Huberto sería humillante. Sólo ha sucedido una vez en los treinta y nueve años que llevo aquí, como recordará el señor marqués; fue el año después de la guerra, con perros que, naturalmente, no estaban adiestrados... Sí, el número dos mil; produce un no sé qué, de todas formas...

Laverdure asintió y se abandonó interiormente a la emoción del pasado, de los años transcurridos. Había ejercido el oficio que amaba, había vivido entre los árboles del bosque con inteligencia, y en su universo ocupaba el lugar que sentía que le correspondía. Sabía que desde Artois a la Guyena y de Poitou a Morvan, los grandes señores decían: «¿Laverdure, de Mauglaives? Es el primer montero de Francia». Había montado hermosos caballos, había paseado orgullosamente por los pueblos su librea de color junquillo, había cazado venados ante príncipes y altezas reales. Había tenido el mejor señor, el más respetable («lástima que ahora esté ciego, pobre hombre, y que ni siquiera pueda contemplar su gran placer»); había compartido la vida con una mujer excelente, cuyos gritos no empañaban en absoluto la devoción y el amor que se profesaban; habían tenido tres hijos, todos saludables y honestos, dos de los cuales, los mayores, ya eran padres a su vez. «En el fondo, he sido un hombre feliz», se decía.

Todo aquello era lo que representaba implícitamente el venado número dos mil del que hablaba con tanta frecuencia y que veía acercarse de semana en semana como un desenlace, como una apoteosis. «Ya se acerca, señor marqués; mil novecientos ochenta y ocho». O bien: «Ya lo ves, Léontine; ya sólo faltan seis...». Y he aquí

que estaban en la víspera del gran día.

El hecho de que el azar de las cazas, de la duración de las temporadas de hielo, la precocidad o el retraso de la primavera, la astucia de los animales perseguidos, la mayor o menor perseverancia de los perros, todo ello imprevisible e imponderable, hubiera hecho coincidir aquella caza número dos mil con un día de San Huberto le parecía a Laverdure una connivencia simbólica del destino.

Asimismo, era consciente de que no podría ejercer su oficio durante mucho tiempo más. «Todavía cazaré cien o ciento cincuenta más, y luego aún podré vigilar, si el señor marqués o la señora condesa quieren conservarme, pero para hacer el trabajo de montero seré demasiado viejo... Tengo sesenta y tres años».

—Así pues, Laverdure —dijo el marqués, atusándose el bigote blanco—, le he hecho venir con su mujer porque en esta ocasión quiero hacerles un regalo.

«¿Le habrá dicho Florent que me gustaría tener una lavadora? —pensó la señora Laverdure—. O a lo mejor nos da dinero. En tal caso, no creo que compremos la lavadora; supongo que lo ahorraríamos».

—Ustedes no han nacido en esta región —prosiguió el ciego—. Su vejez se acerca y no quiero que se inquieten con respecto a su reposo del otro lado. Así que he decidido regalarles un lugar en el cementerio.

Una emoción violenta descompuso el rostro de Laverdure, que se puso colorado, e hizo batir con mayor rapidez los párpados de Léontine.

—¡Válgame Dios, señor marqués! —exclamó el montero—. ¡Válgame Dios, eso es verdaderamente demasiado! Nada podía satisfacernos más.

—No tienen más que elegir el lugar donde quieran estar —dijo el marqués.

El montero se volvió hacia su mujer.

—En esto, Léontine, serás tú quien elijas —dijo, como si se tratara de una instalación casera.

La señora Laverdure, enjugándose los ojos con la punta del delantal y sin que los sollozos que contenía atenuasen el tono chillón de su voz, contestó:

—¡Oh!, naturalmente, donde quiera el señor marqués. ¡El señor marqués es demasiado bueno! Sólo, si es posible, en algún lugar donde tengamos los pies al sol.

El ciego se aclaró la garganta con una tos maquinal.

—¿Ya está todo dispuesto para mañana? —preguntó.

—Sí, señor marqués, como de costumbre —respondió Laverdure—. La señora condesa se encarga ella misma de la iglesia, con el señor conde.

—¿Qué perros vais a poner en el coro?

—Pues precisamente quería hablarle de eso al señor. Está *Aníbal*, que es el mejor que se le podría dar a Jolibois. Y después, para mí, si el señor marqués está de acuerdo, *Valençay*. Es cierto que no luce mucho, y que no es costumbre poner un perro viejo, pero el señor conde bien sabe que como ése no se ven tres en la vida. Los entendidos lo comprenderán. Con doce años, parece un milagro. Es su última temporada, y no la hará entera. Le cuesta mear, empieza a tener uremia o algo que se le parece... Sería una forma de hacerle justicia...

—Bueno, está bien, Laverdure; ponga a *Valençay*... Mi hermano pequeño también... —dijo el marqués, hundiéndose un poco en su sillón.

Fuera por sueño, por pereza o por declive, Urbain de La Monnerie tendía, en momentos de fatiga, a formular las singulares asociaciones que se le ocurrían, sin preocuparse de explicarlas.

Los Laverdure comprendieron que el marqués estaba cansado; se retiraron y fueron a recoger sus zuecos a la puerta de la cocina. Mientras recorrían el espacio que separaba el castillo de su pequeña vivienda al lado de la perrera, la señora Laverdure, que seguía sorbiéndose la nariz, dijo:

—Bueno, ya ves, al menos tendremos nuestro pedacito de tierra.

Laverdure reflexionaba.

—Fue por la palabra *uremia* —dijo de repente—. Eso le recordó a su hermano el general, que murió de la misma enfermedad. ¡Y hay gente que dice que el señor marqués ha perdido la memoria!

VIII

La armazón era baja y sombría, las vidrieras ojivales retenían la luz en sus nervaduras de plomo. A lo largo de las paredes, inmensas cabezas de ciervos se alternaban con los episodios del Vía Crucis, y de ellas pendían guirnaldas de acebo. De entre la maraña del follaje surgían el brazo sulpiciano de Juana de Arco, la cabeza de yeso del cura de Ars y la aureola de santa Teresa. Bajo el resplandor sinuoso de los cirios, las largas cornamentas, como llevadas todavía en la frente de animales invisibles, parecían agitarse al salir de los matorrales. Y de la iglesia entera podía haberse dicho que estaba tallada en el mismo bosque.

Reinaba un olor de noviembre, de bruma, de incienso y de pieles.

La nave estaba llena de una multitud densa, y a los rezagados les costaba trabajo empujar el portón para deslizarse entre las últimas filas de invitados. Ni por Pascua ni por Navidad, ni en ninguna fiesta de guardar, el cura de la aldea de Chantou-Mauglaives podía enorgullecerse de contar con tal afluencia y de semejante calidad. Allí se reunía toda la alta y la pequeña nobleza de la provincia, con sus rostros más notorios y sus nuevas generaciones por casar; trescientas personas que descendían de la historia de Francia, cuyos nombres recordaban batallas lejanas, cuadros célebres, traiciones de condestables, duelos, tratados, adulterios reales.

Mezclados con la aristocracia regional había algunos grandes comerciantes de madera y grano, dos o tres banqueros parisienses, un prestigioso notario de facciones distinguidas que conservaba en su despacho las actas de enriquecimiento o de endeudamiento de casi todos los presentes, un médico rural, el conservador de los Monumentos Históricos y el funcionario de Aguas y Bosques.

Ante las gradas del altar los dos monteros, plantados en sus botas de caña ancha, mantenían atado un gran perro de la jauría. Al viejo *Valençay*, con el pelaje descolorido, las costillas salientes, la espina dorsal baja tras un grueso nudo de cinta amarilla y negra, le temblaba la parte posterior del cuerpo, y cada tres minutos dejaba unas gotas de orina sanguinolenta sobre las losas.

El cura estaba nervioso; aquel perro le causaba más quebraderos de cabeza que el resto de la misa, porque temía que a los niños del coro les entrase una risa incontenible.

«Estos chiquillos son tan estúpidos... Pero los hombres no demuestran ser mucho más inteligentes, al traer un perro que se mea en mi iglesia...»

Un grupo de trompas vestido de rojo, al cargo de Bourges, permanecía en pie ante el armonio cerrado.

A cada lado del coro, en las sillas reservadas de ordinario a los eclesiásticos, habían tomado asiento los componentes de la partida, a la izquierda los hombres y a la derecha las mujeres. Con sus casacas cuyo color había valido a la comitiva de Mauglaives el sobrenombre de «comitiva-sol», los componentes de la partida se parecían a esas series de donantes pintados a veces en la parte inferior de los viejos retablos.

Dos hermanos capuchinos que habían llegado para predicar ejercicios espirituales habían sido relegados a un rincón sombrío; encima de su frondosa barba, les brillaban los ojos, curiosos y maravillados, al tiempo que murmuraban sin cesar sus observaciones.

En la primera silla del coro de la izquierda, algo más elevada y en forma de cátedra, se sentaba inmóvil el marqués de La Monnerie, con los párpados entreabiertos sobre sus blancuzcos cristalinos, y el cogote copetudo apoyado en la madera del respaldo. Sentado a su lado —y admitido con tal honor porque había sido representante en Francia del difunto duque de Orleáns, pretendiente al trono—, el obeso vizconde de Doué-Douchy, un anciano de enormes mejillas pálidas, con una cabeza hecha para llevar gorguera, se acariciaba, soñoliento, la perilla de guardia noble. A continuación estaba el hermoso Gabriel de Voos, que de simple invitado la temporada anterior había pasado al lugar preponderante de sobrino y jefe de cacería en potencia; luego, una hilera de monteros de nucas soldadas, narices altivas, manos huesudas y cejas gruñonas, entre los que destacaba la cabeza redonda del comandante Gilon y la insólita, hierática, de color ladrillo, de un inmenso barón holandés, que no entendía nada de las partidas de caza y que desde las diez de la mañana estaba lleno de whisky hasta las cejas.

La fila de las mujeres presentaba una serie de tricornios bordeados de plumas cortas y galoneados de oro, colocados a diferentes alturas, sobre el pelo blanco azulado de la condesa de La Monnerie, sobre el pelo rubio ceniciento de Jacqueline, sobre el pelo negro de su prima Isabelle, sobre el pelo sin brillo y los rostros sin empolvar de varias castellanas fatigadas por el exceso de hijos, y sobre la larga cara de la señorita de Longueboile, una virgen de cincuenta años con aires de amazona y manos masculinas.

Gabriel estaba taciturno. Se sentía incómodo con su traje nuevo, cuyo brillo contrastaba con las viejas casacas de sus vecinos, gastadas por la nieve, la lluvia, el agua de los riachuelos; envejecidas por el roce de la trompa, manchadas por los troncos, quemadas por el sudor de los caballos.

Además, por la mañana, la señora de La Monnerie había

considerado conveniente decirle a Jacqueline, en su presencia:

—¡Cómo se parece a François, vestido así! ¡Es sorprendente! Hay que reconocer que tu primer marido tenía la misma afición a esa clase de disfraces.

Su suegra detestaba la caza y no iba más que una vez al año, el día de San Huberto, como una soberana que se pliega a cierta obligación de corte.

Desde el principio de la ceremonia, Gabriel no le quitaba el ojo de encima a Jacqueline.

«Es imposible que no piense en él en este momento —se decía—. Aquí estoy yo, en frente de ella, como él antaño, en la misma silla. Me mira, pero es a él a quien ve en mi lugar».

Detestaba ir a cualquier iglesia con su mujer, porque no le cabía ninguna duda de que ella evocaba allí el recuerdo del muerto.

Cuando Jacqueline le pidió a Gabriel, a su regreso de Italia, que no compartiesen dormitorio, cometió el error de decirle la verdadera razón.

—Cuando duermes a mi lado no puedo hacer bien mis plegarias.

Y Gabriel interpretó de inmediato que la estorbaba cuando quería reencontrarse con François en la efusión mística. Por eso sospechaba de cualquier recogimiento piadoso, de cualquier forma de devoción, y del mismo modo que un celoso vigilaría a una seductora, él intentaba sorprender las miradas de aquella mujer virtuosa hacia el más allá.

Observó que el montero mayor se dirigía con deferencia a Jacqueline y que ésta hacía una señal a sus hijos.

Marie-Ange y Jean-Noël se le acercaron, de la mano, atentos a las indicaciones que les habían dado. Marie-Ange era un poco más alta que su hermano. Jean-Noël estaba muy orgulloso de llevar traje de montar. Los dos niños se arrodillaron al pasar frente al altar y se encaminaron hacia el banco de los hombres.

—*Daddy*, ¿podría prestarme su gorra para hacer la colecta? —le preguntó Marie-Ange a Gabriel, mientras Jean-Noël se la pedía al comandante Gilon.

—Toma, toma —contestó Gabriel.

Por un instante, los dos niños vacilaron, antes de que cada cual eligiera un lado; luego, con gran astucia natural, Jean-Noël se dirigió al lado de las damas, mientras que Marie-Ange permaneció en el tramo de los hombres.

Procedieron lentamente, recogiendo los billetes e intentando avanzar a la par. Su belleza, su infancia, su timidez eran tan conmovedoras que todas las miradas y todos los pensamientos se volvieron hacia ellos, que las plegarias maquinales se detuvieron sobre los labios santurrones, que los indiferentes cesaron de contar las cornamentas de las cabezas, y el silencio de la iglesia adquirió mayor

intensidad.

Entretanto, Gabriel no podía dejar de preguntarse dónde habían sido concebidos Jean-Noël y Marie-Ange, si en la cama de la avenida de Messine o allí, en Mauglaives. Era consciente de que sus divagaciones eran absurdas e inútiles, pero no lograba contenerse.

Un monaguillo agitó la campanilla de la elevación. Entonces las dos hileras de donantes se arrodillaron, los hombres pese al estorbo de los látigos y los cuchillos de caza, y las mujeres doblando sus faldas de amazonas.

Los músicos que estaban delante del armonio pasaron sus doce trompas por encima de sus cabezas y se llevaron las doce embocaduras a los labios. Y la iglesia vibró hasta la armazón. Las notas, nacidas de los pechos escarlatas, se lanzaron a través de las roscas de cobre, giraron por el aire como burbujas hirvientes, treparon alrededor de los cirios y de los brazos de las imágenes, se enlazaron a las guirnaldas y a las cornamentas de los ciervos, y volvieron a estallar contra los oídos de la multitud.

Laverdure, con una rodilla en el suelo y la otra en ángulo recto, cogía a *Valençay* del collar e intentaba que no aullase.

Gabriel seguía observando a su esposa, cuyas manos juntas le ocultaban el rostro, y se dirigía a ella en silencio. «¡Vamos! ¡Ruega! ¡Ruega por tu François...! Pídele a Dios que os reúna en la eternidad, ya que es tu único sueño... Mi papel es el de comparsa terrenal, y hasta me hacen vestir el mismo traje».

Jean-Noël se había arrodillado en medio del pasillo central y estrechaba contra su pecho la gorra llena de billetes. «Dios mío —murmuraba—, protege el alma de papá, que se fue en un accidente. Y también las de Nungesser y Coli».

Porque mientras un viejo señor ciego seguía haciendo bendecir a sus perros, sus caballos y sus criados, como en la Edad Media, un año antes se había cruzado el Atlántico en avión por vez primera. Y hacía un año que Jean-Noël nombraba en sus plegarias a los desdichados predecesores franceses del victorioso Lindbergh.

«Y además, Dios mío —prosiguió—, haz que algún día yo también sea jefe de montería, como el tío Urbain. En teoría, debería ser así, ya que mamá heredará de él y luego heredaré yo. Y haz también que sea aviador. Dios mío... haz que yo sea todo».

En ese mismo instante, la señora Laverdure se contentaba con pedir: «Dios mío, haz lo posible porque mi Laverdure cace hoy su ciervo dos mil. Porque si se le escapara, le cogería una enfermedad, seguro... Y no se lo merece».

Las frentes se levantaron. Jean-Noël y Marie-Ange terminaron la colecta y se dirigieron a la sacristía. El sacristán, que acababa de dar las formas, insistió en que se comieran las migas esparcidas en una

gran cesta plana.

—Ya que vuestra familia lo ofrece, es justo que vuelva a vosotros —dijo el sacristán, mientras los dos niños, en medio de las sobrepellices, las casullas y los incensarios, comían los restos de pan.

La misa llegaba a su fin. Los asistentes abandonaron el coro, donde el lugar que había ocupado *Valençay* permanecía marcado por un charco rojizo, y se dirigieron al pórtico con una lentitud y una dignidad de familia real a la salida de un *Te Deum.*

El ciego iba a la cabeza; toda la concurrencia lo contemplaba con respeto. Para guiar sus pasos recurría a un bastón de junco y, con la otra mano, se apoyaba levemente en el brazo de su sobrina.

Ese día se había concedido una última coquetería que le permitía su categoría de jefe de montería: había insistido en ponerse un gran tricornio. Con su larga túnica entallada, sus muslos arqueados y sus botas plegadas en las coyunturas, se parecía más que nunca a algún viejo mariscal de entre sus antepasados.

Todo el mundo volvió a encontrarse en la plaza de la aldea, abarrotada de varios Peugeot Torpédo, de berlinas, de carretelas ingleses y de grandes *breaks* enganchados. La mañana estaba iluminada por un ligero sol de noviembre, pero un viento frío corría a ras de suelo, «un viento que seca», decían los hidalgos de larga nariz. Para muchos, San Huberto era la única vez en todo el año en que se encontraban. Todos se prestaban a conversaciones fútiles, a amabilidades de conveniencia, a evocar recuerdos.

De Voos fue presentado a una multitud de personas cuyos nombres y cuyos rostros no podría hacer coincidir jamás. Se sentía observado, estudiado, objeto de curiosidades y de murmullos. Era «el nuevo marido de la pequeña de La Monnerie». Ancianos de ojos húmedos que apelaban a un lejano parentesco con Jacqueline acudían a estrecharle la mano, diciendo:

—¡Estamos tan contentos por ella!

Gabriel era bello, seductor y estaba en la flor de la vida, por lo que despertaba la envidia de todos. ¿Quién hubiera podido adivinar su sufrimiento?

Urbain de La Monnerie, acompañado siempre por Jacqueline, avanzaba lentamente a través de los grupos, y a veces, cogiendo a alguien por el mango de su bastón, preguntaba:

—¿Quién es?

Una anciana, envuelta en un abrigo gris como una rama en su corteza, se acercó al ciego.

—Urbain —dijo—, soy Odile.

Su voz era muy suave, muy armoniosa, y tenía el rostro surcado de infinidad de arrugas paralelas, verticales y apretadas.

—Vaya…, ¡aquí estás! Te esperaba antes de la misa —dijo el

marqués en tono de reproche.

—El señor Séjarry, que ha tenido la bondad de traerme, ha tenido una avería por el camino —contestó ella.

Jacqueline abandonó discretamente el brazo de su tío cuando apareció la señora de Bondumont. Los presentes retrocedieron instintivamente unos pasos, y la nobleza de la provincia se encontró formando círculo, en una actitud casi admirativa, en torno a aquellos dos ancianos —uno de los cuales ya no podía distinguir los rasgos del otro— que, mientras se decían cosas insignificantes, vivían el final de su largo y decente amor.

IX

El castillo de Mauglaives estaba construido sobre una especie de terraza natural que dominaba los tejados de la aldea. Desde el pueblo, con sus pesadas torres flanqueantes, parecía una enorme y siniestra construcción medieval, de muros grises, abruptos, horadados por ventanas estrechas y puertas bajas. Pero cuando se rodeaba esta fortaleza, aparecía de repente la otra fachada, encarada hacia el sur y el sol, por la cual había pasado el genio del Renacimiento y que hacía de Mauglaives una de las maravillas arquitectónicas de la región.

No había ninguna superficie de esa fachada que no estuviese labrada, esculpida; ni un ángulo que no estuviese transformado en columnita, donde no se enrollasen el acanto, la hiedra y la vid. Se asistía a un enlace casi viviente de ajimeces estrechos, de escaleras caladas por donde subían antiguos crímenes, de galerías sembradas de escudos, de chimeneas contra el cielo.

Por muy a menudo que se fuese a Mauglaives, cada vez se experimentaba la misma emoción a causa del contraste entre la mole trasera feudal, guerrera, hostil, y el esplendor de la fachada renacentista.

Un gran espacio cubierto de arena dorada formaba el patio de honor. El parque, creación del siglo XVIII, al gusto inglés, comenzaba a continuación, con el desorden bien recortado de sus hermosas masas de esencias diversas diseminadas sobre la pradera, e iba a fundirse con las primeras frondas del bosque. Un estanque retenía en sus aguas lisas y verdes el reflejo de las nubes.

Alineados en tres de los fados, sobre la arena del patio de honor, siguiendo una formación de parada militar, las monturas, los perros y los señores acababan de ser bendecidos por el cura.

Los criados mantenían a la jauría bajo el látigo. Los caballos, cosquillosos, recién esquilados, se impacientaban bajo las espesas mantas de paseo, marcadas con una corona o con iniciales bordadas.

—¡Vamos, Laverdure, el informe! —gritó el marqués.

Laverdure, imitado por el segundo montero y dos guardas, se acercó, colocándose en posición de firme con la gorra en la mano frente al ciego.

—Señor marqués —dijo Laverdure—, creo tener un venado que juzgo en su cuarta cabeza, en el bosque de La Rouvraie, pero creo que hoy tenemos algo mejor —agregó, honesto.

Jolibois, el segundo montero, un tipo alto y flaco, con un hombro

más alto que otro y un mechón negro que le caía sobre la cara, había emboscado un diez puntas «en un pañuelo de bolsillo».

—Está entrando a la gran alameda —explicó el segundo montero —, saliendo a Rond-du-Seigneur, y volviendo después al cercado de la izquierda, donde tiene su guarida. ¡Mi rastreador no me da pista de salida!

—¿Solo o en manada?

—Solo, señor marqués.

El marqués interrogó a los guardas. El primero tenía un cervatillo por el lado de Bordiers. El segundo, el tío Planterose, que servía en Mauglaives desde hacía casi sesenta años, farfulló con una boca desdentada:

—Yo tengo una jabalina en el camino de Fonds. He pensado que las veces que no encontrásemos ciervo, podría servir para tener un guarro...

El camino de Fonds pasaba cerca de la casucha donde vivía, y el viejo guarda apenas podía arrastrarse más lejos.

—Gracias, Planterose, está muy bien —dijo el marqués, caritativamente.

Reflexionó un instante. Laverdure, un tanto despechado por no tener el mejor animal del informe, aguardaba la decisión del jefe de montería, con la vaga esperanza de que éste le diese la satisfacción de cazar un animal que hubiera emboscado él mismo como ciervo número dos mil.

—Entonces, señores, ¿qué opinan ustedes? —preguntó el marqués, por cortesía, dirigiéndose al obeso vizconde de Doué-Douchy, a Gilon y a De Voos, que se hallaban a su lado. Luego, sin esperar la respuesta, dijo—: ¿Tiene usted el fimo, Jolibois?

El segundo montero sacó del bolsillo del calzón las cagarrutas redondas y negras y las puso al alcance del marqués, para que éste pudiera palparlas. Gilon, con el busto inclinado, se puso los lentes.

—Entonces, Laverdure —decidió el marqués—, irá usted a la mancha de Jolibois.

—Bien, señor marqués.

—Y atacará usted con todos los perros... Y no lo digo para que parezca bonito —añadió el marqués—, sino porque ya es tarde y perdería demasiado tiempo deteniendo a los perros.

—De acuerdo, señor marqués —dijo Laverdure.

Y entretanto pensaba: «Yo, en su lugar, hubiera elegido lo mismo. Entre una cuarta cabeza y un diez puntas no se discute, sobre todo un día de San Huberto. Además, fui yo quien mandó a Jolibois a Rond-du-Seigneur. Trabaja a mis órdenes. Es como si hubiera encontrado yo el ciervo».

—¡Julien! —llamó el marqués.

El viejo cochero de Mauglaives se acercó; tenía de la brida una yegua de veinte años, de miembros fatigados, con profundos surcos cavados por la edad en sus ojos tristes.

—¿Señor marqués? —dijo el cochero, quitándose el sombrero de copa. Conservaba un ligero acento inglés, que se le había pegado medio siglo atrás en casa de un picador de Maisons-Laffitte.

—Yo no montaré hoy —dijo el ciego, repitiendo la frase que pronunciaba invariablemente desde hacía cuatro años cada día de caza.

—¿Podría el señor Jean-Noël montar a *Egeria* un momento?

—Sí, sí —dijo el marqués a disgusto—. Pero muy despacio, y siempre que tú lo acompañes.

Luego, sin decir palabra, se alejó con paso firme hacia la entrada del castillo, donde lo esperaba Florent. Conducido por su criado, el viejo señor desapareció, engullido por la inmensa fachada Renacimiento, tras la cual iba a ocultar su vejez, su ceguera y su tristeza.

X

El ciervo fue levantado de inmediato, «después de un tirón», como decían los monteros. Se oyó sonar la *Vista* y la *Real*, lo cual significaba que en realidad se cazaba un gran diez puntas.

El animal cruzó tres alamedas sucesivas, a poca distancia de los jinetes y de los coches, y casi todo el mundo tuvo la satisfacción de verlo volando a dos metros del suelo, con las patas de delante replegadas, el hocico elevado y su magnífica cornamenta echada hacia atrás, sobre el cuello.

Los sesenta perros lo seguían aullando, a poca distancia; atravesaron las alamedas como una alfombra ondulante y moteada.

Luego apareció Laverdure, abriendo paso entre las rañas, franqueando los fosos, con los estribos calzados hasta el fondo y sacudiendo la trompa mientras galopaba para que se desprendiera la saliva. Tenía el rostro colorado y las mejillas hundidas. En efecto, en las primeras rañas, había escupido discretamente en el pañuelo su dentadura postiza, que le estorbaba para tocar a caballo.

Los niños, gritando de alegría, trepaban a los taludes.

El sol de mediodía deslizaba entre los árboles pálidos peines de oro.

Había cerca de cincuenta jinetes. Los caballos de los invitados, poco acostumbrados a la trompa, al látigo y al tumulto, se encabritaban repentinamente, coceaban a los vecinos y a la menor presión de la mano partían como piedras de ondas.

Los hidalgos de larga nariz y casaca de color junquillo contemplaban aquel espectáculo con desprecio e irritación.

—Cada San Huberto sucede lo mismo —gruñían—. ¡Miren ustedes ese circo!

El bueno de Gilon, con sus amplias nalgas posadas sobre una yegua cob, había adoptado el aire huraño e irritable del viejo montero al atacar el venado.

—¡Señores, me horroriza que me sigan tan de cerca! —gritó a los jóvenes, que trotaban detrás de él.

Y como la costumbre prohibía a los invitados adelantarse a los miembros de la comitiva, los jóvenes se veían forzados a permanecer en su sitio o a tomar un sendero transversal.

De Voos, altanero, autoritario y preocupado por imponer su nuevo personaje, se dirigía sin afabilidad, desde lo alto de *Comendador*, su gran alazán pura sangre, a los conductores:

—Señores, nos harían ustedes un favor si detuvieran los motores. ¡Estamos cazando!

—Tiene usted toda la razón; son insoportables —le dijo la señorita de Longueboile, que tocaba la trompa como un hombre.

Hasta Laverdure, dominado por la pasión de cobrar su ciervo número dos mil, se atrevía, sin olvidarse de sacarse la gorra, a increpar a «los señores»:

—¿Los señores piensan seguir obstruyendo la avenida, o prefieren que pase yo? ¡Deténganse, señores! ¡No van a cortar la vía en las mismas narices de los perros!

A juzgar por la expresión sombría, atenta y concentrada de los cazadores, nadie hubiera podido creer que se trataba de placer y no de alguna importante misión cuyo fracaso hubiera atraído sobre ellos las iras del rey.

El venado tomó enseguida un paso más lento, distrajo a los perros al trotar delante de ellos, se hizo ojear de matorral en matorral durante casi una hora, buscando una manada, luego volvió a su armada, donde los hidalgos de nariz larga lo esperaban tranquilamente, mientras los jóvenes ya habían dado la vuelta al bosque y se sentían agotados sobre sus caballos blancos de espuma.

De repente, el venado se decidió y desembocó en el llano, por un lado por donde nadie se lo esperaba. Llevaba diez minutos de delantera a los perros.

Gabriel se encontró bloqueado un momento, en un sendero encajonado y pantanoso, por algunos viejos componentes de la comitiva que trotaban en fila tras el obeso Melchor de Doué-Douchy, que a caballo se parecía a una caricatura de Eduardo VIL Como ya no tenían edad para prolongadas marchas a galope, se fiaban de su conocimiento de la región y de su sentido de la caza para llegar sin prisas a la primera pradera en la que los perros perderían la pista.

Hasta entonces, Jacqueline había permanecido siempre cerca de Gabriel, pero al volverse, ya no la vio. Como acababan de atravesar un mal terreno temió que se encontrase en dificultades y la esperó unos instantes e incluso volvió sobre sus pasos. Luego, inquieto, con la desagradable sensación del accidente y una sensación de culpa, decidió, a pesar de todo, seguir adelante. Ya no se oían los ladridos y la trompa de Laverdure apenas se escuchaba en la lejanía.

«No, es absurdo —se decía Gabriel—; si se hubiera caído, habría llamado. Éramos muchos. Se le habrá roto el estribo».

Media legua más allá encontró a Jacqueline, detenida al acecho en medio de una encrucijada, que le pedía con la mano que guardase silencio.

—De ahora en adelante harás el favor de seguirme, ¿entendido? —dijo él con tono ofendido y desagradable.

—¡Pero si tú no avanzabas! —replicó Jacqueline.

—No podía echar abajo al enorme tonel de Doué-Douchy para darte el gusto.

—Bastaba con que saltases el foso y cortases derecho, como he hecho yo. Y en primer lugar, cállate, no se puede oír nada.

Jacqueline no tenía ninguna intención de herirle, sólo la impaciencia del cazador que sigue a sus perros. Pero por tenue que fuese el motivo del desacuerdo, bastó para desencadenar el mecanismo obsesivo de Gabriel.

—Me dijiste que en la caza seguías a tu primer marido. ¡No veo por qué había de resultarte deshonroso hacer lo mismo conmigo!

—¡Es por eso! ¡Ya empezamos! —exclamó Jacqueline, con los ojos brillantes de cólera—. Te aseguro que aunque yo me hubiera olvidado, tú te encargarías de que me acordara. En primer lugar, seguía a François porque yo tenía diez años menos, y en segundo lugar porque él sabía cazar y no se contentaba con adoptar aires de falso gran señor que no engañan a nadie.

Se enfrentaron un instante con la mirada. Ambos tenían la cara enrojecida, la frente y el pescuezo húmedos por el esfuerzo de la carrera. Jacqueline iba sin empolvar, y unos mechones le salían del tricornio un poco torcido.

—¡Muy bien! ¡Pues entonces caza como te parezca, ya que eres tan fuerte! —dijo él—. ¡Y el día que te rompas la cabeza, yo no voy a estar allí para recogerte!

Y lanzó a *Comendador* al galope, clavándole las espuelas en el flanco con una violencia inútil. El caballo de Jacqueline quiso partir tras él, pero la joven, con mano voluntariosa, lo mantuvo en su lugar, danzando sobre los guijarros del camino.

«Un sargento; me he casado con un sargento. ¡Con un sargento de cuartel!», pensó, lamentando no habérselo dicho un instante antes.

Gabriel picó derecho frente a sí levantando piedras y barro a su paso. Se disponía a adoptar una marcha más moderada y trataba de orientarse cuando *Comendador* perdió una herradura. Este incidente desagradable, pero trivial, reavivó el furor de Gabriel. No le quedaba más remedio que regresar al paso, con la esperanza de encontrarse con los coches, subir en uno de ellos y confiar su caballo a un cochero.

Durante un cuarto de hora Gabriel se juró no volver a participar jamás en una partida de caza, volver aquella misma noche a París, divorciarse y solicitar que lo readmitiesen en un regimiento de espahíes.

Fue entonces cuando encontró, bordeando un campo desierto, al inmenso barón Van Heeren, que como de costumbre había perdido a los otros cazadores cinco minutos después de que levantaran la pieza y desde entonces cazaba «que le guiasen», antes de acabar cazando «la

posada». Cabía preguntarse, por otra parte, por qué se obstinaba aquel personaje en navegar como un barco de carga a la deriva, dos veces a la semana, a través de Sologne, Berry o Sancerrois, cuando podría encontrar otro pretexto para rehuir a su mujer e ir a emborracharse en paz.

Encantado de contar con un compañero, el barón holandés le dijo a Gabriel:

—Vamos a buscar una aldea, tal vez, donde un herrero le ponga la herradura a su caballo. Y mientras tanto, tal vez, iremos al café.

Y así lo hicieron.

El barón estaba tan bebido que le faltaba una copa para hallarse en una euforia perfecta. Al segundo desgranaba confidencias estúpidas y promesas de amistad eterna.

Una botella de aguardiente estaba seca y otra empezada, y el caballo herrado hacía rato que estaba atado a la anilla al lado de la puerta, y Van Heeren, que seguía sosteniendo con blanda dignidad su roja cabeza, decía:

—Cuando vuelva a casa, tal vez me iré a la cama con la criada. Tiene las nalgas muy gordas, ¿sabe? Y mi mujer, que está abajo, lo oye, pero no se atreve a decir nada, porque le daría un sopapo en la nariz. Mi mujer es flaca, ¿sabe?

Y Gabriel, prosiguiendo un monólogo paralelo, respondía:

—Sí, pero es su primera mujer… En fin, es usted su primer marido. ¡Ay, mi querido amigo! ¡Usted no sabe lo que es ser el segundo marido de una viuda!

Hacía tantos días que tenía la necesidad de liberarse, de confesar su desdicha a cualquiera que no le escuchase… No tardaron en estar de acuerdo en que el mundo pertenecía a los hombres y que era una gran suerte que dos seres nacidos para comprenderse así se hubieran encontrado.

Pero cuando quisieron tocar la trompa en medio de la posada, la patrona les aconsejó que se fueran, sugerencia que aceptaron de buen grado.

—Hombres tan elegantes, tan ricos… —dijo ésta mientras se alejaban—. ¡Qué lástima ver cómo se destruyen!

Van Heeren había encargado que le llenasen de alcohol una gran cantimplora de plata, cuyo contenido compartió con su compañero durante el camino de vuelta.

XI

La señora de Bondumont había pasado una plácida tarde junto a la chimenea de los hipogrifos, evocando recuerdos con su viejo amante, y luego contemplándolo dormitar.

Se amaban desde hacía treinta años o, más bien, se habían amado treinta años antes, y habían adquirido la tierna costumbre que mantiene la ilusión del amor en los que han superado la edad de las pasiones.

Urbain de La Monnerie había enviudado hacía casi medio siglo. Entonces se dijo:

—Si Dios me ha arrebatado a mi adorable esposa, es porque no estoy hecho para el matrimonio, así que no volveré a casarme nunca.

Cuando empezaron a mantener relaciones, Odile de Bondumont todavía estaba casada, pero tras la muerte del señor de Bondumont, Urbain y ella siguieron observando la misma prudencia, la misma perfecta discreción frente al mundo, de manera que en treinta años no habían tenido más horas de intimidad que las que necesitan los amantes ordinarios para odiarse en treinta meses. Habían alcanzado la edad de la impotencia, luego la de las enfermedades, y al fin habían llegado a las puertas de la muerte. Y cuando la señora de Bondumont, una vez que se había asegurado de que ningún criado estaba presente, acariciaba la mano arrugada del ciego y éste fingía no darse cuenta, experimentaban la misma emoción que en los abrazos de la pasión más violenta, porque pensaban: «Saboreémoslo, ya que es lo único que nos queda, y tal vez sea la última vez».

De pronto, el marqués se despertó de su duermevela.

—¡Odile! ¡Odile! ¡Odile! —exclamó—. Tocan el halalí en el parque, ¿no lo oyes? Escucha. Ay, estás perdiendo el oído, amiga mía. Vamos, llévame.

—Pero ¡Urbain!, no vas a salir sin el abrigo.

El marqués agitó la campanilla de bronce. El viejo Florent apareció y le confirmó que la partida de caza había llegado frente a Mauglaives.

—¡Florent! ¡Mi tricornio, mi bastón, mi abrigo!

Dos minutos después, el ciego caminaba por el parque, presuroso, del brazo de su vieja amiga.

—No vayas tan aprisa —decía ella—; te vas a caer.

Jacqueline, la señorita de Longueboile y varios jinetes, en la calzada del estanque, tocaban sin interrupción. El venado se mantenía

en medio del agua y los perros nadaban en torno a él. Los guardas y los criados del castillo habían acudido a toda prisa.

—¡Bueno, ya lo ves, papá! —gritaba Léontine Lavedure—. Ya tienes a tu dos mil. ¡No valía la pena hacerse mala sangre!

—Charlemagne, descuelga la barca —ordenó Laverdure al criado.

Y al ver al marqués, fue a su encuentro.

—Una hermosa batida en el agua, señor marqués, una hermosa batida —dijo—. ¡Lástima que el señor marqués no pueda ver!

—Sí, sí que veo, Laverdure. En fin... veo hacia atrás. ¡Un halalí en el estanque de Mauglaives! ¡No hay nada tan hermoso! Hacía muchos años que no sucedía.

—Y después de una hermosa caza, ¡eso sí! Le daré el parte al señor esta noche, en su caja. Y la señora condesa, como de costumbre, ha sido la primera en acorralar. El señor conde, en cambio, que había dirigido tan bien la caza al principio... la verdad es que se toma muy a pecho reemplazar al señor... pues no se sabe adónde ha ido.

Laverdure se había vuelto a poner los dientes y parecía rejuvenecido.

Los coches rezagados iban llegando, así como jinetes y más asistentes. El marqués fue rodeado y felicitado como si se tratase de una gran victoria o de un gran acontecimiento familiar.

Melchior de Doué-Douchy, que había desmontado hacía rato, exclamó, mientras bajaba con una lentitud real del fondo de un enorme Peugeot Torpédo cubierto de barro:

—¡Mi querido Urbain! ¡Qué hermoso San Huberto, puedes estar contento!

Todos estaban satisfechos de sí mismos y del prójimo, dispuestos a la amistad y a los cumplidos.

—Vamos, Laverdure —dijo el marqués—; remate el venado. No me gusta que los animales sufran.

«¡Dios mío; haz que no le pase nada!», pensaba la señora Laverdure. Había visto a ciervos agónicos volcar las barcas.

La orilla del estanque estaba llena de espectadores. Los hidalgos de nariz larga, que habían echado pie a tierra y descinchado a sus caballos hacía un rato, se frotaban la espalda, con las riendas bajo el brazo. Los perros seguían ladrando mientras nadaban.

La barca y el ciervo bogaron unos instantes uno al lado del otro, como dos navíos que van a abordarse. Luego Laverdure, con la mano izquierda, agarró al ciervo por la cola y le hundió el cuchillo en el flanco dos veces. El animal emergió de la onda hasta medio cuerpo, luego volvió a caer; su cornamenta se inclinó como un mástil y la superficie del estanque, a su alrededor, se tiñó de rojo. De pie en la barca, Laverdure se quitó la gorra mientras volvían a sonar los cuernos de caza.

El encarne se llevó a cabo delante del castillo, a unos pasos del lugar donde por la mañana se había impartido la bendición. Los restos despedazados del venado habían sido dispuestos sobre el césped. Planterose, el viejo guarda, balanceó largo rato la cabeza del animal ante los ojos ardientes de la jauría, mantenida bajo el látigo, y a continuación rajó la piel del ciervo, descubriendo así las vísceras sangrientas, y los perros se abalanzaron sobre ellas.

—¡Jacqueline! ¡Gilon! —los llamó el marqués—. Acercaos. Vamos a ver: ¿a quién se hacen los honores? Decidme qué personas están aquí.

—¡Mi querido marqués! —dijo Gilon—. Hoy hay un jefe de cacería muy grande, a quien me parece que le corresponde por derecho.

—¿Quién es?

—Uno de los más grandes jefes de cacería, ¿verdad, Jacqueline?

—Sí, sí, por supuesto —dijo ella.

—Pero ¿quién es, santo Dios? —exclamó el ciego.

A una señal de Gilon, Laverdure, que estaba avisado, se acercó.

—Señor marqués —dijo—, para este ciervo, que ha sido cobrado en Mauglaives y es el número dos mil desde que yo estoy en la montería, estos señores han pensado que el pie debería ser ofrecido al señor marqués.

Jacqueline tomó la mano de su tío y la acercó a la gorra sobre la cual Laverdure presentaba el pie trenzado, mientras los amos, levantando las trompas, tocaban la fanfarria de circunstancias.

—¡Es ridículo! ¡Es ridículo! —refunfuñó el marqués, conmovido.

Por su parte, Laverdure recibió el apretón de manos número dos mil de su carrera de montero mayor, y el más noble, el más humano, ya que por vez primera las palmas no estuvieron aisladas por un billete doblado. Luego, el marqués fingió que estudiaba la pata del ciervo y se palpaba el casco, mientras Laverdure fingía que limpiaba el paño de su gorra.

—¿Sabe, Laverdure?, su ciervo tiene el pie fuerte.

—Sí, sí, señor marqués; tiene el pie fuerte —repitió el montero, con lágrimas en los ojos.

—Ha sido usted un buen compañero, Laverdure —dijo el marqués en voz muy baja.

Tras la fanfarria de honor, veinte trompas tocaron *La Mauglaives*, que resonó por la aldea y a través del parque. Fue entonces cuando aparecieron, al trote, dos jinetes de casaca color junquillo. Eran De Voos y el inmenso barón holandés, que lanzaron sus riendas a un criado con un gesto insolente y se dejaron resbalar de sus sillas. Luego, con la mirada vaga, andares tambaleantes sobre sus grandes botas y con una especie de complicidad guasona entre ellos, se mezclaron con

los demás, declamando cumplidos irónicos y pastosos a las damas. Las palabras del holandés eran casi incomprensibles.

«¡Caramba! —pensó Laverdure—; ahí está el barón, que ha vuelto a beber más de la cuenta, y parece que el señor conde lo ha acompañado. Por eso no se reunió con nosotros».

Cuando Gabriel divisó a Jacqueline, su rostro, hasta entonces afable y beatífico, adquirió una expresión colérica.

—¡Ah, ahí estás! —exclamó—. En primer lugar, exijo que se eche de inmediato a Julien, que ni siquiera es capaz de herrar los caballos. De patitas a la calle, ¿me oyes? Este cuartel es un verdadero burdel. Voy a haceros marchar a todos como en mi escuadrón. Y os voy a tener al trote.

—Sí, sí; de acuerdo. Pero ahora te ruego que te calles —replicó secamente Jacqueline—, porque estás borracho perdido. Nunca te hubiera creído capaz de esto.

—No estoy borracho ni nada que se le parezca —gritó Gabriel—, y aunque lo estuviera, lo único que tienen que hacer las mujeres es callarse la boca.

Afortunadamente, los cazadores seguían soplando los cobres y no se oían los gritos de Gabriel.

—¿Cómo? ¿Qué pasa? —prosiguió, sarcástico—. ¿No tocan *La Schoudler*? No cumplen con sus deberes.

Y llevándose a los labios la embocadura de metal, se puso a tocar desafinando mucho *Le dix-cors, jeunement*, cuya letra fantástica, conocida por todos, era:

Voici un beau dix-cors jeun'ment
Il a tout du cocu[2]

Anochecía y cada vez hacía más frío. Algunos invitados subían a los coches y otros se dirigían al bufet preparado en el comedor del castillo.

Jacqueline quiso evitarle aquel último escollo a Gabriel e, intentando mantener la compostura, le sugirió que se fuera a acostar.

—¡Van Heeren! ¡Van Heeren, amigo mío! ¡Venga a beber! —gritaba—. ¡Y que se joroben las mujeres!

—Si te empeñas en que te tomen por el criado de François —dijo Jacqueline—, no tienes más que continuar así.

Al ver cómo se deformaba el rostro de Gabriel, se asustó por lo que acababa de decir. Pero había logrado su propósito. A través del espesor de la embriaguez había tocado el único lugar sensible de la conciencia de su marido.

El héroe de la mañana, a quien todo el mundo envidiaba y admiraba a la salida de misa, se fue con las piernas flojas y la cabeza

inclinada, repitiéndose a sí mismo: «El criado de François..., el criado de François...».

—¡Pobre pequeña! —murmuraban los comensales—; sería espantoso para ella si se ha casado con un borracho.

Jacqueline arrastró a la señora de La Monnerie a un saloncillo.

—Pero mamá, ¿qué voy a hacer? —le dijo—. ¡Yo no puedo seguir viviendo con él en estas condiciones!

—Vamos, vamos, no dramatices —contestó la vieja dama—. Ha bebido demasiado; eso le puede pasar a cualquier hombre. Y además, ¿qué pretendías? ¡Es un militar colonial!

En plena noche, cuando todo el castillo estaba silencioso, Jacqueline, que lloraba desde que se había desnudado, vio entrar a Gabriel en su habitación.

—¡Ni hablar! ¡Esta noche no! —exclamó—. Después de haberte portado de esa manera, no. ¡Jamás podré olvidarlo; jamás!

Pero cinco horas de sueño no habían bastado para que se le pasara la borrachera a Gabriel, que empezó a exponer sus quejas, sus celos y sus exigencias con agresividad y tozudez. A continuación, se metió en la cama de Jacqueline sin que ésta pudiera oponerse.

—Un criado, ¿verdad? El criado de François —dijo, desnudándola—. ¡Pues ya verás; ya verás!

No dejó de hablar ni un instante. Un último pudor desapareció entre ellos, el de las palabras. Aquella noche, Gabriel le descubrió a Jacqueline la voluptuosidad de las palabras obscenas. Ella no se atrevería jamás a pronunciarlas, pero las aceptaba, las mendigaba; respondía a ellas con roncos rumores guturales; suplicó gracia cuando su placer terminó por convertirse en dolor.

Agotada, aterrada, avergonzada y deslumbrada por aquel pecado cometido en el lecho conyugal, Jacqueline, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, se dio cuenta de que con François jamás había experimentado tales placeres, y desde entonces empezó a rehuir a su segundo marido.

3. El crac Schoudler

I

A principios de la primavera de 1929 llegó a París un personaje del que apenas habló la prensa, que no fue a los salones, pero cuya presencia pesó sobre la ciudad. Había alquilado la mitad de un piso del hotel Ritz, en la plaza Vendôme; se había hecho reservar una línea telefónica para su solo uso, y no pasaba hora sin que un botones le subiera una bandeja llena de cartas y de telegramas. Con todo, los criados que limpiaban su apartamento jamás encontraban ni un solo papel, ni siquiera en el fondo de las papeleras. Vivía solo, sin ninguna mujer, salvo una secretaria andrógina, de pelo blanco muy corto. Por sus dependencias desfilaban hombres de diversa apariencia y edad, algunos corpulentos y anchos de espaldas, como guardaespaldas, otros enjutos y vestidos con ropa oscura, con aspecto de jefes de sección de grandes almacenes. Frente al hotel lo esperaba siempre un coche de gruesos vidrios.

Este personaje, en cuyas manos estaba la fortuna y la ruina de centenares de compañías industriales, así como el empleo o la miseria de decenas de miles de trabajadores, que podía rechazar las invitaciones de los reyes, fomentar las revoluciones sudamericanas, hacer caer los ministerios europeos, que poseía una fortaleza en el Báltico y, anclado en Trieste, el yate más grande del mundo, que viajaba con cuatro pasaportes, uno de ellos del Vaticano, y había sido condecorado con todas las órdenes imaginables, tenía sesenta años y se llamaba Karl Strinberg.

Su leyenda, que circulaba en el corro de la Bolsa, en los pasillos del parlamento y en las redacciones de los periódicos, se componía de pocos elementos: el yate, la fortaleza, los inmensos cigarrillos turcos de boquilla de oro, que fumaba sin cesar, el piano de cola que instalaban la víspera de su llegada a un hotel, su desavenencia con Pierpont-Morgan, la ruina y la caída en desgracia de algunas fortunas, cuya responsabilidad le atribuían, su celibato absoluto... Pero cuando se preguntaba por sus orígenes, las manos se agitaban vagamente, en dirección al noreste europeo.

Nadie podía vanagloriarse de haberlo conocido de joven. El personaje que recorría el globo bajo el nombre de Strinberg no parecía haber nacido del vientre de una mujer, sino que más bien recordaba a alguna encarnación mefistofélica surgida de las brumas escandinavas para llevar a cabo obras misteriosas de alta corrupción.

Muy poca gente lo conocía siquiera de vista, muy pocos habían

visto su cráneo en forma de cúpula, recubierto de pelo gris aplastado por una loción, su rostro rectangular de color del papel mojado, sus pupilas desvaídas, su mirada ausente, casi insostenible de tan fija y fría, sus manos de fresco bizantino, que parecían atornilladas a él por error.

Siempre llevaba los mismos botines altos de piel de cabritilla negra y andaba con una ligera claudicación que en un juez de provincias se hubiera atribuido a una artritis de rodilla pero que en él podía tomarse por la cojera del diablo.

A veces, al atardecer, cuando el sol se ponía detrás del Arco de Triunfo y los coches se cruzaban a lo largo de los Campos Elíseos en una gran polvareda de luz, algún diplomático, volviéndose hacia la ventanilla trasera, exclamaba, con una mezcla de vanidad y de inquietud:

—¡Vaya! ¡Ahí está Strinberg!

Era la hora en que el financiero ordenaba que lo condujeran a orillas del Sena, hacia Rueil y Bougival. Si se encontraba en una capital con río, le gustaba seguir su curso, esas rutas de abundancia donde las chimeneas de las fábricas, las ruedas de los generadores, las grúas y las vagonetas de los desembarcaderos se alternan con las islas sinuosas y verdeantes, los jardines de mansiones seculares y la poesía de las viejas aldeas.

Mientras el coche circulaba en el fresco del atardecer, Strinberg, inmóvil en el asiento trasero, miraba vagamente el desfilar del paisaje y le dictaba el correo a su secretaria, sentada frente a él en el traspuntín.

Luego, en un restaurante a orillas del río, cenaba sin pronunciar palabra, y no bebía más que agua mineral, mientras que la secretaria se embriagaba poco a poco con vinos franceses.

Una vez en el hotel, protegido por el silencio acolchado de varias habitaciones vacías a su alrededor, abría el piano y, con sus inmensas manos rojas, tocaba música alemana, Bach y Mozart, sobre todo, mientras la extraordinaria máquina de calcular alojada bajo su cráneo en forma de cúpula llevaba a cabo sus operaciones con una velocidad y una exactitud de robot magnético.

Strinberg, que sabía en todo momento los tipos de cambio de todas las monedas del mundo, jamás llevaba ni un billete de banco encima, ni pagaba nada él mismo. Su secretaria o uno de sus asistentes le liquidaban los pequeños gastos. Dondequiera que se hallase, un banco saldaba sus enormes cuentas de hotel. Ni siquiera firmaba el cheque.

El dinero no existía para él bajo su representación universal y trivial de papel moneda, ni siquiera bajo las especies de metal precioso. Había superado la noción ordinaria de la riqueza. Del mismo

modo que Pirro, Alejandro o Carlomagno no hubieran podido vender su imperio, él no podía concebir la idea de «materializar» su fortuna, porque no había nadie en el mundo lo bastante rico para poder comprarla.

II

Anatole Rousseau, ministro por decimocuarta vez y titular de la cartera de Finanzas por vez primera, se disponía a abandonar su despacho del palacio del Louvre para ir a almorzar.

Una vez hubo despedido a su último visitante («hasta la vista, amigo mío…; naturalmente, puede usted contar conmigo»), consultó el gran reloj de péndulo estilo Boulle colgado de la pared («el que lleva el número dos en el inventario de Luis XIV», pensó, como siempre que lo miraba) y comprobó que era demasiado pronto para acudir a su cita.

Cualquier otro día habría empezado de inmediato otra tarea, a fin de llegar con retraso adrede y poder hacer valer la excusa de sus obligaciones. Pero aquel día se contentó con reunir con sus cortas manecitas los papeles esparcidos sobre el escritorio y aguardar a que se deslizasen los cinco inútiles minutos.

«Parece que no le gusta esperar —se dijo—. De todas maneras, ésa no es ninguna razón para llegar antes de la cuenta».

Se acercó a la ventana, cuyo entablamento le llegaba casi al pecho, y se sumió en la contemplación del ilustre patio.

Cuando disponía de unos instantes de soledad para saborear la elevada situación que había alcanzado, se complacía en imaginar el patio del Louvre lleno de mosqueteros, de suizos, de señores con espadas, de correos que llegaban a caballo, y veía la larga serie de reyes, de regentes, de favoritos, de cardenales-ministros, que se habían sucedido en aquella misma ventana, todos tan inquietos como él por el destino del Estado. Y se consideraba su continuador y se inscribía tras ellos en la historia.

«Y cuando sea presidente del Consejo —fantaseó—, volveré a hacerme cargo de la cartera de Finanzas, para tener este mismo despacho. Y de aquí saldrán grandes cosas».

Porque hacía once años que Anatole Rousseau, en cada caída de ministerio, esperaba ser llamado para formar gobierno, y nunca había dejado de decepcionarse ni de esperar.

Llamó a su jefe de gabinete, no tanto por necesidad, sino por costumbre y por autoridad.

—¡Ah, Dupetit! —le dijo al hombre más bien joven, alto, correcto y calvo, que acababa de entrar—. Hágame el favor: meta todos estos papeles en mi cajón y ciérrelo con llave… Naturalmente, ni palabra a la prensa, a nadie, acerca de la cita que tengo dentro de un momento,

¿entendido?

Fue a la antecámara, se puso el sobretodo que le tendía un bedel y se cubrió las ondulaciones plateadas con un sombrero negro. Menudo y erguido, bajó la vasta escalinata estilo Napoleón III, camino de su coche, donde otro bedel mantenía la puerta abierta.

Los dos coches, el del ministro y el del financiero Strinberg, entraron casi a la par en el patio del palacete Schoudler.

III

El gigante comía con la mano izquierda y, cuando debía recurrir a la derecha para utilizar el cuchillo, producía un ruido desagradable sobre el plato.

—Cuando mi mujer, Adèle, a quien usted conoció bien, mi querido Rousseau… —dijo de pronto.

Se detuvo en seco, con una expresión de alegría y de angustia a la vez, y nadie supo qué había querido decir.

—Entonces, Excelencia, ¿el señor barón le ha comunicado su proyecto…, que yo protejo? —preguntó Strinberg.

Strinberg se dirigía siempre a la gente por sus títulos más pomposos, igual que hacían, en los dos extremos de la sociedad, los criados y los soberanos; es decir, aquellos que para conservar su lugar tienen más necesidad de halagar la vanidad del prójimo.

—Sí, en parte —contestó Rousseau para ganar tiempo.

Aquel término, «Excelencia», que caía gota a gota en el oído de Rousseau como un bálsamo, ablandaba la antipatía instintiva que éste había experimentado hacia Strinberg al ser presentados.

Al ministro le gustaba que durante las comidas le explicasen cosas que ya sabía, así podía apreciar los manjares. Mientras se deleitaba con la langosta a la americana, el pato en su sangre y el *foie gras* trufado, a cada bocado que engullía, a cada trago de vino raro cuyas lejanas añadas le cantaba al oído el mayordomo, Rousseau se reprochaba: «¡Me voy a sentir pesado toda la tarde! Voy a ser incapaz de trabajar… ¡Qué caramba! Sólo se vive una vez. Tomaré una pastilla para la digestión». Y se abandonaba a la euforia de los golosos. «Tal vez debería hacer como él», se decía al ver a Strinberg, que rechazaba el *foie gras* y sólo bebía agua mineral.

Entretanto, Schoudler exponía el asunto que tratar.

Diez años después del tratado de paz, gran parte de los edificios de las regiones devastadas por la guerra de 1914 a 1918 seguían sin reconstruir, y el Estado aún tardaría en terminar de pagar por anualidades las indemnizaciones que había reconocido a los damnificados. Recurriendo a una disposición de la ley de Finanzas de 1920, éstos habían sido autorizados a constituir grupos y emitir al público, por intermedio de ciertos bancos, empréstitos bajo la garantía del Estado, a fin de entrar inmediatamente en posesión de lo que se les debía.

En la práctica, la operación se desarrollaba del siguiente modo:

un banco previamente autorizado, o que tenía la certeza de serlo, hacía que en una determinada región los certificados de indemnización de guerra fueran absorbidos por un grupo cuya creación él había inspirado o fomentado. A continuación, el banco lanzaba y colocaba el empréstito por un importe igual al total de los créditos así reunidos, empréstito garantizado por las anualidades del Estado, que servirían para pagar el interés y amortizar el capital. El banco, entonces, entregaba a los damnificados las sumas que les correspondían, pero sólo contra justificantes de los trabajos de reconstrucción, y por entregas sucesivas de un quinto cada una.

Se acordó que los bancos siempre debían estar en condiciones de demostrar a los representantes del Ministerio de Finanzas la concordancia entre los justificantes de utilización y las deducciones de los fondos que proviniesen del empréstito. La autorización podía ser retirada en cualquier momento, suponiendo que el banco dejase de parecer seguro, y entonces éste tendría la obligación de producir inmediatamente las sumas que poseía.

En aquel entonces, dos nuevos grupos estaban en vías de constitución en las regiones de Lorena y Artois; los intereses de cada uno de ellos ascendían a más de mil millones de francos.

Noël Schoudler deseaba obtener de Anatole Rousseau la autorización para que su banco lanzase los empréstitos y administrase esos dos mil millones. El gigante recurrió a uno de sus caballos de batalla favoritos: la edificación de ciudades e industrias. Habló de la influencia benéfica que un gran banquero, hombre de ideas audaces, podía tener, gracias a los sindicatos de reconstrucción, sobre una renovación necesaria de la arquitectura y del urbanismo. ¿Acaso el papel desempeñado por los banqueros, en todas las épocas, no había sido el de inspirar a los arquitectos? Bastaba con citar el ejemplo de los Médicis...

Se suele mirar con condescendencia a los niños que, inspirados por los libros ilustrados, juegan a ser César, Luis XI, Condé o Bonaparte, lanzan su bastón de mariscal por encima del muro del vecino, o encierran a La Balue de ocho años en los baúles de mimbre del desván.

Pero ¿acaso los hombres, en su fuero interno, abandonan alguna vez el juego de las identificaciones ilustres? ¿Acaso una hora antes, en su ventanal del Louvre, Rousseau no se veía a sí mismo como un nuevo Richelieu, otro Mazarin o un Colbert?

—Nada grande se construye sin la voluntad y la inteligencia de un hombre de Estado —dijo Strinberg mirando a Rousseau.

Y éste asintió, discretamente satisfecho.

Schoudler bajó la frente, pensativo, hacia el mantel.

—Cuando Adèle, mi mujer... —dijo.

Se sobresaltó y miró a su alrededor, como si no fuese él quien acabase de hablar.

—Entonces, Excelencia —prosiguió Strinberg—, ¿qué opina usted de esa autorización?

—Creo, estimado señor —dijo Rousseau—, que es muy factible. Una vez elaborado el dossier, será examinado por mi gabinete con la mayor diligencia. Nuestro amigo Schoudler ya sabe que puede contar con mi apoyo…

Ojos de color perla del financiero nórdico; párpados de gallina de Anatole Rousseau; filete sombrío en la mirada del gigante, entre los pliegues de grasa…; manos rojas de Strinberg, inmóviles y como olvidadas sobre el mantel; manecitas cortas, golosas y reumáticas del ministro; mano gruesa y puntiaguda el barón, que parecía amasar una bola de arcilla… Los tres hombres guardaron un instante de silencio mientras traían los postres.

Anatole Rousseau, que se consideraba un ministro íntegro, se contentaba con hacer pequeñas operaciones en la Bolsa cuando sabía que el gabinete iba a saltar, pero no se le podía ofrecer un porcentaje, una comisión o una prebenda cualquiera.

«Pero ¿por qué Noël se ha empeñado en que Strinberg estuviera presente —se preguntaba— para discutir un asunto que hubiera podido zanjar a solas conmigo? Tal vez para impresionarme, para hacerme ver que tiene grandes puntales…, o al contrario, quizá es a Strinberg a quien quiere impresionar con mi presencia… Sí, debe de ser eso».

—Como comprenderá usted, mi querido Rousseau, son los grupos los que piden que se acredite a mi banco, con preferencia a cualquier otro —insistió Schoudler.

—Por supuesto, por supuesto… Pero no puedo ocultarle —dijo Rousseau, echándose hacia atrás sus hermosos mechones blancos— que la política actual del Gobierno es contraria a la constitución de nuevos grupos. Las anualidades pesan mucho en el presupuesto, y el mismo Estado deberá recurrir a un préstamo… Ignoro si lo llegará a pedir y en qué condiciones…

«Rousseau está sobre aviso —pensó Noël—, así que no tengo por qué hablar de algo que no les interesa, que no pueden comprender…»

Un jirón de frase que se había contenido para no pronunciar en dos ocasiones le zumbaba en el cráneo, como una avispa que intenta escaparse de un bocal.

El ministro luchaba contra el torpor que le subía lentamente de las entrañas. «Sin lugar a dudas, he comido demasiado…»

—Vayamos a tomar el café a mi despacho —dijo Schoudler, preocupado, levantándose de la mesa.

Rousseau pasó delante, menudo sobre sus altos tacones, con la

cabeza erguida de orgullo, la tez colorada y el estómago dilatado bajo el chaleco.

Los tres hombres entraron en la estancia de altos techos tapizada de cuero verde, centro y fortaleza del poderío de Schoudler.

—No le he enseñado mis condecoraciones —le dijo Noël a Strinberg.

Lo llevó hacia una vitrina colocada bajo su retrato, donde se hallaban expuestas, sobre bello terciopelo carmesí, las placas, los esmaltes, las corbatas y las bandas de las órdenes más diversas y más lejanas.

Por vez primera, Strinberg pareció interesarse por algo que no fuese una combinación financiera.

—¡Vaya, yo no tengo ésa! —dijo mientras señalaba una cruz blanca y verde—. ¡Ah, es usted oficial de...! Yo soy gran cruz... ¡Ah, claro, naturalmente! Tiene usted las condecoraciones de la antigua Austria-Hungría.

Parecían dos coleccionistas de sellos, y a punto estuvieron de proponerse cambios. ¿Quiere usted mi San Wenceslao? Se lo cambio por el Dragón Verde.

—¡Ojalá no hubiera ministros que las concedieran...! —dijo Rousseau, apretando el hombro de Schoudler.

—Mi querido Rousseau, ¿un poco de coñac? —propuso Schoudler.

Rousseau lo rechazó con una señal.

—Se equivoca, amigo mío. Es de 1811; la última botella...

—Entonces, si es de 1811... —dijo Rousseau, con el tono de un hombre que capitula.

Noël sirvió con prudencia, con la mano izquierda, por temor a que la derecha lo traicionase.

Rousseau cogió la copa entre las palmas, como si se tratase de un pájaro aterido, y se hundió en un gran sillón de terciopelo para oler mejor el precioso líquido.

Entonces Strinberg contempló a aquellos dos fantoches, el enano soñoliento y el gigante tembloroso, que el destino ponía entre sus manos rojas, y dijo:

—Hace un rato, Excelencia, ha adelantado usted la idea de un empréstito para cubrir las necesidades de la reconstrucción. Si se tratase de un préstamo privado, yo estaría dispuesto a suscribirlo.

Rousseau levantó la nariz del interior de la copa y una oleada de calor le coloreó aún más el rostro. ¿Cómo? Strinberg, el hombre a quien los gobiernos suplicaban durante meses y meses, el hombre de quien cada ministro de Finanzas esperaba, anhelaba el milagro, acababa de proponerle así, sin más... No era posible; era demasiado bonito...

Strinberg especificó que su ofrecimiento no era al Gobierno

francés en general, sino a la persona de Anatole Rousseau. Su Excelencia era el único político francés que le inspiraba confianza.

«¡Hay que ver, hay que ver! —pensaba Rousseau—. ¡Qué equivocada puede ser la primera impresión de la gente!»

Calculó de inmediato el poder que le daría aquel empréstito. Una vez apalabrado un acuerdo con Strinberg, se convertiría en un hombre indispensable, en el Mesías..., en el próximo presidente del Consejo. No se atrevió a aventurar cifras, como si ello supusiera una ofensa a las posibilidades materiales de Strinberg.

—Francia acogería con alegría... —dijo mirando las vitrinas que le rodeaban, como si buscase algo para darle al financiero en ese mismo instante—. Tenemos que volver a vernos; tenemos que volver a vernos pronto —agregó.

—Sí; a mí me gusta que las cosas que ofrezco sean aceptadas rápidamente —dijo Strinberg.

Naturalmente, en cuanto a la autorización de la banca Schoudler, cuestión que sólo dependía de una firma de Su Excelencia, Strinberg esperaba que la firma se realizara aquella misma semana. Rousseau esbozó un gesto de comprensión.

—Asunto arreglado en nuestra próxima cita —dijo.

Schoudler parecía encantado. Más allá de la autorización gubernamental, fantaseaba con la construcción de ciudades e imaginaba una plaza Schoudler, tan bella como la Stanislas, en la Lorena reconstruida... Era una suerte, una verdadera suerte, que Rousseau le hubiera gustado tanto a Strinberg. «Excelente intuición la mía, al presentarlos...» Con todo eso, el gigante se olvidó de la frasecita que le zumbaba en la cabeza.

—Bueno, ¡ha sido una magnífica reunión! —dijo—. ¿Saben?; cuando Adèle, mi mujer, iba a tener sus trastornos mensuales...

Al fin había logrado hablar; se sentía liberado y a la vez molesto. Strinberg parecía no comprender de qué se trataba. Noël continuó:

—Bueno, pues sentía una gran necesidad de orden. Hacía que arreglasen todos los armarios, que limpiasen la cubertería... Yo me burlaba de ella y le decía: «¡Conque es para pasado mañana...!». Desde que murió he comprendido que las mujeres, instintivamente, se organizan mejor que nosotros...

Se enredaba y, al mismo tiempo, se enternecía; se preguntaba por qué le había parecido tan importante, desde que empezó la comida, hablar de aquellas cosas.

Rousseau había bebido bastante y estaba muy satisfecho de sí mismo y de los demás como para no asombrarse de las palabras de Noël, así que aprovechó para mostrarse ingenioso.

—Bueno, señores —dijo—; yo creo que hoy hemos ordenado los armarios de Francia.

IV

A última hora de la tarde, Anatole Rousseau emergió de la alegría brumosa en que le habían sumido los excesos en la mesa y examinó las cosas con ojos más desconfiados. Schoudler, con una mano desbocada y aquellas palabras extrañas, le parecía muy fatigado. Por otra parte, la proposición de Strinberg había sido bastante súbita...

Rousseau llamó por teléfono a Simon Lachaume y le preguntó si podía pasar por el ministerio. Simon llegó tarde.

—¡Mi querido Simon! —dijo el ministro—; quería pedirle... Un fotógrafo de su periódico, el otro día, se empeñó en sacarme en medio de las bailarinas de la ópera. Es encantador, ya lo sé... pero yo sólo estaba en una gala de beneficencia, y teniendo en cuenta mi cargo y las decisiones que posiblemente tendré que tomar estos días, le estaría muy agradecido si esa foto no se publicase.

Aunque Simon sabía por experiencia que Rousseau perdía dos horas largas de su preciosa jornada averiguando lo que se decía de él en la prensa, dando pie a artículos, deteniendo otros y lisonjeando a los caricaturistas, pensó que el ministro no lo habría molestado tan sólo por esa cuestión.

Con tal de no desaprovechar la visita, le presentó una petición de ascenso para un inspector de bienes del Estado de su circunscripción.

—Concedido, concedido —dijo Rousseau—; el expediente a Dupetit, una nota para mí y ya está hecho.

Rousseau se levantó mientras daban las siete en el reloj de Boulle («el número dos en el inventario de Luis XIV», se dijo), se acercó a Simon, lo tomó familiarmente del brazo y, conduciéndolo hacia la ventana, le contó una parte del almuerzo.

—Mi querido Simon, he seducido por completo a ese personaje que tachan de inabordable y ante quien todo el mundo tiembla. No ve más que por mis ojos. Por otra parte, yo le he expuesto la situación de una manera muy clara y, debo decirlo, muy brillante. No tenía nada que pedirle. Por su propia iniciativa me ha hecho ofrecimientos de los que todavía no puedo hablar, pero que son muy, pero muy considerables...

Se detuvo un instante.

—Mire usted eso. ¡Qué hermoso, qué grande es! —dijo señalando la columnata que empezaba a llenarse de sombras—. Con todo —prosiguió—, me gustaría saber qué opina usted de la situación de nuestro amigo Noël, en este momento, y qué hay exactamente entre

Strinberg y él.

—Pero… lo ignoro —dijo Simon, prudente y sincero a un tiempo —. Yo sólo me encargo de *L'Echo* como de un negocio independiente y no toco para nada las cuestiones del banco.

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Rousseau—; pero Schoudler le tiene una confianza que jamás ha tenido con nadie, ni siquiera con su hijo; trate de sonsacarlo un poco sobre eso. Se lo pido por el interés del propio Schoudler…, y tal vez también por su interés personal.

Rousseau hizo una nueva pausa.

—Strinberg me ha propuesto suscribir un empréstito —agregó en voz baja, diciendo lo que se había prometido callar—. Lo que yo quiera… Sólo tengo que fijar las cifras; así que, como usted comprenderá…

La vanidad se imponía a la discreción. Simon sacudió la cabeza.

—¡Mi pequeño Simon! —siguió el ministro con una sonrisa de orgullo, alzando la mano hasta el hombro del joven diputado—; ¡se ha equivocado usted al traicionarme! Sí, sí; yo sé bien lo que digo. No debería haberse presentado por otro partido más que por el mío; pierde el tiempo. Conmigo, tal vez muy pronto lograría una subsecretaría de Estado. En fin, también eso puede arreglarse.

Viéndose ya en la cumbre de los honores, contemplaba con un poco de emoción a su antiguo protegido.

—Entonces, cuento con usted —concluyó—. Pero que todo esto quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

Simon salió pensativo y fue directamente a casa de Marthe Bonnefoy. Ésta llamó a Robert Stenn.

El presidente Stenn, uno de los «grandes amigos» de la chimenea, aquella noche iba al teatro. Quería ver, antes de que quitasen la obra de la cartelera, a «aquella chiquilla de la que hablaban tan bien y que era el nuevo descubrimiento de Wilner».

—A mi juicio, no vale nada; parece una impertinente —dijo Marthe—. Me parece que Édouard decae.

El presidente hizo un juego de palabras pícaro al otro extremo del hilo.

—No…; digo *decae* —repitió Marthe, haciendo resonar su hermosa risa—. ¡Robert, eres imposible! Entonces, quedamos que vendrás después de la función.

Hacia medianoche, el presidente llamó a la puerta del apartamento del Quai Malaquais.

Aquel antiguo amante de Marthe era un hombre de frente ancha y carnes oscuras. Tenía los dedos bastante delgados, y los nudillos muy gruesos. Abogado de enorme prestigio y gran estadista político, Stenn era aficionado a las ideas generales y tenía una vasta cultura que muchas veces le aseguraba la superioridad en los debates del Palais-

Bourbon.

Con el torso un poco inclinado ante una copa de champán bien helado, cuyas burbujas batía con un aparatito de marfil, Robert Stenn escuchó a Lachaume.

Marthe Bonnefoy posaba sobre los nudillos del «gran amigo» una de esas miradas melancólicas y tiernas por las que pasa, furtivamente, el recuerdo de los antiguos amores.

—Bueno, amigos míos; Rousseau es un necio, cosa que yo ya sabía —declaró Robert Stenn—, y has hecho bien en no seguir su estela, Lachaume.

Lachaume y Stenn se tuteaban, según la costumbre parlamentaria, pero con cierta incomodidad y guardando las formas; así, Stenn llamaba siempre a Simon por su apellido y Simon le llamaba «presidente».

Marthe confesó que no comprendía cómo un solo hombre, aunque fuese Strinberg, podía prestar a Francia la suma necesaria para equilibrar el presupuesto y reconstruir la parte arrasada por la guerra.

—En realidad, es él y no es él —contestó Stenn—. Si la operación se lleva a cabo, la hará el consorcio bancario que depende de Strinberg, en el que Schoudler debe de querer entrar... Métete bien en la cabeza, mi querida Marthe, que hoy en día todo el capitalismo se basa en dos cosas: en primer lugar, lo que se llama el control, es decir, una situación de hecho que da la dirección absoluta de una sociedad anónima a aquel que no posee más que entre el diez y el quince por ciento de las acciones, porque el ochenta y cinco o el noventa por ciento restantes están desperdigadas entre millares y a veces decenas de millares de manos totalmente impotentes; y en segundo lugar, la posibilidad de que una sociedad anónima tenga acciones de otra sociedad y, por tanto, pueda adquirir su control. Un hombre como Strinberg no posee los fondos que maneja, ni las minas, los altos hornos, los aserraderos, los depósitos, ni los establecimientos de crédito que constituyen su poder, sino que tiene el control. Posee el diez por ciento de las acciones de diez o doce de las principales sociedades de Europa, que a su vez controlan a otras diez, y así sucesivamente. Es como un señor feudal elevado sobre una pirámide de vasallajes. Es Lotario o Carlos V en una habitación de hotel.

Se detuvo y observó a Marthe para ver si la aburría, pero Marthe Bonnefoy, por su modo de escuchar, tenía el talento de persuadir a los hombres de que estaban dotados de genio.

—La verdad es que es bastante monstruoso —dijo Simon—, porque, a fin de cuentas, todo ese poderío absoluto está basado, por una parte, en el pequeño ahorro y, por otra, en el trabajo de millones de obreros, de mineros...

—¡Naturalmente que es monstruoso! —dijo el presidente,

encogiéndose de hombros—. Por eso, si yo tuviese tu edad, Lachaume, si hoy me incorporase a la vida política, sin duda me verías sentado no en el centro, sino en la izquierda del hemiciclo.

Observaba a Simon con ese aire de reproche indulgente que muestran a veces los hombres que han llegado a la cumbre de su carrera frente a los jóvenes que no ejercen las funciones de sublevación reservadas, tradicionalmente, a la juventud.

—Bueno, no exageremos —prosiguió Stenn—. A los pequeños ahorradores los defendemos en el Parlamento, por supuesto; nos interesa y es nuestro deber. Pero desde un punto de vista abstracto, apenas me enternece. El capitalismo se ha convertido en un sistema económico de timoratos. Es la esperanza del provecho con el mayor reparto posible de los riesgos. Jamás se ha visto que exista una palanca de poder sin que al momento se tienda una mano para apoderarse de ella. Era inevitable que hombres aventurados, es decir, aventureros, le tomasen la delantera a esa plebe de pequeños apostadores tímidos. Todos aquellos que han querido enriquecerse sin hacer nada o conservar lo que tenían sin producir nada son los que han creado los famosos «piratas de las economías».

Se levantó, se dirigió a la chimenea, dio unos golpecitos en su retrato y dijo irónicamente:

—¡En esa época yo era joven y guapo!

Luego se volvió, apoyó las manos en el mármol verde que se hallaba tras él y, con el busto ligeramente inclinado, declaró:

—Nadie, salvo los imbéciles, duda que el capitalismo está destinado a desaparecer, porque todo acaba por morir: las civilizaciones, las naciones, los estados, las iglesias. Todo privilegio que deja de ser la contrapartida de un servicio o de un riesgo acaba matando a quienes lo detentan... Pero ¿cuánto tiempo tardará en producirse? ¡Ésa es otra cuestión! A mí me diagnosticaron una enfermedad del corazón cuando tenía treinta años, y sigo aquí...

Stenn tenía una voz hermosa, complacida pero cálida y modulada, que marcaba bien las frases. Desde el lugar donde se hallaba, su mirada podía hundirse en el vaporoso salto de cama de Marthe.

—¡Dios mío, qué pecho tan hermoso tienes! —dijo.

Así estaban en aquel apartamento elegante, refinado, confortable, tres personajes cuyo influjo, cuyas decisiones, cuyos actos tenían una gran influencia sobre el destino de un imperio de cien millones de hombres; lúcidos, conocían los vicios de su época, pero no se atrevían a llevar su pensamiento hasta conclusiones extremas, por miedo a tener que condenarse a sí mismos al mismo tiempo que a la sociedad que gobernaban.

Sepultureros bien educados, se contentaban con enterrar el

régimen rodeando el cadáver de flores, para que no oliese demasiado.

—Volviendo a Strinberg —dijo Stenn—, las personas de su clase, que no son más que unas cuantas en el mundo, superan, a mi juicio, el calificativo de financieros que se les aplica. Sus especulaciones alcanzan los dominios abstractos de las matemáticas, de la lógica formal o del despotismo. Al mismo tiempo, obedecen a un concepto romántico de su personaje; ¿no crees, Lachaume? Son aventureros que llegaron a la dictadura, pero fueron encumbrados demasiado deprisa para fundar una dinastía, y están demasiado pagados de sí mismos para desearlo; se consideran superiores a las leyes y a la naturaleza humana, con lo que pierden contacto con lo real y llegan a olvidar que su poder colosal se basa, a fin de cuentas, como decías tú hace un momento, en el trigo que se trilla, en el metal que se funde, en objetos que pasan de una mano a otra, en barcos que pueden naufragar, en el trabajo de los hombres y en sus necesidades.

Robert Stenn estaba lanzado. Orador impenitente que se escuchaba sin cesar a sí mismo, con la deformación profesional del foro, de las reuniones políticas y de la tribuna, siempre estaba dispuesto a redondear un discurso.

Por su parte, Simon no se perdía ni una sola palabra que pronunciaba «el presidente»; asistía a la formación de un pensamiento a la vez más elevado y más brillante que el suyo, mientras se enriquecía de cara a futuras intervenciones.

—Y un buen día —prosiguió Robert Stenn—, los factores reales que los poetas del dinero no tienen en cuenta, como la saturación de los mercados, la inutilidad del *dumping*, la pérdida del poder adquisitivo, la mala venta de algunos productos, el paro, una revolución, la escasez en algún lugar del globo o la envidia de sus rivales y la impaciencia de sus subordinados, hacen que se deslice bruscamente el terreno debajo de ellos y se precipitan desde lo alto de un andamiaje de cifras y de papel. Tengo buenas razones para pensar que Strinberg se halla cerca de una catástrofe de este género, de uno de esos derrumbamientos que hacen que la gente diga: «Pero ¿cómo es posible?», cuando nada era más lógico ni previsible. Strinberg intenta armar una operación parecida a la que lo hizo triunfar al principio de su carrera. ¿Por qué crees que tiene tanto interés en que se le conceda esa autorización a Schoudler? Porque él, Strinberg y nadie más, inspira los famosos grupos para poder constituir paralelamente cooperativas de compra que le permitan vender la producción de las industrias que él controla. ¿Comprendes el mecanismo? Ahora bien; cuando un general en jefe se pone a la cabeza de sus tropas y vuelve a hacer el trabajo de un teniente, no está muy lejos la derrota. Por su parte, Schoudler, en el ocaso, con la cabeza poco clara, parece querer jugar a ser Strinberg. —Stenn hizo una pausa para vaciar su copa—. Si

queréis saber mi opinión —concluyó—, tanto Strinberg como Schoudler se encuentran en muy mala posición, y cada uno espera resarcirse gracias al otro, con la diferencia de que Schoudler sólo cuenta con Strinberg, mientras que Strinberg cuenta con seis o siete Schoudler. Se estrellarán juntos, y el tonto de Rousseau con ellos.

Eran las dos de la madrugada. Tras besarle largamente la mano a Marthe, Robert Stenn se fue y Lachaume, por mantener las formas, le siguió. Una vez en el muelle, junto al coche del presidente, cuyo chófer acababa de despertarse sobresaltado, Stenn le dijo a Simon:

—Vamos, mi querido Lachaume, vuelve con nuestra maravillosa Marthe. Nada de misterios conmigo... Estoy contento. Tengo la impresión de que Marthe es feliz...

Al día siguiente Simon Lachaume llamó a Anatole Rousseau por teléfono para decirle que tras una larga conversación con Noël Schoudler, consideraba el asunto de los grupos de damnificados tan seguro como el del empréstito Strinberg.

V

En el despacho de dirección del teatro de Deux-Villes, la señora Létang, la secretaria, estaba de pie al lado de Wilner y le leía largas listas de nombres.

Wilner, hundido en su asiento frente a un plano de la sala, escuchaba, movía la cabeza, dejaba caer alguna frase.

—La marquesa de Gueuteville…

—Dos entradas. Donde usted quiera, pero más bien hacia el fondo.

—El barón Glück…

—¡Vaya! Una entrada; o media. ¡Es tan pequeño! Póngale un asiento plegable. Y sólo si ya está colocada toda la crítica. De todos modos, invitado o no, seguro que se presenta.

La obra en la que Sylvaine Dual había interpretado el papel secundario de Esther acababa de terminar, y le sucedería otra, *Le Vitriol*, en la que Sylvaine sería la protagonista. Wilner estaba asignando las entradas para el ensayo general.

Se trataba de una operación delicada en la que se esmeraba tanto como en la dirección escénica. Nadie como Wilner sabía dispersar con tanto juicio a los amigos entusiastas por la sala, acercar a los amantes, sentar a las mujeres de bonita delantera en la primera fila de los palcos y, sobre todo, sobre todo, mimar a los directores de los periódicos y a los grandes críticos.

—La señora Eterlin… ¡Vaya!, ¿por qué está en la *l*? —dijo la señora Létang.

—Si ya lo sabe: porque era la amante de La Monnerie, y luego la de Lachaume. Sin interés: ¡táchela! Ya no es la amante de nadie.

Se irguió, separó los brazos y proclamó:

—*Sic transit*… ¡Así pasa la gloria de los inmundos…! Y a la señora de La Monnerie también; táchela, es vieja y sorda. Las tres filas de sordos ya están llenas.

En cada obra, Wilner expurgaba las listas a fin de dejar lugar para «las luces ascendentes».

—¡Ah!; ahora que me acuerdo —continuó Wilner—, el barón Schoudler me dijo que traería a Strinberg. Es un acontecimiento; al parecer, Strinberg no ha ido nunca al teatro. Colóquelos en el palco de la derecha. No verán muy bien, pero los verá todo mundo.

En aquel momento entró Sylvaine, agitada, nerviosa, feliz, con una chaqueta azul rematada por una franja de zorro plateado. Estaba

embargada por la emoción de su primer gran papel.

—Entonces, mi querido Édouard… —exclamó.

Una mirada fría y malévola de Wilner la detuvo en seco.

—Perdón…, mi querido maestro… —dijo con el halago de una reverencia—: ¿cuántas entradas me darás para mis amigos?

—Ninguna.

—¿Cómo?

—¡Ninguna! —repitió Wilner—. Yo no necesito a tus amigos; son ellos quienes me necesitan a mí.

—¡Parece mentira! Y tú necesitas a todas tus viejas amantes…

—Cálmate, cálmate —dijo Wilner en un tono que anunciaba la cólera—. En la sala habrá, por lo menos, diez hombres con quienes te has acostado, si eso te consuela. Y seguramente me he quedado corto.

—Cochino —murmuró Sylvaine entre dientes.

Pero había más admiración que despecho en aquel insulto contenido, e incluso cierta ternura. Cada vez que Sylvaine quería llamar la atención, Wilner la aplastaba de un zarpazo, y ella deseaba al mismo tiempo morderlo y lamerlo.

En aquel momento anunciaron a los cronistas teatrales, a quienes Wilner había convocado para una entrevista colectiva, como un ministro que celebra una conferencia de prensa. El pequeño despacho fue invadido por los periodistas y los fotógrafos. La señora Létang se retiró discretamente a un rincón. Durante varios minutos la habitación estuvo iluminada por relámpagos sin trueno. El viejo Júpiter se pavoneaba, levantaba una ceja, se dignaba a sonreír o fingía enfurecerse en medio de los rayos inofensivos del magnesio. Retrataron a «Édouard Wilner de pie», «Édouard Wilner sentado», «Édouard Wilner escribiendo», «Édouard Wilner corriendo una cortina y meditando frente a París»…

—¡Otra para mí, señor Wilner; es para *Vogue*…! Maestro, ¿me permite usted que le fotografíe de perfil, para *Comoedia*?

Fingiendo que necesitaba el mechero de encima de la mesa, Sylvaine se acercó a Wilner para que su imagen fuera eternizada junto a la de él. Con su gran mano fofa el dramaturgo la apartó, al tiempo que gruñía:

—¡Atrás, comedianta! Ya te fotografiarán en el escenario, con los actores.

Esta vez Sylvaine sintió una gran tristeza.

A continuación Wilner contestó a las preguntas de los periodistas y explicó el tema de su obra. *Le Vitriol* trataba del dinero, del dinero que se lanza como un ácido corrosivo y funesto al rostro de los humanos y que lo disuelve todo, los sentimientos, los amores, las familias, y que incluso termina por desfigurar a quienes lo manejan. La acción se desarrollaba en una familia de banqueros.

—Como intérprete, tengo la alegría de que encabece el reparto femenino una joven actriz que ya ha actuado en mi teatro y para quien esta obra, creo yo, supondrá su revelación…

Nadie hubiera imaginado que Sylvaine estuviera a unos pasos de él.

Atraída, en el otro extremo del despacho, por un joven periodista en busca de algún dato original, Sylvaine contestaba, con afectación:

—Pues… Bueno… Bueno, así es… Hace ocho años que me dedico al teatro… Sí, empecé muy joven. He actuado en el Variétés, en el Arts…

A medida que en la enumeración se alejaba de sus comienzos, Sylvaine hablaba con más seguridad, daba fechas, adornaba los hechos.

—Pero sólo desde que trabajo con Édouard Wilner, por quien siento una inmensa admiración, una inmensa gratitud —prosiguió mientras miraba al tirano—, tengo la sensación de haber comprendido lo que es verdaderamente el teatro. Estoy en deuda con él… Y le agradezco enormemente que me haya confiado el magnífico papel de Emma en *Le Vitriol*, del que espero ser digna…

Era sincera en su trivialidad, e incluso estaba conmovida. Había olvidado su despecho; hablaba para la prensa, y las cosas se hallaban bajo una luz sublime.

Wilner, que la observaba a hurtadillas, pensó: «¡Pobre tontaina!».

Como siempre que Wilner la miraba con ese ademán duro y reprobador, Sylvaine se preguntó: «¿Qué habré hecho mal?».

La verdad era que Wilner estaba harto de Sylvaine. Todo aquello que al principio le había parecido encantador y original, ahora le resultaba insoportable. Sylvaine ocupaba un lugar excesivo en su vida; le exigía demasiado.

Calculaba el tiempo que le quedaba para poder usar moderadamente sus fuerzas viriles, y el número de mujeres que aún podía conocer. La presencia de avispa de Sylvaine le impedía consagrarse a esas desconocidas, colmar su avidez de cazador.

Sylvaine había dejado de desempeñar su función; el hecho de que estuviese tendida, delgada y desnuda, a su lado, ya no le bastaba para calmar la angustia que le provocaba la vista de su vientre de anciano, pesado, feo, arrugado, putrescible con el ombligo profundo por donde había llegado la sustancia materna.

Ya no deseaba a Sylvaine y, a pesar de su avanzada edad, mantenía el sabio principio de que es preciso abandonar a una mujer en el mismo instante en que ya no se la desea. No obstante, había consentido que la joven actriz se le pegase como la tiña; además, le era necesaria para la obra. «Siempre soy víctima de los sentimientos que inspiro», pensaba. Los periodistas se habían marchado, pero

Sylvaine seguía en el despacho, encendiendo un cigarrillo tras otro.

—Por cierto, mi gran Édouard…, mis entradas. ¿Cuántas me darás? —dijo Sylvaine.

—He dicho que no —tronó Wilner—. ¡Que tus amiguitos se compren las entradas! Y lárgate de una vez. No tienes nada que decir. Tú no eres nada. Sólo existes gracias a mí, y si yo quiero, ¡ya no existirás! Acuérdate: «¡Te hice con mis manos, y te desharé!». ¿Quién lo dijo? ¿Yo o Esquilo?

La empujó hacia la puerta, por los hombros. Luego volvió a su sillón, se dejó caer con un suspiro y meditó unos instantes.

—En el fondo —le dijo a la secretaria, a la que a veces convertía en confidente de sus inquietudes—, en el fondo suelen ser las mismas fatalidades que unieron a dos amantes las que más adelante los separan.

Permaneció pensativo un instante más y sacó su cuaderno del bolsillo.

—Lo que acabo de decir podría ser el tema para una obra de teatro… —agregó.

Y luego retomó los problemas inmediatos:

—Entonces, Létang, para la cena de después del ensayo general, ¿con cuánta gente hay que contar? Sesenta o setenta personas… Tres copas de champán por cabeza; no más. Como siempre hay gente que no bebe… basta con que haga el cálculo a razón de ocho copas por botella.

VI

La obra había comenzado hacía unos minutos. La atención de los espectadores sólo era interrumpida por los murmullos de excusas de algunos rezagados que se dirigían a sus asientos.

De repente cayó el telón y se volvió a iluminar la sala con una luz a media potencia, un poco funeraria, que se extendió sobre la alternancia regular de hombros desnudos y de cráneos calvos, de collares de perlas de tres vueltas y de cuellos almidonados.

—Pero ¿qué sucede? —se preguntaba la gente.

¿Acaso había un incendio entre bastidores? Los más fantasiosos empezaron a agitarse y a mirar hacia las salidas. Los de carácter caballeresco, acordándose de los incendios de la Ópera y del Bazar de la Caridad, se disponían a gritar: «¡Las mujeres primero!». Los políticos pensaron de inmediato que se trataba de un atentado.

El telón de terciopelo se entreabrió y Édouard Wilner, vestido con un frac cruzado, avanzó por el escenario. En el teatro se hizo un silencio absoluto.

—Señoras y señores —dijo Wilner con una voz cuyos rugidos contenidos procedían de las cavernas de la ira—: como los actores han interpretado el comienzo de este acto de forma totalmente diferente a como yo les había indicado, tendrán el honor de volver a empezarlo ante ustedes.

Los espectadores, aliviados, no pudieron contener su sorpresa, su diversión, así como su admiración. La oscuridad volvió a reinar en la sala.

Entre bastidores, Sylvaine, al borde de la crisis nerviosa y sostenida por sus compañeros, gritaba:

—¡Esto no se hace! ¡Esto no se le hace a una actriz la noche del ensayo general!

—El ensayo general forma parte del trabajo —replicó Wilner, al tiempo que golpeaba con el dedo la pulsera de su reloj.

—Hace diez minutos que estáis en escena y ya me habéis perdido tres minutos de texto, ¡pandilla de imbéciles, que eso es lo que sois! A ese ritmo la obra va a durar cuatro horas.

—¡Pero es que estaba como un flan! —gimió Sylvaine.

—¡Me importa un cuerno!

—¡No, no, no! ¡Yo no vuelvo a salir a escena! —Pataleaba y sacudía la melena.

—Bueno, muy bien —dijo Wilner—; que llamen a la suplente.

Entonces Sylvaine se contuvo y miró a Wilner presa de un odio intenso.

—No es por ti, te lo aseguro —dijo—. Es porque tengo sentido del deber profesional.

El telón volvió a alzarse y Sylvaine apareció de nuevo en el decorado. Envenenada por la cólera, lanzó sus réplicas como proyectiles.

—Esta pequeña tiene la voz de Sarah —murmuró el barón Glück al oído de su vecina.

La obra ganaba en vigor y en verdad; los espectadores se olvidaron de que estaban en sus asientos; Sylvaine logró esa rara virtud que se llama presencia, sin la cual el actor no es más que una marioneta.

A través de la voz, los gestos y el misterioso influjo que, por un instante, emanaba de ella, la actriz arrancaba a los espectadores de sí mismos y los conducía al mundo que había concebido el dramaturgo.

Entretanto, Wilner andaba de un lado para el otro, consultaba su cronómetro, entreabría una de las puertas acolchadas, tomaba el pulso de la sala, se indignaba por dos asientos vacíos y distinguía vagamente, entre las sombras del palco 6, a Marthe Bonnefoy y a la señora Stenn, y detrás de ellas al presidente y a Simon Lachaume.

Alguien que tosió le dio un sobresalto y le inspiró un rencor asesino. A su manera, él también estaba como un flan.

Sylvaine terminó el acto con la misma brillantez con que lo había vuelto a empezar, y la sala, arrebatada, sincera y generosa, le dio una ovación.

La multitud se dispersó por los pasillos.

Los hombres, en sus trajes negros y sus camisas almidonadas, parecían pingüinos acoplados a hembras; hembras coloreadas, enjoyadas, cluecas, como si todas ellas fueran de las más diversas especies de aves.

Con todo, aquella muchedumbre constituía el jurado, o el electorado, más influyente y más exigente que pueda existir sobre la faz de la tierra; allí se encontraban las cuatrocientas o quinientas personas que determinaban los gustos, el éxito y la moda, cuyos juicios, en todos los ámbitos del pensamiento y de las artes, eran esperados en Londres, en Roma, en Nueva York, en Estocolmo, en Belgrado y en Buenos Aires. No todas eran igual de notables, pero el conjunto era de una calidad única.

Por otra parte, en esa gran sociedad había un gran número de extranjeros, o más bien de «internacionales», de individuos que conocen todas las capitales pero a quienes la plaza de la Concordia atrae irremediablemente, y que terminan por formar parte del mundo parisiense.

La única presencia nueva e insólita era la de Strinberg, que se paseaba en compañía del barón Schoudler. Llevaba en la pechera dos enormes perlas como huevos de mirlo y se tambaleaba suavemente sobre sus botines. Había sido reconocido de inmediato; su nombre estaba en boca de todos, y los demás espectadores se afanaban por verle. Fumaba sus inmensos cigarrillos con una larga boquilla de oro y los dejaba caer tras él después de haberles dado cuatro chupadas. Los guardias republicanos de servicio, en lugar de rogarle que fuera a fumar al vestíbulo, recogían su estela dorada de multimillonario de la alfombra.

—¿Ha visto usted la mano de Schoudler? ¡Es impresionante cómo le tiembla! —se decían unos a otros.

Los dos financieros conversaban en voz baja. Eran constantemente seguidos, rodeados, precedidos por hombres que esperaban una señal, una sonrisa, un apretón de manos. Se observó que Lachaume, uno de los pocos que tuvo el honor de ser presentado al gran Strinberg, se mostró extremadamente frío y se alejó de inmediato. Por el contrario, Anatole Rousseau se deshizo en alabanzas con ademanes muy serviles.

Marthe Bonnefoy, algo más lejos, hacía gala de su cabellera de plata, sus magníficos hombros, su risa clara y su realeza.

—¿Ése es Strinberg? —preguntó en susurros a Simon y a Robert Stenn—. Es un tipo retorcido, amigos míos. Lo intuyo..., por todo y por nada; por la tez, la mirada...

También se hablaba de la obra y, sobre todo, del incidente al levantarse el telón.

—¡Tenía toda la razón, toda! —declaraban varios dramaturgos que nunca se hubieran atrevido a hacer lo mismo.

Por su parte, los críticos preparaban sus artículos poniendo a prueba las frases con los amigos que se encontraban, igual que se afila un cuchillo antes de descuartizar una res.

Nadie osaba confesar que el espectáculo le gustaba. Todos estaban allí para juzgar; dejaban el placer para la gente vulgar.

Un homosexual, que llevaba los puños de la camisa vueltos, exclamaba:

—Esto es caca, caca de antes de la guerra.

El decorado del segundo acto representaba, con una fidelidad caricaturesca, el interior del palacete Schoudler, que gran parte de los espectadores conocía.

París sabía apreciar la ironía, y el decorado fue aplaudido. Pero a medida que se desarrollaba la obra, la identificación se acrecentó, se hizo más manifiesta todavía, hasta que se volvió incómoda para los iniciados, pues se veía a un padre celoso de su poder que preparaba la ruina y la muerte de su hijo. Parecía que Wilner hubiera colocado a Schoudler en el palco para mostrar mejor a su modelo.

Siempre rondando tras las puertas, Wilner divisó en sexta fila de la platea a una mujer joven sola, muy bonita, que era esposa de un funcionario del Quai d'Orsay.

Llamó a su secretaria.

—Mi querida Létang, le ruego que me haga un favor —le dijo—. En el próximo entreacto irá al encuentro de esa encantadora dama, de esa personita maravillosa que ve allí abajo… se llama señora Boitel y parece tan triste, pobrecilla, que no puedo soportarlo… y la invita usted a sentarse en mi palco. Dígale que soy yo quien insiste en ello. Y luego le manda flores.

—Pero ¿dónde quiere usted que encuentre flores a estas horas, maestro?

—¡Y yo qué sé! Arrégleselas. Mire, cójalas del camerino de Sylvaine… ¡Ha recibido tantas, hoy!

En el tercer acto, Wilner, como tenía por costumbre, fue a su palco de la izquierda, para que se dijera que durante los ensayos generales estaba en la sala con la misma calma que si asistiera al espectáculo de otro.

Allí encontró a la joven, alta y frágil señora de Boitel, muy incómoda y encogida en el rincón más oscuro, con un gran ramo de gladiolos a sus pies.

—¿Y su marido? —le preguntó en voz baja.

—Lo siente muchísimo. No le ha quedado más remedio que marcharse… Lo ha llamado el ministro.

—¡Vaya! Por supuesto. Creo que la República está muy bien gobernada.

Recogió las flores y se las colocó en las rodillas. Luego, acariciando la cintura de la joven, le susurró al oído:

—Es usted maravillosamente bella… Esta noche es la más bella… Sin usted, mi gloria carecería de valor. Ahora comprendo que hice esta obra para usted. Se la regalo.

Estaba decidido a colmarla de regalos que no le costaban nada.

La bonita señora Boitel, todavía inexperta, se sentía desdichada y trágicamente desamparada. De pronto, tuvo una ocurrencia:

—Se lo ruego —dijo—, déjeme escuchar; ¡es tan hermoso!

Entretanto, Sylvaine se debatía bajo las últimas mordeduras del vitriolo. Interpretó la última escena con una fuerza salvaje que no permitió a los espectadores buscar en qué bolsillo habían puesto el número del guardarropa o las llaves del coche; un verdadero éxito…

Unos segundos antes del final, Wilner volvió entre bastidores.

Al caer el telón, la sala estalló en aplausos, y los actores contaron cuántas veces salían a saludar.

Sylvaine se adelantó y dijo con una voz trémula por la emoción:

—La obra que acabamos de tener el honor de ensayar por última

vez ante ustedes es del señor Édouard Wilner.

Como si su anuncio hubiera sido una sorpresa para todos y una gran revelación, las aclamaciones se multiplicaron. Aquellos que iban a decir o a escribir lo peor acerca de la obra eran los que más se afanaban gritando: «¡El autor!, ¡el autor!». Entonces apareció Wilner, magnífico y dominante, en la apoteosis de la creación acabada, para recoger aquellas salvas de aplausos que llegaban a él como debía de llegar a Zeus el crepitar de la lluvia en las laderas del Olimpo, y que necesitaba recoger una vez al año para poder vivir y permanecer fecundo.

Se acercó a Sylvaine, la condujo el extremo del escenario y, henchido de entusiasmo, mostró al pueblo el nuevo ídolo, la nueva mortal a quien él había convertido en diosa.

Acto seguido bajó el telón y la muchedumbre se abalanzó sobre los bastidores del templo. En una estrecha escalera de caracol, entre paredes manchadas que conservaban un extraño olor a afeites, a polvo, a sopa y a orina, los hombres de frac y las mujeres de gala se apretaban los unos contra los otros.

El pequeño barón Glück —«como una gota de agua con un monóculo», decía Wilner— brincaba, se colaba, se deslizaba entre el gentío y llegaba, como un campeón, a la cabeza de la baraúnda. Era un fanático del teatro, que conocía a todos los actores y todas las actrices. Como por arte de magia, aparecía en todos los camerinos a la vez, como si fuera omnipresente, gangueando alabanzas desmesuradas.

—¡Has estado divina, encanto, divina! —le aseguraba a Sylvaine —. Eras Sarah, la Réjane, la Bartet…; no, todavía mejor, ¡eras tú!

—¿De verdad? ¿No lo dice para complacerme? —contestaba Sylvaine.

El barón Glück se asombró al no ver en el camerino de Sylvaine el ramo de gladiolos que le había mandado, pero era muy miope y su monóculo apenas le servía. Luego, deslizándose bajo los brazos que se tendían, apareció en el camerino de Romain Dalmas.

—Genial, muchacho… has estado genial en tu interpretación del hijo…

Édouard Wilner, apretado contra un tabique, necesitaba toda su mole para resistir al río de admiradores.

—Entonces ¿les ha gustado? Bueno, me alegro mucho —decía.

Según la fuerza del apretón de manos de los periodistas y la envidia en la mirada de sus colegas, Wilner calculaba la acogida de su obra.

El homosexual de los puños vueltos pasó por delante de él haciendo señas con la mano de que tenía un nudo en la garganta por la emoción.

—No puedo…; es demasiado… —consiguió articular. Las mujeres se abalanzaban sobre él.

—¡Édouard, tengo que darte un beso!

Wilner tenía en las mejillas una muestra de todos los rojos carmín.

—Quédate —cuchicheaba a veces—. Vamos a tomar una copa. Pero no se lo digas a los demás, así estaremos en familia.

De vez en cuando miraba por encima de las cabezas, como si buscase a alguien. ¡Lástima!, la encantadora, la cándida, la delicada joven esposa del funcionario del Quai d'Orsay había desaparecido.

Cuando al fin hubo pasado el río y ya no quedaba más que la espuma fiel, Wilner declaró:

—¡Bueno, hijos míos, tengo hambre!

Con todo, fuera, en la calle, la gente que acababa de salir del teatro por la puerta de los artistas comentaba sus verdaderas impresiones.

—En el fondo, hemos pasado una buena velada.

Y algunos que no querían acostarse fueron a la última sesión de un cine de los bulevares, donde presentaban un espectáculo extraordinario, milagroso: una de las primerísimas películas sonoras, la segunda, exactamente, titulada *Submarino*, en la que se *oía* a unos hombres encerrados en un submarino que golpeaban contra el casco para contestar a los buzos.

VII

En dos escritorios dispuestos para la ocasión, los elegidos, mezclados con los actores, devoraban los emparedados de *foie gras*, el pollo frío y los platos de pastelillos, y la señora Létang constataba una vez más que tres copas de champán por persona no eran suficientes.

Wilner adoraba aquellas reuniones de después del ensayo general, en las que el éxito continuaba zumbando en torno a él, en que le citaban palabras suyas como autor, lo felicitaban por alguna progresión de escena, por alguna réplica o efecto sorpresa, y en que seguía bañándose en su propio éxito. Pero aquella noche recibía tantos cumplidos por Sylvaine como por *Le Vitriol*, y aunque ella también fuese creación suya comenzaba a irritarse un poco.

—Mi querido Édouard… —decía Simon Lachaume. Su intimidad compartida con Marthe Bonnefoy permitía al joven diputado esa familiaridad—. Mi querido Édouard, ¡qué suerte tiene usted! Es encantadora, brillante… Hará una gran carrera.

—¿Le gusta, muchacho? Bueno, pues adelante; tiente su suerte, o mejor dicho, dele la oportunidad de que tiente la suya. Creo que usted le interesa mucho. Sí, sí; se lo aseguro.

Lachaume esbozó un gesto de sorpresa.

—¡Está usted bromeando! —dijo— Todo el mundo sabe…

—¿Qué? ¿Yo…? ¡Oh, no, amigo mío! —contestó Wilner—. Ella es como un fruto verde y yo soy un anciano. Puro interés artístico por mi parte…

Y volviendo a las generalidades, Wilner le confesó que ya no podía soportar que una mujer se despertase en su casa.

—Y usted ¿cómo se las arregla? —preguntó.

—¡Ah!, siempre en casa de ellas; nunca en la mía —contestó Simon—. Eso evita los cortocircuitos, y además ahorra muchísimo tiempo. Prefiero marcharme a las cuatro de la madrugada.

—Sí, sí —asintió Wilner, con su gran cabeza blanca—. Pero usted es joven. Ya verá con los años… Cada vez se vuelve más agotador tener que vestirse en plena noche.

Fueron interrumpidos por un abogado célebre, Gérard Rosenberg, defensor de los innumerables procesos de Wilner.

—Y Schoudler, ¿cómo ha reaccionado? —preguntó—. Debe de estar furioso. ¡Ha llevado usted su retrato hasta el extremo de la caricatura!

—Es una obra en clave —dijo la huesuda y pretenciosa

compañera de Rosenberg—. ¡No hay confusión posible!

Era la centésima vez desde el final del segundo acto que Wilner oía repetir: «Obra en clave… Obra en clave… Es Schoudler, ¿verdad? En fin; confiese que es Schoudler».

De pronto, fue asaltado por la impaciencia, como si sintiese que querían rebajar su obra y reducirla a un simple juego de sociedad. Con una pata de pollo a medio despedazar en la mano y alzando la voz por encima del bullicio de sus invitados, abrió la caja de los truenos.

—¿Qué quiere decir eso de obra en clave? —exclamó—. Todas las obras tienen clave. Las de Racine son obras en clave. Su *Alexandre*, que además es malo, aparte dos escenas, ¿no me negarán ustedes que es Luis XIV? ¿Y las novelas? Todas las novelas tienen clave. Balzac… Tolstói… Tolstói ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar los nombres; le bastaba con cambiar una letra. Si yo hubiera escrito sobre mi portera, o si hubiera partido de un suceso, como Stendhal y otros tantos, ustedes no dirían que es una obra en clave, por el mero hecho de que no conocerían a los modelos. Y cuando digo modelos… Sí, exactamente como el escultor se sirve de una mujer que no tiene los senos a la misma altura y cuyas nalgas, por añadidura, están llenas de vetas para hacer una Venus. Porque ninguna de ustedes, señoras —continuó—, tiene los senos a la misma altura, ¡se lo aseguro!

Lo escuchaban en silencio, con una sorpresa divertida, preguntándose adónde iba a conducirlo su improvisación.

—Sólo que a nosotros —prosiguió—, a diferencia de los escultores, nos hacen falta diez modelos para crear un prototipo. ¿Qué les divierte tanto? ¿Qué les apasiona? ¿Qué necesitan? Que se les muestre su verdad. Nosotros trabajamos con la materia que se nos ofrece y tenemos el más absoluto derecho a tratarla como queramos. A fin de cuentas, sólo hay dos maneras de escribir, ¿saben?: una es mirándose el ombligo y la otra mirando el de los demás. Y para hacer una obra buena hay que saber mirar los dos ombligos a la vez… Una obra en clave es una obra histórica que se hace con los propios contemporáneos. Métanse bien en la cabeza que ustedes durarán tanto como nosotros queramos, porque es en nuestras obras, en nuestros libros y no en otra parte, ni siquiera en las lápidas de sus sepulcros, adonde irán a buscar los nombres que llevaban, los muebles entre los cuales vivían, y hasta su manera de copular. Bendígannos, porque los prolongamos más allá de la miserable resistencia de sus órganos y de sus carnes. Y si tienen ustedes verrugas, ¡quéjense a sus progenitores, pero no a nosotros!

Satisfecho de su última grosería, inspiró largamente para tomar aliento. De pronto le apetecía echar a todas aquellas personas a quienes había invitado a ver su obra y que ahora estaban engullendo sus pastelillos.

—¿Y quieren saber lo que me ha dicho Schoudler? —añadió tras unos instantes—. «Usted ha retratado a los Leroy-Maublanc, amigo mío. ¡Es una cosa loable!» Así que ya ven ustedes...

Sylvaine estaba embriagada, no porque hubiera bebido en exceso, pero el champán, sumado a la tensión nerviosa, la emoción, la fatiga y el éxito, le hacía perder un poco el dominio de sí misma. No había abandonado su voz de escena, demasiado fuerte, demasiado machacona; hablaba una y otra vez del incidente producido al levantarse el telón y empezaba a decir tonterías.

—¡Cállate! —le dijo Wilner al oído, irritado de verla en aquel estado.

Los elegidos se iban, tras una suprema efusión.

—Édouard, ha sido una velada inolvidable...

Mientras bajaba con el último grupo, Wilner se dirigió a Lachaume.

—Dígame, amigo mío: de vuelta a casa, ¿no pasará usted por el barrio de esta hermosa niña, calle de Nápoles...?

—Sí, sí, por supuesto —contestó Lachaume, que vivía exactamente en el extremo opuesto, cerca de Trocadéro.

Todo iba viento en popa. Marthe Bonnefoy se había marchado hacía un buen rato, acompañada por el matrimonio Stenn.

—¡Oh! ¿Cómo, Édouard...? —murmuró Sylvaine.

Borracha, agradecida y por vez primera, tal vez, enamorada realmente de Wilner, se apretaba contra él en la escalera de caracol y embadurnaba de maquillaje la bella bufanda blanca de su viejo amante. Esperaba terminar la velada con él, tras la gran batalla que habían ganado juntos.

—No, no, pequeña. El chófer está agotado; quiero mandarlo a la cama. Nuestro amigo te llevará.

Semejante solicitud por el personal hubiera podido parecerle extravagante a Sylvaine cualquier otro día. En la calle, hizo un último intento.

—¿Y si fuéramos a tomar una copa a algún lado...? —propuso.

Wilner sacudió la cabeza.

—Yo, hijos míos —dijo—, estoy abrumado de sueño, de fatiga y de triunfo. Me voy a dormir.

Luego, más bajo, mientras le estrechaba la mano a Simon con franqueza, dejó caer de su boca de gárgola:

—Gracias, querido amigo; me hace usted un favor.

VIII

El placer había despejado a Sylvaine; con los nervios calmados, al fin, se entregaba a una dichosa languidez. A decir verdad, Simon no encarnaba la belleza pura, pero tras varios meses de fidelidad a Wilner, en comparación con el dramaturgo, representaba la juventud.

Simon y Sylvaine evocaron la noche que habían pasado juntos siete años antes en aquel mismo apartamento, después de la elección de Émile Lartois en la Academia Francesa. Pero aquella noche era Simon el que estaba borracho.

—¿Qué hicimos, exactamente? —preguntó Simon.

—¡Cómo! ¿No te acuerdas?

El tuteo había surgido entre ellos muy fácilmente, tan fácilmente como cesaría al final de la noche.

Sí… Simon Lachaume se acordaba. O más bien conservaba las briznas del recuerdo que la embriaguez imprime profundamente en la memoria, junto a lugares en blanco, paréntesis irremediablemente vacíos. Incluso se acordaba de aquella habitación.

—¿No has cambiado el papel de la pared? —preguntó.

—No, pero debería —contestó Sylvaine, con la mano debajo de la nuca, levantando su hermosa cabellera cobriza.

Se acordaba, asimismo, de dos formas entrelazadas en aquella misma cama, Sylvaine y Maublanc; también se acordaba de sí mismo, recostado en un sofá, comiendo un huevo duro.

—¿O me equivoco?

—¿Y nada más? —murmuró ella, irónica.

Simon bajó la sábana, contempló el hermoso pecho de Sylvaine y comprobó si tenía los dos senos a la misma altura. En absoluto. Wilner tenía razón.

—Fue la noche en que le hice creer al pobre Lulu que me había hecho dos hijos.

Llamaba a Maublanc, cuya ruina, demencia y muerte había precipitado, «¡el pobre Lulu!».

—Bueno, no; en el fondo era un cerdo —dijo—. ¡Basta! No volvamos a hablar de todo eso, ¿de acuerdo? Todo aquello era horrible; un período horroroso de mi vida. Quisiera no volver a pensar en él… Me hubiera gustado que nos conociéramos hoy por primera vez… así… —agregó amablemente.

—Pero ¡si es la primera vez! —contestó él con la misma amabilidad, que no lo comprometía a nada.

Pensó en su extraño destino, que le devolvía a hombres a quienes ya se había entregado en otros tiempos, pero que no se acordaban de ella, o apenas. «Tengo que haber cambiado mucho, y entonces debía de ser muy insignificante...» Y Simon también pensaba que el destino se repetía, que los unía en las noches de triunfo para que él la tomase de las manos de un viejo. Mientras reflexionaba sentado al borde de la cama, le acariciaba suavemente los senos.

En aquel momento una llave dio vuelta en la cerradura de seguridad de la puerta de entrada. Sylvaine se irguió con un grito de terror.

—Es Édouard —dijo con el rostro descompuesto, cubriéndose el pecho con las sábanas.

Lachaume se levantó y se acercó instintivamente a un sillón. Por suerte ya se había vuelto a poner el pantalón, los zapatos y el cuello duro; se ahorraba así el ridículo de la desnudez o de los faldones de la camisa.

Wilner ya estaba allí. La débil luz de la lámpara de la mesilla de noche lo volvía aún más grande y más amenazante. Le temblaba la mandíbula. Sus inmensas narinas aspiraban el aire con un ruido de fragua.

Sin poder explicarse las extrañas y diabólicas reacciones de aquel hombre, Simon intuyó el drama de inmediato, imaginó los gritos, el cuerpo a cuerpo absurdo con aquel viejo coloso, o, peor todavía, el tiro, se figuró el escándalo, temió por su reputación, por su carrera y hasta por su vida.

—¡Estaba seguro! ¡Ya me lo sospechaba! ¡Lo sabía! —exclamó Wilner con los brazos cruzados y las manos apretadas sobre los bíceps—. ¡Así que ni siquiera se te puede dejar en manos de un amigo, porque esto es lo que haces!

—¡Pero si no hemos hecho nada! —gemía Sylvaine, al borde de las lágrimas—. Yo me he acostado, estábamos charlando...

—¡No me mientas, encima! —gritó él.

Levantó la mano, como si fuera a abofetearla. Sylvaine se cubrió la cara y Simon se preguntó si debía intervenir. Wilner tiró de la sábana con brutalidad.

—Y para charlar te has despechugado, ¿verdad? —gritó él. Luego, volviéndose hacia Simon, con un arrebato de generosidad grandiosa, le dijo—: A usted, muchacho, no le guardo rencor, pues ha cumplido con su deber de hombre, con su sucio deber de hombre; es natural.

Sólo entonces Simon comprendió que todo aquello no era más que una comedia y experimentó un gran alivio, al mismo tiempo que se sentía un tanto humillado.

—Pero ¡ella... —prosiguió Wilner con el brazo tendido hacia Sylvaine—, ella, esa cochina, esa putita, después de todo lo que he

hecho por ella..., elegir un día como éste, en que debería bendecirme, en que debería postrarse a mis pies...! La vida te castigará muy severamente, porque existe la justicia...

Interpretaba con naturalidad y convicción una escena sacada de su propio repertorio. Se dejó caer en un sillón.

—¡Hacerle esto a un viejo! —dijo en medio del silencio que sólo rompía el llanto de Sylvaine.

Y de repente, frente a aquella mujer desnuda que sollozaba y a aquel hombre que acababa de poseerla, se sintió embargado por un sentimiento que no había previsto, un estado turbio, erótico y doloroso, una especie de excitación triste, un sufrimiento pernicioso que se apoderaba de su cerebro y de su carne.

Su cólera era fingida, pero su tristeza se volvía verdadera. Su maquinación se tornaba contra él.

Por un momento lamentó no haber llegado un poco antes, antes de que Simon se hubiera vuelto a vestir, y de no haberlos sorprendido en los gestos del amor.

—Mi situación es absurda —dijo Simon al cabo de un instante.

—Es humana, muchacho —contestó Wilner. Y se levantó.

—¡Édouard...! ¡Édouard...! Yo no quería darte ningún disgusto —gimió Sylvaine.

—Ya sabes que yo no perdono —replicó Wilner con una dureza que esta vez no era fingida—. Soy demasiado viejo; ya no tengo tiempo.

Tras sellar así la ruptura, se dirigió a Simon:

—Creo que tendrá la amabilidad de acompañarme..., de acompañar a un viejo que acaba de perder sus últimas ilusiones. Creo que me lo debe usted.

Se fueron sin decirle ni una palabra de adiós a Sylvaine. Iban en coche desde Monceau hacia el Sena cuando Wilner le dijo a Simon:

—No he querido hacer esperar al taxista. Las tarifas nocturnas son una ruina. ¿*A* usted no le cansa conducir?

—No —contestó maquinalmente Simon, con la mirada fija más allá del parabrisas.

Callaron.

Wilner respiraba el perfume que usaba habitualmente Sylvaine, impregnado en Simon.

—¿Cuántas veces ha hecho usted el amor con ella esta noche? —preguntó.

Para vengarse del papel de comparsa que el viejo seductor le había impuesto, Simon contestó «tres», lo cual era un tercio de mentira.

—¡Vaya...! —dijo simplemente Wilner.

A medida que transcurría el tiempo, Simon sentía que entre su

pasajero y él se acrecentaba un sentimiento ambivalente de complicidad y de rencor. «Si me necesitaba para desembarazarse de ella, al menos podría haberme advertido de manera más explícita...»

—Sobre todo, no se inquiete con respecto a nuestra querida Marthe —dijo Wilner—. No le diré ni palabra de todo esto.

El viejo llevaba la astucia hasta el punto de que, tras utilizar a Simon para sus propios fines, aún le salía al paso por aquel medio poco elegante.

—Rechinó los dientes en el placer, ¿verdad? —continuó—. Sí, mientras que Marthe profiere un gran grito ronco, profundo...

Volvió a hacerse el silencio, interrumpido tan sólo por el chirriar de los neumáticos. El alba dibujaba las aristas de los tejados.

—Es curioso —insistió Wilner— que tengamos esta necesidad de conservar la posesión de los seres que ya no deseamos. Nos envenenamos la existencia con eso...

Se tocó la barbilla, aquella pequeña masa grasienta y maleable que daba vueltas bajo sus dedos, y pensó que tal vez su cara empezaría a pudrirse por allí.

IX

Al día siguiente, estreno de *Le Vitriol* a taquilla abierta, Sylvaine fue al encuentro de Wilner en su despacho. Wilner cerró su puerta para todo el mundo, incluso para la señora Létang.

La escena fue larga y tormentosa, llena de súplicas y de lágrimas por parte de Sylvaine.

—Es que estaba borracha —explicaba Sylvaine—. ¡Pero trata de comprender que era demasiado feliz! Tenía ganas de estar contigo. Ni por un instante dejé de pensar en ti, de estar contigo. ¡Me avergüenzo tanto, tanto de lo que hice…!

Wilner fue inflexible, intratable.

—He vivido casi setenta y dos años sin conocerte —le dijo—, así que seguramente podré vivir sin ti lo que me queda.

Preparaba los diálogos de su próxima obra y Sylvaine le servía de blanco para afinar la puntería de sus flechas.

—Por otra parte —continuó—, no te creas que tu traición de anoche te confiere una superioridad sobre mí. El primero de los dos que engañó al otro fui yo. Al día siguiente de haber venido tú a mi casa, tomé a una pequeña actriz en mi despacho, y unos días después me acosté con Inès Sandoval; y no menciono al resto por discreción. Una larga experiencia me ha enseñado que cuando uno conoce a una mujer, es preciso hacer el amor con otra antes de que transcurran cuarenta y ocho horas. Simple seguro de cara al porvenir.

Sylvaine vio a Édouard Wilner tal como era, monstruoso y obsesionado, pero no podía evitar sufrir y suplicarle.

—Pero ¡mírame!, ¿cómo voy a poder actuar esta noche? —dijo abriendo el espejo de su polvera, como para demostrar que estaba desfigurada y que sólo el perdón podía devolverle una apariencia normal—. Te equivocas, Édouard; te obstinas por orgullo, pero te aseguro que te equivocas. Me echarás de menos.

—Eso es lo que dicen todas las mujeres, pero siempre son ellas las que nos echan de menos, nunca nosotros.

—Nunca volverás a encontrar a otra como yo.

—¡Gracias a Dios!

—De todas formas, te he regalado mi juventud.

—Lo has hecho con tanta gente…

Acercó unos papeles.

—Ya verás —dijo— qué generoso soy, incluso mucho más de lo que me hubiera creído capaz. Podría vengarme y echarte de mi teatro;

te lo merecerías. Pero no quiero que la vida privada interfiera en el arte. No te he llevado adonde te he llevado para arruinar tu carrera. Así que vas a firmarme este contrato, para que de ahora en adelante todo esté claro y entre nosotros sólo exista una relación de director e intérprete.

Ella estaba sin fuerzas, dispuesta a firmar lo que él quisiera. Con los ojos llenos de lágrimas, firmó, sin leerlo antes, un contrato de exclusividad por cinco años con el teatro Deux-Villes, por el caché más bajo que existía; además, se comprometía con Wilner a bonificarle el veinte por ciento de todos los contratos cinematográficos o de cualquier otro tipo que pudiera firmar, sólo si él le daba su autorización; por último, aceptaba pagar una indemnización de un millón en el caso en que ella rompiese el contrato que acababa de firmar con Wilner. En suma, sería su esclava durante cinco años.

—Créeme; tienes mucha suerte —le dijo Wilner, quitándole la pluma de la mano.

Una vez Sylvaine hubo salido, abrió la puerta del despacho de la señora Létang.

—Ya está —anunció—. ¿Se ha acordado usted de encargar que le mandaran flores a la bonita señora Boitel? ¿Sí? Bien. Entonces enséñeme los comprobantes de la colocación de los carteles y deme los primeros resultados de las reservas.

X

En un plazo brevísimo, y por medio de un acto de autoridad personal, Anatole Rousseau logró que se autorizase a la banca Schoudler para realizar los empréstitos de los grupos de damnificados. No obstante, evitó concluir con demasiada prisa la operación que le había propuesto Strinberg, y que debía contribuir a paliar las dificultades presupuestarias de Francia. Rousseau tenía en el bolsillo la carta más hermosa de toda su carrera. Poco le importaba obtener como ministro de Finanzas un éxito que habría redundado, en primer lugar, en provecho del jefe del Gobierno. Se contentó con dar a entender en los círculos políticos, e incluso lograr en una ocasión que el propio Strinberg lo confirmara, las seguridades que había recibido por su parte. Y esperó, aunque no mucho tiempo. El ministerio fue derribado por el Senado por una cuestión nimia, sencillamente porque el Parlamento buscaba la ocasión de hacerlo caer. Con todo, Rousseau no había dejado de trabajar bajo cuerda en esa caída.

En aquella época, los ministerios se sucedían a la cadencia media de uno por quincena. Algunos, incluso, no se mantuvieron ni veinticuatro horas y cayeron en el momento de su presentación ante las Cámaras. Las crisis duraban casi tanto como la existencia de los gabinetes. Todos los días los periódicos reseñaban una nueva formación, que al día siguiente desmentían; las consultas del presidente de la República comenzaban con la aurora y terminaban a veces a las cuatro de la madrugada, y se necesitaba más tiempo para regatear una precaria mayoría que para destruirla.

Así, pues, cayó el ministerio; la Bolsa bajó algunos puntos y comenzaron los tratos. Durante más de una semana, los jefes de los partidos y las principales figuras políticas buscaron, por teléfono, en la mesa, en coche, a pie y hasta en el breve silencio del lecho, la solución de un acertijo irresoluble. Tres combinaciones habían fracasado apenas intentadas. El presidente de la República recurrió entonces a un hombre gordo, astuto y distraído, que se llamaba Camille Porterat, y que en dos ocasiones y en circunstancias idénticas había conseguido formar gabinete.

El presidente Porterat, por principio, no desconfiaba de nadie; «sería una pérdida de tiempo», decía. Ni siquiera desconfiaba de su propio secretario, que era una criatura de Anatole Rousseau y que en cuanto Porterat convocaba a una personalidad a la cual pensaba ofrecerle un ministerio, telefoneaba de inmediato a Rousseau, a la

calle de Rivoli o a su domicilio:

—Ha llamado a Barthou… Ha llamado a Clémentel… Le va a proponer Justicia a Pierre Laval…

Rousseau, a su vez, descolgaba el teléfono y llamaba a los sucesivos interesados.

—Tengo que verte enseguida —decía—. Porterat no tiene ninguna posibilidad, ya lo sabes. Sobre todo, no te dejes seducir por su canto de vieja sirena, porque correrías el riesgo de encontrarte absolutamente solo con él… Para nuestro crédito en el extranjero sería una catástrofe. Así es, entonces pasa primero a verme a mí.

«Sí, en el fondo todas sus elecciones son muy hábiles, muy juiciosas», se decía Anatole Rousseau, que no podía dejar de admirar la prudencia y la astucia de Porterat.

Aquel juego duró todo el día, al cabo del cual Camille Porterat se asombró de haber coleccionado tantos rechazos en una lista que parecía perfecta, e hizo anunciar al presidente de la República que iría a presentarle su renuncia. En el momento en que llegaba, cansado y cabizbajo, al Palacio del Elíseo, vio que salía de allí Anatole Rousseau, asfixiado por los periodistas y ametrallado por los fotógrafos, como una gran actriz al bajar de un trasatlántico.

—El señor presidente de la República —declaraba Rousseau— acaba de encargarme la difícil misión… de constituir el Gobierno. He creído mi deber… aceptar. La situación es grave, por no decir trágica. Se trata, por una parte, de salvar al pequeño ahorrador y, por otra, de restablecer el prestigio de Francia, gravemente comprometido en el exterior por la inestabilidad… gubernamental. Hay que actuar enseguida y hay que actuar bien. Espero lograr la constitución de un gabinete de amplia unión nacional y sobre todo un gabinete… estable.

Era otro hombre. Su rostro expresaba una energía, una seguridad, una dignidad desconocidas. Él mismo tenía la impresión de haber crecido varios centímetros, y como esperaba apasionadamente aquel día desde hacía cuarenta años, se sentía rejuvenecido otros tantos.

Quienes lo rodeaban también se habían convertido en otras personas, llenas de atenciones, de solicitud, que rivalizaban en deferencia y reverencias.

Camille Porterat pasó encogiéndose de hombros.

Los periódicos vespertinos imprimieron una edición especial. Presentaban a Rousseau como el único hombre capaz de restablecer la confianza. Los comentaristas políticos insistían en la estima de que gozaba el ministro de Finanzas saliente en los medios financieros internacionales.

Rousseau había prometido ser rápido, y mantuvo su palabra; constituir la lista le resultó muy fácil, ya que se la había soplado Porterat, y estaba preparada.

Por cortesía, Rousseau llamó a Simon Lachaume por teléfono.

—Mi querido Simon —le dijo—; me hubiera encantado reservarle alguna cosa. Por desgracia, la negativa de su amigo Stenn, que me impide asentar mi unión nacional tan ampliamente como hubiera deseado, me impide también, como usted comprenderá…

Luego, como si no hubiera ni un minuto más que perder, puesto que el país estaba sin gobierno desde hacía diez días, a medianoche fue a presentar a todos sus ministros al presidente de la República.

Al día siguiente, todos los periódicos llevaban un gran titular que rezaba: «El gabinete de Rousseau está constituido».

Una gran fotografía del gabinete, tomada al resplandor del magnesio en los peldaños del Elíseo, daba a conocer a Francia qué cabezas marcadas por la ambición y el insomnio habían vuelto a crecer en la hidra gubernamental. Francia apenas notaría algunos cambios; las mismas calvicies, las mismas sonrisas cariadas, las mismas mejillas colgantes de siempre…

Rousseau devoró con avidez, mientras desayunaba, una literatura con la que hubiera podido deleitarse durante una quincena: «La carrera del nuevo presidente… Anatole Rousseau, el hombre de la confianza…».

—¡Esto sí que es un ministerio! —exclamaba al tiempo que golpeaba con el dorso de la mano la pila de diarios—. Bueno, Dupetit, guárdeme toda la prensa por ahí; ya la leeré más atentamente cuando tenga un poco de tiempo.

Luego, durante la tarde, la hidra de veinte cabezas fue al banco del Gobierno, al Palais-Bourbon. La Bolsa había vuelto a subir, lo cual era buena señal. De acuerdo con los más finos tanteos, se contaba con una mayoría de diecinueve votos. Rousseau obtuvo treinta y uno, y desde ese momento se creyó inamovible.

Sin ninguna razón, a Rousseau le parecía que en el reloj de Boulle había vuelto la hora de los grandes ministerios duraderos, como en los tiempos del principio de la República. Allí donde todos sus colegas habían fracasado desde hacía diez años, él creía que iba a triunfar, con un programa en el que nadie, salvo él, veía ninguna originalidad.

Rousseau había conservado la cartera de Finanzas. Iba a concluir el empréstito Strinberg y, a partir de ahí, obraría una serie de milagros: éxitos repetidos ante el Parlamento y la opinión pública, el enderezamiento de la situación en unas semanas, el voto del presupuesto antes de fin de año, la prosperidad general, la visita con gran pompa a las regiones reconstruidas en un tiempo récord… Seguiría gobernando dentro de dos años, cuatro años, más, tal vez… Se imaginaba, complacido, muriendo en el poder, y fantaseaba con un funeral de Estado.

Entretanto, encargaba su busto al mismo escultor oficial que

antaño había representado la República con las facciones de Marthe Bonnefoy.

Todos los días lograba conceder diez minutos de pose al artista, y mientras el escultor le medía el mentón con las puntas de un compás, él canturreaba en la cabeza los versos que había aprendido en la escuela:

> ... el busto
> sobrevive a la ciudad.

XI

Cuando Anatole Rousseau, después de uno de los primeros consejos de ministros, quiso materializar su acuerdo con Strinberg, se enteró de que el financiero acababa de irse a Zúrich. Rousseau hizo telefonear al hotel Baur-au-lac, pero Strinberg ya no se hallaba allí, sino que se había mudado al Métropole de Bruselas. Sin embargo, en el Métropole no se le esperaba. Rousseau advirtió a Schoudler, que tardó cuarenta y ocho horas en descubrir que Strinberg estaba en el hotel Ritz.

—¡Pero no puede estar en el Ritz! En tal caso, ¡yo lo sabría! —contestó Rousseau cuando le fue anunciado.

—No en el Ritz de París, sino en el de Londres. Pero debe volver a Bruselas pasado mañana.

Todo el mundo buscaba a Strinberg a través de Europa, igual que los embajadores de la Serenísima perseguían a Luis XI de castillo en castillo, en la época de la realeza ambulante.

El mismo Schoudler, con su mano trémula, tomó el tren para Bélgica, se entrevistó con Strinberg y trajo a Rousseau la promesa formal de que el empréstito podría ser concluido en el término de ocho días.

Strinberg mantuvo su palabra. Ocho días después, el gran piano Pleyel de concierto fue trasladado al apartamento del segundo piso del hotel de la plaza Vendóme, unas horas antes de la llegada del financiero. A última hora del día, éste mantuvo una larga conversación con Rousseau en la calle Rivoli. Tras la entrevista, el presidente del Consejo parecía tan satisfecho como el día de su investidura. Strinberg acababa de firmar varios compromisos y se llevaba, firmado por Rousseau, un protocolo que consignaba las obligaciones recíprocas del Gobierno francés.

Rousseau se llevó a Strinberg a cenar a un restaurante de la calle Royale, famoso en todo el mundo, y donde todo París podía reconocerlos. El presidente estaba tan contento que incluso invitó a Dupetit, su jefe de gabinete, a que los acompañara. El financiero, como de costumbre, sólo bebió agua mineral.

Al día siguiente por la mañana la dirección del hotel Ritz llamó a la jefatura de policía; acababan de encontrar a Strinberg muerto en su cuarto de baño, con las venas de la muñeca abiertas.

Strinberg era un hombre limpio; había tomado la precaución de tenderse en una *chaise longue* y de dejar que su brazo colgase sobre el bidé.

En el apartamento no había nada, ni un papel, ni un pasaporte; en la chimenea, las cenizas se habían consumido del todo.

No obstante, la investigación policial y la autopsia revelaron varias cosas singulares. En primer lugar, que antes de abrirse las venas con una hoja de afeitar había ingerido una enorme dosis de narcótico mezclada con vino; por otra parte, que desde hacía mucho tiempo el difunto tenía amputado el pie a la altura del tobillo izquierdo y llevaba uno mecánico. Aquella amputación, que explicaba la cojera de Strinberg y sus eternos botines altos, permitió otros descubrimientos.

Compulsando sus fichas, los servicios de Informaciones Generales y de Vigilancia de Extranjeros pudieron identificar —en la medida en que lo permitían las descripciones físicas con treinta y cinco años de distancia— a un multimillonario suicida con un antiguo militante socialista revolucionario de origen letón, hijo ilegítimo del barón Von Strudberg, que solía circular por varios países, entre ellos Francia, bajo el nombre de su padre, hasta que se dio a conocer como terrorista al colocar una bomba frente al palacio del gobierno de Varsovia en 1895. La bomba estalló, llevándose el pie del joven revolucionario.

El rastro del socialista revolucionario Strudberg desapareció para siempre después del atentado. ¿Hospital? ¿Cárcel? ¿Rapto por parte de un grupo de camaradas? No se sabía nada.

Strinberg no apareció hasta 1913, en Oslo, bajo la identidad que conservaría hasta su suicidio. Al parecer, procedía del norte de Noruega y ya disponía de cierto poder financiero, adquirido en negocios marítimos. Había montado una especie de cooperativa de pesquerías y, de inmediato, se había lanzado a la construcción y el armamento de buques que proporcionaba a dicha cooperativa. Se decía que el origen de su crédito estaba en un documento falso, en una autorización que había falsificado imitando la firma de un banquero de cuya muerte acababa de enterarse y que había presentado unas horas antes de que su banco fuese advertido de la defunción.

Al meditar sobre la geografía nórdica, cabe imaginar el itinerario del aventurero y su voluntad, tras la desilusión del atentado frustrado, de desprenderse de su antigua personalidad. ¿Qué oficios desempeñó? ¿Qué pruebas físicas superó? ¿Qué afán de supervivencia y de dominación lo sostuvieron durante dieciocho años?

Oficialmente, Strinberg era de nacionalidad noruega, pero —otro hecho extraño— el cónsul general de Noruega, que fue avisado de inmediato del suicidio, no pudo ver el cadáver. Cuando el diplomático llegó al hotel de la plaza Vendôme, el cadáver, discretamente evacuado por el montacargas, ya había sido retirado por la policía. Los inspectores rogaron a la secretaria que los acompañara al Quai des Orfèvres, para interrogarla.

El cónsul se dirigió al instituto médico-legal, donde estaban llevando a cabo la autopsia. Cuando regresó, el cadáver ya había sido mandado a incinerar, de acuerdo, según pretendían, con la voluntad formal del difunto, que ningún documento probó jamás. El consulado tan sólo recibió una cajita que debía ser expedida a una fortaleza del Báltico.

La policía obedeció las consignas de la presidencia del Consejo de que se mantuviera el silencio más absoluto. Se estableció una versión oficial, según la cual el financiero se había dado la muerte en un arrebato de neurastenia. Los periódicos vespertinos, obligados a dar a sus lectores un relato novelesco, se perdieron en conjeturas y tuvieron que subtitular la noticia ateniendo a informaciones secundarias: «Los huéspedes de arriba oyeron tocar el piano hasta las cuatro de la madrugada...», o bien: «¿Qué se dijo en la misteriosa llamada telefónica de Bruselas?».

Sin embargo, no fue posible ocultar, especialmente a la prensa de la oposición, que el presidente del Consejo había cenado aquella misma noche en compañía de Strinberg.

Rousseau vivía presa de la angustia y de la indignación. Por mucho que le asegurasen que Strinberg había quemado todos sus papeles, le aterraba pensar que alguien hubiera podido escamotear el documento que el suicida y él habían redactado la víspera.

—¡El muy traidor me ha enredado! —repetía—. ¡Maldita sea! Mi primera impresión era la buena. Ya lo sabía. En cuanto vi a ese hombre...

No obstante, a juicio de Stenn, Strinberg no había querido «enredar» a Rousseau; por el contrario, había obrado de buena fe a lo largo de sus negociaciones, por la sencilla razón de que los fondos que había prometido al Gobierno francés, en su mayor parte, debían ser traspasados a los grandes grupos de damnificados. Gracias a las cooperativas de compra de que Strinberg había rodeado a los grupos, lograría que se hiciesen encargos globales de materiales a sus aserraderos de Finlandia, a sus fundiciones de acero de Suecia y a sus fábricas de vidrio de Checoslovaquia, a fin de reabsorber materiales que se acumulaban peligrosamente en los depósitos y de generar trabajo en talleres que la superproducción acababa de condenar al paro. ¿Acaso no había ordenado una enorme importación de simiente de pescado, procedente de sus viveros de Noruega, para repoblar los ríos «devastados?».

Algunos espíritus simples hubieran podido preguntarse por qué Strinberg se encarnizaba en montar aquella complicada cadena de operaciones, en construir aquella inmensa argolla cerrada, en vez de retirarse al campo, a la orilla de los ríos que tanto amaba, para leer grandes libros y tocar el piano.

Pero parece que la fecundidad del trabajo humano, así como la fertilidad de la tierra, no existe sino a costa de esos mismos movimientos recomenzados sin cesar, cuyo fin se pierde en el origen. Hasta que adviene el día en que un relámpago troca la lluvia en granizo y arrasa las cosechas, o se deslizan las tierras, se corta el río y se inunda el valle.

Los fondos que Strinberg iba a prestar a Francia tenía que sacarlos de alguna parte. Se los pidió al Gobierno belga, dando como garantía unos créditos que tenía sobre el Estado italiano. Se trataba de una operación secreta; tan secreta que sólo al ministro de Finanzas belga y al gobernador del Banco de Bélgica se les permitió ver los títulos. Pero luego, al azar, un funcionario de menor rango reveló que Strinberg jamás había poseído créditos italianos. Alarmado, pero incrédulo, el ministerio belga hizo una discreta investigación y descubrió que los títulos eran falsos.

«La misteriosa llamada telefónica de Bruselas» fue el anuncio de tal descubrimiento.

Eso es lo que pudo averiguar Robert Stenn, antes que el mismo Rousseau, y mientras todas las Bolsas de Europa e incluso de América caían peligrosamente.

—De todas formas, esto no explica su muerte —le dijo Stenn a Simon—, porque Strinberg sabía perfectamente que las bancas de Estocolmo, de Londres, de Zúrich, incluso sus peores adversarios, hubieran preferido sacarlo a flote para salir del paso y cubrir su falsificación, antes que sufrir las consecuencias de su derrumbamiento en semejantes condiciones. No, es otra cosa. Strinberg debió de encontrarse bruscamente en el estado del sabio que ha construido toda su obra a partir de la aplicación de una fórmula y de repente se da cuenta de que es errónea. La bomba le estalló por segunda vez en los pies… Ya ves, Lachaume, como yo tenía razón al no dejarte embarcar en esa galera… Ahora habrá que maniobrar con toda exactitud.

Simon ya había tomado sus disposiciones.

XII

En cuanto supo la noticia del suicidio del magnate, Simon, que en aquel momento se encontraba en su despacho de *L’Echo du Matin*, avisó a Schoudler, no por teléfono, sino por medio de una nota cuya copia tuvo la precaución de guardar, y en la que le preguntaba si debían preverse repercusiones sobre el periódico. Hizo llevar la nota al banco por un ciclista.

Para sorpresa de Simon, Schoudler le respondió en un billete de mil francos, a través del cual había trazado, con una letra desordenada y casi indescifrable: «Ninguna repercusión. Que la redacción adopte la versión oficial. Yo reemplazaré a Strinberg. Eso es todo. Sch.».

No era la primera vez que Schoudler utilizaba billetes de banco para enviar notas u órdenes, indicando con el valor de los billetes la importancia de la misiva o del destinatario: así, cinco francos bastaban para decirle a su mayordomo que llevaría a dos personas a almorzar, veinte francos para recomendar a un periodista al jefe de redacción de *L’Echo*...

Una vez que hubo guardado cuidadosamente aquella nota que demostraba el desequilibrio mental de Schoudler, Simon, en tanto que administrador, dio orden de suspender todos los pagos y de preparar las cuentas de inmediato. Aquella medida de alerta desencadenaba un sentimiento de catástrofe y, de hecho, incluso precipitaba la catástrofe.

La orden que dio Simon coincidía con un día de vencimientos. Para acrecentar la confusión, Simon hizo avisar, de manera muy cortés, a los diversos proveedores de que no cobrarían sus cheques hasta varios días después. Se conformaron con pagar a algunos tipógrafos, hasta agotar el dinero líquido de la caja, tras lo cual el cajero cerró la ventanilla y los colaboradores regulares no fueron pagados.

Schoudler no se enteró hasta la tarde de la medida que había tomado Simon. Los dos hombres tuvieron una discusión espantosa, en la que Simon fue tratado de cobarde, de traidor y de asesino.

—Bueno, puede usted reanudar los pagos mañana, ya que todo anda tan bien —contestó éste tranquilamente—. Mi decisión sólo tenía por objeto poder cerrar en la fecha de hoy mis cuentas de administración.

Y al mismo tiempo entregó a Schoudler su carta de dimisión, en la cual declaraba no poder asociarse a la dirección de una empresa

cuya suerte estaba ligada a la de una sociedad bancaria regentada de una manera que le parecía temeraria.

Luego Simon, con las manos perfectamente limpias, esperó los acontecimientos en compañía de Marthe y del presidente Stenn.

Simon logró desencadenar la impresión de pánico que había querido provocar. Por París corría el rumor de que *L'Echo* ya no pagaba, que Schoudler se veía arrastrado por la catástrofe de Strinberg y que probablemente el banco caería.

Al día siguiente, los depositantes prudentes empezaban a retirar su dinero de las ventanillas de la calle Petits-Champs. En los días siguientes aquello se multiplicó de manera trágica.

El inspector general de Finanzas, que en teoría tenía la última palabra sobre la fiscalización de los grupos de damnificados, para desligarse de la responsabilidad, exigió que se retirase de inmediato la autorización a la banca Schoudler.

Schoudler fue a suplicar a Rousseau que intercediera a su favor.

—Soy víctima de una maquinación abominable, aunque es cosa de cuarenta y ocho horas —dijo Schoudler—. Pero si me retira la confianza del Estado, usted me mata.

Recordó a Rousseau su larga amistad y pulsó la cuerda de los recuerdos. Rousseau había sido abogado de los Schoudler; por su parte, Schoudler había apoyado a Rousseau en los difíciles comienzos de su carrera política.

El gigante, con su mano enferma, volcó el tintero. Luego recuperó el dominio de sí mismo.

—Usted me ha puesto la corbata roja alrededor del cuello; ¿sería capaz de ponerme ahora la cuerda? —exclamó—. Convénzase de que no sólo quieren hundirme a mí, sino a usted también; quieren derribarnos juntos. Pero yo estoy aquí, usted está aquí; no lo lograrán. Dentro de dos días, se lo garantizo, la Bolsa volverá a subir; no pueden continuar jugando contra sí mismos. ¡No se derriba a un Schoudler! Es la envidia, ¿me entiende?, es la envidia la que los mueve. Anatole, somos demasiado grandes para ellos —agregó, asociando generosamente al presidente del Consejo a la opinión que tenía de sí mismo—. En cuanto a ese crápula de Lachaume, a quien he tratado como a un hijo...

Rousseau se dejó convencer: no le convenía arruinar a Schoudler, sino permitirle que se mantuviese a flote.

Pero la siguiente sesión de la Bolsa fue un desastre. Los llamados valores Schoudler, es decir, entre otros, las azucareras de Sonchelles, las minas de Zoa y, en el mercado al contado, las acciones del mismo banco, siguieron el camino de los valores Strinberg en todos los mercados del mundo. Al desaparecer el poder de Strinberg, cuyos fundamentos no eran más que el viento, provocaba el derrumbamiento

de la fortuna Schoudler, con más de un siglo de antigüedad.

Schoudler recibió de pleno el choque del tornado.

Intentó repetir lo que había hecho siete años antes, cuando se suicidó François. Volvió a aparecer en la Bolsa, con los ojos aún sombríos tras la estrecha rendija de sus párpados, pero con el cuerpo debilitado, el espíritu envejecido y desorganizado. La situación estaba lejos de ser la misma. El asunto de las Sonchelles no había sido más que una baja artificial, contra la cual tenía medios para resistir, y en un período de prosperidad general. Esta vez la catástrofe era real.

Presa de su megalomanía, el barón Schoudler había terminado por confundir su propia fortuna con los fondos administrados por el banco. A fuerza de derrochar millones a la ligera en empresas absurdas, en sociedades cinematográficas muertas nada más nacer, en casas de costura que habían quebrado, en misiones de estudio para los ferrocarriles del Congo a Zanzíbar, en todos los negocios hueros que su delirio de poder le había hecho avalar, tenía un descubierto vertiginoso en su propio banco.

Para contener la baja y hacer frente a los retiros de depósitos, Schoudler, en aquella jornada fatal, comprometió los fondos del empréstito de los grupos de damnificados.

Pero fue en vano. Lo que creía recuperar por un lado se le escapaba por otro, y de forma irreversible.

El anciano, que había sobrevivido a su familia, y cuyos amigos estaban casi todos muertos, era atropellado, rechazado, relegado a un segundo término, detrás de las consecuencias generales de su debacle.

—¡Asesinos, asesinos! —gritó al final de la sesión—. ¡Me habéis asesinado!

Pero en el fondo de sí mismo no llegaba a creerlo.

Aquella misma noche la autorización de los empréstitos del Ministerio de Finanzas fue retirada, y al día siguiente el banco de la calle Petits-Champs tuvo que cerrar sus ventanillas.

Era el derrumbe, el crac, la quiebra.

La gran crisis económica y financiera comenzaba por la muerte, para uno, y la ruina, para el otro, de dos hombres que habían representado la falsa y la verdadera prosperidad en el mundo.

—Los huesos del pobre Lulu deben de estar regocijándose en la tumba —dijeron los Leroy-Maublanc.

Para Rousseau también era demasiado tarde. El asunto de los sindicatos de obligacionistas se había divulgado y ya se había presentado en la mesa de la Cámara una demanda de interpelación.

XIII

El ordenanza del pasillo que abrió con diligencia la puerta de la tribuna a Marthe Bonnefoy se permitió decirle:

—Así que esta noche habrá deporte, señora.

—Tal vez —contestó Marthe, con su hermosa sonrisa—. Esto le obligará a acostarse tarde...

—¡Ya ve! ¿Qué quiere usted? Para eso estamos. Y además, cuando hay sesión nocturna, nos pagan extra, ¿verdad?

Todo el personal de la Cámara de Diputados quería mucho a Marthe, cuya belleza de soberana iba acompañada de una infinita gracia familiar y gentil. Se instaló en primera fila, en la estrecha banqueta apenas ocupada.

Había varias mujeres en las tribunas; algunas bastante viejas, que habían superado la edad de otros divertimentos nocturnos y que iban allí a gastar el resto de sus fuerzas pasionales. También había mujeres muy jóvenes y elegantes, recién llegadas a la sociedad, y a las cuales los diputados habían dado tarjetas para halagarlas y recompensarlas por ser bonitas, del mismo modo que Wilner les habría enviado entradas para su teatro.

Les habían prometido que aquella noche verían en la arena a un viejo y pequeño gladiador de setenta años que sería arrojado a los hombres. De momento sólo veían ujieres que recogían las urnas de una votación sobre los alquileres, una votación que no interesaba a nadie más que a ocho millones de inquilinos de toda Francia.

La luz, a la vez violenta y grisácea, aumentaba las proporciones del vasto edificio.

Apenas había sesenta diputados en la sesión, dispersos por las graderías púrpuras y abrumados por el aburrimiento. Parecían los últimos senadores de una ciudad antigua aniquilada por el paso de una invasión o devastada por una epidemia.

Las bonitas jóvenes de las tribunas paseaban sus miradas sorprendidas, necias y desilusionadas por aquella vasta tristeza, por las altas columnas de mármol que sostenían, alrededor del hemiciclo, los palcos del público, por el techo de vidriera, por las colgaduras verdes con ornamentos dorados, por los dos relojes de péndulo, por el tapiz alegórico que ocupaba el centro de la pared, tras la mesa presidencial.

Las tribunas eran pequeñas, el público entraba sin cesar y las jóvenes señoras empezaban a ahogarse.

Hacia las dos de la madrugada el espectáculo se animó. En grupos lentos o apresurados, los diputados entraban por las puertas laterales y se dirigían a sus escaños. Algunos, muy pocos, habían pasado por casa para tomar un baño y cambiarse; otros, de los bancos de la derecha y del centro, salían de una velada o de una cena prolongada y vestían de frac. Pero la mayoría de ellos no se había cambiado de camisa desde la mañana y llevaba el cuello sucio y arrugado y las manos dudosas. Al silencio siniestro de hacía un rato le había sucedido un barullo sostenido.

Se suspendió la sesión durante unos minutos. El vicepresidente, que había dirigido el debate sobre los alquileres, abandonó la mesa. La Cámara llevaba reunida casi dieciséis horas.

Marthe Bonnefoy vio llegar juntos al hemiciclo a Robert Stenn y a Simon, y se le desbocó el corazón. Los dos hombres alzaron los ojos, divisaron a Marthe allí donde sabían que iban a encontrarla, bella bajo su cabellera de plata, justo en el centro de la columnata, en primera fila de la tribuna reservada a los invitados del presidente. Intercambiaron una larga pero discreta mirada, para darle a entender que iban a llevar sus colores en la arena. Luego se sentaron el uno al lado del otro, conscientes de su importancia.

«Robert parece cansado esta noche. ¡Qué lástima! Ojalá estuviese en posesión de todos sus medios para apoyar a Simon... —pensó Marthe—. En cambio, Rousseau parece estar en perfecta forma».

En efecto, el pequeño gladiador acababa de hacer su entrada con aire de seguridad, el mentón en alto, el mechón blanco altivamente echado hacia atrás. Se sentó en el banco del Gobierno entre sus ministros, en aquel lugar que había codiciado tan largo tiempo y que ya estaba comprometido. Sin embargo, tras la inquietud que había supuesto para él la muerte de Strinberg y el derrumbe de Schoudler, Anatole Rousseau había recuperado la confianza. En primer lugar, la Bolsa estaba estabilizada, lo cual era una buena señal. Además, si examinaba a fondo su situación personal, le parecía que no se le podía reprochar nada grave, ningún compromiso flagrante, ninguna irregularidad. Acerca de la cuestión de los grupos de damnificados, tenía preparadas sus respuestas y pensaba que conseguiría callar la boca a los adversarios.

Al mismo tiempo que el presidente del Consejo, entró el presidente de la Cámara. Era un anciano fortachón, casi obeso, que avanzaba lentamente, apoyándose en un bastón, y arrastraba, no sin cierta majestuosidad, una pierna aquejada de flebitis. Vestía de frac. Sobre su pechera se bamboleaban los enormes carrillos que la edad había añadido a un rostro que había sido bello y enérgico. Parecía encarnar al mismo tiempo la grandeza y la fatiga de un viejo régimen.

Él también era uno de los «grandes amigos» de Marthe, uno de los

primeros, de la época en que no era ella la que creaba ministros, sino que los ministros la crearon a ella.

Al peso de los años se sumaba el de una víspera difícil. Era conmovedor y casi hermoso verlo, jadeando y deteniéndose en cada peldaño, izar su cuerpo pesado e impotente con la fuerza de los brazos a lo largo de la inclinada escalera que conducía a la mesa presidencial y desplomarse en el sillón.

El extraño, el centenario edificio de caoba, de entarimado, de mármol y de bronce que formaba el despacho de la Cámara y donde estaban alojados, abajo los estenógrafos y encima de ellos el orador, y más arriba aún los secretarios y el presidente, recordaba a una carpa de circo donde el ejercicio de los acróbatas consistiera en colocar un elefante en la cúspide; los ujieres, en el suelo, parecían dispuestos a tender las redes. Entornando los ojos se podía pensar, asimismo, en ciertos cuadros barrocos que representan el Juicio Final y donde se ve salir de una nube el torso de Dios Padre, encima de una multitud de condenados y de elegidos.

El presidente de la Cámara, impasible detrás de sus esfinges, y Marthe Bonnefoy, imperial frente a su tribuna, estaban casi a la misma altura, y los dos sabían, ella con su instinto de gran amante, él con vasto conocimiento del ser humano y de la historia, que aquel foso que se extendía entre ellos, lleno ahora de hombres turbulentos, aún representaba uno de los primeros parlamentos de la Tierra por la calidad de la inteligencia y la importancia universal de sus debates.

El presidente farfulló para uso exclusivo de los estenógrafos algunas palabras que significaban que se reanudaba la sesión y que se iba a proceder a la interpelación sobre la política financiera del Gobierno.

Luego, para imponer silencio, en vez de recurrir a la tradicional campanilla, golpeó con su abrecartas el borde de la mesa por costumbre de antiguo maestro.

XIV

—¡Tiene la palabra el señor Porterat!

El astuto, distraído y rencoroso Porterat estaba hablando con Stenn y con Simon. No oyó que pronunciaban su nombre.

—¡Señor Porterat, tiene usted la palabra! —repitió en voz más alta el presidente.

Camille Porterat levantó la mano, dirigiéndose hacia la tribuna, con un gesto que quería decir: «¡Sí, sí! Yo no duermo más que tres horas al día y nunca me acuesto antes de las cinco de la madrugada, así que tenemos tiempo».

Luego rascó con la uña del pulgar una mancha de huevo que tenía en la solapa de la chaqueta.

—Señores —comenzó—; en el umbral de un debate donde tendremos que evocar ciertos acontecimientos lamentables, me esforzaré por examinar los hechos y dejar a los hombres de lado.

Sus palabras fueron acogidas al instante por nutridos aplausos, para demostrar que se apreciaba su voluntad de imparcialidad. Porque, inmediatamente después, se comprendió que el final de su frase era manifiestamente despectivo e incluso injurioso respecto a Rousseau. De hecho, Porterat no llevaba ni cinco minutos hablando cuando dijo:

—Nadie ignora que cuando el señor presidente del Consejo constituyó (con una rapidez que todos apreciamos de modo dispar) su gabinete, pretendía disponer de un empréstito milagroso que iba a permitir a Francia acabar de reconstruir sus ruinas, sin exigir esfuerzo inmediato ni al contribuyente ni al ahorrador. El señor presidente del Consejo tendrá la amabilidad, creo yo, de darnos noticias de ese empréstito y decirnos también si el hecho de que un importante financiero extranjero, con quien el señor presidente del Consejo había entablado negociaciones, con su sola autoridad, se haya cortado el pescuezo...

—La muñeca —gritó alguien.

—¿Cómo, la muñeca? —preguntó Porterat.

—¡Cortado la muñeca!

—La muñeca, como quiera; viene a ser lo mismo —concedió en medio de risas crueles el distraído Porterat—... nos dirá, repito, si el brusco fallecimiento de ese personaje no ha modificado los bellos sueños financieros del Gobierno.

Porterat subrayó las relaciones de causa efecto entre la muerte de

Strinberg y el crac Schoudler, luego pidió cuentas de los millones de los grupos de damnificados, y terminó diciendo:

—El señor presidente del Consejo, que en aquella época, muy reciente, por otra parte, era ministro de Finanzas, tendrá la bondad de explicarnos el papel que él, personalmente, tuvo en la autorización concedida a la banca Schoudler.

Luego, satisfecho de haber anudado y lanzado la red bajo la cual iba a combatir Rousseau, Porterat abandonó la tribuna, y volvió a rascarse la mancha de huevo que no había salido por completo de la solapa de su chaqueta.

Los oradores que le sucedieron redundaron en la cuestión; uno denunció las maniobras del gran capitalismo, otro se indignó en nombre de los damnificados de guerra, el tercero compadeció al desdichado «pequeño ahorrador», pero todos, a fin de cuentas, hicieron convergir sus reproches al presidente del Consejo.

Anatole Rousseau, levantándose, contestó desde su sitio. Sosegado y hasta ligeramente despectivo, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, se volvía hacia un lugar u otro de la asamblea según a qué interpelador respondiese.

Con su dicción particular, a la vez entrecortada y cantarina, Rousseau habló de la voluntad unánime de reconstruir las regiones devastadas, de la necesidad en que se habían encontrado de crear los grupos y autorizar a los bancos...

—Hubiera sido criminal, señores...; sí, criminal..., rechazar la colaboración privada... para servicios que el Estado no podía asumir...

¿Qué banco, según Rousseau, podía inspirar más confianza que aquel, sólidamente asentado desde hacía un siglo, cuyo presidente-director era uno de los regentes del Banco de Francia?

—Las empresas financieras... están sometidas a los azares de la vida. Nuestros errores, señores, a menudo nacen de nuestras desgracias. Yo no abandonaré al señor Schoudler porque se encuentre provisionalmente... en esta desgracia.

Aquella posición caballeresca sólo podía cosechar simpatías.

Terminó con una especie de desafío, lanzado a la Asamblea y, particularmente, a Porterat:

—No veo, pues, el objeto de semejante hostilidad, si precisamente... por encima de los hechos... no se pretendía alcanzar... a los hombres.

Su declaración fue aclamada con numerosos aplausos. Rousseau había ganado la primera parte del combate y su mayoría no parecía amenazada. Entonces se desencadenó el segundo ataque. De los bancos de la extrema izquierda se levantó un hombre rechoncho.

—La respuesta del señor presidente del Consejo no nos satisface —gritó— porque de esa sociedad, en la cual, según los oradores

precedentes, había dilapidación, abuso de confianza y quiebra casi fraudulenta…

—Para decir eso, espere los resultados de la instrucción —exclamó el ministro de Justicia.

—Pues de esa sociedad que no podrá reembolsar los fondos de los empréstitos de los damnificados, porque si no, señores, yo me pregunto: ¿por qué habría sido necesario presentar una demanda contra ella?

—Le repito que espere a que se haga el balance —gritó el ministro de Justicia—. Es irritante…

—… de esa sociedad, el señor Anatole Rousseau es precisamente el defensor y el abogado consejero…

—¡Bravo! ¡Muy bien! —gritaron en torno al orador.

En la asamblea se comenzaba a palpar una tensión eléctrica.

Rousseau, impaciente y pálido, se irguió y exclamó:

—Acaba de decir una mentira, señor Gouriot, que debo aclarar de inmediato… Dejé de ser consejero de esa sociedad… y de todas las demás sociedades, por otra parte… desde el momento en que… al entrar en el gobierno, cerré mi despacho de abogado… de eso hace catorce años.

—Pero ¡nunca ha dejado usted de defenderla! —dijo una voz de la izquierda.

—¡Ni de servirla! —continuó el orador moreno, con el índice tendido hacia Rousseau—. Fue usted quien apoyó el nombramiento del barón Schoudler como regente del Banco de Francia…

—¡Lo son de padre a hijo! —replicó Rousseau.

—Y fue usted, también, señor presidente del Consejo, quien por decisión personal hizo autorizar al banco del barón Schoudler un mes antes de que saltase. Cuando digo que la Cámara tiene el derecho de preguntarle qué honorarios ha cobrado usted por realizar esta operación, no creo estar equivocado —terminó el orador.

Hubo aplausos de una parte y silbidos de otra; el público se agitó un poco en las banquetas de las tribunas y los ordenanzas decían:

—¡Permanezcan sentadas, señoras! Señor, por favor, siéntese; está prohibido permanecer de pie.

El presidente de la Cámara golpeó en su cátedra y, apuntando con el abrecartas en dirección al orador, le gritó por encima del tumulto con voz irritada:

—Señor Gouriot, le ruego que modere sus palabras. No permitiré que se profieran alegaciones insultantes contra el presidente del Consejo, si no se halla usted en condiciones de suministrar pruebas de inmediato.

Y se elevaron gritos de donde habían partido los aplausos el instante anterior, y aplausos de donde procedían los gritos.

Rousseau se había levantado de nuevo.

—Se me acusa —dijo volviéndose, desafiante, hacia la asamblea— de haber puesto mi influencia al servicio de una sociedad privada. Al no poder atacar mi administración..., quieren atacar mi honor. Si el hecho de haber ejercido una profesión liberal en una época de la vida, y de haber percibido regularmente honorarios como legítima remuneración por los servicios prestados, debe constituir para siempre la presunción de una sumisión a las sociedades o a las personas que han pagado esos honorarios..., y eso en detrimento de la justicia, del respeto a las leyes y del bien del Estado..., ¿quién de entre nosotros, señores, podría escapar a tales y tan falsas acusaciones? ¡Sería preciso no haber hecho nada más en la vida que ser diputado... o ministro! —Por un instante, la asamblea estuvo a punto de sonreír. Pero Rousseau, preso de la cólera, añadió—: Quienes me atacan con argumentos tan mezquinos, ¿creen que las subvenciones a sus cajas electorales..., los puestos lucrativos otorgados a los miembros de su familia o las relaciones..., no pueden ser considerados como honorarios indirectos?

—¿A quién alude? —gritaron varios diputados de alrededor de Gouriot—. ¡Nombres! ¡Nombres! ¡Su método es infame!

—No más que el suyo —replicó Rousseau.

—¡Nombres! Usted no contesta... ¡Mentiroso!

Varios parlamentarios se pusieron a tocar el tambor con los puños sobre los pupitres, o a golpear con las tapas.

—¿Por qué siempre se ensañan con los políticos abogados? —dijo Rousseau, tratando de retomar el discurso.

—¡Porque son los más podridos! —aulló el diputado Gouriot.

—Siempre ha habido políticos abogados, y los habrá siempre —replicó Rousseau.

—¡Fueron ellos quienes fundaron la República! —lanzó desde el centro-izquierda Robert Stenn, primero porque él era abogado, y luego porque lamentaba que el debate se desviara.

Pero el tumulto, lejos de disminuir, alcanzaba su paroxismo. Las tapas de los pupitres sonaban; los diputados se increpaban de un extremo a otro de los bancos; se mostraban los puños; se insultaban, sin oír siquiera los insultos proferidos. Sólo se oía, por encima del ruido, el nombre de todos los negocios turbios o escandalosos nacidos en los últimos cincuenta años de la alianza del poder y de los intereses privados.

Y las elegantes señoras jóvenes de las tribunas, emocionadas y un poco asustadas, se preguntaban si no estarían asistiendo, precisamente aquella noche, al estallido de una revolución.

Los miembros de los gabinetes ministeriales estaban amontonados en los pasillos y en las salidas laterales del hemiciclo. Un diputado del grupo de Anatole Rousseau logro hacer oír su voz:

—¿Quién podría tomarse en serio las acusaciones contra el presidente del Consejo mientras en uno de los bancos de donde parten los ataques se sienta uno de los colaboradores más estrechos e íntimos del banquero Schoudler? ¡Esto es una comedia!

Simon Lachaume, que parecía esperar esta ocasión, levantó el brazo y gritó:

—¡Señor presidente, pido la palabra!

—No he terminado —aulló Rousseau.

—Señores, señores —repetía el presidente de la Asamblea, inclinando su torso de paquidermo sobre el vacío—. Pido a la Cámara que siga el debate con toda su dignidad... Sí, señor Lachaume, tendrá usted la palabra. Pero deje terminar al señor presidente del Consejo. ¡Señores! ¡Señor Gouriot!, ¿quiere usted callarse? Señores... ¡voy a verme obligado a suspender la sesión!

Y el abrecartas golpeaba cada vez más fuerte. Y el presidente acabó por abrir los brazos en un gesto de impotencia, volviéndose al secretario general de la Cámara. Lo que significaba que iba a abandonar su sillón e irse a la cama, dejando a aquellos chiquillos malvados en libertad para tirarse pistoletazos a través del hemiciclo, si era eso lo que querían.

Se logró un poco de calma.

—Me alegra —siguió Rousseau— constatar que el señor Stenn, que no parece estar particularmente al lado de mis amigos en este debate..., ha querido rendir homenaje a un cuerpo del cual él mismo forma parte... y que ha dado a la República muchos de sus mejores servidores.

Como la mitad de los diputados pertenecían al foro, hubo aplausos en todas las bancas, y hasta se pudo creer que la asamblea iba a levantarse, como si se tratase de los muertos de la guerra.

Apresurándose a explotar aquel triunfo, Rousseau concluyó su discurso hablando con más dificultad, pero también con menos sequedad:

—Créanme, señores, no vean en mí tan sólo al ministro que defiende su política..., ni siquiera al hombre que defiende su honor..., sino al republicano que dice a otros republicanos: ¡cuidado!, porque sois cómplices del sabotaje al régimen, y algún día no muy lejano Francia lo pagará muy caro.

Con estas palabras acababa de ganar por muy poco la segunda ronda del combate, pero estaba agotado. Por otra parte, todo el mundo estaba cansado; los diputados, con los nervios irritados debido a la prolongada vigilia, embriagados por sus propios gritos, ya no sabían exactamente de qué se trataba. Los relojes de péndulo daban las cuatro de la madrugada y una barba áspera ensombrecía los rostros masculinos. La sesión podría haber terminado así, sin otra conclusión,

y Rousseau contaba con ese fin indeciso para salvar su ministerio.

Fue entonces cuando el presidente de la Cámara anunció:

—Señor Simon Lachaume, tiene usted la palabra.

XV

Desde el comienzo de la legislatura Simon apenas había intervenido, y sólo sobre cuestiones puntuales, secundarias. Nunca hasta entonces había tenido que tomar parte en un debate tan grave, en el que las palabras que iba a pronunciar podían tener grandes consecuencias.

En el tiempo que tardó en llegar a la tribuna, Simon se asombró, una vez más, de la prodigiosa velocidad con que pensaba cuando estaba a punto de hablar en público, y de la cantidad de detalles que observaba al pasar: el damero que garabateaba uno de sus colegas en una cuartilla blanca, la punta desteñida de sus propios zapatos, el mechón del flequillo de un ujier, la expresión de fatiga y de asco respecto a los hombres en el rostro del viejo presidente de la Cámara. Se acordó también de una alfombra que había regateado la semana anterior y por la cual había dejado unas arras. Pensaba en todo, salvo en la única cosa importante, esencial, en la que le resultaba imposible concentrar la atención: el discurso que iba a pronunciar.

Frente a él, el tablero de caoba vacío y un vaso lleno de agua a su derecha, y un minúsculo portaminas de metal que se había olvidado algún orador anterior... La tribuna rodeaba a Simon. Los oradores altos tenían la impresión de que iban a caerse en cualquier instante; por el contrario, los hombres bajos se sentían ridículamente hundidos en ella hasta las axilas. Simon se había sumergido hasta medio cuerpo, como en una bañera antigua, la bañera de Marat.

Por encima de él, oía que el presidente hablaba sin parar con el secretario general, gracias a esa facultad de los viejos parlamentarios de hablar y no perder el hilo de los discursos.

Debajo, Simon veía los cráneos de los estenógrafos. Luego, más allá, se abría el vacío peligroso, poblado en la orilla adversa por seiscientos rostros movedizos, bullentes, hostiles, indiferentes a todo, salvo al error o a la necedad del orador.

Simon se quitó las gafas para aislarse del mundo exterior... Entonces los colores y las formas se confundieron; entonces el gran anfiteatro de la República adquirió el aspecto vago y homogéneo de un enorme arenal abierto en el flanco de una colina por el que se hundían los hombres y el tiempo.

—Señores, acabo de ser cuestionado en el debate. No eludiré el deber, que mi conciencia me impone, de proporcionar a la Cámara las aclaraciones acerca de la cuestión a todas luces lamentable que nos retiene esta noche, aclaraciones que tal vez sea yo el único que esté en

condiciones de dar...

Para Simon la sensación de las sílabas formándose por sí mismas resultaba beneficiosa, apaciguadora. La extraordinaria y misteriosa maquinaria humana se había puesto en marcha una vez más, en el momento deseado; el pensamiento acababa de acoplarse a la palabra, como un motor que un suave embrague acopla a las ruedas o a la hélice.

—Pero reconocerán ustedes, señores, que uno de los momentos más penosos en la vida de un hombre es aquel en que debe elegir entre sus amistades y su conciencia. Ese momento dramático es el que estoy viviendo.

Como una máquina bien engrasada, el discurso funcionaba. Simon, que era un buen conductor, sólo tenía que estar atento al discurso, a controlarlo, a fin de que no se desviara por la curva de una frase demasiado larga, a contener su voz o a elevarla en los pasajes difíciles. Y para vigilar el camino volvió a ponerse las gafas.

En línea recta debajo de él, veía el rostro de Anatole Rousseau, agotado y envejecido bajo sus espesos mechones blancos; el rostro que tanto lo había impresionado, nueve años atrás, cuando el ministro lo invitó gentilmente a subir, a él, pobre profesorcillo oscuro, en su suntuoso automóvil, a la salida del cementerio. Así había empezado la ascensión política de Simon Lachaume.

Y ahora el ministro no separaba los ojos de él, y en su mirada levantada Simon leía asombro, ruego y terror, como en la de un anciano que va a ser aplastado contra una pared y que ya no puede gobernar a sus miembros para evitar la muerte.

Simon sintió la emoción de aquella situación y le sacó mucho más partido de lo que había previsto.

—Nadie ignora, señor presidente del Consejo —exclamó dirigiéndose a Rousseau—, que comencé mi carrera a su lado. ¿Y cómo podría olvidar aquellos meses que pasé cerca de usted, en Educación Nacional y en Guerra, donde aprendí de usted lo que era un ministerio, lo que era el servicio al Estado, lo que eran los intereses superiores de la Nación...?

La Cámara, relajada tras los aullidos de la hora anterior, guardaba silencio y parecía atenta, de pronto, al drama personal que se escenificaba.

Simon Lachaume era consciente de la traición, premeditada y urdida de antemano, que iba a perpetrar. Tenía la suerte de que su traición parecía concordar con el bien público, y mientras elogiaba a sus antiguas amistades para apuñalarlas mejor, fingía que le desgarraba un conflicto trágico.

Después de haber rendido homenaje a Rousseau y pagado tributo al reconocimiento que le debía, Simon hizo lo mismo con respecto a

Noël Schoudler.

—Es cierto —dijo Simon— que durante largos años he sido uno de los colaboradores directos del señor Schoudler. Es cierto que, hasta hace pocos días, yo era el administrador de un diario cuyo principal accionista y presidente era el señor Schoudler. Es cierto, también, que desde hacía algún tiempo yo no dejaba de estar inquieto por el creciente desorden que observaba en los negocios del señor Schoudler, porque el desorden invadía también su pensamiento. Es sumamente doloroso ver cómo hombres admirables, a causa de la edad, pierden las cualidades que los hacían admirables, sin darse cuenta. A pesar de toda mi devoción por el periódico, sus colaboradores y sus lectores, a pesar de todo mi deseo de salvarlo de la catástrofe, me vi obligado a presentar la dimisión el día en que el señor Schoudler empezó a enviar notas de servicio escritas en billetes de mil francos.

Aquella revelación difundió por la Cámara un gran estupor.

—¡Vamos! ¡Eso es una invención! —exclamó Rousseau.

—¿Una invención? —replicó Simon—. Mire, señor presidente del Consejo; compruébelo usted mismo.

Sacó del bolsillo de su chaqueta el billete de Schoudler y leyó en voz alta:

—«Ninguna importancia. Somos sólidos. Seré yo quien reemplace a Strinberg. Firmado: Schoudler». ¡He aquí, señores —continuó Simon blandiendo el billete—, he aquí a quien se le concedía la garantía del Estado!

Hubo un gran revuelo en los bancos, risas indignadas y clamores.

Rousseau estaba pálido.

—¡Pero yo no sabía nada! ¡A mí no me había enviado ningún billete! —exclamó.

—¡A usted le mandaba otros! —le gritaron desde la izquierda.

—¡Es infame! No permitiré...

—¡Vamos, señores, señores! —gritó el presidente de la Cámara dando golpes con el abrecartas—. Señor Gouriot, voy a verme obligado a llamarlo al orden. ¡Silencio, señores! Este debate ofrece un espectáculo del que deberían avergonzarse. ¡Va en ello la dignidad de nuestra asamblea!

—Supongo, señor presidente del Consejo, que su larga amistad personal le ha hecho cerrar los ojos frente al singular comportamiento que desde hacía algunos meses mostraba el barón Schoudler —prosiguió Simon, cuya voz devolvió cierta calma a las gradas—. No obstante, señor presidente, demasiados indicios deberían haberle inspirado más prudencia antes de poner en sus manos los empréstitos de los sindicatos damnificados. Con todo, el negocio fue concluido el 14 de abril, en el curso de un almuerzo entre Schoudler, Strinberg y usted mismo...

El tumulto volvió a reinar en las gradas.

—¡Muy bien! ¡Ahí está! ¡Ahora todo se explica! —exclamaban los diputados con grandes gestos escandalizados, como si jamás hubieran compartido mesa con un hombre de negocios y toda su vida hubieran comido solos, en un restaurante popular.

—Este detalle, señores, lo sé por boca del propio señor presidente del Consejo, entonces ministro de Finanzas… ¡Y tan poco seguro estaba usted de la solidez de la operación —prosiguió Simon, volviéndose hacia Rousseau— que a la salida del almuerzo me preguntó qué pensaba yo de la situación de los dos financieros!

—¡Esto ya es demasiado! —exclamó Rousseau dando un puñetazo en su pupitre—. Usted mismo, Lachaume, me contestó por teléfono que la situación de Schoudler era tan segura como la de Strinberg…

La manecita de Rousseau, indignada y frenética, se tendía hacia la tribuna.

—Perdón, señor presidente —replicó Simon, perfectamente sereno y casi irónico—, lo que yo le dije fue: «La situación de Schoudler no me parece más segura que la de Strinberg».

—¡Esto sí que es monstruoso! —gritó Rousseau, con las facciones descompuestas, volviéndose, como si buscase detrás de él, en los bancos de la Cámara, testigos de su buena fe.

Entonces Robert Stenn se levantó y, con los brazos en cruz, patético, declaró:

—¡Vamos, señores! ¿Acaso se compromete la garantía del Estado con una simple llamada telefónica?

Fue aplaudido por casi todos los grupos.

—¿Quién era el financiero Strinberg? —continuó Simon—. Lo sabemos todos, señores: uno de esos señores feudales del capitalismo internacional, izados sobre una pirámide de vasallaje, de quien uno de los espíritus más brillantes de esta asamblea —y Simon extendió la mano hacia Robert Stenn— decía hace unos días que, en verdad, no son más que aventureros cuyo campo para sus aventuras es el ahorro.

A medida que hablaba y que atacaba sin piedad a sus antiguos protectores, Simon adquiría una autoridad asombrosa. Cada palabra que pronunciaba parecía forjar su voz. Apoyado con las dos manos en la tribuna, prosiguió:

—Hijo del pueblo, becado por el Estado desde el principio al fin de mi instrucción y profundamente apegado a los principios de libertad y de igualdad ante la ley, que permiten precisamente a hombres como yo llegar a este lugar para expresar la conciencia del pueblo, no puedo ni alentar a esos señores feudales de las finanzas, ni asociarme a aquellos que los sostienen, que se sirven de ellos o que los sirven.

Largos aplausos lo interrumpieron. Simon era consciente de que

no sólo podía dirigir su discurso, sino a toda la asamblea.

—Strinberg ha muerto —prosiguió—, desencadenando ruinas millonarias. El empréstito para la reconstrucción, por cuya promesa el señor presidente del Consejo había obtenido la confianza del Parlamento, no se ha materializado. En cambio, los fondos de los damnificados se los ha tragado el crac de la banca Schoudler, el crédito del Estado está gravemente perjudicado y los damnificados de las regiones devastadas siguen durmiendo bajo cobertizos.

Robert Stenn participaba en los aplausos, por supuesto, pero tenía la frente fruncida y se sentía inquieto. Había lanzado a Simon al asalto para que éste no sólo se lavase de toda sospecha, sino para que hiciese las revelaciones necesarias acerca de Rousseau a fin de precipitar su caída. Stenn se había reservado el papel de intervenir a continuación de Simon para explotar los argumentos de éste y aniquilar a Anatole Rousseau. Pero he aquí que Simon hacía el trabajo por sí solo, y lo hacía bien, y recogía para sí todo el honor. «En fin —se decía Stenn—, lo esencial es que Rousseau caiga. El éxito de Lachaume no hace más que reforzar a mi partido».

Marthe Bonnefoy, que había seguido el discurso de su joven amante primero con una atención inquieta y casi maternal y luego con orgullo, pensó de repente: «Ahora ha salido bien del paso, y para toda su vida. Ha aprendido la lección. No será él quien se ahogue para salvar cadáveres... Seguramente llegará muy alto, y eso me alegra... Pero creo que ya no me necesita...».

Entonces perdió un poco de interés por el discurso, sacó un espejo de su bolso y se puso a observar, entre los bancos escalonados detrás de Stenn, a los jóvenes diputados de fealdad interesante, vivero de una última pesca en la que aún podría hundir la mano de la suerte.

—En lo que concierne a mi administración de *L'Echo du Matin* —decía Simon—, tengo las cuentas a disposición de la comisión de investigación que sin duda será nombrada.

La frase todavía no había sido pronunciada del todo pero Anatole Rousseau la recibió como una patada en el estómago. El viejo se encogió en su banco; algo infantil y doloroso pasó por su mirada, como si hubiera querido decirle a Simon: «¿Por qué hablar de comisión de investigación? ¿Por qué tanta crueldad? ¿Por qué eres tú quien me hace esto?».

Simon se enjugó con el dedo un poco de sudor que sentía que le perlaba el labio superior.

—La Cámara comprenderá —concluyó—, por las razones que he expuesto, que me resulta imposible, por el bien de la República, seguir concediendo mi apoyo a los actos del Gobierno, y creo poder declarar que el grupo al que pertenezco observará, en su conjunto, la misma actitud.

Simon Lachaume bajó de la tribuna aclamado, triunfante.

Rousseau levantó los ojos hacia el presidente de la Cámara, como si le preguntara qué debía hacer. El rudo viejo, que cada quincena veía caer un ministerio al pie de su castillo de caoba, le respondió con un ademán que parecía decir: «¡Vamos! Usted lo sabe tan bien como yo...».

Anatole Rousseau se medio levantó, apoyándose en la mesa, y dijo:

—En estas condiciones, señores, planteo la cuestión de confianza.

Algunos ministros lo rodearon y le hablaron, pero Rousseau no parecía oírlos; su respiración era ahogada, como si le desfalleciera el corazón.

—¿Se encuentra bien, presidente? —le preguntó uno de los ministros.

—Sí, sí, muy bien —contestó.

A las siete y cuarto de la mañana, el ministerio Anatole Rousseau fue derribado por trescientos dieciséis votos contra ciento treinta y ocho y un centenar de abstenciones; una petición de nombramiento de comisión de investigación fue aprobada por el mismo número de votos.

En la sala de las Cuatro Columnas, Simon, rodeado de gente, felicitado y objeto ya de envidia u odio, tomaba conciencia de su importancia: había hecho caer su primer ministerio.

De repente divisó a Rousseau. El viejo no llevaba sombrero e intentaba ponerse la manga del abrigo. Había hundido el puño en el forro y se obstinaba, nervioso, un poco ridículo, conmovedor y miserable.

Simon, turbado, se preguntó qué debía hacer, y si en semejante caso había alguna costumbre establecida. Decidió dirigirse hacia el hombre que acababa de derribar.

—Escuche, presidente —dijo Simon—; lo siento, pero verdaderamente, en conciencia...

Y alargó la mano maquinalmente para ayudar a Rousseau a ponerse el abrigo.

—No hay conciencia —exclamó Rousseau—, ya lo sabes; y tampoco hay presidente ni hay nada, sólo cabrones como tú y desfachatez... ¡Tú, tú, Lachaume, haberme hecho esto! ¡Has acabado con Schoudler y ahora quieres hacer lo mismo conmigo! Pero ya verás algún día..., ya lo verás...

Se alejó con un movimiento brusco. Se oyó una rasgadura de seda del forro de la manga del abrigo y luego Rousseau giró sobre sí mismo de una forma curiosa, se llevó las manecitas a la frente y se alejó.

El grupo al que Simon pertenecía se reunió enseguida en la sala que tenía reservada. Era evidente que Robert Stenn recibiría el

encargo de formar el nuevo gabinete, y que Simon Lachaume debía formar parte del ministerio, al menos como subsecretario de Estado.

Hacía unos minutos que el grupo deliberaba cuando alguien entró en la habitación diciendo:

—Rousseau acaba de tener una especie de ataque. Ha subido a su despacho para recoger su cartera y se ha desplomado encima de la mesa.

Las miradas se volvieron instintivamente hacia Simon. Éste se dirigió a la ventana y corrió el pesado cortinaje. La luz del día invadió la estancia, amortiguó de golpe la luz de las lámparas y reveló brutalmente la fatiga en las caras grisáceas. La noche política había terminado.

Simon vio pasar por el empedrado del patio del Palais-Bourbon a un grupo lento, de gestos a la vez presurosos, cautos y torpes, en medio del cual un hombrecito viejo de espeso pelo blanco y tacones demasiado altos, sostenido por las axilas, se dejaba llevar inconsciente, con la cabeza bamboleante y el cuerpo flojo, hacia la portezuela abierta de un coche.

Simon no pudo contener el recuerdo, aún reciente, de otro automóvil con una anciana desplomada en el interior. Y las mismas palabras, o casi, le vinieron a la cabeza: «Tenía que ser él o yo».

4. El pie en la tumba

I

El año 1929, que había comenzado con la muerte de Foch, acababa de terminar con la muerte de Clemenceau.

Antes de que aparecieran los primeros botones en los castaños de la capital, una cureña de cañón, precedida del choque de las bayonetas y seguida por las botas de los príncipes, los sombreros de copa de los ministros, los bicornios de los embajadores y los académicos, las togas de los magistrados y de los universitarios, transportaron lentamente los despojos del hombre de guerra a través de inmensas multitudes tristes.

El hombre de Estado, de acuerdo con su voluntad, fue enterrado en su jardín de Vendée, con las últimas hojas caídas.

La expresión «duelo nacional» jamás fue tan justa como en esas dos ocasiones. La nación francesa asistía a los funerales de su propia importancia, de su supremacía en las coaliciones, y en cierta forma de su grandeza, que nunca volvería a recuperar.

El escultor Landowski empezó a fundir, para una de las tumbas más bellas del mundo, los ocho soldados de bronce que debían llevar sobre sus hombros, en una cripta de Les Invalides, el féretro del mariscal. El presidente, por su parte, tendría derecho a una efigie eternamente azotada por el viento.

Entre esas dos desapariciones, el globo giratorio de los días había visto la condena correccional de uno de los ministros que firmaron el tratado de Versalles, los inicios del cine sonoro y el brutal principio de la crisis económica mundial, con aquella jornada del 24 de octubre, cuando con el derrumbe de las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York tan sólo el banquero Fabre había perdido cuatrocientos veinticinco millones.

Un año tristemente equilibrado, ordenado, en suma, en su desorden; un año en que el futuro podría inscribir la línea de partición de dos épocas.

La posguerra había terminado. Las dos figuras de la victoria, al pasar de la carne al bronce, simbolizaban su fin.

Una nueva generación, que había perdido a un millón y medio de los suyos en los campos de batalla, se encaramaba al poder, pero en medio de la desorganización de la economía universal sólo tendría tiempo para preparar los nuevos desastres.

II

Una mañana de la primavera siguiente el profesor Émile Lartois hizo detener su coche en una calle estrecha y empinada de Ville-d'Avray. En una verja de barrotes herrumbrosos, una placa de hierro anunciaba, en letras descoloridas: «Les Églantines. Pensión familiar».

El ilustre médico atravesó el jardincillo triste, miró los tres setos de boneteros, el banco de hierro, la estatuilla de yeso erosionada por las lluvias, subió la escalinata del pabellón y empujó la puerta de vidrieras multicolores.

—Voy a visitar al barón Schoudler —dijo a la gruesa dama vestida de negro que lo recibió en el vestíbulo.

El profesor Lartois se abstrajo de la fealdad del lugar contemplándose en el espejo del perchero. La imagen de su pelo gris y bien alisado, de su frente clara, de su rostro delicadamente sonrosado que los años no le carcomían, siempre constituía una ayuda para su pensamiento o un remedio contra el aburrimiento.

El personaje que apareció en la escalera unos instantes después no se asemejaba en absoluto al que había sido antaño. La tez blanca, las carnes hundidas, el cuello flotando en un cuello duro demasiado grande, Noël Schoudler lucía una barba gris cortada en forma de collar, como si fuera un pescador bretón. Se había puesto sobre los hombros, teatralmente, una vieja capa de gala, y bajaba los estrechos peldaños con cierta pompa, pero los músculos de su rostro se agitaban por tics nerviosos y las lágrimas le asomaban a los ojos. Tendió la mano izquierda al médico, porque la derecha, que ocultaba tras la espalda, sacudía con grandes golpes los pliegues de la capa.

—El único —dijo—; es usted el único, ¿me oye bien, Lartois?, que ha venido a verme desde que estoy aquí. Eso no lo olvidará Schoudler cuando se reponga de sus pérdidas.

Buscó, siempre con la mano izquierda, el monóculo colgado de una cinta de moaré, y lo encastró en la grasa del párpado.

—Me reconforta mirarlo —agregó.

—Bueno, amigo mío, ¿vamos a almorzar? —dijo Lartois, que se esforzaba por sonreír para ocultar su embarazo.

Una expresión de pesar y de inquietud atravesó el rostro de Noël Schoudler.

—Es que… no he avisado, aquí, y son tan amables conmigo… De hecho, les había dicho que hoy tendría un invitado en mi mesa… Así que no querría…

—Perfecto, perfecto. Encantado de que me acoja —contestó Lartois, obligándose a mantener un falso buen humor. El antiguo regente del Banco de Francia condujo al académico al sombrío comedor, cuyos manteles estaban llenos de manchas y las servilletas de los huéspedes anudadas al gollete de las botellas empezadas.

Al pasar frente a una vieja dama muy delgada cuyos enormes y pálidos ojos casi le salían de la cabeza, Noël Schoudler dijo, inclinando la frente:

—Buenos días, condesa.

La vieja dama esbozó una sonrisa que pretendía ser afable, pero que descubrió una dentadura de cadáver que volvió su rostro todavía más espantoso.

—Es una gran dama rusa... Toda su familia fue ejecutada por los bolcheviques —explicó Noël Schoudler al oído de Lartois—. Yo, aquí, no quiero que me llamen por mi título... Me parece inútil.

El viejo gigante enflaquecido se sentó, recorrió con la mirada las paredes cubiertas de un papel violeta a estrechas rayas amarillas, y prosiguió:

—Sí, aquí no estoy nada mal. El jardín es bonito, ya lo ha visto; el aire es muy bueno..., y además, como hay pensionistas que tienen que marcharse, pronto podré ocupar aquella mesa, cerca de la ventana... En fin, todo esto es provisional...

Entre frase y frase, solía quedarse con la boca abierta.

Se acercó un camarero de puños huesudos que salían de una chaqueta sucia.

—¡Aquí tenemos a Teddy! —exclamó Schoudler, con afectada bondad—. Teddy es muy amable conmigo, sí señor... Era *barman* en un trasatlántico.

El malestar de Lartois aumentaba a medida que se acumulaban las muestras de decadencia de su viejo amigo.

—De hecho, era segundo *barman* —precisó el camarero con una voz rápida e inquieta—. En el *Champollion*. Y Teddy no es mi verdadero nombre. Fue el primer *barman* quien decidió llamarme así... Sí, Marsella. Alejandría... Alejandría, Marsella, siempre igual...

—¿De veras? —dijo amablemente Lartois—. Yo viajé una vez en el *Champollion*. Es un hermoso barco.

Las mejillas afiladas del camarero se pusieron coloradas.

—¿En qué año fue, señor?

—Creo que en el 24 —dijo Lartois.

—¡Vaya!, yo todavía no había embarcado —dijo rápidamente Teddy.

Se puso a temblar mientras colocaba los platos y estuvo a punto de tirar al suelo la garrafa. Lartois apartó la mirada caritativamente de aquel pequeño mitómano que nunca se había llamado Teddy, que a

todas luces jamás había sido *barman* en el *Champollion*, o lo había sido veinticuatro horas en el muelle, el tiempo justo para que lo despidieran por su torpeza, y que vivía enmarañado en sus propias mentiras, cuya insignificancia nadie pensaba comprobar siquiera. Para Teddy Les Églantines también debía de ser el único refugio.

—Y Rousseau ¿cómo sigue? —preguntó Noël Schoudler.

Lartois no se atrevió a decirle que el antiguo presidente del Consejo vivía encogido en un sillón, que se negaba a lavarse los dientes y que durante días rechazaba cualquier clase de alimento, hasta que de repente se echaba a llorar y suplicaba: «Quiero compota, quiero compota...».

—Está mejor, se repone poco a poco —dijo Lartois.

—Me alegro; nos repondremos juntos —dijo Schoudler—. ¡Pero no sabe usted, mi querido amigo, todo lo que me han hecho! Me han arrastrado ante el juez de instrucción... Gracias a usted me dejaron en libertad, a causa de mi salud, pero ¡querían meterme en la cárcel!..., llevarme al tribunal correccional... Mi abogado, Rosenberg, ha demostrado que, jurídicamente, los fondos de los grupos constituían un depósito imperfecto, del cual sólo estaba obligado a devolver la equivalencia, y que por lo tanto la acusación de abuso de confianza no se sostenía. Y además ha demostrado que todas las maniobras políticas... ¡Si me hubieran dado un poco de tiempo...!, pero no se imagina la suma de maldad y de odio que había a mi alrededor... Un día vi llegar a mi nieto con un ojo hinchado. Le pregunté cómo se lo había hecho. «En el patio del liceo —me contestó—. Mis compañeros me han dicho que mi abuelo era un estafador, así que me he peleado...»

Con la exaltación, los movimientos del brazo derecho adquirían una amplitud creciente. El gigante se interrumpió para servirse ensalada de lentejas. Era una operación laboriosa y delicada que parecía querer realizar él solo. Lartois no se atrevió a acudir en su ayuda y llenó el silencio con palabras triviales. Schoudler consiguió servirse una cucharada, pero la segunda se le escapó de los dedos y las lentejas se esparcieron por el mantel y cayeron hasta en el fondo de los vasos.

Entonces abandonó la partida con un suspiro, dejó caer la cuchara en la ensaladera, se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda, logró contener los movimientos espasmódicos de su brazo, reducir progresivamente su amplitud, como si aquel miembro enfermo fuera un cuerpo extraño, independiente, por ejemplo un pollo al que hubiera querido impedir que se debatiese. A continuación, la mano izquierda colocó la mano derecha encima de la mesa y la sujetó hasta que la agitación se limitó a unos arañazos del índice sobre el mantel. ¡Una verdadera victoria! Pero para obtenerla, el antiguo banquero

había tenido que concentrar la atención y la voluntad con tal fuerza que la parte inferior de la cara se le había abatido. De la boca abierta de par en par, un poco crispada, salía la lengua, también progresivamente, a pequeñas sacudidas, con la punta curvada hacia arriba, y así, Noël Schoudler, con su barba de lobo de mar y la cinta de su monóculo, se parecía a esos juegos de tragabolas que antiguamente se regalaban a los niños.

De repente se dio cuenta de ello y se tragó la lengua con un movimiento tan brusco que se le cayó el monóculo. Entonces el brazo reanudó su danza frenética y todo el juego volvió a empezar; una mezcla de exasperación y de desamparo apareció en el rostro del anciano.

«Una hermosa corea senil —pensaba el profesor Lartois—. ¡Qué amplitud y qué desorden! Y lo más doloroso es que los trastornos mentales llegan con retraso en él; tal vez los lóbulos frontales no estén afectados todavía, y sólo están esclerosados los cuerpos estriados. Mentalmente, no está más desequilibrado que antes de su catástrofe... En el fondo, los cuadros anatomoclínicos nunca son completos...»

—Me lo han quitado todo, he tenido que venderlo todo —continuaba Noël Schoudler—; hasta las sortijas de mi mujer, hasta las perlas de la pechera de mi hijo, ¿lo oye usted, Lartois?, las perlas que llevaba en el pecho... Los retratos del escritorio grande y mis condecoraciones...; quería que algún día Jean-Noël se lo encontrase, al menos eso. Pues tuvo que ser Jacqueline, mi ex nuera, quien los hizo comprar bajo cuerda. La pobre pequeña también ha perdido lo suyo; las tres cuartas partes de lo que tenía, pero sin quejarse en absoluto. Ha sido muy elegante, como verdadera aristócrata que es. Hasta me mandó un poco de dinero... Se lo devolveré, centuplicado, espero.

Teddy pasaba por las mesas con un movimiento veloz y ondulante, llevando las bandejas a ras del suelo, como si atravesara un comedor de barco con gran marejada. De vez en cuando contestaba a algún cliente:

—*Yes, sir*!

—¿Se imagina, Lartois —prosiguió Schoudler—, lo que significó mi última mañana en la avenida de Messine? Ni un mueble, ni una cortina, ni siquiera una alfombra en la escalera; ni un criado, no le digo más... Me hice la maleta yo solo; recorrí cada habitación, una tras otra, toda la gran casa que mi padre había hecho construir y en la que entré por vez primera cuando tenía siete años... Usted no sabe cómo resuenan los pasos de un viejo solo en una casa vacía... Luego bajé a la cocina para ver si podía calentarme un poco de té. Me di cuenta de que en más de sesenta años de existencia no había puesto los pies en la cocina ni diez veces... Y fue allí cuando comprendí de repente que había arruinado a mis nietos.

La máscara del anciano fue sacudida de nuevo por espasmos; la mano se agitó con más violencia y aferró la cinta del monóculo, que se rompió. Por fortuna, no se quebró el vidrio, pero la lucha de Schoudler con su brazo derecho volvió a comenzar cuando quiso pasar la cinta por la montura.

—Espere; déjeme hacer a mí —acabó por decir Lartois.

—Me reclamaban ciento veintisiete millones; acabaron por recuperar ciento veintitrés —dijo Schoudler—. Los otros cuatro los debo. ¿Cree usted que por cuatro millones valía la pena hacerme tanto daño? ¿Acaso yo no habría podido encontrar esos cuatro millones...? De todas maneras me han dejado esto —agregó, señalando el botón de comendador de la Legión de Honor, tan deslucido y gastado que el metal de la montura deshilachaba la seda.

La vieja dama de enormes ojos («bocio exoftálmico, y seguramente debe de tener taquicardia», pensó Lartois), una vez hubo terminado de comer, se acercó y le dijo a Noël Schoudler:

—¿Quiere usted el periódico?

—¡Oh, gracias, condesa! —dijo Noël, medio levantándose de la silla—. ¿Quiere usted un cigarrillo?

Todos los días, los dos ancianos seguían el mismo ritual de trueque.

—No le he presentado —dijo Noël cuando se fue la condesa rusa — porque le habría tenido horas... El periódico que lee no es muy bueno, pero me interesa sobre todo por los anuncios breves. Es muy interesante, ¿sabe usted? Constituyen una especie de fresco de la actividad económica del país... Voy a reponerme muy deprisa... Todavía hay ideas aquí dentro, muchas ideas...

Se tocaba la frente con el índice izquierdo, dándose golpecitos.

—El otro día me sucedió una cosa bastante curiosa —continuó—. Leí en el periódico: «Pareja joven busca comensal agradable para almorzar». Llamé y fui. Era una comida, ¿no es cierto?, y necesito ponerme de nuevo en contacto con la gente. Me presenté: «Barón Schoudler». No pusieron ninguna cara de sorpresa; una parejita muy agradable. Buena comida. Yo soy, o eso me parece a mí, un comensal agradable. Y de repente la mujer volcó el vaso. A mí eso no me parece extraordinario; habría podido sucederme a mí. Pero el marido se puso furioso y la amenazó con el dedo: «¡Ya has vuelto a volcar el vaso! ¿Sabes lo que va a pasar?». «Sí, sí, me lo merezco», contestó la mujer lloriqueando. Se levantaron; él la sujetó por debajo del brazo, le levantó las faldas y la azotó. Y luego volvieron a sentarse como si no hubiera pasado nada. Ya ve, amigo mío, para qué me habían hecho ir. El hombre necesitaba azotar a su mujer delante de un extraño. Estará usted de acuerdo conmigo en que el mundo está lleno de desequilibrados.

Y tendió una mano vacilante hacia el periódico.

—Bueno, no… —dijo—. Tendré todo el tiempo del mundo cuando usted se vaya.

Pero Lartois sintió que el pensamiento de Schoudler estaba poderosamente atraído por el misterio de las pequeñas líneas abreviadas. Y aquella obsesión le pareció al médico más penosa que todo lo demás. Depositó en la mesa su taza de café amargo y aguado.

—Tiene que venir a verme algún día, así lo examinaré a fondo —dijo levantándose—. Ya verá; tengo muy buenos aparatos; le tomaré la presión, le haré una radioscopia.

—También me duele la pierna, a ratos —dijo tímidamente Schoudler.

—Ya veremos, ya veremos qué se puede hacer. ¡Estoy seguro de que tiene usted un corazón de muchacho! —contestó Lartois.

Ya en el umbral, su mirada chocó de nuevo con la cinta desgarrada de la condecoración que llevaba el barón. Entonces se quitó con presteza su propia lazada y la puso en manos de su amigo, diciéndole:

—Tengo varias en París, mientras que aquí no creo que los comerciantes… Cuando se alcanza nuestro grado, se hace muy difícil encontrarlas.

III

El profesor Lartois tenía la mayoría de los defectos que crecen como el liquen en los hombres cuyos dones y cuya suerte han crecido demasiado alto en el bosque de las ambiciones. Sin embargo, había conservado el sentido de la justicia y de la amistad.

Al día siguiente de su visita a Ville-d’Avray fue a ver a Simon Lachaume. Éste, desde hacía varios meses, era subsecretario de Estado de Bellas Artes en el ministerio Stenn, que pese a algunas tormentas demostraba ser más estable que los anteriores. Además, al haberse encargado de la compra de *L’Echo du Matin* para su partido, Simon también había adquirido acciones del gran periódico y volvía a ocupar allí, más que antes, un lugar predominante.

—Mi querido Lachaume —declaró Lartois con su voz un poco sibilante—, mi querido Lachaume, no tiene usted derecho a dejar a Schoudler en el estado de miseria en que lo encontré, reducido a buscar en los anuncios breves de un periódico. ¡Es monstruoso! Estoy de acuerdo en que ha cometido todas las estupideces posibles, pero eso no impide que si él no hubiera creado en otros tiempos esta casa, hoy usted no estaría aquí… y al decir usted quiero decir usted y los demás. Pues bien, yo creo que de una forma u otra esta casa debería, no digo tenderle un puente de oro, pero sí asegurarle con qué acabar su vida con relativa decencia, algo que le permita comprarse tres camisas y tomar un taxi. Schoudler ha sido un hito en la vida de París. Cuando pienso en las recepciones que daba, en el volumen de los negocios y las ideas que generaba a su alrededor, en todas las personas que, directa o indirectamente, él ha lanzado… Tal vez no sea muy hábil por mi parte lo que voy a decir —agregó—, pero no puedo dejar de acordarme, mi querido Lachaume, de que su primer artículo apareció aquí mismo y que fui yo, me parece, quien hizo que se lo encargasen.

Simon estaba demasiado bregado y demasiado seguro de sí para parecer ofenderse por tal recuerdo. Por el contrario, con las manos tendidas hacia Lartois exclamó:

—¡Claro! ¿Cómo no voy a acordarme? La muerte de Jean de La Monnerie… La frase con que lo designó para sucederlo en la Academia… ¿Sabe usted que he guardado siempre su carta del día siguiente, en la que usted me decía que me había recomendado para que escribiera aquel artículo? A usted, mi querido amigo, es a quien le debo todo lo que después me ha acontecido. ¡Sí, sí! Pero yo ignoraba,

se lo aseguro —prosiguió—, la situación exacta de Schoudler. Ha hecho bien en prevenirme; estudiaré enseguida qué se puede hacer… ¡A propósito, mi querido e ilustre amigo! —continuó Simon mientras acompañaba al académico—; me han dicho que pronto le concederán la placa de gran oficial… ¡Oh!, todavía no hay nada seguro, pero, en fin, no sé; tal vez para la promoción del 14 de julio…

Y Lartois, que había llegado pensando: «Este Lachaume es un verdadero cabrón, ¡la de cosas que voy a decirle!», salió diciéndose: «En el fondo, ¡no es un mal tipo!».

En el siguiente consejo de dirección de *L'Echo*, Simon no dejó de exponer la situación de Schoudler y de expresar el deseo de que se le pusiera remedio, como si la idea naciese de él. Todo el mundo quedó conmovido por aquella generosidad.

De ahí salió una carta por medio de la cual *L'Echo du Matin* ofrecía a Noël Schoudler una suma mensual de nueve mil francos (casi un sueldo de jefe de redacción), a título de consejero técnico para la página bursátil. Se le comunicó que se recibirían con el mayor interés las sugerencias y críticas que quisiera hacer, pero que no estaba obligado a hacer acto de presencia en la redacción.

Simon llevó la delicadeza hasta el extremo de no firmar él mismo la carta. No se podía hacer la caridad de manera más cortés, ni tampoco darle a entender a Schoudler que no tenían ningún interés en que pusiera los pies en el periódico.

Aquella carta fue para el banquero destronado el inicio de los Cien Días. Hizo su equipaje de inmediato, tomó un coche desde Ville-d'Avray hasta la plaza de la Concordia, ordenó al portero del hotel Crillon que pagara al chófer y, sacando la lengua espasmódicamente frente al jefe de la recepción, pidió un apartamento en el mejor piso.

«¡Estos chicos! ¡Estos chicos! —repetía—. Estaba seguro. No consiguen hacer el periódico sin mí. Dentro de seis semanas habré tomado las riendas otra vez».

Al cabo de poco empezó a dar una serie de almuerzos y cenas, «para retomar los contactos». Invitó al buen tuntún a antiguos amigos, antiguos enemigos, parlamentarios derrotados, ministros sin cartera desde hacía diez años, perfectos inútiles que había conocido la víspera o buscadores de oro en préstamos por semana. No podía oír hablar de un negocio o de un proyecto de negocio sin decir: «Venga a verme, venga a verme. Lo examinaremos. Contaré con grandes medios». Durante cierto tiempo fue el patriarca de una extraña sociedad de fracasados, de amargados y de desilusionados, de seres que antaño habían tenido suerte o de otros que no la habían tenido nunca, pero que sesenta años después, aún se creían bien encaminados.

Schoudler llevaba siempre su capa de fiesta, cojeaba un poco y, en el vestíbulo del hotel, asustaba a la clientela con sus espantosas

muecas.

Todos los días iba a *L'Echo* a arrastrar su barba de pescador sobre las mesas de los redactores; sin darse cuenta, tiraba al suelo las plumas y los tinteros, y bajaba a llevar el desorden hasta a las platinas. Primero con el pretexto de coger una hoja de papel, luego sentándose de lado, solapadamente, al borde de una mesa, y al final instalándose a sus anchas en el sillón, había vuelto a tomar posesión de su despacho, y Simon, cuando iba, no sabía cómo desalojarlo.

Al cabo de un mes, las cuentas de gastos de Noël Schoudler se elevaban a más de cien mil francos. Entonces se le rogó con mucha firmeza que volviese a tomar el camino de Ville-d'Avray, prometiéndole que el periódico pagaría la cuenta simplemente de la pensión.

—¡Entonces es la residencia obligatoria, es el destierro! —exclamó Schoudler.

Simon bajó los ojos y se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

IV

Los bosques olían a violetas. Los hidalgos de nariz larga, cuyo placer no podía cosecharse sino con mal tiempo, se habían batido en retirada ante el perfume de las flores y la tibieza del aire. Los perros estaban en las perreras, los cazadores en sus castillos. El bosque, tras la marcha de las casacas color junquillo, había sido devuelto por algunos meses al silencio vegetal, al empuje de la savia y al crecimiento de las plantas.

El marqués de La Monnerie, sorprendido de vivir aún aquel año —«la muerte me obliga a hacer antecámara», contestaba cuando le preguntaban por su salud—, había abandonado su ritmo de invierno y sus largas horas de somnolencia junto a la chimenea de los hipogrifos, para adoptar el ritmo estival.

Cada atardecer, si la temperatura se lo permitía, el ciego, tras cenar muy temprano algún lácteo, hacía colocar su sillón frente a la fachada medieval de Mauglaives, en la especie de terraza natural que dominaba la aldea.

Allí, con una manta sobre las rodillas y su corona de pelo blanco apoyada en el respaldo, el marqués escuchaba durante dos horas los rumores del pueblo y del campo. Regresaban las últimas carretas, tintineaban las cadenas al flanco de los caballos desenganchados, la sierra del marmolista se paraba. Luego el herrero discutía con su mujer, oía el llanto de niños zarandeados, el ruido de cucharas en los tazones y el chapoteo del agua de lavar los platos al ser lanzada de los calderos al suelo de los corrales. Luego el aire se hacía más fresco, más sutil, y las voces más perceptibles en la paz del mundo.

El alto talud de Mauglaives, parecido a la cantera de Siracusa, llevaba el murmullo de las familias sentadas en el umbral de sus casuchas hasta los oídos del viejo señor, sentado allí arriba, ante la puerta de su fortaleza. A través de aquellas voces que subían en el atardecer, Urbain de la Monnerie se enteraba de muchas cosas de la vida de la aldea, de las bodas, las enfermedades, los adulterios y los nacimientos; sabía lo que el cura le había dicho a la mujer de Grangeaume y si el trigo granaría, y a cuánto se vendería la semilla de heno; también oía que sus campesinos hablaban de él, de Jacqueline y de Gabriel, de los criados… Por otra parte, nada de todo aquello tenía para él mucha importancia; no era más que una distracción que podía repetirse indefinidamente, porque cada mañana había olvidado lo que había oído la noche anterior.

Y como con mayor frecuencia cada vez aquellos ruidos y aquellas voces no formaban más que un rumor atenuado y pastoso en que no conseguía aislar palabras ni sonidos precisos, el marqués se preguntaba si después de la vista no le sería arrebatado el oído. Se sentía morir por pedazos a medida que sus sentidos y sus facultades desaparecían. Pérdida de la memoria, grandes lagunas en la capacidad de razonamiento, ceguera, mañana tal vez sordera, cualquier día parálisis de los miembros...

«Yo me pregunto —pensaba entonces— qué nos queda para que nos reconozcamos allá arriba los unos a los otros... En fin, seguramente Dios debe de darnos algo, otro medio...» Aquellos días se contentaba con respirar, con saborear el aire con que se llenaba la nariz, los viejos pulmones, las arterias estrechadas y endurecidas; y aquello bastaba para proporcionarle una satisfacción. La conciencia de ser constituía la única dicha que le quedaba al marqués. Como tenía el alma bien formada, en lugar de amargarse por aquella extrema limitación, disfrutaba, por el contrario, de sus últimos recursos.

Un atardecer, mientras se hallaba en aquel estado de somnolencia atenta y a la vez de vaga meditación, oyó que por la terraza se acercaban unos pasos que no pertenecían a ninguno de los sirvientes. Era el comandante Gilon, que llegaba sin aliento.

—Mi querido amigo, vengo a traerle una noticia no muy alegre —le dijo el antiguo dragón.

—¡Vaya! ¿Qué sucede? —preguntó el marqués.

—Pues..., nuestra excelente amiga, la señora de Bondumont...

Gilon había usado aquel «nuestra» como signo tanto de discreción como de complicidad.

—Odile, sí —dijo el marqués—. De hecho, hace bastante tiempo que no la veo. ¿Cuándo vino por última vez? Ya no me acuerdo.

—Está muy enferma —dijo Gilon.

—¡Ah!... ¿Qué tiene?...

—El corazón... En fin, un poco de todo.

El marqués tosió.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—No, mi querido amigo, no; se lo diría; se lo aseguro —contestó Gilon, que hizo una pausa y agregó—: No..., todavía no.

Luego esperó inquieto la reacción del anciano, pero éste permaneció impasible.

—Tal vez sea cuestión de horas. Creo que debería usted ir a verla —prosiguió Gilon.

«En el fondo, es espantoso imponer semejante fatiga a este anciano —pensaba—. Además, ahora no siente ninguna emoción, pero tal vez allí, la conmoción...»

Una vez más el destino llevaba a Gilon a mezclarse en los asuntos

ajenos y a servir de mensajero de cuestiones delicadas, en que su torpe diplomacia se enredaba.

—Sí, sí…, tiene usted razón; es preciso que vaya —dijo el marqués —. Bueno, voy a pedir que me lleven.

—De ninguna manera; ya le llevaré yo, tengo aquí mi coche. Irá usted más cómodo y llegaremos antes.

—¡Ah, es cierto! Usted tiene un automóvil.

El anciano sacudió la campanilla de bronce con mango de madera colocada a su lado, sobre la hierba. Sonó como un pequeño toque de agonía que descendió hacia los tejados de la aldea, y los campesinos dijeron:

—¡Caramba! El señor marqués llama a Florent antes que de costumbre. ¿No se encuentra bien, o será por el comandante, que acaba de llegar?

Florent se acercó por la terraza, con el pecho desbocado y los pies arañando el suelo.

—¡Florent, mis cosas! —pidió el marqués—. Tengo que ir a Joinvry.

El viejo ayuda de cámara volvió a entrar en el castillo a toda prisa.

«A ver, a ver —pensaba Gilon, que sólo había cumplido una parte, la menos delicada, de su misión—, ¿se lo digo ahora mismo o espero a que estemos en camino? Si se lo digo ahora tal vez se irrite, o quiera tiempo para reflexionar. Si no se lo digo hasta que estemos en el coche, le parecerá una encerrona… ¿Por qué me habré metido en esta historia? En el fondo, a Dios le importa tres cominos. Debería haber traído al cura; eso es lo que tenía que haber hecho. Siempre se me ocurren las cosas demasiado tarde… No, no tengo derecho; tengo que decírselo ahora».

Hizo chasquear la lengua contra la encía, en el vacío de su dentadura, para darse valor.

—Nuestra amiga va a recibir los últimos sacramentos —dijo Gilon.

—¡Ah, sí; es preciso! —contestó el marqués.

—Ella quisiera… No se ofenda por lo que voy a decirle; no hago más que transmitirle su deseo —prosiguió Gilon, tartamudeando un poco—. Puedo ser franco, ¿verdad? Entre usted y ella existió, por lo que tengo entendido…

—¿Qué? ¿Qué quiere usted decir? ¿Que ella ha sido mi amante? —dijo el marqués, un poco impaciente—. Pues sí, ya lo sabe. Son cosas que no pueden ocultarse eternamente. Lo importante no es que la gente lo sepa, es que no hable demasiado.

—Pues bien, su amiga desearía recibir al mismo tiempo otro sacramento, para el cual es preciso que usted esté allí, a fin de

presentarse ante Dios sin pecado —continuó Gilon—. En fin, para hablar con claridad: quisiera morir casada con usted. Eso es.

—¡Ah! —dijo sencillamente el marqués.

En aquel momento Florent volvía con los brazos cargados. Ayudó a su amo a ponerse el abrigo, le anudó una bufanda de lana al cuello y le puso unos guantes tejidos, como si al cruzar los muros de Mauglaives se pasase bruscamente de la primavera a diciembre.

El ciego fue conducido al automóvil e instalado con muchas precauciones, con el bastón entre las rodillas.

«Además, el colmo de la mala suerte —pensaba Gilon mientras arrancaba— es que todo esto tiene que pasar justamente cuando Jacqueline y Gabriel están en París... Podría intentar llamarles, pero tardaría horas, y tal vez no estén en casa. Aunque tampoco serviría para nada. Conozco a Jacqueline y con lo santurrona que es, opinará que hemos hecho bien. A ver si por lo menos llegamos a tiempo».

La carretera de Joinvry estaba sembrada de montículos y de baches. Gilon conducía tan deprisa como podía, evitando, no obstante, sacudidas demasiado fuertes, y de vez en cuando lanzaba una mirada a aquel novio de ochenta y siete años, cuya futura esposa tal vez estuviese muerta a su llegada.

Lo imprevisto, el aire nocturno y el ronquido del motor parecían haber rejuvenecido al marqués. Recordó que Gilon ya le había llevado en automóvil tiempo atrás, para ir a las exequias de su hermano el general en la iglesia de Les Invalides.

—Estaba convencido de que no volvería a tener ocasión de salir de Mauglaives —dijo de pronto.

Qué universo el de los ancianos, reducido primero a un parque o a un jardín, luego tan sólo a un rincón de jardín, a continuación a un umbral, luego a una habitación aislada por una escalera que ya no pueden bajar. Inexorablemente, la muerte los empuja hasta que no ocupan más que una superficie limitada a las dimensiones estrictas del sepulcro.

Urbain de La Monnerie saboreaba aquella salida imprevista que interrumpía la monotonía del inexorable retroceso. No es que no fuera consciente de la finalidad del paseo. Iba a ver a Odile para «regularizar» su situación, en cierto modo. No había contestado ni sí ni no a Gilon; no tanto por prudencia, sino tan sólo por indeterminación, por una especie de carencia de la voluntad. La idea de aquel matrimonio *in extremis*, de aquel acto a la vez grave y puramente teórico, de aquel compromiso que sólo se aplicaba a hechos consumados, no despertaba en él más que resonancias en las cuerdas distendidas del recuerdo. De ahí que se dejara conducir por las circunstancias y la voluntad de otro.

Había tenido una esposa, Mathilde, cuya hermosa cabellera negra

y cuyo rostro pálido evocaba a menudo. Le parecía la mujer más bella de Francia después de la emperatriz. Desgraciadamente, tenía las caderas demasiado estrechas. Su hijo también había muerto. Urbain ya no se acordaba de dónde estaba el retrato de Mathilde en Mauglaives.

¿Por qué no se había casado con Odile, cuando ésta también había enviudado, hacía más de veinte años? Por temor al ridículo, en primer lugar; pues tenían la edad en que se suelen celebrar las bodas de oro; y también por cuestión de conveniencias, de principios y de costumbres. Odile era burguesa de nacimiento, igual que su difunto esposo Bondumont, por otra parte, por mucho que hubiera añadido la partícula «de» a su apellido en tiempos de Luis Felipe. La única vez que Odile había planteado el tema del matrimonio él la había interrumpido tajantemente:

—Demasiadas razones se oponen a ello.

Durante veinte años Odile no había vuelto a hablar de ello.

Gilon dio un brusco frenazo y, en el mismo instante, el marqués, en el fondo de su noche, tuvo la impresión de distinguir una lucecita amarilla. «¡Caramba, he visto algo!», pensó.

—¡Maldita sea, se nos ha echado encima en pleno faro! —exclamó Gilon.

El otro coche pasó con un ruido de hierro viejo.

El marqués estaba verdaderamente contento de su paseo; hacía mucho tiempo que sus sentidos y su espíritu no habían estado tan activos.

V

Poco antes de llegar a Joinvry, Urbain de La Monnerie hizo un esfuerzo para representarse una gran casa baja y alargada, cubierta con un gran tejado a lo Mansart. Pero sólo recordaba la casa cubierta por la tupida enredadera rojiza en otoño, mientras que en aquel momento el follaje que envolvía las paredes reverdecía.

Había que subir tres escalones para entrar en la casa, y bajar otro para llegar a la habitación de la izquierda.

—Soy el padre Prochet —dijo alguien que hacía crujir bajo sus pesados zapatos el fatigado entarimado.

—¡Ah! Buenas noches, señor cura —contestó el ciego, tendiéndole dos dedos por encima del cayado de su bastón.

El cura se precipitó sobre aquellos dos dedos y los estrechó prudentemente, inclinándose, como si fuera a besar el anillo del obispo.

—Permita, señor marqués, que un hombre de iglesia —dijo— le felicite respetuosamente por lo que va a hacer. Está muy bien, muy bien…, para el reposo de su alma, y también para el suyo, señor marqués.

Otro paso hizo crujir las lamas del parqué.

—Aquí está el señor alcalde —dijo el cura.

—¡Vaya! Ya veo que estaba todo preparado —dijo el marqués.

Había que subir un escalón para llegar al dormitorio. «No hay nada como estas casas de planta baja para tropezarse con escalones por todas partes», pensó Urbain de La Monnerie, repitiendo una observación que había hecho veinte veces.

—Buenas noches, Odile —dijo con voz que pretendía ser serena —. ¿Así que no andamos muy bien?

Nadie le contestó.

—Bueno —siguió él más alto y un poco impaciente—; ¿por qué no contesta?

El imperceptible roce de una mano contra una sábana sólo acentuó todavía más el silencio.

El marqués no podía ver la mirada cargada de gratitud, de admiración y de amor que le dirigía la anciana agónica. Su rostro era tan enjuto, tan gris y estaba tan estriado de arrugas verticales que parecía un pergamino.

Gilon agarró suavemente al marqués por la manga y lo arrastró hacia la habitación contigua.

—Ya no puede hablar —le explicó Gilon cuando estuvieron al otro lado de la puerta—. Sus últimas palabras fueron para pedir esta unión. Ni siquiera sabemos muy bien si aún oye.

El cura se acercó.

—Como testigo tenemos al comandante, ¿verdad? —dijo—. Se me ocurre que además podríamos pedirle a la criada de la señora de Bondumont que firme...

—¡Ni hablar! —dijo Urbain de La Monnerie—. Si me hubieran avisado, habría traído a mi ayuda de cámara o a mi montero, pero no quiero saber nada de una criada a quien no conozco.

Se dieron cuenta de que en eso el anciano sería irreductible.

—Bueno —sugirió el cura—; el señor alcalde podría firmar en el registro de la parroquia y yo en el de la alcaldía.

—No sé si es del todo legal —contestó el alcalde—, pero..., ¿por qué no? La cuestión es que nunca nadie pueda reprocharnos nada, y yo no lo veo tan claro...

Se miraron perplejos.

—Pues ¡que vayan a buscar a Melchior de Doué-Douchy! —exclamó el marqués—. Vive aquí al lado y me hará este favor.

—¡Caramba, qué buena idea! —dijo Gilon—. Voy en un santiamén. Vamos, quédese al lado de ella mientras tanto; volveré cuanto antes.

Ayudó al marqués a subir otra vez el escalón del dormitorio. El cura acercó un sillón a la cama. Luego, cuando el anciano estuvo sentado y se hubo quitado la bufanda de lana que le hacía subir la sangre a la cabeza, Gilon le tomó la mano y la posó sobre la sábana. Entonces el ciego sintió en su palma seca y ajada la mano de la moribunda, una mano minúscula, fría, apretada, que parecía un pajarito desplumado.

Los viejos amantes, que ya no podían mirarse ni decirse nada, permanecieron así, inmóviles, durante largos minutos. De repente la cama se sacudió, como si la vieja dama hubiera estallado en risas o en sollozos. Era sólo su cuerpo que, al recuperar un poco de fuerza al contacto con la mano amada, se echaba de nuevo a temblar de la cabeza a los pies.

El cura y el alcalde, sentados el uno junto al otro frente a una mesa, ambos gordos e inclinados sobre los registros, farfullando mientras deslizaban la pluma, parecían enormes colegiales que hubieran repetido curso indefinidamente.

—«El 6 de junio de 1930, a las 22 horas, han comparecido ante nosotros...» Perdone, señor marqués, ¿cuáles son sus nombres de pila? —preguntó el alcalde.

—Urbain, Antoine, Jacques... Espere, tenía otro.

—¡Oh, no importa! Está bien así. ¿Y el apellido de soltera de la

señora de Bondumont?

El marqués inspiró profundamente.

—Moulinier —contestó de mal humor.

—¿Sabe usted la fecha de su nacimiento?

—Dejemos esa parte en blanco; ya la completaremos mañana —cuchicheó el cura, consciente de que aquel interrogatorio irritaba al marqués y amenazaba con echarlo todo a perder.

—Sí, pero no es muy legal —repitió el alcalde.

—En el fondo —murmuró el marqués, sin dirigirse a nadie en particular—, uno sólo pertenece a la clase de la que es digno.

En aquel momento se oyó el automóvil de Gilon, que volvía; se abrieron las puertas, dando paso al vizconde de Doué-Douchy, calzado con los viejos escarpines que se ponía por la noche para cenar solo en su castillo.

—¡Ah!, eres tú, Melchior; te hemos molestado —dijo el marqués.

—No tiene ninguna importancia —contestó el antiguo representante del difunto pretendiente al trono.

La presencia del majestuoso obeso, de carnosas mejillas bamboleantes y perilla amarillenta, confería relieve o precisión a todos los detalles del dormitorio, al pequeño dosel polvoriento que cubría el lecho de la moribunda, a la débil luz que desprendían las pantallas, a los estampados de las telas de Jouy estropeadas por la humedad.

Las formalidades civiles fueron despachadas en unos instantes.

—Doy por leídos los artículos —dijo el alcalde—. Os declaro unidos ante la ley.

—Firmarán los dos registros a la vez —le sopló el sacerdote, que sentía la necesidad de apresurarse, porque el aliento de la moribunda había tomado un ritmo inquietante y sobre su rostro pasaban sombras lejanas.

El sacerdote abrevió todo lo que pudo las oraciones. Volviéndose hacia el marqués, preguntó:

—¿Toma usted a Odile, aquí presente, como su legítima esposa, según el rito de nuestra Santa Madre Iglesia?

—Sí, la tomo —declaró firmemente el marqués.

—¿Toma usted a Urbain, aquí presente...?

La vieja dama ya casi no percibía los sonidos, pero seguía con detalle todo lo que sucedía. Expresó su consentimiento con un vago carraspeo y un signo agotado con los párpados.

—*Ego conjugo vos in matrimonium*...

Con un esfuerzo trémulo, la vieja dama alzó hasta su boca la mano del marqués y la mantuvo contra sus delgados y arrugados labios, saboreando al fin la consumación de un sueño que había guiado su vida durante veinte años.

Hubo que separar sus manos —la de ella parecía una rama muerta y la de él, un pájaro helado— para guiarlas sobre los dos registros y hacerles describir los trazos extraños que no se asemejaban en absoluto a sus firmas de antaño.

El marqués estaba fatigado; su cráneo de alto copete oscilaba. Entretanto, el cura administraba la extremaunción a la vieja dama, sirviéndose de seis algodoncitos preparados en una bandeja. Urbain se quedó dormido. Ella también.

Al despertarlo, Gilon no le dijo que Odile estaba muerta. Urbain no preguntó nada; dejó que le volvieran a poner la bufanda de lana alrededor del cuello y que lo condujeran al automóvil.

A la mañana siguiente se despertó más tarde que de costumbre. Dos días después, había olvidado por completo aquel matrimonio y nunca volvió a hablar de él.

VI

La relación entre Marthe Bonnefoy y Simon Lachaume se había enfriado bastante, aunque no se había extinguido del todo. Marthe nunca rompía con sus amantes. Simplemente, desde que Simon era subsecretario de Estado, su fotografía estaba colocada encima de la chimenea. Y cuando de uvas a peras Simon se quedaba una noche, o más bien media noche, en el apartamento del Quai Malaquais, en realidad estaba estrechando su propio pasado, un pasado que aún palpitaba.

En plena cuarentena, a Simon le atormentaba la doble necesidad de encontrar un gran amor, por una parte, y de poseer al mayor número posible de mujeres, por otra. La cuadratura del círculo, en suma, cuya resolución no le allanaba, como podría parecer, el hecho de ocupar un elevado cargo público.

Durante aquella época incierta de su vida sentimental, Simon solía recurrir a Sylvaine, a la que para sus adentros llamaba «la suplente».

Al día siguiente de su salida poco gloriosa de la calle de Nápoles en compañía de Wilner, Simon había mandado flores a la actriz y luego la había invitado a cenar la noche que libraba, dos semanas después, y al cabo de poco a comer, en un discreto restaurante entre el ministerio y el Palais-Bourbon. A partir de entonces surgió la costumbre.

Siempre que Simon preveía que a lo largo de la semana tendría algún momento de libertad —con la angustia, al mismo tiempo, de que no se transformase en un momento de soledad—, llamaba a Sylvaine. Ella solía estar disponible, o se las arreglaba para estarlo.

Sus relaciones estaban impregnadas de un cinismo sonriente. Las condiciones en que se habían conocido tiempo atrás y en que se habían vuelto a encontrar no podían inspirarles una gran estima al uno por el otro, pero la situación de ambos en París los halagaba. Entre ellos había mucha complicidad; en lugar de engañarse acerca de sus respectivos pasados, hablaban de ello con franqueza. Y, sobre todo, se entendían bien en los juegos del cuerpo, en que ella aportaba fogosidad, ciencia y una falta absoluta de pudor, y él, una refinada robustez. Eran conscientes de todo ello y no vacilaban en decírselo. Se consideraban buenos camaradas, camaradas completos. Se tuteaban. De hecho, eran dos seres de la misma naturaleza y de la misma fuerza, y cada uno de ellos, inconscientemente, trataba de evitar que el otro

se le impusiera.

Un día de mediados de junio Simon Lachaume se encontró con Isabelle Meignerais, la sobrina de la señora de La Monnerie, una de sus primeras amantes parisinas. Isabelle, con las carnes flácidas, ojerosa, el pelo negro que ya le clareaba y la mirada vaga, seguía igual de agitada e indecisa.

—¿Y en qué anda usted en este momento? —preguntó Simon de la misma manera maquinal con que se habría dirigido a un pintor, a un periodista o a un funcionario.

—No lo sé —contestó ella—. Tal vez viaje. A menos que en la próxima temporada vaya a cazar con Jacqueline.

Mientras hablaba se quitaba y se ponía las gafas de montura de carey, como si en su indecisión enfermiza no supiera si quería ver con claridad o prefería no ver...

—En el fondo, lo que desearía —prosiguió— es adoptar a un niño. Cada vez le doy más vueltas. Ahora que tengo la edad legal para hacerlo...

«Ni que lo diga...», pensó Simon.

—Pero ¿a quién puedo dirigirme? Desconfío de las instituciones especializadas. Me darán el hijo de quién sabe quién... Ay, Simon, a veces lamento... —agregó Isabelle sacándose las gafas y alzando sus ojos tristes hacia él—. En fin, no volvamos a hablar de eso; es inútil, ya que usted, seguramente, nunca piensa en ello.

Simon reflexionaba.

—Espere, querida —dijo—; se me ha ocurrido una cosa.

Acababa de pensar en la hija, o más bien en la falsa hija de Sylvaine, en la chiquilla que quedaba de la aventura de los «mellizos-blancos». Sylvaine mantenía a la criatura, de la que, según el registro civil, era madre, pero no se ocupaba de ella en absoluto. Consideraba que había cumplido con creces con su deber internando a la niña desde los cuatro años en un convento de dominicas.

—¡Ya me gustaría a mí poder decir que he sido educada en las dominicas! —declaraba Sylvaine.

Simon pensaba, además, que sería irónico hacer entrar en el círculo de la familia La Monnerie a aquel producto imputado a Maublanc y que había sido la causa de tantos dramas. «¡Qué revancha del destino!», se decía.

Isabel se acordaba vagamente de la historia, pero Simon no insistió demasiado en los detalles. La alusión a las dominicas tuvo un efecto tranquilizador.

—¿Y usted ha visto a esa niña? —preguntó Isabelle.

—Sí, una vez. Parece muy agradable. Sería una buena obra, estoy seguro. Una actriz, como puede imaginar, no tiene tiempo para ocuparse de ella. La verdadera madre, que además ha desaparecido...

se ha casado en provincias, creo…, es de muy baja condición, pero el padre, por lo que me han dicho, pertenecía a una muy buena familia…

Al día siguiente, Simon le contó su idea a Sylvaine.

—¡Perfecto! ¡Sería perfecto! —contestó ella.

Durante toda la semana, no había día sin que Simon no recibiera una llamada de Isabelle. Quería más detalles, especialmente una fotografía de la niña.

—¿Está usted seguro de que no hay ningún riesgo de que los verdaderos padres la reclamen algún día? ¿Sabe?, es una responsabilidad tan grande…

Simon empezaba a arrepentirse de su iniciativa cuando por fin, una mañana, Isabelle, bruscamente impaciente, declaró que estaba decidida a adoptar a la niña y pidió que se la llevaran lo antes posible.

VII

Al domingo siguiente, Simon se presentó en el apartamento que Isabelle, a fuerza de decir: «Me voy a mudar… este apartamento es demasiado grande para una mujer sola… quisiera mudarme pero no encuentro nada que me guste…», había conservado sin ninguna modificación desde la muerte de su marido, Olivier Meignerais.

Simon iba acompañado de una niñita de siete años, de gran frente convexa y mate, de ojos negros, brillantes y ardientes, de facciones muy delicadas y el pelo castaño, rizado alrededor del rostro, que le caía en bucles hasta la cintura.

—Ésta es Lucienne —dijo Simon.

Detrás de ellos, un chófer del ministerio llevaba una minúscula maleta roja.

La niñita no sonreía. Su mirada tenía una intensidad dolorosa y un tanto desafiante. Se intuía que estaba habituada a callarse, a observar y a seguir callada. Estaba pendiente de no mancharse el vestido blanco, y mostraba una contención excesiva, casi inquietante.

—Estaba escrito, Simon, que sería usted quien me trajese mi hijo, de una manera u otra —dijo Isabelle con emoción—. Es muy bonita; tal vez un poco huraña, pero debe de ser adorable.

Cuando Simon se hubo marchado, Isabelle se sentó en un sillón, llamó a la niña y le dijo:

—Bueno; ahora tu mamá soy yo.

—Bien, señora —dijo la pequeña Lucienne.

—Entonces, me llamarás «mamá».

—Sí, señora.

Isabelle no insistió. Se sentía incómoda, desamparada como si estuviera delante de un ser de otra especie. Los ojos de la niña tenían el mismo brillo triste y misterioso que tienen a veces los ojos de los perritos destetados detrás de los barrotes de las perreras.

Isabelle miró maquinalmente las palmas de la mano de la niña, interrogó los signos ya ligeramente grabados sobre aquella dermis sedosa, pero Isabelle no sabía leer las manos más allá de lo que le habían enseñado algunos hombres que le hacían la corte; es decir, que no sabía nada.

—Anda, puedes hacer lo que tú quieras —dijo Isabelle.

Lucienne recorrió lentamente el apartamento, lo miró todo y no tocó nada. A veces, una especie de maravilla le iluminaba el rostro cuando levantaba la cabeza hacia una lámpara de cristal o cuando

miraba los objetos de marfil de encima de la chimenea, o los libros encuadernados. La niña parecía llena de preguntas que no se atrevía a formular.

Isabelle ordenó que le preparasen la cama en un diván, en un cuartito contiguo a su dormitorio. Durante tres días seguidos, Isabelle rechazó todas las invitaciones para poder comer en compañía de la niña. La llevó al parque Monceau, le compró un enorme oso de peluche. Varias veces apareció una sonrisa en los rasgos de Lucienne, dilatando ligeramente sus finas narinas, dulcificando su grave mirada.

Y la noche del tercer día, cuando Isabelle acababa de arroparla en su diván, Lucienne le echó los brazos al cuello y le dijo al oído:

—¡Buenas noches, mamá! ¿Sabe? Yo les decía «madre» a las hermanas, pero nunca le dije «mamá» a nadie; no sabía lo que era...

Entonces Isabelle volvió la cabeza y se fue a su habitación a llorar de alegría. Fantaseaba con su vejez al lado de una muchacha alegre, y luego de una mujer joven que le diría «mamá», siempre, con aquella maravillosa dulzura.

Pero al día siguiente Isabelle tuvo que salir a cenar. La dejó con la doncella, pero cuando le dio a la niña una serie de recomendaciones, leyó en sus ojos un mudo reproche, una mezcla de dureza y de angustia que le resultó dolorosa.

Al día siguiente, tomando el té, Isabelle se encontró al comandante Gilon.

—Mi querida Isabelle, ¿qué hará usted en las vacaciones? —le preguntó él—. Yo iré a Biarritz con un grupo de amigos. ¡Venga con nosotros!

Entonces Isabelle comenzó a sentirse perpleja. No, por supuesto, jamás tendría ninguna aventura con el bueno de Gilon, pero por aquel entonces él le hacía una corte discreta que la divertía, la ocupaba y la halagaba. Y además, ¿quién sabe? Tal vez en Biarritz encontraría al hombre que... Pero no podía ir a Biarritz con Lucienne, a no ser que contratara una institutriz, cosa que no se podía permitir; o, de lo contrario, no estaría libre. ¿Y si conocía a un hombre a quien no le gustaban los niños?

El temor a perder aquella libertad inútil, ilusoria, que desde hacía diez años no le servía para nada, le dio pánico. La niña que iba a adoptar señalaba el fin de la esperanza, la renuncia, la entrada en el universo de las mujeres maduras.

Durante los días siguientes, Isabelle se puso, se quitó y se volvió a poner mil veces las gafas de carey, y se debatió entre dos pensamientos contradictorios. Y cuando llegó el domingo, telefoneó a Simon.

—Decididamente, ¡no! —dijo—; no la adopto. ¡No puedo!

Entonces Simon, bastante furioso, volvió a buscar la maleta roja y

la niñita del vestido blanco.

—Cuando uno es tan abúlico como usted, mi querida amiga, debe mostrarse más circunspecto —le hizo observar Simon a Isabelle—. Además, debería evitar utilizar tan a menudo la palabra «decididamente».

—Sí, lo sé; ya me doy cuenta. Ya veo que nunca seré feliz.

Porque Isabelle sólo se compadecía de sí misma.

—Hasta pronto, mamá —dijo Lucienne.

—No, querida, ya no debes llamarme así; tienes que olvidarte de todo esto —dijo Isabelle, empujándola rápidamente hacia la puerta.

El rostro de la niña se encogió, se crispó, y en sus pupilas redondas y oscuras apareció un brillo húmedo. Le dio la mano al personaje de traje gris, que representaba el destino. Llevaba su oso de peluche debajo del otro brazo.

En la escalera, Simon se sintió más conmovido y más culpable que ante el derrumbamiento de Rousseau, la ruina de Schoudler e incluso la muerte de su propia madre.

En la calle, Lucienne tiró el oso de felpa a un arroyo.

—Será para un niño pobre.

No lloró.

Simon se la llevó a Sylvaine, que la volvió a llevar a las dominicas.

Y la relación entre Sylvaine y Simon siguió como de costumbre.

VIII

Gran parte de la fortuna de Jacqueline y todas las posesiones que algún día debían ir a parar a sus hijos habían sido devoradas por el crac Schoudler.

Jacqueline temía que aquella media ruina tuviese dolorosas repercusiones en su matrimonio, pero no fue así. Por el contrario, Gabriel se mostró más amable, más atento, más natural, y los meses que siguieron al crac fueron, a todas luces, los más felices de su unión.

Cuando el amor sólo se basa en los celos, no se satisface más que con victorias de orgullo. De ahí que todo lo que empequeñeciera el nombre de Schoudler y ensombreciera el fulgor del recuerdo de François —e incluso lo apagara, como deseaba Gabriel—, era acogido por el ex espahí con regocijo. Ante el derrumbamiento de la avenida de Messine, Gabriel crecía a sus propios ojos. Se daba la paradoja de que habiéndose casado con Jacqueline por su dinero, se alegraba de que se hubiera arruinado en gran medida. Así ya no vivía de la fortuna del muerto.

Tuvo la delicadeza de no manifestar su íntima alegría, más que bajo la apariencia de una serena comprensión. «¿Acaso no estamos unidos para lo mejor y para lo peor?», parecía decirle a Jacqueline. Y tanta grandeza de carácter no dejaba de conmoverla.

Desamparada ante las complicaciones judiciales, ahogada en el papeleo, Jacqueline había terminado por delegar del todo en su marido las tareas administrativas.

—¡Ojalá estuviera aquí la pobre Polant...! —exclamaba a veces—. ¡Ella, que estaba al corriente de todo y que tenía tan buena memoria, nos ayudaría mucho!

Pero la vieja secretaria de los La Monnerie y de los Schoudler, que aparecía siempre en épocas de catástrofes y sabía redactar las participaciones de defunción y asear a los difuntos, había muerto cuatro años antes de un absceso en el hígado.

Por vez primera desde que había abandonado el ejército, Gabriel estaba verdaderamente ocupado. Su trabajo consistía, ante todo, en ir a visitar al abogado, al agente de cambio y al nuevo banquero a quien Jacqueline había confiado sus intereses, a fin de que le explicaran las cosas que ignoraba por completo para poder repetírselas luego a su esposa con gran aplomo, como si se tratara de decisiones propias.

Durante todo ese período la pareja vivió casi constantemente en París, en la calle de Lübeck. A raíz de los acontecimientos, Gabriel

había adquirido más consideración por parte de la señora de La Monnerie.

—¿Sabe?, mi querido Gabriel —le confesó ésta un día—; yo no era muy partidaria del primer matrimonio de Jacqueline. Y no me equivocaba. Esas familias de banqueros siempre terminan mal.

Desde entonces, Gabriel empezó a sentir cierto afecto por la anciana dama y se mostró más inclinado a considerar sus opiniones.

Los De Voos estaban lejos de sufrir estrecheces. Las herencias del tío general y del tío diplomático, constituidas en su mayoría por valores nominales, habían podido ser recuperadas íntegramente. Era poca cosa, es cierto, en comparación con los inmensos bienes perdidos y dada la espantosa baja general de las cotizaciones, pero en un banco de Londres poseían un cofre lleno de oro que no había sido tocado; sin duda, se trataba de un olvido del barón Noël.

Por otra parte, Jacqueline contaba con la inmensa fortuna en tierras de su tío Urbain, que estaba llamada a heredar en breve, y con las rentas de las cuales ya vivía agradablemente seis meses al año. Aunque el administrador y el notario repitiesen de vez en cuando: «Cuidado, señora condesa, la granja de Puyromée va a necesitar reparaciones» o «hay una hipoteca sobre los terrenos de la Vacherie...», los millares de hectáreas de bosque y de cultivos no eran plumas que se lleva el viento.

Tras varios meses consagrados a comprender el trabajo de los hombres de negocios, Gabriel pudo llevar un día a Jacqueline, triunfalmente, la composición exacta de su menguada cartera de valores y la valoración de los bienes que habían quedado en su posesión. Ante aquellas nomenclaturas, aquellas columnas de cifras y aquellas líneas bien tiradas con regla y tinta roja, Gabriel experimentaba la misma sensación satisfactoria de orden y de rectitud que antaño le proporcionaba una detallada revista a su escuadrón.

Gabriel decidió enseguida comprar un nuevo coche, cosa que Jacqueline, verdaderamente, no podía negarle. Eligió el automóvil entre los más rápidos y los más lujosos, con una carrocería especial y bonitos adornos de cuero rojo. Lo eligió de tan sólo tres caballos menos de potencia que el anterior, para ahorrar en la gasolina, declaró.

Desde entonces no tuvo otra cosa que hacer que conducir su nuevo juguete, volver a consultar su reloj sin necesidad alguna y esperar una fecha crucial de finales de junio para Jacqueline y para él: el aniversario de la muerte de François. Gabriel veía aproximarse ese día como el palúdico que se cree curado ve volver el período del año durante el cual tenía crisis, con la misma mezcla de aprensión y de esperanza.

Durante la semana anterior al aniversario, Gabriel observó que

Jacqueline no tenía el aire a la vez ausente y concentrado de los años anteriores. ¿Acaso su desapego era fruto del tiempo y del olvido, o tal vez Jacqueline hacía un esfuerzo por contenerse? En cualquier caso, Gabriel interpretó aquel cambio como una victoria personal.

La víspera, ninguno de los dos dijo nada que pudiese despertar el recuerdo. Gabriel se entretuvo en la habitación de Jacqueline, hablando de cosas banales, antes de retirarse a sus aposentos. Aunque sus relaciones físicas seguían siendo felices, se habían espaciado un poco, así que eso no supuso ninguna discordancia en sus costumbres.

A la mañana siguiente, al bajar a desayunar —porque desde la «ruina», en la calle de Lübeck habían adoptado la costumbre inglesa del *breakfast* tomado en el comedor, lo cual no se justificaba por ninguna clase de ahorro, sino que respondía a una actitud moral—, Gabriel se extrañó de no ver a Jacqueline.

—Ha ido a la misa de aniversario de François —explicó la señora de La Monnerie.

—¡Ah, sí! Es muy natural —contestó Gabriel.

—¿Qué dice?

—Digo que es muy natural —repitió en voz más alta Gabriel, que creía sinceramente lo que había dicho.

—Sí… ¿Sabe? —prosiguió la señora de La Monnerie—, se hace porque se debe hacer. Yo también hago decir una misa a la memoria de mi marido todos los años. Para las alegrías que me dio, me parece a mí que pensar en él un día al año basta y sobra… ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Entre!

Jacqueline llegó poco después. Había sabido recomponer su expresión.

—¡Está diluviando…! —dijo—. Me he quedado empapada. La verdad es que para ser junio… ¡Y todavía tengo que ir al cementerio, pero con este tiempo…!

Lo había dicho como si fuera una obligación fastidiosa.

—Yo te llevaré —dijo Gabriel en un tono perfectamente normal.

—No, de ninguna manera, querido; no voy a pedirte eso.

—Sí, no faltaba más. ¡Es lo más fácil!

En ese mercadeo de cortesías, ella se dejó vencer fácilmente, porque quería ver si Gabriel estaba definitivamente curado de su enfermedad del pasado. A primera hora de la tarde, Gabriel la llevó hasta la puerta del cementerio Père-Lachaise.

—Sólo tardaré unos minutos —dijo ella.

Gabriel miró maquinalmente su reloj. Jacqueline compró una corona de flores y desapareció en las largas avenidas del gran cementerio, pero le costó encontrar al jardinero a quien daba una propina anual, y el jarrón blanco donde acostumbraba a poner las flores estaba roto. Cuando Jacqueline regresó media hora más tarde,

Gabriel ya no estaba en el coche.

«Habrá ido a comprar tabaco, o el periódico», se dijo ella. Aún estaba absorta por el esfuerzo que acababa de hacer mientras estaba arrodillada sobre la tumba, para que no se le cayesen las lágrimas.

Se sentó y esperó.

Para distraerse, alisó con los dedos una pata de ciervo que colgaba del parabrisas. No era la pata del ciervo ciego que habían perseguido el día que se conocieron, sino de otro animal, igual de memorable, que apresaron el día que decidieron casarse. En lugar de hacer montar el trofeo en la tradicional plancha de roble, para colgarla en alguna habitación, Gabriel la llevaba, como un fetiche, en el coche. La piel trenzada se había vuelto dura y flexible, como un nervio de buey.

—El señor conde hace bien al llevarlo consigo —decía Laverdure—. Cuando se conduce de noche nunca se sabe... No hay nada mejor que un garrote; yo siempre tengo uno en la camioneta.

«Si lo conserva es porque me ama», pensaba Jacqueline. Pero a medida que pasaban los minutos comenzaba a adueñarse de ella una sorda ansiedad. «¿Qué estará haciendo?» Transcurrió otra media hora y luego diez minutos más, al cabo de los cuales apareció Gabriel con la cara congestionada, la mandíbula crispada y los puños cerrados. Abrió la puerta con un gesto brutal.

—¡Ah, estás ahí! —dijo sin mirar a Jacqueline.

El asiento estaba corrido hacia delante. Gabriel le dio una patada en pleno cuero rojo. Apestaba a alcohol anisado.

Jacqueline sintió frío y cerró los ojos. «¡Oh, ya está! Todo está perdido. Todo va a empezar de nuevo —pensó—. ¡Y la culpa es mía! He sido una estúpida creyendo... ¡Peor para mí!»

A Gabriel se le caló el motor tres veces al intentar arrancar. Luego condujo por las calles abarrotadas y resbaladizas a una velocidad temeraria.

—Gabriel, te lo suplico; yo creía que eso se había terminado —dijo Jacqueline con el tono más dulce, más tierno y más implorante que pudo, colocando la mano sobre el brazo de su marido.

—¡Sí, yo también! —gritó él—. ¡Yo también creí que se había terminado!

Al liberarse de la mano de Jacqueline, Gabriel hizo dar al coche una sacudida violenta; luego siguió su carrera precisa y aterradora.

—¿Es grande la bóveda de los Schoudler? —preguntó un poco más lejos, mientras el coche rozaba con el guardabarros, sobre el asfalto mojado, el capó de un autobús.

—Sí, bastante —contestó Jacqueline, esforzándose por mantener la calma.

—Porque en ese caso también podrías trasladar allí tu cama.

Detrás de ellos oyó un estrépito de coches que chocaban. Entonces Jacqueline inclinó la frente sobre la mano y dejó brotar las lágrimas que había contenido sobre la tumba de François.

Y a partir de aquel momento comenzó de nuevo el matrimonio de tres, en que el intruso era a veces el muerto y otras el vivo.

IX

El calor del verano comenzaba a pesar sobre la capital. Una vez celebrado el Gran Premio en el hipódromo de Longchamp, el último domingo de junio, la alta sociedad parisina se había dispersado por las playas y los balnearios. Cerca de la Concordia, la juventud burguesa, mientras esperaba las notas de los exámenes y el resultado de las becas, chapoteaba en los baños Deligny, donde el agua era filtrada. Como era tradición, las tropas desfilaron el 14 de julio, y a partir de ese día las avenidas se vaciaron.

Una mañana, la propietaria de la pensión Les Églantines llamó al profesor Lartois y lo convocó con urgencia a Ville-d'Avray. Lartois encontró a Noël en la cama, y al levantar la sábana, descubrió que tenía una pierna fría, un pie hinchado y violáceo y los dedos del pie blancos, de una blancura de mal agüero, transparente y grisácea, con un círculo oscuro en la articulación, como si la gangrena hubiera marcado con un trazo de lápiz la parte del cuerpo que ya pertenecía a la muerte.

Lartois conocía perfectamente la evolución de aquella enfermedad, que se caracteriza por que el cadáver comienza a tomar posesión del organismo vivo, a comerle una uña, luego un pequeño músculo, luego el hueso y toda una falange.

Escudándose tras los términos técnicos, que los médicos no sólo emplean, como la gente cree, para alardear frente a los ignorantes mortales, sino con mayor frecuencia para colocar una pantalla entre el enfermo y su mal, Lartois declaró con una voz sosegada:

—Bueno, amigo mío, tiene usted una arteritis obliterante, con un principio de necrosis.

El nuevo mal que se manifestaba en el cuerpo del viejo gigante era de la misma naturaleza, del mismo origen arteriosclerósico, que su corea. En el cerebro se trataba de pequeñas canalizaciones endurecidas, engrosadas, que irrigaban mal los núcleos grises centrales; abajo era la arteria femoral obstruida, contraída, que se negaba a asegurar la irrigación de la pierna.

—Debe de sufrir mucho, ¿verdad? —dijo Lartois.

—Sobre todo por la noche, como un condenado —contestó Schoudler, cuya mano golpeaba la sábana.

«¡Pobre desdichado, ya me lo imagino! —se dijo Lartois—. Ya tiene un pie en la tumba, literalmente».

—¿Es grave? —preguntó Schoudler.

—¡Sí, bastante! Pero lo sacaremos de ésta —contestó Lartois—. Tal vez haya que hacer algún sacrificio, pero ¡qué diablos!, usted ya ha pasado por otras, usted es todo un hombre.

Y al mismo tiempo pensaba: «Más le valdría morir de un síncope esta misma noche...».

Una angustia atroz invadió a Noël hasta el tuétano de los huesos, porque su único y último amigo acababa de decirle: «Usted es todo un hombre», como si se dirigiera a un niño pequeño.

Aquella misma tarde, Lartois hizo que lo ingresaran en el servicio de cirugía del profesor Chellières. Chellières era un hombre rechoncho, calvo, con algunos mechones rojizos que le coronaban el cráneo, la frente surcada de arrugas y los ojos azules y vivos. Sus facciones voluntariosas y un poco aplastadas hubieran podido transmitir la ambición del poder y el gusto por la autoridad, pero expresaba su infatigable afán por socorrer a los demás.

El profesor Chellières no tenía el rostro de su alma, o más bien llevaba la máscara de la fuerza, que no suele ejercerse en el sentido de la bondad. No daba la mano, sino que tendía las dos manos, y cuando agarraba las dos muñecas de un enfermo como si necesitara esos dos puntos, esos dos polos, para que su propia corriente pasara a través del cuerpo de su semejante en angustia, hasta el más desesperado sentía ganas de vivir.

Examinó a Schoudler. Luego, durante un cuarto de hora largo, los dos médicos se preguntaron: «¿Amputación alta? ¿Amputación baja?».

—Ya sabes que a mí no me gusta cortar... lo mínimo —dijo Chellières—. Si se le puede salvar el talón, si todavía existe una posibilidad de que pueda andar, por poco que sea...

—Ya ves cuál es su estado general —dijo Lartois.

—Sí, sí...

—¿Y si después hay que cortar más arriba?

—Bueno, pues se hace. En el estado en que se encuentra, la amputación alta implica de todas maneras un riesgo mortal. Mejor arriesgarse cuanto más tarde mejor.

Louis Chellières era de la misma edad y de la misma promoción que Lartois; su ciencia y su reputación eran iguales.

El tuteo entre dos hombres que envejecen, que han llegado en el mismo oficio al apogeo de la gloria, siempre tiene algo profundamente emocionante para quienes los secundan, los admiran y reciben sus enseñanzas. De ahí que cuando Lartois y Chellières, los dos «grandes patrones», iban juntos por los pasillos blancos de la inmensa fábrica para prolongar la existencia humana, se hacía un silencio respetuoso y atento entre los médicos jóvenes, las enfermeras y el personal de servicio.

—¿Qué estás haciendo en este momento? —preguntó Lartois.

—Estudio —contestó el ilustre cirujano—. Creo que he encontrado, justamente para este género de enfermedad, el medio de evitar el sufrimiento, de evitar cortar. Todavía necesitaré cinco años para perfeccionar la técnica; tal vez más, pero lo lograré. ¿Y tú?

—Yo estoy en el tercer volumen de mi *Historia universal de la medicina*, y la cosa no termina ahí. Como comprenderás —prosiguió Lartois, con su voz irónica y sibilante—, cuando se trata de consignar los errores médicos desde la Biblia hasta el presente, ¡hay para un buen rato!

—¿Y cuándo irás de vacaciones? —preguntó Chellières.

—Pensaba irme la semana que viene. Lo tenía todo arreglado; había dejado morir a mis enfermos incurables; a los que nunca han tenido nada, les había anunciado que al fin estaban curados… Pero ahora ya no lo sé; todo depende de él —dijo Lartois señalando la puerta tras la cual se hallaba Noël Schoudler.

Bajo sus máscaras, la una de elegante cinismo, y la otra de brutalidad, los dos médicos cruzaron una larga mirada fraternal.

—¿Por qué hemos sido elegidos para este oficio? —dijo Chellières —. ¡La muerte es repugnante! Jamás nos acostumbraremos a ella.

X

Con las manos aferradas, por detrás de la cabeza, a los barrotes de la cama del hospital, y su barba de pescador levantada hacia el techo, Noël Schoudler luchaba con el dolor.

—Pero ¿cuándo van a venir? ¡Que se den prisa, Dios mío! —gemía a través de las mandíbulas apretadas.

Jean-Noël, acodado a los pies de la cama, observaba cómo se retorcía el busto del viejo gigante, fuera del túnel formado por las sábanas, levantadas por un aro de metal. Bajo la barba grisácea que cubría el mentón del enfermo, subían y bajaban cuerdas y estertores. El torso estaba reducido por la caquexia.

La crisis pareció apaciguarse: los dedos se desanudaron de los barrotes, la barba se desplomó, y el niño vio dirigirse hacia él la hendija de los gordos párpados. Noël Schoudler dijo:

—Tengo que pasar otra vez por el billar, ¿sabes, mi pequeño Jean-Noël?

Y sacó la lengua horrorosamente.

Le habían amputado la mitad del pie dieciséis días antes, pero no se le cicatrizaba; la circulación no se había restablecido en la pierna y los sufrimientos habían comenzado de nuevo, con mayor violencia.

Noël Schoudler había pedido ver a su nieto. Consideraba que tenía muchas cosas que decirle. El niño acababa de llegar aquel jueves por la mañana, y Noël no conseguía condensar en palabras la maraña de pensamientos y de imágenes que flotaba en su cabeza. Alcanzó a decir:

—Tienes que velar por tu hermana. Es tu deber. Es encantadora, pero creo que tiene una forma de ser que no es muy conveniente para una jovencita de nuestro mundo. Así que…

Lo que acababa de expresar lo había conmovido inexplicablemente, hasta el punto de tener que interrumpirse, y su cara se agitó como si fuese a llorar. Por otra parte, todas las frases que pronunciaba y que se referían al pasado, al porvenir, a seres desaparecidos así como a seres que iban a sobrevivirle, le causaban el mismo enternecimiento.

Jean-Noël retrocedió, porque el hierro de la cama temblaba bajo sus dedos.

Noël Schoudler retiró un poco la sábana y con la mano buena se acarició la rodilla desnuda, que se le estremecía, como si fuera recorrida por descargas eléctricas.

—Mi pobre pierna, mi pobre pierna —murmuró, dirigiéndose al miembro enfermo como si se tratara de una persona—. Creo que esta vez ya podemos despedirnos. Vamos a tener que dejarnos...

Parecía evocar sus carreras de niño, en un inmenso parque lleno de cedros, los largos paseos de juventud por los bulevares, en los atardeceres de primavera, y todas las ocasiones en que la pierna había sido una buena compañera, un fiel sostén.

Luego, volviéndose con dificultad, Noël Schoudler abrió el cajón de la mesilla de noche y cogió un par de enormes gemelos de oro, grabados con sus iniciales.

—Toma —le dijo a su nieto—, son para ti. Como tienes las mismas iniciales...

—Gracias, abuelo —dijo Jean-Noël.

—No, no; no me des las gracias. ¡Si me hubiera muerto hace diez años... habrías heredado tantas cosas! ¿Para qué sirve todo esto? ¿Para qué sirve...?

En aquel momento tuvo una nueva crisis de dolor. El anciano echó las manos hacia atrás, se aferró a los barrotes y gimió:

—Llama, Jean-Noël, llama. Necesito que venga la enfermera... Quiero que me ponga la inyección.

El sudor le chorreaba por las sienes hundidas.

Como la enfermera tardaba en llegar, Noël se puso a gritar:

—¡Pandilla de asesinos! ¡Van a dejar que reviente! ¡Pandilla de asesinos! Están haciendo experimentos conmigo, lo sé. Jean-Noël, ve a telefonear al prefecto de policía, dile quién eres, que eres mi nieto, y que me están asesinando; y que hagan una investigación sobre este hospital.

La enfermera apareció con la jeringa de morfina entre los dedos.

—Bueno, bueno... —dijo.

—Asesinos —gruñó todavía el viejo, tendiendo su flaco brazo.

Luego la enfermera se fue y Noël Schoudler permaneció en un silencio atento, en una inmovilidad crispada, como si contase los segundos.

Jean-Noël, asqueado por el calor espeso cargado de olores de fiebre y de farmacia, buscó con los ojos un lugar donde sentarse. La única silla estaba ocupada por el orinal, así que el niño volvió a apoyarse en la cama.

Desde su más tierna infancia, a Jean-Noël siempre le había aterrado su abuelo, aquel gigante colérico y todopoderoso. La desaparición prematura de su padre aún había acrecentado más el peso del prestigio del viejo potentado.

Y he aquí que aquel torso monumental, que siempre iba acorazado por oscuros ropajes, se le revelaba reducido a cuatro costillas estrechas, sembradas de algunos pelos blancos; he aquí que

aquellas manos temibles que antaño lo levantaban a dos metros del suelo no eran más que aquella larga osamenta descarnada, temblorosa; he aquí que aquella pierna de coloso, en torno a la cual Jean-Noël, cuando tenía cuatro años, pasaba los brazos y por la cual se hacía llevar a través de los salones de la avenida de Messine, he aquí que aquella pierna se descomponía a trozos…

—No me hace nada, esa porquería —gimió el anciano—. Es agua… Me han puesto agua en la jeringa… ¡Ah, mi pequeño Jean-Noël…!

Y el anciano se inclinó y se puso a morder el borde de la sábana para que su nieto no lo viera llorar…

«¡Un Schoudler no llora jamás…» Del mismo modo que unos meses antes, frente a los grandes titulares de los periódicos y los insultos de los compañeros de clase, se derrumbó brutalmente la creencia de Jean-Noël en la riqueza infinita de su familia, desde hacía media hora la creencia en la fuerza infinita de los seres nacidos antes que él se desvanecía.

—¿Sabes? Voy a tener que volver al billar —repitió el enfermo—. Te ponen una máscara sobre la cara… y luego uno cae, cae en la negrura como una piedra.

La aprensión de la anestesia del éter le hizo realizar maquinalmente el gesto de toda su vida: llevarse la mano al corazón, a aquel corazón que jamás había tenido otra cosa que la angustia de vivir y que se aferraba aún, él solo, a la existencia, en un cuerpo ruinoso.

Jean-Noël comprendió que su abuelo no sólo sufría, sino que también tenía miedo, miedo a dormirse, miedo a la oscuridad, como los niños. Por primera vez sintió ternura hacia su abuelo, por primera vez sintió que compartía la misma sangre con el viejo; se acercó a él y le acarició dulcemente la cabeza, hasta debajo de la nuca.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Eso me hace bien —murmuró Schoudler—. Mi mamá también me hacía eso para que me durmiera… François, tu padre, debería estar aquí en este momento.

Cierto. Jean-Noël ya no temía a su abuelo, pero otro terror, mucho más grave, se apoderó de él: el terror de sentirse, de repente, a los catorce años, más fuerte que los ídolos de su infancia. Porque la esperanza de alcanzar la seguridad el día en que tuviera la edad de sus ídolos era un engaño; en adelante, la seguridad estaba proscrita de la tierra.

—Bueno, vete, pequeño —dijo dulcemente el anciano—. Tu visita me ha alegrado mucho. Has sido muy bueno viniendo a verme.

Empezaba a sentir el efecto calmante de la morfina y sólo deseaba aprovecharlo.

Jean-Noël se fue con dos pequeños objetos de oro que tintineaban

en su bolsillo y la consciencia de la ineludible fragilidad humana: toda su herencia.

XI

La camilla subió de la sala de operaciones hacia las once. De no ser por su color rojo oscuro, el rostro de Schoudler, enmarcado por la barba, con los párpados cerrados, las mejillas hundidas y la boca abierta, hubiera parecido el de un muerto. Las encías, despojadas de los aparatos dentales, mostraban su desnudez violeta; la lengua se había retirado hacia la faringe.

Dos enfermeros, agarrando la sábana, hicieron deslizar su enorme cuerpo desde la camilla hasta el lecho. Al instante, una enfermera aplicó un sinapismo sobre el pecho del enfermo; a continuación, tras fijar el brazo a una plancha de madera, plantó la aguja por donde correría, gota a gota, durante horas, el suero contenido en una gran botella suspendida.

—Habrá que esperar a que se despierte —dijo Lartois, que había entrado detrás de la camilla.

Todavía llevaba la bata y el gorro blancos. Se sentó al lado de la cama y tomó el pulso al operado. Esperar… Se había organizado para disponer de todo el tiempo necesario.

Al cabo de media hora, Noël Schoudler se agitó, pronunció varias palabras inarticuladas, tuvo algunos vómitos y volvió a deslizarse en el negro sueño.

El profesor Chellières subió un poco después de la una, una vez terminadas las cuatro operaciones de la mañana. Estaba a la vez cansado y tenso, con el pensamiento dividido en cuatro cuerpos que gemían tras las puertas de cuatro habitaciones; cuatro cuerpos en los cuales su mano había intervenido para modificar el curso de su destino. ¿Para bien…? ¿Para mal…? Nunca podía saberlo, nunca podía estar seguro…

En aquel momento Schoudler se despertó al fin de la anestesia. Su mirada tropezó primero con el suero, siguió el tubo que terminaba en su brazo, vio a Chellières de pie a la derecha de la cama, luego a Lartois, sentado a la izquierda, y volvió a Chellières.

—¿Qué tal, mi pequeño barón? —preguntó éste.

—¡Vaya! ¿Aún lleva puesto el gorro blanco? —dijo Schoudler. Luego movió los ojos para señalar a Lartois—: Él es el único…, mi único amigo —murmuró.

—¿Y yo qué, entonces? —exclamó Chellières.

—Sí, sí; usted también, naturalmente.

Schoudler preguntó cuánto tiempo había tardado en dormirse, y

si la operación había sido más larga que la primera vez. A todas luces, barruntaba una pregunta que no se atrevía a formular.

Su mano libre descendió bajo el arco de metal, se tentó el costado, el pliegue de la ingle, el principio del muslo; enseguida encontró las vendas.

—Por lo menos me han dejado ustedes un pedazo —dijo—. ¿Y más abajo?

—Más abajo… ya no hay nada —contestó Chellières—. Era necesario. A mí no me gusta, ya lo sabe usted; me detesto cuando me veo obligado a suprimir. Me gusta la cirugía que conserva, pero cuando no se puede…

—Sí, se lo agradezco; se ha esforzado usted mucho —repitió Schoudler, con la cabeza medio hundida en la almohada—. Pero no valía la pena… De algo hay que morir.

Lartois comprendió que por fin había alcanzado la resignación; cruzó una mirada con Chellières. En el fondo, ¿qué hacían ellos dos inclinados sobre aquel cuerpo amputado, descompuesto, de pensamiento menguado? Schoudler ya no tenía nada, ni fortuna, ni casa, ni amigos, ni prácticamente familia, ni esperanza de ninguna clase, ni alegría, ni sombra de alegría que esperar. «Entonces, ¿por qué Chellières y yo luchamos desde hace dieciséis días a golpe de jeringas, de sueros, de bisturíes, de ligaduras de arterias? ¿Acaso quiero conservarlo por los viejos recuerdos?»

Pero no, no era por eso. ¿En nombre de qué solidaridad se obstinaba por mantener a flote a aquel semicadáver? Se trataba de una exigencia que ni el cirujano ni él discutían. Eran dos hombres que consagraban su voluntad y sus fuerzas a salvar la vida de los demás. Ésa era su vocación, su combate, su destino; y la gloria que cosechaban sólo tenía por objeto consolarlos por aquella batalla que perdían constantemente.

—Ya estoy cansado… Ya estoy cansado… —murmuró Schoudler con los ojos cerrados—. Mi nieto ha venido a verme esta mañana, o ayer, ya no lo sé. Sí, ya estoy cansado.

Tenía la voz fatigada y lejana. Un espasmo le hizo sacar la lengua, y la volvió a tragar.

Lartois experimentó una especie de alivio; cuando el moribundo aceptaba o reclamaba la muerte, no tenía tanto la impresión de ser vencido por la muerte. Y no cabía la menor duda de que Schoudler entraba en la agonía. La piel se le pegaba a los huesos de la cara, los párpados se le habían vuelto a cerrar, su respiración era seca, ardiente, obstaculizada por la lengua retorcida. Y los dedos pulgares se habían replegado en el interior de las palmas, y las manos se movían sobre la sábana como si fueran aletas.

Chellières puso la mano sobre el hombro de Lartois.

—Ya lo sabíamos —murmuró—. Ven, salgamos. De todas formas, hay que ir a almorzar.

Bajaron las escaleras, se quitaron la bata blanca, se pusieron su chaqueta, salieron del hospital y entraron en un restaurante que había cerca, donde Chellières acostumbraba a ir los días en que salía tarde de su servicio.

—¿Un buen bistec con pimienta, como de costumbre, señor profesor? —preguntó el patrón sacudiendo el mantel delante de ellos.

5. El silencio de Mauglaives

I

La visita al cementerio marcó, para la pareja De Voos, el fin de los días felices. Los celos enfermizos de Gabriel, que durante un tiempo parecían haberse adormecido, volvieron a manifestarse como una fiebre, más aguda todavía, más perniciosa y más intensa que antes.

El encuentro fortuito con alguna persona que Jacqueline había conocido en la época de su primer matrimonio bastaba para sumir a Gabriel en un mutismo hostil durante horas; la mínima alusión al pasado podía desencadenar una súbita cólera.

Cualquier conversación era difícil, estaba sembrada de trampas. Jacqueline no se atrevía a pronunciar una frase sin asegurarse primero de que no contenía ninguna reminiscencia peligrosa, pero sentía que Gabriel espiaba sus silencios.

Se separaron durante varios días, para recobrar el aliento. Ella se fue a Mauglaives y él permaneció en París, pero el fallecimiento del barón Schoudler obligó a Jacqueline a regresar antes de la cuenta. Se dio cuenta de que Gabriel había aprovechado su ausencia para hurgar en los cajones, violar el secreto de viejas cartas y exhumar recuerdos que sólo le pertenecían a ella, a fin de excitar un dolor que sólo le pertenecía a él.

Gabriel hubiera deseado que su mujer no acudiera a las exequias de Noël Schoudler. Al final consintió que asistiera a la misa de funerales, pero le prohibió que fuera al cementerio.

Jacqueline se doblegó; a la salida de la iglesia, fingió un malestar y dejó que sus hijos, de catorce y dieciséis años, acompañaran a su abuelo hasta el cementerio de Père-Lachaise. Algunos antiguos empleados de la banca, varios agentes de Bolsa retirados y un delegado del periódico formaban en escaso cortejo fúnebre encabezado por Jean-Noël. Simon Lachaume no hizo acto de presencia.

Jacqueline no comprendía su propia docilidad, pero, ora sublevándose, ora resignándose, poco a poco entraba en el juego interior de Gabriel. Él había llegado a provocarle un sentimiento constante de culpabilidad.

«Pero ¿qué he hecho? —se preguntaba, apretándose las sienes entre las manos—; pero ¿qué he hecho para que sufra tanto? No es posible; está loco...»

Gabriel no dejaba de plantearse la misma pregunta. Aparentemente, nada en él podía hacer prever un desequilibrio

mental. Había llevado una vida sana, no le abrumaba ninguna inquietud innata, ni había sufrido ningún desengaño. Reconocía que lo tenía todo, como se suele decir, para ser feliz. Entonces, ¿por qué a propósito de cualquier cosa, o incluso sin motivo aparente, renacía su obsesión? Gabriel tenía entonces la impresión de que la razón se le desgarraba como una tela, y la cólera se imponía a su pensamiento.

En aquellos momentos, el alcohol era su único recurso. Al principio, Gabriel sólo se emborrachaba por eso, para hacer desaparecer la consciencia que tenía de su estado de semidemencia; al cabo de poco, produciéndose la intoxicación, bebió simplemente por la necesidad de beber.

Jacqueline tuvo que recurrir a la complicidad de los criados para ocultar el alcohol, para decir que no habían traído el vino o que se había extraviado la llave de la bodega. Mentiras pueriles que no engañaban a nadie. Gabriel decía que iba a comprar cigarrillos, o las revistas semanales, y aprovechaba para tragar tres Pernods y volvía, según los días, malvado o huraño.

En Mauglaives, durante las partidas de caza, Gabriel ya no necesitaba exigir a su mujer que lo siguiera. Ella no se alejaba ni un metro. Con todo, él encontraba la manera de perder la cacería y de terminar en compañía del barón Van Heeren en cualquier taberna. El gigantesco holandés se había convertido en el terror de Jacqueline.

Una noche en que no habían cobrado ninguna pieza y en que los perros habían perdido la pista a la caída de la noche, a veinticinco kilómetro de Mauglaives, Gabriel incluso consiguió arrastrar al primer montero.

—¡Vamos, Laverdure! —dijo—. Jolibois llevará la jauría. Venga a tomar algo; ¡es una orden!

—El señor conde podría ordenarme algo más desagradable.

Laverdure volvió como una cuba.

—¡Qué has hecho! ¡Habrase visto! ¡Lo que faltaba! —chilló la señora Laverdure—. ¿No empezarás con éstas, ahora? ¡Sólo faltaría esto!

—Mira, Léontine —contestó sentenciosamente Laverdure—; creo que ya he comprendido lo que le pasa a ese hombre. Sufre por culpa del recuerdo del señor barón François.

—Bueno, pues no es una razón para comportarse así, que ni los criados —replicó la señora Laverdure—. Aunque viéndote a ti... Además, todo el mundo habla de eso. ¡Qué vergüenza!

—Sí... Sí... Tal vez la cosa no sea tan sencilla —contestó el montero.

El alcohol envejecía a Gabriel. Apenas había cumplido cuarenta años y tenía el rostro hinchado y abultadas bolsas bajo los ojos. El bello De Voos se ajaba. Fumaba cada vez más y tenía los dedos

manchados de nicotina.

Jacqueline también reflejaba el sufrimiento. A medida que enflaquecía, su tez perdía aquella transparencia conmovedora que le había dado un encanto un poco irreal; se convertía en una mujercita seca, que había sido bonita y que comenzaba a arrugarse.

Gabriel ya sólo la deseaba cuando estaba borracho. Al principio, cuando lo veía acercarse bebido, ella se negaba.

—¡Vaya, vaya! —exclamaba De Voos—. Debe de ser algún aniversario… La primera flor que te regaló. Esta noche la señora se acuesta con el cornudo póstumo… ¡Y yo me chupo el dedo!

Luego ella se resignó. Una fuerza a la que no podía sustraerse la ligaba al cuerpo de Gabriel. De no ser por eso, ¿acaso habría aceptado tanto sufrimiento, acaso habría tenido siquiera razones para sufrir? En aquellos momentos tan sólo evitaba que las grandes manos de Gabriel se le acercasen demasiado al cuello. «Aunque, a fin de cuentas, tal vez sería mejor», se decía a veces.

Cuando Gabriel no estaba bajo el imperio del alcohol, hacía los crucigramas de las revistas. En su ociosidad se había aficionado a ese juego. Entonces deambulaba por los salones de Mauglaives con el diccionario *Petit Larousse* en la mano. Había acabado por aprenderse de memoria toda la descendencia de Abraham y la lista completa de los reyes de Caldea y Asiria.

Los momentos más dichosos de Jacqueline durante ese período fueron algunas veladas en que ella cosía, mientras Gabriel chupaba el lápiz de oro que ella le había regalado y murmuraba:

—Vamos a ver… «Sus generales se disputaron su imperio…», de nueve letras… ¡Oh!, es demasiado fácil, no tiene gracia.

Jacqueline daba las gracias a Dios por aquellos instantes de paz, por aquella pobre dicha de ancianos prematuros que no abundaba.

—Pero vamos a ver, Gabriel —exclamó un día, desesperada—; ¿no ves que eres tú, recordándome todo el tiempo a François, quien me impide olvidarlo?

Él sabía perfectamente que ella tenía razón, pero en lugar de reconocerlo, pensó:

«Por haber dicho esto, te engañaré. Te engañaré con mis recuerdos».

Y para llevar a cabo su venganza, al día siguiente llamó a Sylvaine Dual.

Ésta, presa de un vago enternecimiento por el pasado, así como de revancha, al ver que la reclamaba aquel que la había abandonado, y por deseo de saber qué sentiría ante el hombre que consideraba su único amor verdadero, cedió sin muchas dificultades, pero no experimentó ningún placer. Se arrepintió de haber consentido, se asombró de que dos cuerpos puedan volverse tan extraños, tras haber

estado tan unidos, y sintió la melancolía de las ilusiones perdidas.

Por su parte, una extraña cobardía hizo que Gabriel ocultara a Jacqueline un acto que no había cometido más que para poder vanagloriarse de él. Una vez consumado, le parecía mediocre, inútil, sin sentido.

Y la vida siguió: partidas de caza, cóleras, borracheras, crucigramas…

II

La víspera de las vacaciones de Navidad, Jacqueline y Gabriel acudieron a la institución de señoritas donde estudiaba Marie-Ange, a fin de asistir a la tradicional representación de fin de año. Marie-Ange apareció en escena, primero para recitar un poema de su abuelo, «El pájaro sobre el lago», y luego en los coros que cantaron la *Sexta Beatitud* de Franck.

A sus dieciséis años y medio, Marie-Ange ya era más alta que su madre. Tenía la edad en que se magnifican los museos y era una apasionada del Renacimiento italiano. Nada le parecía tan deseable como parecerse a un retrato de Botticelli. Su pelo castaño dorado, casi rubio, le caía hasta los hombros, donde se le ondulaba en grandes rizos perfectamente colocados. Cuando miraba a su hija, Jacqueline no reconocía ningún rasgo propio, sino que buscaba, sin querer, aquellos que le recordaban a François.

Gabriel no estaba mal aquel día, puesto que no había bebido desde la víspera. Las *Beatitudes* de Franck lo aburrían, pero la presencia de todas aquellas adolescentes, incluida Marie-Ange, le resultaba agradable. Tenía la impresión de haberse sumergido en un agua refrescante y ligeramente perfumada.

«En el fondo —se decía—, la única manera de ser feliz es casarse con una muchacha virgen, bonita, atarla al campo, hacerle hijos, y luego echar una cana al aire de vez en cuando».

La tarde transcurrió sin que Gabriel diera una escena o hiciera ningún comentario. Regresaron a la calle de Lübeck. Jacqueline se despidió de Jean-Noël y de Marie-Ange, que se iban a practicar deportes de invierno acompañados por su tía Isabelle. Jacqueline prefería renunciar a sus hijos durante las vacaciones antes que exponerlos durante dos semanas a la presencia de su padrastro. En realidad, hubiera ido de buena gana a la montaña, en lugar de regalarle el viaje a Isabelle. «El descanso me sentaría tan bien… Pero Dios sabe de qué sería capaz Gabriel en mi ausencia…» Y la misma razón que le hacía desear partir la obligaba a quedarse. Aprovechó un momento en que Gabriel no estaba en la habitación para decir a toda prisa a sus hijos, con los ojos fijos en la puerta:

—Y no os olvidéis de rezar por papá, queridos míos… Que sepáis que yo nunca me olvido.

Jean-Noël preparaba los esquís y Marie-Ange se preguntaba si su tía Isabelle le permitiría salir de noche con los amigos…

Aquella misma noche Gabriel y Jacqueline partieron hacia Mauglaives; la señora de La Monnerie, que prefería viajar en tren, ya se había marchado.

Como el cura de Chantou-Mauglaives tenía que servir varias parroquias, entre las cuales trataba de equilibrar sus favores, aquel año la misa del gallo no se celebró en Mauglaives, y el castillo se acostó temprano, como un día cualquiera.

Al día siguiente, Jacqueline fue a presidir el árbol de Navidad de la escuela libre. Gabriel, que había terminado los crucigramas publicados en *Gringoire* y *Candide*, pasó por las perreras y habló con Laverdure de la caza del día siguiente. Laverdure iría a «hacer el bosque» del lado de Chêne-Brûllé, donde los guardas le indicarían los animales.

—¿No tendrá usted una copa de vino blanco que ofrecerme, Laverdure? —preguntó Gabriel de pronto.

—Por supuesto, señor conde... ¡Léontine! Ve a buscarnos una botella..., ya sabes cuál.

—¡El señor hace mal, echa a perder la salud! A mí no me importa decírselo —declaró Léontine Laverdure.

—Vamos, no hables así —la interrumpió el montero—. Si el señor conde nos hace el honor...

Un poco más tarde, Gabriel bajó a la aldea. Se encontró al alcalde, que lo invitó a probar su nuevo aguardiente.

—Es áspero —dijo el alcalde—, pero hace su efecto. Ya me dará su opinión, señor conde, usted que es un experto.

Gabriel regresó al castillo con los ojos inyectados, la lengua pastosa y no se aseó para cenar. Antes de sentarse a la mesa, se sirvió dos grandes copas de vermut.

El gran comedor de Mauglaives estaba entera y únicamente decorado con cornamentas de ciervos. Sobre las paredes, en los paneles de las puertas y hasta en las vigas del techo se alineaban, sin dejar ningún espacio libre, dos o tres millares de trofeos. Los venados habían sido cazados desde hacía más de cien años, y las cornamentas habían sido blanqueadas. Aquel bosque extraño y cruel de cráneos y cornamentas rodeaba, amenazante, a los cuatro comensales, sentados a la mesa de roble iluminada por dos candelabros.

El viejo marqués, cuyas facultades no cesaban de declinar, y que buscaba los cubiertos a tientas, en aquel decorado no parecía tanto un vivo como un fantasma sujeto por telas de araña. La señora de La Monnerie, más sorda a medida que transcurría el día, hablaba para sí misma, sin preocuparse de que le respondieran.

Mientras pasaba las fuentes, Florent sacaba del fondo de su pecho estertores de torno viejo.

Jacqueline, con un nudo en el estómago por la angustia, comía un

poco de puré de castañas y no conseguía tragarse el pavo.

—¿Antes celebrabas la Nochebuena en París, con... con mi predecesor? —dijo Gabriel de pronto, con aquel tono de voz falsamente desapegado que Jacqueline ya conocía.

—Sí... Quizá... Algunas veces... —contestó.

—Es fácil de recordar, ¿no crees?

—En efecto, sí, la celebrábamos.

—Entonces ¿por qué ayer no nos quedamos allí para celebrarlo?

—Porque no se me ha ocurrido; porque tú no me dijiste nada.

—Sí, ¡yo te lo propuse!

—Pues no te oí.

—¡Mientes una vez más!

Gabriel fue presa de la cólera. Desgranaba un reproche tras otro, muchos retomados de discusiones anteriores. Se quejó de que a ojos de ella él sólo servía para vigilar a los hombres de negocios, a los monteros o a los perros. La acusó de encerrarlo en el campo; de no querer compartir ningún placer que hubiera compartido con el otro...

—¡Deberías haberte casado con un viudo! ¡Así habríais podido casar a vuestros muertos!

Entretanto, el marqués, sumido en su noche, buscaba con una cuchara los trozos de carne cortados en pequeños cubos, dispuestos en un plato hondo. La señora de La Monnerie hablaba de los frisos del Partenón que están en el Louvre.

—¡Bueno, pues sí! —gritó Jacqueline—. Antes, en Navidad, era feliz, si es eso lo que quieres saber, maravillosamente feliz, como no volveré a serlo nunca. Y lo único que te pido es que me dejes olvidar que hoy es Nochebuena.

Gabriel se levantó, atónito, moviendo ruidosamente la silla.

—¡Vaya! —exclamó—. Eso está muy bien. Eso lo arregla todo. Esto tenía que acabar algún día. Ya está; ya se acabó. Me voy; ¡hoy empieza otra vida!

Se dirigió a la puerta, se enganchó el hombro en una cornamenta y salió gruñendo: «¡Maldita sea!».

Jacqueline permaneció unos instantes con los ojos en el vacío, luego se levantó y salió tras él.

—¿Adónde van? ¿Qué sucede? —preguntó el ciego.

—Nada, mi pobre Urbain —contestó la señora de La Monnerie—. Es de las colonias. ¡Un arrebato del trópico!

Jacqueline se echó una capa sobre los hombros y alcanzó a su marido en el patio.

Gabriel subía al coche, envuelto en una pelliza.

—Haz lo que quieras, Gabriel —le dijo ella—; lo único que te pido es que no conduzcas como un loco.

Apenas le dio tiempo a retirar la mano, pues de lo contrario él se

la hubiera triturado al cerrar la portezuela.

—No te preocupes —le espetó—. Y si me mato, podrás torturar a un tercer marido con mi recuerdo. ¡Qué suerte!

Pero una vez que hubo franqueado la reja, la perspectiva del largo camino en soledad, y en la noche negra y fría, le desagradó. Necesitaba compañía. Pasó por Montprély para tratar de arrastrar a Gilon. El ex comandante ya estaba en la cama, con un grueso pijama a rayas de franela, y las gafas sobre la nariz.

—¡Ni hablar, mi querido Gabriel! —contestó—. Llevo todo el mes de banquete en banquete. Me duele el hígado, me duelen los riñones... Tú también harías mejor yéndote a acostar.

—Bueno, está bien, me abandonas, me dejas solo —dijo Gabriel —. Te lo vuelvo a repetir; tengo que empezar una nueva vida.

Al atravesar el salón, Gabriel abrió el mueble de los licores y tragó, de pie, tres copas de coñac.

Desde Montprély hasta el «castillo» de 1880 donde vivía Van Heeren no había más que tres kilómetros.

—¿Qué demonios...? —exclamó el inmenso holandés.

Llevaba un batín de andar por casa de terciopelo azul, con pasamanería, y parecía un tamborero mayor de la Gran Armada.

—¡Van Heeren! Usted es mi único amigo —dijo Gabriel—, Póngase el frac; yo me cambiaré en París. ¡Vamos a vivir la vida!

—Si la vida tiene las nalgas gordas, entonces voy —contestó el holandés guiñando un ojo, con su cara de color ladrillo.

El vestíbulo olía a encebollado de liebre. La baronesa Van Heeren apareció en bata; apenas tenía pecho, el pelo le escaseaba y se le había agriado el carácter; sus pómulos parecían haber sido frotados con una gamuza. Su rostro tenía esa expresión a la vez inquieta, culpable y martirizada de todas las mujeres de borrachos, la misma expresión que estaba adquiriendo Jacqueline.

—Está mal, señor De Voos, está mal lo que usted hace —dijo—. Usted aún conserva la juventud. Pero mi marido cualquier día tendrá un accidente.

Gabriel la miró con tanto desdén que ella se asustó y calló.

III

Durante todo el día de Nochebuena las dos Cámaras habían estado reunidas permanentemente para que la ley de finanzas pudiera ser aprobada antes del 31 de diciembre. Hacia las once de la noche, se aprobó sin dificultad el presupuesto de Bellas Artes en el Luxemburgo, tras una grandilocuente intervención de Simon Lachaume, que instó a los senadores a que le concedieran los medios para defender «la parte más admirable, más segura y más sagrada del patrimonio de Francia: ¡sus tesoros artísticos y la vitalidad de su cultura!».

Para Simon, que había preparado con gran esmero el presupuesto y el discurso en el mismo edificio de la calle Grenelle donde había comenzado su carrera contestando al timbre de Anatole Rousseau, aquella votación suponía un éxito.

Al abandonar el Senado esa noche, el joven subsecretario de Estado se preguntó qué iba a hacer. ¿Llamar a Sylvaine? No. Prefería compañía masculina, para poder comentar el debate del que había salido victorioso. Igual que los actores al bajar el telón, necesitaba que transcurriera un rato para que se calmara la agitación que le causaban los debates parlamentarios y poder conciliar el sueño. A medida que se hacía mayor y que sus obligaciones políticas aumentaban, Simon no necesitaba dormir tanto, pero en cambio cada vez comía más.

—Vamos a comer un bistec y a tomar una botella de borgoña al Carnaval —le dijo a uno de sus colaboradores.

Había probado otros restaurantes, sin mucho éxito, pero la alegría, el hambre, la fatiga, el éxito, el amor o la soledad siempre lo conducían allí, «como a la cuadra», decía él. Su fina ironía era otra muestra de su edad. Aquel restaurante no era mejor que otros, pero Simon tenía allí sus recuerdos y sus costumbres. Conocía a los camareros por su nombre, era recibido con diligencia y respeto. El lugar envejecía con él.

—Buenas noches, Abel. Un rincón discreto —dijo Simon al llegar.

—No faltaba más, como siempre, de inmediato, señor ministro.

A Simon no le traían una champañera automáticamente, como a un cliente cualquiera, sino que los cocineros se afanaban por prepararle el plato que eligiera. Con todo, la cuenta no era desorbitada. De vez en cuando Simon hacía que se retirara una multa que le habían puesto al patrón, o intervenía para lograr que le aplicaran una reducción de impuestos.

De camino a su mesa, Simon y su colaborador pasaron junto a dos

personajes vestidos de frac, uno de los cuales tenía un aspecto demasiado particular como para no fijarse en él. Inmenso, cilíndrico, con el rostro rojizo y completamente inexpresivo, el busto tieso y ondulante a la vez, no parecía que estuviera sentado en la banqueta, sino colgado del techo por un hilo invisible, como una mortadela gigantesca. Su compañero, atractivo pero demasiado beodo, insistía en que la vida comenzaba a aquella hora y en aquel lugar, y que había que hacer tabla rasa de todo, y que le partiría la cara al primero que..., y que «si seguían jorobándolo, los cementerios no estaban hechos para los perros».

—¡Tal vez! —dijo el otro.

Simon se había olvidado de los dos borrachos cuando, en mitad de la comida, el más joven de ellos atravesó la sala a pasos exageradamente marciales, lo agarró por los brazos, le puso el cuchillo y el tenedor en el plato y exclamó:

—¡Me han dicho que es usted Simon Lachaume! ¡Me alegro de conocerlo, porque hace mucho tiempo que oigo hablar de usted! Usted fue uno de los que arruinaron a Schoudler, ¿verdad?

Simon, atónito, se desprendió del hombre, cogiéndole, a su vez, las manos, con un gesto electoral.

—Déjeme que le dé las gracias —prosiguió el otro—. Lo comprenderá usted de inmediato. Yo soy Gabriel de Voos, el marido de la viuda.

Simon volvió a sorprenderse.

—Ella ahora le detesta, ¿sabe? —continuó Gabriel—. ¡Imagínese! Usted se ha atrevido a tocar al padre de su François, a la fortuna de su François, al periódico de su François...

—Pero, señor... yo siempre mantuve una excelente relación con François Schoudler —dijo Simon, tajante.

—¡Ah! Entonces ¿usted también opina que era una persona de bien? —exclamó Gabriel.

—Yo sólo le conocí en el ámbito de los negocios... no sé nada más —se apresuró a agregar Simon.

Gabriel se pasó su larga mano por la mandíbula.

—Nadie —dijo—, ¿me oye bien?, nadie me ha hecho sufrir tanto. Así que quienes lo defienden también son mis enemigos.

Y sin pedir autorización, se sentó. Con una coquetería de borracho, se había puesto un enorme clavel de color púrpura en el ojal del frac. Hasta entonces, el azar había hecho que Simon y De Voos no se hubieran encontrado nunca. En París, Simon y Jacqueline ya no se movían en los mismos ambientes. Suponiendo que hubieran conservado algunas relaciones en común, el crac Schoudler les habría puesto fin. En Berry, aunque su circunscripción fuese vecina a Mauglaives, Simon no hacía precisamente política de castillos.

Así que le divertía conocer al marido de la joven viuda con quien había fantaseado casarse tiempo atrás. «¡Qué bien hice! —se decía—, o más bien ¡cómo me protegió el destino! ¡En qué berenjenal me hubiera metido en el momento de su bancarrota!»

Observaba a Gabriel. «En el fondo, es exactamente el tipo que le convenía —pensaba Simon—. Atractivo, con una voz bonita, probablemente idiota y un poco borracho. Perfecto para el campo».

No comprendía las confesiones que le hacía Gabriel, y creía que éste, bajo los efectos del alcohol, se desahogaba de antiguos resentimientos contra Noël Schoudler. Simon también se acordaba de otro borracho que diez años antes le había dicho en aquella misma sala: «¿Los Schoudler? ¡Acabados, pelados! En la avenida de Messine pondrán un letrero de "se vende"...». Y aquello había sucedido. Lulu Maublanc... extraño fantasma que se erguía a veces sobre los caminos del recuerdo, con su sombrero hongo, con sus protuberancias en el cráneo...

Simon se llevó la copa a los labios. En aquel momento apagaron las luces, un proyector iluminó un círculo en el centro de la sala y, tras un redoble de tambor, el director de orquesta anunció que la dirección del Carnaval tenía el placer de presentar, «de regreso de una triunfal gira por América del Sur..., a ¡Anny Féret!, con su repertorio».

—¡Dios mío! ¡Un fantasma! —le dijo Simon a su colaborador.

La cantante, maquillada de ocre, sonriente y envejecida, entró en el círculo de luz. Había engordado mucho. El vestido le dibujaba gruesos rollos de carne entre el sostén y la faja. Simon se preguntó de cuántas derrotas, de cuántos desengaños, de cuántos amores fracasados había estado formada la «gira triunfal» para que Anny Féret regresara, ella también, a la cuadra, al pesebre.

Dijo que primero cantaría algunas canciones que habían sido grandes éxitos entre 1920 y 1922, como *Mon homme* o *La violetera*, dedicadas a grandes amigos de otros tiempos que se encontraban en la sala (el patrón le había advertido de la presencia de Lachaume). Una emoción absurda embargó a Simon al oír aquellos estribillos que lo habían acompañado en sus inicios en París. Repitió su antiguo gesto de limpiarse las gafas con los pulgares. A fin de cuentas, aquella época no era tan lejana, y representaba el espacio de tiempo suficiente para triunfar o para fracasar, para hacer una obra o para no hacerla... La vida le parecía caber en el hueco de la mano.

Las lecturas, las imágenes o los rostros no logran evocar el pasado con tanta inmediatez y precisión como una melodía banal que en otro tiempo fue popular. Unas cuantas notas, unos cuantos ritmos fáciles y algunas rimas pobres actúan sobre la misteriosa red de nuestra memoria y nos devuelven de repente a los paisajes de nuestros viajes, a los brazos de nuestras antiguas amantes o a la ternura de los

muertos.

Anny Féret devanaba los éxitos de moda, como *Ce n'est que votre main* o *Parlez-moi d'amour*, nuevos estribillos que diez años más tarde poseerían el mismo poder de evocación, pero Simon ya no escuchaba esas canciones; ya las escucharía más tarde...

Hizo una seña al camarero para que llenase las copas. No quería emborracharse, pero le invadía una melancolía atroz, como un paño mojado. Y es que le servía el mismo camarero desde hacía diez años; el mismo violinista zíngaro dirigía la orquesta y hacía gorjear su violín, mientras anunciaba: «vals húngaro; muy especial...», y observaba a las parejas con una mirada de proxeneta, aunque con los años había echado canas; y la muchacha del guardarropa seguía siendo la misma... Y Anny Féret aún cantaba...

«¿Cómo puede esta gente —se preguntaba Simon— ponerse todos los días el mismo traje, volver a hacer los mismos gestos, desde la adolescencia hasta la vejez, sin obtener nada... y sin tirarse al agua?» También estaban los cobradores de autobús, que uno vuelve a encontrarse al cabo de quince años, siempre en la misma línea, perforando a las mismas horas los billetes a los mismos viajeros...

Simon experimentó una especie de angustia metafísica ante aquella repetición cotidiana e inexorable de la mediocridad. Vació su copa. No quería beber demasiado, sólo un poquito... «Y yo sigo bebiendo aquí...»

¡No!, precisamente él, no. Él había rechazado dar el mismo curso de gramática latina, todas las mañanas, en la misma aula, y regresar todas las noches al mismo cuarto piso de la calle Lhomond («Lhomond..., el autor de *De Viris*..., es gracioso»), y cenar frente a la misma mirada de Yvonne... Él se había elevado, él había *triunfado*, él había cambiado de trabajo y de mujeres. Él estaba entre los vencedores de este mundo... Él acababa de hablar en la tribuna del Senado... el presupuesto de Bellas Artes... el *patrimonio artístico de Francia*...

Estuvo a punto de juzgarse y de desdeñarse... a punto de entender por qué el aliento de las revoluciones pasa a través de los pueblos y por qué a veces las guerras son acogidas con alegría, porque hay demasiados hombres cansados de empujar la misma muela de molino, todos los días, sobre el mismo grano, y es preciso que algún día estalle su corazón dolorido.

Entonces, ya que él, Simon, se había negado no sólo a hacer releer torpemente el *De Viris* todas las mañanas, sino mucho antes, desde la infancia, a llevar la misma vaca al abrevadero y el mismo estiércol a los campos, ¿por qué no había ocupado un lugar entre los sublevados, en vez de izarse solo, con sus hábiles muñecas, hasta los mejores puestos del banquete?

Hay causas en las cuales uno se siente traidor por el mero hecho de no haberlas abrazado. Y a veces esa sensación vierte una amargura insoportable en los brebajes más deliciosos.

IV

En cuanto Anny Féret terminó su número se precipitó hacia la mesa de Simon.

—¡Oh, Lachaume! ¡Qué sorpresa! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro! Pero dime, te has convertido en un hombre célebre; ¡uf…!, vaya carrera. Lo he leído allí, en los periódicos. Apenas se atreve una a hablarte.

Tan poco se atrevía que lo tuteaba, cosa que no había hecho nunca antes.

—Acabarás siendo presidente de la República —agregó.

La conciencia es un tribunal que no cumple sus propias sentencias, y Simon se reconcilió consigo mismo gracias a los cumplidos baratos de aquella cantante gorda de cabaret, que venía contoneándose a rozarse con el éxito por el placer de oler su perfume, igual que se frota el ajo en el pan.

—¡Oh, y aquí está Gaby! —exclamó, al reconocer a De Voos—. ¡Vamos, todos los de antes! ¡Pero yo no sabía que vosotros dos erais amigos!

—Nosotros tampoco lo sabíamos hasta esta noche —contestó Simon.

—¡Bueno, ya veo…! De ti no puede decirse que hayas rejuvenecido —le dijo a De Voos—. Eso me consuela. ¿Has visto cómo me he puesto? —agregó, llenándose las manos con los rollos de los costados—. Pero esto da igual; ¡lo importante es sentirse joven por dentro!

Anny Féret era una «buena muchacha» con un gran repertorio de lugares comunes.

El inmenso Van Heeren pareció salir de repente de las profundidades de sí mismo; se le encendieron los ojos como dos bombillas redondas, abandonó su lugar, se acercó a Gabriel y, mirando la enorme panza de la cantante, dijo:

—De Voos, mi querido amigo, ¿es ésta la vida, tal vez, de la que hablaba?

Luego se sentó junto a su compañero de borracheras y volvió a su mutismo y su somnolencia inmóviles.

—Bueno, ¿y Sylvaine? —le preguntó Anny a Gabriel—. ¿Seguís juntos? ¿No? ¿Se acabó? ¿Te has casado? ¡Bravo! ¿Eres feliz?

—¿Qué Sylvaine? —preguntó Simon.

—Sylvaine Dual, debes de conocerla. ¡Sí, claro que la conoces! —

contestó Anny—. ¡Otra que ha sabido subir! Cada vez que pienso que fui yo quien le puso el pie en el estribo… es un decir… con el pobre Lulu… Bueno, estuvieron mucho tiempo juntos, Gaby y ella. Él le costó caro, además, porque sabe sacarles los cuartos, ¿verdad, Gaby?

Simon comprendió que aquel hombre de frac medio derrumbado encima de la mesa, con los ojos inyectados, era el famoso gran amor trágicamente roto del que Sylvaine hablaba a veces para otorgar a su propio personaje nobleza y misterio.

El rostro de Simon adquirió una expresión tan singular que Anny Féret le preguntó:

—¿No habré metido la pata, por casualidad?

—No, no —dijo Simon.

Así que Anny Féret volvió a Sylvaine.

—Y además un poco lesbiana, por si fuera poco —agregó—. A mí no me parecía desagradable…

«Sí…, lesbiana. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a serlo… también? —pensó Simon—. Un poco más o un poco menos… Hombre o mujer, ¿qué más da?» Pero Simon no lograba contener la inexplicable repugnancia que sentía. Anny con Sylvaine, Sylvaine con Maublanc, Marthe con Wilner, Stenn con Marthe, Marthe con Simon… Simon con la señora Eterlin, la señora Eterlin con Jean de La Monnerie, Jacqueline de La Monnerie con De Voos, De Voos con Sylvaine, Sylvaine con Wilner, Simon con Sylvaine… De repente aquella balada de los colgados por el sexo empezaba a aullar en su cabeza. Danza macabra del amor que siempre giraba en círculo; las generaciones enganchadas las unas a las otras y los muertos mezclados con los vivos, cada uno pataleando en su propio fango… Y el mismo violín acompañaba con sus lánguidos gorjeos el amontonamiento regular de toda aquella basura, y Simon veía frente a él, fuera a Neudeker hacía diez años, fuera a De Voos hoy, a un héroe militar podrido de drogas o de alcohol, que simbolizaba la decadencia de la fuerza.

Simon, que durante diez años se había divertido con aquel cruce constante de parejas, que había ocupado su puesto en aquel juego con tanto placer como vanidad, de pronto se sentía presa de una brusca opresión y del horror. ¿Por qué? ¿Qué sucedía?

—En el fondo —le confesaba De Voos a Anny Féret con la voz pastosa—, debería haberme quedado con Sylvaine. Era una chiquilla maravillosa. La dejé de malas formas. Pero bueno; hace quince días estaba decaído y me volví a acostar con ella.., una noche, y me sentó muy bien.

Simon tuvo la sensación de que le deslizaban una lámina de hierro ardiente bajo la piel. Todo cambiaba, la temperatura de sus miembros, el peso de su sangre, el ritmo de su pensamiento. Sintió

deseos de tirar de la silla a aquel cretino ebrio, pero la consciencia de ser un personaje público lo contuvo.

«¡Hace quince días...!», es decir, en el curso de una semana en que Simon había visto a Sylvaine tres o cuatro veces. ¿Acaso no le bastaba?

«Pero ¿qué me pasa? —se preguntó Simon—. Esa muchacha me importa un comino; la veo cuando me apetece y ella también. No nos debemos nada. Es perfectamente libre de hacer lo que quiera las noches que yo no estoy con ella. ¡Me estoy volviendo loco!»

Pidió la cuenta con impaciencia, pagó, se despidió tan sólo de Anny Féret y se fue.

—Decididamente, creo que he metido la pata —dijo la cantante cuando Simon hubo salido de la sala.

Éste dejó a su colaborador en la esquina de una avenida. «Está usted a dos pasos de su casa, ¿verdad?» Y se dirigió hacia la calle de Nápoles. «Sería gracioso —pensaba, riéndose para sus adentros— que ese cretino viniera también a casa de ella esta noche». La lámina de hierro continuaba ardiéndole en el pecho y los riñones, y aquella sensación se volvía insoportable.

Sylvaine, que ya estaba acostada, fue a abrirle, soñolienta y sorprendida, pero en el fondo bastante contenta.

Sin decir palabra, Simon le dio un par de bofetadas, en las dos mejillas... Y la lámina de hierro ardiente comenzó a enfriarse y a retirarse de debajo de su piel.

Fue así como Simon y Sylvaine descubrieron que se amaban.

V

La sala del Carnaval estaba vacía. La orquesta ya sólo tocaba para Van Heeren, que cabeceaba, y para Gabriel, que se había sentado solo a una mesa, había pedido papel y escribía.

Anny Féret se había marchado. El violinista miraba al *maître d'hôtel*, el *maître d'hôtel* miraba al camarero; primero habían colocado la cuenta delante del holandés, y luego delante de Gabriel. Éste se la había metido distraídamente en el bolsillo y había hecho una seña para que le sirvieran más bebida.

Sabía que estaba borracho, pero se sentía maravillosamente lúcido en medio de un universo turbio y movedizo; era como un centro de luz rodeado de formas vagas animadas de un absurdo movimiento giratorio. Le parecía haber alcanzado, al fin, la suprema inteligencia de las cosas, la conducta justa. Los astros también giraban alrededor de un centro…

«Puesto que dejo vía libre, es preciso que ella sepa por qué», se había dicho. Y en la parte superior de la hoja que le habían traído escribió: «Puesto que dejo vía libre, es preciso que sepas por qué…». Las frases acudían por sí solas, con una precisión, una exactitud en los términos que maravillaba a Gabriel. «Puesto que no vas a verme más, es preciso que sepas por qué. Desde hace dos años y medio, me has hecho sufrir como no está permitido hacer sufrir a un hombre. No está permitido obstinarse en hacer sufrir como tú me has hecho sufrir…» Todo ello le parecía a Gabriel deslumbrante; incluso el hecho de que las líneas convergieran hacia el final de la página. Era normal; las paralelas se reúnen en el infinito… «Jamás has dejado de hablar con tu muerto. Pero ¿acaso te ha contestado él alguna vez? No te ha respondido porque del otro lado no hay nada. Ése será tu castigo cuando te des cuenta de ello. ¡Del otro lado no hay nada, nada!»

Fue interrumpido por la llegada de un grupo de juerguistas tocados con sombreros de papel que soplaban cornetas de madera. Su entrada olía a cotillón frío, al esfuerzo estúpido para prolongar las diversiones de la víspera y utilizar los accesorios que quedaban. Oscilantes sobre sus piernas cansadas, sosteniéndose por los brazos, vocingleros a fin de no dormirse y con los síntomas de la indigestión en la cara, aquellos individuos eran los despojos de la fiesta parisina de Nochebuena que había desencadenado la cólera de Gabriel.

Los músicos, extenuados, fingieron animación y alegría, y los tapones de las botellas de champán saltaron entre los dedos ágiles de

los camareros.

«Te mereces las desgracias que te han sucedido y las que han de sucederte», siguió escribiendo Gabriel.

Al levantar los ojos no le asombró ver a Van Heeren disfrazado con un turbante de papel estampado ni de que le hubieran puesto, a él también, un sombrero de payaso. Unas serpentinas multicolores lanzadas a través de la sala se le enrollaron en el cuello, las muñecas y la estilográfica, y unas bolitas elásticas le rebotaron contra las sienes. Una animadora que el ruidoso grupo había recogido al pasar en un establecimiento menos elegante que el Carnaval se acercó a Gabriel y con ese tono irónico, provocador y casi agresivo que tienen muchas veces las mujeres en venta, le dijo:

—¿A quién escribes? ¡No son horas para escribir! ¿Es una carta de amor?

Gabriel levantó las cejas hacia ella sin verla, sin darse cuenta de su palidez, de la negrura de su pelo muy lacio, y de que tal vez podría haber sido hermosa si no tuviera los ojos tan juntos y la mandíbula tan ancha.

—¡Bueno, no eres muy parlanchín que digamos! No tengo ninguna intención de comerte, ¿sabes? —agregó ella.

Y se alejó en dirección al guardarropa.

Enredado aún en las serpentinas, Gabriel volvió a inclinarse sobre la cuartilla. «No has comprendido en absoluto la clase de hombre que soy y, naturalmente, como no has comprendido nada de mí, tampoco podrás comprender mi carta...» Entonces Gabriel dejó la pluma, cogió la hoja y con una lógica perfecta, la desgarró en ocho.

Precisamente en aquel momento el ruidoso grupo, empujando su alegría como si fuera una carretilla, se retiró del Carnaval para ir a esparcir sus cohetes y sus confetis a otra parte. La animadora, que salió del guardarropa unos instantes después, exclamó:

—¡Qué cerdos! ¡Me han dejado plantada! —Y se sentó al lado de Gabriel—. Bueno, ¿has terminado la carta? —preguntó—. ¿Tienes algún disgusto? Vamos, no hay que pensar en eso, hay que estar alegre. Iremos a buscar a mis amigos, ¿quieres? Me parece que sé dónde están.

Le sacó el sombrero de payaso, se lo puso y se volvió hacia un espejo, diciendo:

—¿Y a mí, cómo me sienta?

Luego arrastró a Gabriel por el brazo.

—Vamos, esto es un aburrimiento.

—Sí —dijo Gabriel, levantándose—. Tengo que ir a explicárselo; se lo explicaré yo mismo. Y después ya veremos —añadió con un gesto amplio y vago.

Le trajeron la pelliza y el sombrero. Puso un billete de cien

francos en la mano del botones.

—¿Y la cuenta? —preguntó el *maître d'hôtel.*

Gabriel esbozó otro gesto vago y amplio en dirección al barón holandés.

Los músicos se apresuraban a guardar sus instrumentos en los estuches, y los camareros recogían en un cesto las serpentinas y los pedazos de la carta. Van Heeren, que acababa de cobrar consciencia de su abandono, exclamó:

—¡Queridísimo amigo...!

Luego se hundió como una mole en la banqueta, esta vez para dormirse de veras.

Gabriel salió con la animadora colgada de él. Ella también estaba medio borracha; la vergüenza de la soledad y la esperanza mecánica del lucro hacían que se pegase como un alga a aquel hombre que no le contestaba. Se sentaron en el interior del coche, cerraron de golpe las portezuelas y Gabriel se derrumbó sobre el volante, con la cabeza entre las manos.

—Pero en fin, ¿qué me sucede?, ¿qué me sucede? —gimió.

La animadora le pasó el brazo alrededor del cuello.

—Vamos, no te pongas triste. Ya verás, yo te voy a consolar, precioso; yo te voy a consolar —le susurró. Y deslizó la lengua en la oreja de Gabriel, como si quisiera que sus palabras penetrasen mejor.

Entretanto, Gabriel intentaba reconstruir los términos de su carta, especialmente aquel pasaje deslumbrante, irrefutable, que lo resolvía todo.

—Has sido tú quien me ha quitado la carta, ¿verdad? —le preguntó a la animadora con maldad.

—No, precioso; has sido tú quien la ha roto.

—¡No es cierto!

—Sí, te lo aseguro.

—¡Puede ser...! —dijo Gabriel.

Arrancó lentamente.

La animadora acariciaba el forro de castor de la pelliza.

—¿No es una barbaridad poner una piel como ésta por dentro? —murmuraba—. ¿Sabes?, lo que más me gustó de ti a primera vista fue que llevaras una flor en el ojal —agregó—. Me parece distinguido... Bueno, ¿adónde vamos, precioso?

De Voos se dirigía hacia la puerta de Italia.

—¿Vives por ahí? —siguió preguntando ella.

De repente, detuvo el coche en plena avenida, agarró a la mujer por los hombros, trató de mirarla a los ojos a través de su turbia borrachera compartida, y le gritó:

—¿Qué crees tú que hay del otro lado?

—¿Cómo, del otro lado?

—Sí, ¡cuando uno está muerto!

La mujer se encogió de hombros y respondió:

—¡Ah!, ¿es eso lo que te preocupa? Entonces tienes que estar borracho… Vamos, no le des vueltas; no hay nada. Todo lo que nos cuentan son historias. ¡Absolutamente nada!, estoy segura. ¡Eso es lo feo!

—¿Verdad? ¡Tú también estás segura! —exclamó Gabriel con una risita triunfal.

Arrancó de nuevo, apretando a fondo el acelerador.

—Ahora ya sé lo que tengo que hacer —murmuraba Gabriel.

—¡Eh, tú! No sé qué es lo que debes hacer, pero ésa no es una razón para matarnos. Vamos, hermoso, más despacio.

Le acarició la mano, el cuello y el muslo para tratar de calmarlo, pero Gabriel no oía nada, no sentía nada.

—Por fin voy a ganar, por fin voy a demostrarle… —repetía. Y los faroles, las aceras y las casas desfilaban ante él como manchas de sol y de sombra en el agua de un lago. El coche había dejado atrás la puerta de París.

—Si no para usted inmediatamente, pido socorro, llamo a la policía —dijo la mujer, a quien el miedo había devuelto el uso del usted.

Las ruedas saltaban sobre los adoquines de Villejuif y el marcador de velocidad, débilmente iluminado por la lámpara piloto, alcanzaba cifras extremas. La pata de ciervo, debajo, se bamboleaba y golpeaba contra una manecilla.

La muchacha, cuyo pánico aumentaba de segundo en segundo, se preguntaba hacia qué destrucción en el fondo de la noche, o hacia qué celo salvaje seguido de estrangulamiento la arrastraba aquel alcohólico demente. Se puso a gritar sin cesar, de manera inhumana y estridente. Entonces Gabriel pareció darse cuenta de su existencia.

—¿Qué? ¿Quieres bajar? —dijo.

Disminuyó la marcha sin detenerse del todo, se inclinó para abrir la portezuela y empujó a la mujer fuera del coche.

Ésta recorrió varios metros sin mantener apenas el equilibrio, tropezó contra una acera, se agarró a un árbol y se quedó aferrada al tronco, con el corazón desbocado y las sienes húmedas. Las luces traseras del coche ya habían desaparecido.

VI

La habitación de Diana, llamada así porque al parecer Diana de Poitiers había dormido allí y los tapices de caza que cubrían las paredes se habían realizado en su honor, daba a la fachada ilustre, en el segundo piso. Dos altas ventanas que llegaban hasta el entarimado en damero se abrían sobre una galería desde donde la vista, de día, dominaba el patio de honor, el estanque verdusco y gran parte del parque.

Aquella estancia de techo artesonado tenía un aire un tanto feérico a causa de los famosos tapices, ornamentados con centenares de personajes azules y dorados, vuelos de pájaros, saltos de caballos y de ciervos, jabalíes, panteras, negros y diosas.

Desde los años de su primer matrimonio, Jacqueline siempre había ocupado aquella habitación en Mauglaives. A aquella hora, sólo un retazo del tapiz, una de las columnas del lecho y un sillón de damasco estaban alumbrados por una minúscula vela colocada sobre la mesilla de noche. Con los ojos abiertos, Jacqueline pensaba: «Habría que instalar la electricidad en Mauglaives. Por lo menos parcialmente. Pero mientras viva mi pobre tío no es posible, él no lo comprendería. Además, ¡hay que hacer tantas reparaciones! En esta misma habitación, el antepecho de la galería amenaza ruina, el entarimado está combado... Si uno empieza...».

Había pasado una noche de insomnio, sumiéndose a ratos en un duermevela muscular, sin que ni un solo instante su conciencia ni su pensamiento lograran dormirse. El ligero somnífero que había tomado no había servido para nada más que para ponerla en un estado de menor resistencia a la obsesión. «Volverá, naturalmente, no puede dejar de volver. Volverá mañana... En el fondo, habría hecho mejor yéndome a la montaña... Pero ¡con tal de que no le haya pasado nada! En fin, tiene su fetiche en el coche...

Pensó en las primeras semanas de su noviazgo... Revivió aquel viernes en que Gabriel y ella, el uno al lado del otro, esperaban en la linde del bosque que los perros, que habían perdido la pista, encontraran la huella. Gabriel le dijo, casi en broma, pero con la voz trémula:

—Entonces, Jacqueline, ¿cuándo nos casaremos?

—Dentro de seis semanas, si tú quieres, Gabriel; al final de la temporada de caza...

Y Jacqueline había tenido la sensación de que iba a caerse del

caballo.

La estearina desbordaba de la arandela y se deslizaba como un arroyuelo de perlas, a lo largo del candelero de plata.

Jacqueline intentó recordar su noviazgo con François y se angustió al darse cuenta de que sus recuerdos ya no eran ni precisos ni inmediatos. «A ver, ¿qué me dijo exactamente? ¿Dónde estábamos?» Tuvo que recorrer todo el bosque de su pasado para encontrar los caminos de su primer amor. El tiempo había devorado a François. Jacqueline sintió vergüenza, arrepentimiento y temor.

«Perdóname, François, perdóname —murmuró interiormente—. Tal vez le ame tanto como te he amado a ti; tal vez más, puesto que le amo sin ser feliz… y él no lo comprende. ¿Por qué no lo comprende? Estamos todos enfermos…»

El ronroneo de un motor creció en la noche; los neumáticos chirriaban sobre los guijarros… Jacqueline contuvo el aliento para asegurarse de que eran sonidos reales. Las lágrimas le llenaron las pestañas. Gabriel volvía. La angustia la abandonó, dejándola extenuada. Gabriel volvía, pero ¿en qué estado? Aunque, de momento, ¿qué más daba? Porque a pesar de todo, Jacqueline no tenía otro deseo, otra necesidad para calmar su pena que sentir contra ella aquella gran cabeza de hombre, aunque fuera la de un hombre borracho.

VII

Al bajar del coche Gabriel arrancó del montante del parabrisas un objeto felpudo y pesado, se lo puso en el bolsillo de la pelliza y empujó la portezuela, olvidando apagar los faros. Luego, con un paso a la vez violento e inseguro se dirigió hacia una de las puertas del castillo. No vio a Laverdure, que venía de la perrera con un perro atraillado. La noche de invierno era aún negra; hasta dentro de media hora no se empezaría a ver un poco claro. Era la hora en que Laverdure empezaba a trabajar. El segundo montero, que debía trabajar el bosque aquella mañana en secciones más alejadas, se había ido hacía un momento.

Todo el castillo estaba sumido en un sueño, así como las dependencias de servicio. Sólo se oía el gruñido de los perros que se habían despertado al sacar a los rastreadores. Laverdure observó, a la luz difusa de los faros vueltos hacia las cocheras, la silueta de Gabriel, que empujaba la puerta del castillo. Se llegó al coche y apagó las luces. «El frío pica esta mañana —pensó—. No vaya a ser que se hiele el agua en el motor». Levantó el capó, abrió la llave de vaciado del radiador y escuchó un instante cómo escurría el agua.

«De todas maneras, no es prudente dejar las puertas del castillo abiertas por la noche —siguió pensando—. Puede saberse y tentar a los merodeadores, pero no queda más remedio, por culpa del señor conde, que vuelve sabe Dios cuándo. A lo mejor también está enfermo. Cualquier día va a caerse por una escalera. Debería llevarlo a su habitación...» Se dirigió hacia la puerta del castillo, que había quedado abierta de par en par. En aquel momento, el perro lanzó un aullido siniestro.

—¡Calla, *Cigarette*! —dijo Laverdure, dando una palmada en el hocico a la perra. Y la ató a un gran limpiabarros de hierro.

A Gabriel le costó trabajo encender uno de los candelabros colocados sobre la gran consola del vestíbulo; se había olvidado de cerrar la puerta, y una corriente de aire constante que giraba en torno a él se le enrollaba en el brazo e inclinaba la llamita amarilla que le iluminaba mientras subía por la escalera, junto a la parte inferior de los retratos de los mariscales de Mauglaives: sus manos sonrosadas, barnizadas y resquebrajadas, posadas imperiosamente sobre una cureña de cañón o sobre el mapa de Flandes.

Al dar la vuelta en el primer descansillo, Gabriel se sintió traidoramente agarrado por la muñeca y dejó caer el candelabro. Se

había enganchado la manga en uno de los anillos de cobre que sostenían el grueso pasamano de terciopelo rojo. Siguió a tientas. Percibió vagamente un paso que respondía al suyo en el piso inferior. Pero Gabriel se hallaba en tal estado que no se hubiera vuelto ni aunque el peso de su sombra hiciera crujir los escalones detrás de él. En el bolsillo de su pelliza acariciaba un objeto flexible y pesado, terminado en una masa redonda y pulida semejante a una piedra dura.

De la parte inferior de la escalera llegaba un resplandor difuso, como si la mano sonrosada de uno de los mariscales hubiera recogido la palmatoria. Cuando Gabriel enfiló el pasillo del segundo piso el resplandor desapareció, pero Gabriel divisó al fondo de la inmensa caja de sombra un estrecho rayo amarillo que subrayaba la parte baja de una puerta. Precisamente iba allí.

Jacqueline oyó que los pasos se acercaban y luego el roce, casi animal, de la mano que buscaba el picaporte de bronce. Después se abrieron las hojas de la puerta, tras resistirse un poco, como siempre, sobre una parte del entarimado dilatada por la humedad.

Jacqueline vio acercarse a Gabriel, con sus altos hombros cubiertos de castor, la pechera desalmidonada y la corbata blanca caída debajo del cuello. Vio acercarse su rostro. Si se irguió, puso sus minúsculos pies desnudos sobre el entarimado y retrocedió todo lo que pudo contra la columna del lecho, buscando un camino de huida, no fue porque Gabriel llevase la máscara de la borrachera, sino porque aquella máscara, a través de los caminos de la noche, se había transformado en una fijeza dichosa, demoníaca y demente. Quiso gritar: «¡Gabriel!», pero desdichadamente articuló: «¡François!».

Con las manos bruscamente extendidas frente a ella, intentó proferir un alarido para advertir a Gabriel de que volviera a la realidad humana, pero la pata de ciervo le cayó sobre la sien, el grito se le detuvo entre la garganta y los dientes, y su cabeza rebotó contra la columna de roble.

VIII

Laverdure, iluminándose con su viejo mechero de guerra fabricado con una bala, avanzaba por el pasillo del segundo piso. «Ha entrado en la habitación de la señora condesa, a estas horas —se dijo—. Así que no necesito...»

No obstante, por breve y atenuado que fuese el grito que había oído, estaba tan preñado de espanto que Laverdure siguió adelante. «¡Qué atrevimiento! ¡Qué atrevimiento! —se repetía—. A lo mejor están en la cama, después de todo. ¿Por quién me van a tomar?» Maquinalmente, se quitó la gorra y la puso en el bolsillo de su viejo abrigo.

La puerta de la habitación de Diana estaba entreabierta. Laverdure vio a Gabriel que sostenía con una mano, por el cuello del camisón, el cuerpo inerte de Jacqueline, Y con la otra le golpeaba la cabeza. El cráneo, bajo el garrote córneo, producía un sonido mate y crujiente.

Gabriel no mostró ninguna sorpresa al ver entrar a Laverdure, no opuso ninguna resistencia para dejar que lo separaran de su víctima. El montero sintió deslizarse bajo sus dedos los senos de Jacqueline y, como si hubiera tocado una cosa prohibida, desplazó las manos. Para mayor seguridad, examinó los párpados, el aliento y el corazón de la condesa, aunque estaba acostumbrado a ver morir a hombres y a bestias como para abrigar ninguna esperanza. Entretanto, pensaba muy deprisa. «El señor conde irá a la cárcel... La policía..., los periódicos... Y luego están el señor marqués y los niños...»

Con la velocidad de reflejo del cazador, recorrió la habitación. No había desorden, ni huellas de lucha; la cama estaba abierta sin muestras de violencia. Gabriel, embrutecido, con los dedos relajados, había dejado caer el arma. «Por suerte, el asta golpea sin cortar —pensó Laverdure—. Si hubiera cogido el candelabro, habría sangre por todas partes...»

De la oreja y del orificio derecho de la nariz de Jacqueline brotaban dos hilillos parduscos, ya agotados y brillantes. Había recibido los golpes en el pelo, y le habían roto el cráneo sin que ello fuera visible en la cabellera.

Laverdure levantó el cadáver, se dirigió a una de las enormes ventanas, la abrió y con el fardo salió a la galería que reinaba sobre el silencio de la noche glacial, a veinte pies de altura. Se detuvo para calcular bien su gesto; apoyó el vientre de Jacqueline en la

balaustrada de piedra esculpida, que desde hacía tiempo amenazaba ruina. Luego, colocándose detrás, dio una patada contra la balaustrada y ésta se derrumbó en la noche, cayendo al vacío las piedras y el cadáver. A continuación, Laverdure abandonó la galería, volvió a cerrar la puerta que hacía las veces de ventana, y recogió la pata de ciervo. «¡Caramba! ¡La verdad es que lo que acabo de hacer ha sido muy inteligente! ¡Muy listo, sí!», pensó mientras se apresuraba a dejar abierta la puerta.

—Vamos, señor conde, hay que darse prisa —dijo en voz baja y estricta, tomando a Gabriel por el brazo.

Salieron sin tocar nada en la habitación. La llama de la vela temblaba a causa del aire de la balaustrada. Los dos hombres entraron en el dormitorio de Gabriel, que estaba al lado. Encendieron otra vela. Gabriel se dejaba conducir; por una vez, consintió que Laverdure lo desvistiera. Sólo por un instante Gabriel pareció despertar de su embotamiento; fue para decir:

—No pudo contestarme. Debería haberlo tenido en cuento. Yo tampoco lo sabré nunca.

Su rostro comenzó a ponerse verde y Laverdure lo abofeteó, sin maldad, con golpecitos rápidos, para impedir que vomitara. Laverdure esparció por la cama y el suelo, con la negligencia que atribuía a un hombre rico y borracho, la pelliza, el frac, la camisa y los zapatos de charol. Registró apresuradamente el armario y la cómoda, obligó a Gabriel a ponerse un pantalón de montar y un jersey grueso de cuello de cisne, y le metió las piernas en botas de tela impermeable.

—¿El gabán amarillo del señor está en el vestíbulo?

Gabriel asintió.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo Laverdure.

Volvieron al pasillo. Las sombras habían perdido densidad. Laverdure temía que se abriera alguna puerta. «Si alguien nos ve, seré cómplice, seré cómplice. ¿Qué podría decir? ¿Por qué lo he hecho?» Era muy improbable que alguien hubiera oído la caída de las piedras. Florent y su mujer ocupaban una especie de semisótano, debajo del viejo amo, para poder acudir a la menor llamada. Los demás criados vivían en las dependencias del servicio, y sus despertadores aún tardarían en sonar. Sólo la señora de La Monnerie ocupaba aquella parte del edificio, pero estaba tan sorda... Sin embargo, cuando los dos hombres se disponían a bajar la escalera, Laverdure oyó una voz procedente de las profundidades de las carpinterías que decía:

—¿Qué sucede? ¡Pase!

En el vestíbulo, Laverdure le dio a Gabriel el abrigo amarillo, le puso los guantes y un sombrero de tela entre las manos, y lo empujó afuera; a continuación, volvió a cerrar la puerta y desató a *Cigarette*, que temblaba. «Y es una suerte que ésta no se haya puesto a ladrar»,

pensó Laverdure.

Volvió a colgar la pata de ciervo en el coche, en su lugar habitual, tras haberla limpiado con esmero en su abrigo. Laverdure hizo subir a Gabriel al coche y bordeó el castillo, con la intención de no atravesar el patio de honor y salir al parque por una avenida lateral.

La inmensa fachada empezaba a recortarse en el cielo sombrío, pero aún era imposible distinguir nada en el suelo. «¿Y si me he olvidado de cualquier otra barbaridad, como la ventana, en la que al principio no había pensado? —se decía Laverdure—. Por otra parte, en el entarimado están nuestros pasos; los míos y los del señor conde. Y luego, pensar cómo se cayó la señora condesa... En fin, no se puede volver atrás. Pero ¿por qué lo he hecho?»

Cigarette ya empezaba a tirar de la traílla.

IX

El entumecimiento de los pies, debido a que Laverdure, al ponerle las botas, le había dejado debajo los finos calcetines de seda, devolvió a Gabriel a la realidad. Estaba en pleno bosque, al amanecer. Caminaba de prisa, y sin embargo tiritaba. Laverdure, con el brazo estirado por el rastreador, lo precedía unos cuantos pasos y decía con voz sorda:

—¡Vamos, muchacho, vamos! ¡A por ella! ¡Allá, allá!

Cigarette avanzaba, balanceando la nariz a unos centímetros del suelo. Luego, levantó de repente el hocico junto a un arbolillo, vaciló, trató de reconocer en el aire frío algo tan sólo perceptible para el olfato canino y siguió adelante. De pronto, sin ninguna muestra de vacilación, *Cigarette* se lanzó hacia delante, arrancando casi la traílla de la mano del montero, trepó el corto talud y, gruñendo, quiso internarse en la enramada.

—Tienes razón, muchacho —dijo Laverdure, sujetando a la perra —. Sí, así es; ese venado no sale del cercado. Es una lástima; un venado así, a juzgar por su pie, y que no podremos cazar —agregó con una mirada de rencor hacia Gabriel. Permaneció en silencio unos instantes, meneó la cabeza y prosiguió en voz más baja—: Cuando pienso que ya no volveremos a ver a la señora condesa a caballo...

Gabriel, con las costillas inferiores bruscamente apretadas, se había encorvado como si fuera a vomitar. Tan sólo eructó, y a su alrededor el aire frío se impregnó de olor a champán.

—¿El señor se encuentra un poco mejor? ¿Ya sabe el señor lo que va a tener que decir? —preguntó Laverdure.

Gabriel se enderezó, aspiró largamente, miró a su alrededor, pareció buscar el camino que lo había llevado hasta allí y luego dirigió los ojos hacia Laverdure.

—Sí... sí..., creo... —dijo.

—Bueno, entonces escúcheme bien, señor —continuó el montero, apoderándose con su mirada gris y dura de la mirada de Gabriel—. El señor volvió de París, supongo, hacia las seis menos cuarto. El señor estaba alegre, había pasado la noche en compañía, pero eso a mí no me va ni me viene. El señor bajó del coche en el mismo momento en que yo salía para el bosque con *Cigarette*. El señor conde me dijo: «¡Vaya, Laverdure!, espéreme; voy a trabajar el bosque con usted!». Yo le contesté: «Eso es muy del señor conde; nunca está cansado. Será un honor para un montero que el amo vaya con él». ¡Quieto, *Cigarette*! ¡Quieto!

Los dos hombres estaban frente a frente; Gabriel, alto, inclinando un poco la frente tocada con el sombrero de tela, y Laverdure, achaparrado, con la cara alzada hacia el conde y el brazo sacudido por la impaciencia de la perra.

—El señor haría bien en limpiarse la oreja, si me permite el atrevimiento. No causa buen efecto, sobre todo hoy.

Gabriel encontró un pañuelo en el bolsillo de su abrigo, se quitó el carmín de la animadora y contempló el pañuelo. ¿Qué había sido de aquella mujer?, se preguntó. De pronto volvió a ver la portezuela que se abría, su cuerpo que se tambaleaba. ¿No la habría matado a ella también? Sólo lograba recordar sus ojos demasiado juntos, y un grito junto a él...

—Entonces —siguió Laverdure—, el señor me encargó que vaciase el radiador del coche mientras iba a cambiarse de ropa. El señor no quiso despertar a la señora condesa; yo no lo sé, pero me lo supongo... *El señor no fue a despertar a la señora condesa* —repitió Laverdure en voz más alta y con más claridad, hasta que obtuvo un signo de asentimiento de Gabriel—. El señor se vistió deprisa, volvió a bajar enseguida y luego fuimos por detrás del castillo. Y ya está, nada más. Si le llegaran a preguntar varias veces si no recuerda haber oído nada detrás de él cuando caminaba por el parque, el señor, fingiendo pensar, podría recordar que me dijo: «¡Caramba, Laverdure!, ¿qué ha sido ese ruido?», y que yo le contesté: «Debe de haber sido una rama muerta que se ha caído en el estanque». Pero sólo si se lo preguntan. Y después nos fuimos a Chêne-Brûlé, donde yo había apalabrado ayer con el señor que iría, puesto que me habían dicho que había animales por ahí; empezamos la búsqueda y emboscamos un venado en el gran cercado.

Laverdure se puso en cuclillas, apartó algunas ramas y hundió el dedo índice en un agujero del ancho de una moneda de cinco francos y de unos centímetros de profundidad, en el lecho frío de las hojas muertas.

—Ese ciervo es una cuarta cabeza, no cabe duda —dijo—. Y un buen pie... El señor conde puede verlo... Y ahí están los pies de las ciervas... Lo más curioso es que hay otros animales que pasan por la misma huella. Esa marca grande, allá, en triángulo, ¿la ve, señor conde?, con las dos pezuñas plantadas hacia atrás, es un tercer año de ciento veinte o ciento treinta, que también es de esta noche; está muy fresca. Pero ya lo ve, *Cigarette* ni siquiera ojea esa pista. No se puede negar que es hija de *Valençay*...

El instinto de la caza y la afición por el trabajo bien hecho se imponían a todo lo demás.

—Hoy no corre peligro que trabajen demasiado los animales —prosiguió—; de todas maneras, me gustaría ver cómo es este ciervo.

Se internó en el tallar, siguiendo con prudencia las grandes *s* trazadas por el perro, y Gabriel fue tras ellos; a veces, alguna ramita desnuda le hacía un rasguño en la cara.

—¡Chist! —murmuró Laverdure a Gabriel, indiferente al ruido de las suelas frías de sus zapatos, que crujían sobre las hojas.

Luego Laverdure se agachó de repente, atrajo a *Cigarette* contra él y le susurró:

—Quieta, amiga, quieta. —Y a Gabriel—: ¿Los ve, señor conde? Allí...

Y señaló con el dedo, a través del ramaje, un ciervo y tres ciervas, de color leonado a la luz de la mañana, contra la esbelta blancura de los abedules. Los animales inclinaban el cuello, lo volvían a levantar, masticaban una hoja o una hierba con aire desdeñoso, y avanzaban a pasos gráciles, empujando ante su hocico móvil y delicado la bola lechosa de su aliento.

Gabriel se llevó las manos a la frente.

—Pero Laverdure, ¿qué ha sucedido? ¿Qué he hecho? —exclamó.

Al oír su voz, las ciervas se sobresaltaron y en sus hermosos ojos alargados de princesas miopes apareció una expresión de terror; el ciervo volvió su cornamenta y sus narices temblorosas en dirección a los hombres; luego la manada se alejó con un trotecito digno, las ciervas empujándose las unas a las otras y el macho cerrando la marcha.

—El señor no debe pensar más en eso. El señor tiene que olvidarlo todo como si no hubiera ocurrido —dijo Laverdure—, y acordarse tan sólo de lo que yo le he dicho... Ya podemos volver. Es una hora normal...

Gabriel tenía la impresión de que su pensamiento funcionaba en varios planos a la vez, en distintas profundidades.

«Como si no hubiera ocurrido...» De hecho, a Gabriel le parecía que en la maraña de uno de los extraños planos de consciencia, los recuerdos inconexos de aquella noche interminable eran como un sueño agitado, o como las fantasías absurdas de la embriaguez. Alguien le sacudiría por el brazo y le gritaría: «¡Vamos, despiértate de una vez!», y nada habría cambiado. Volvería a ver a Jacqueline vestida de caza, galoparía junto a ella; volvería a estar celoso y sufriría lo indecible. Pero en otro plano se multiplicaban los fragmentos de certidumbre, como el carmín de labios, que demostraba la existencia de la animadora; frágiles evidencias que enlazaban los recuerdos con el dominio de lo real, de lo que había sido llevado a cabo, de lo irremediable. Y, por otra parte, Gabriel se disponía a fingir asombro, desesperación, a responder a la investigación de la policía, a ser detenido por asesinato...

—Y la pata de ciervo, ¿qué ha hecho con ella? —preguntó,

tajante, Gabriel.

—He vuelto a ponerla en el coche, en su sitio, señor conde.

—Muy bien, muy bien —contestó Gabriel, como si se tratara de alguna tarea del montero.

Y al instante Gabriel comprendió que aquel criado tan sólo intentaba salvarle el honor y la vida.

—Gracias, Laverdure —dijo en voz baja.

X

Cuando Gabriel y Laverdure regresaron a Mauglaives, Charlemagne, el criado de los perros, salió a su encuentro, corriendo y sin aliento.

—Señor conde, señor conde —gritó—; ¡ha sucedido una desgracia!

—¿Qué ocurre? —contestó Gabriel.

—La señora condesa...

—Bueno, ¿qué le pasa a la señora condesa?

—Se cayó del balcón. Se... se mató.

Gabriel profirió un grito y Laverdure, para sus adentros, lo admiró. «Sí, hace bien —pensó el montero—; este hombre no se derrumbará fácilmente».

Gabriel apretó el paso y, al cabo de un centenar de metros, echó a correr. Durante el camino, Charlemagne repitió tres veces lo poco que sabía.

—Entonces nos dijimos que el señor conde estaría en el bosque con Laverdure, como hace a veces —concluyó—, y me mandaron para que lo avisara. Pero el señor conde estaba más lejos de lo que pensábamos.

Frente al castillo había una confusión atemorizada, amortiguada; un grupo de criados y de campesinos se hallaba bajo la galería, observando las piedras caídas y el lugar de la fachada de donde se habían desprendido.

—Estos edificios parecen sólidos —murmuraban—, pero están viejos y podridos, y un día cualquiera sucede esto...

—¿Quién la encontró?

—Florent, al parecer. Iba en camisón...

—¡Pobre mujer!

—¡Vamos, no se queden ahí! —dijo Laverdure, dispersando el grupo—. ¿Qué es eso de quedarse así frente a la desgracia de los amos?

Luego examinó las piedras desmoronadas, para ver que no hubiera quedado la marca de su bota.

Gabriel entró en el castillo y subió escaleras arriba. El cuerpo de Jacqueline estaba en manos de la mujer de Florent y de la señora Laverdure. Las dos mujeres, con los ojos nublados por las lágrimas, y con la rapidez y la experiencia propia de las campesinas, habían empezado el tocado mortuorio y transformado el dormitorio en capilla ardiente.

—Suerte que la señora condesa había comulgado ayer, por la Nochebuena —murmuraba Léontine Laverdure, sorbiendo por las narices—; no podía tener pecados para ir al otro mundo.

Habían andado tanto por la habitación, de la puerta a la cama y de la cama a la galería, que ya no era posible reconocer ninguna huella clara en el entarimado.

No fue ante el cadáver, sino ante la vieja señora de La Monnerie, cuando a Gabriel le costó más hallar una actitud justa. Decidió ocultarse el rostro entre las manos y llorar. Como tenía los nervios crispados por la fatiga nerviosa, no le resultó difícil, sino que incluso lo apaciguó.

—Cuando pienso…, cuando pienso que la hice tan desdichada… —tartamudeó. Y huyó hacia su dormitorio. La señora de La Monnerie lo observó con los ojos secos; su rostro estaba tan devastado por los años que la tristeza ya no podía estropearlo más.

Laverdure fue a ver al marqués, que había sido advertido, con inútiles precauciones.

—¡Pobre pequeña! —había dicho simplemente el anciano.

Laverdure lo encontró discutiendo con Florent.

—¡Pero el señor marqués no puede ponerse hoy la casaca amarilla! —decía éste—. El señor marqués está de luto riguroso.

—Bueno, entonces póngame la casaca negra —exclamó el viejo—. Vamos a ver, Laverdure, ¿qué informe me trae?

—Pues verá, señor marqués; tendría un ciervo de cabeza en un cercado donde también hay un tercer año… pero con la muerte de la sobrina del señor…, naturalmente…

El ciego permaneció en silencio un instante.

—¿Y qué? Se puede cazar ese tercer año. ¡El jabalí es una bestia negra!, ¿verdad? Pues entonces ¡no le sorprenderá a nadie! Vaya a atacar a su animal, Laverdure; aunque no haya amos, tanto da. Los perros tienen que cazar… Y por la noche ya me lo contará.

Cuando Laverdure salía de la habitación del marqués fueron a decirle que la señora de La Monnerie quería verlo. La vieja dama, con una cinta negra que le sostenía las carnes del cuello, preguntó al montero a bocajarro:

—Laverdure, ¿fue mi yerno quien mató a mi hija?

—Pero, señora condesa…

—¡Vamos, vamos, no me venga con cuentos, amigo mío! Ninguna mujer saldría al balcón en camisón en pleno invierno; se pondría una bata. Vamos a ver; volvió borracho, ¿verdad? Usted es el único que lo sabe, así que si no quiere contestarme… Esta mañana he oído ruidos, sí, por extraño que parezca. Exigiré una investigación policial. Y se sabrá si fue mi yerno o cualquier otro…, o si no fue nadie.

—Es decir, señora condesa…

—¡Hable más alto!

Entonces, por primera vez, Laverdure perdió la paciencia.

—Tal vez pueda decirle algo a la señora condesa —gritó—, pero como la señora condesa, dicho sea con todos los respetos, oye por la noche pero no le sucede lo mismo de día, pues sería como si mandara al pregonero de la aldea que fuera a gritarlo a la plaza mayor.

—Ah, sí… Bueno —dijo, ofendida, la señora de La Monnerie—. Está bien; lo escucharé donde usted quiera.

—Si a la señora no le molestase pasar por la perrera…, como si se interesara por los perros favoritos de su hija —dijo Laverdure, de nuevo respetuoso y cortés.

Al poco rato, la señora de La Monnerie se dirigió a la perrera. Laverdure hizo entrar a la vieja dama en el enrejado y lanzó a los perros unos trozos de carne de descuartizamiento, para que se pusieran a gruñir y a pelearse.

—¡Oh, esto apesta! —dijo la señora de La Monnerie.

—Ya ve… —contestó Laverdure con un gesto de excusa.

Allí, en medio de la baraúnda de los sesenta ladridos, Laverdure dijo lo que sabía, sin insistir demasiado en el gesto criminal, ni aludir siquiera a la pata de ciervo.

—Uno de esos golpes que se dan en una discusión, cuando se está borracho —explicó—. No creo que la quisiera matar. Fue muy mala suerte que la columna de la cama…

Y entretanto gritaba «¡atrás!» a los grandes machos salpicados de rojo y los separaba con un bastón, para que no fuesen a mear en las medias de la señora de La Monnerie.

—Ahora la señora condesa ya lo sabe todo —concluyó—; no tiene más que decidir. Yo actué así, de repente, no sé muy bien por qué…; para evitar el escándalo en Mauglaives… y también por el señor Jean-Noël y la señorita Marie-Ange, que ya han sufrido más desdichas de la cuenta.

La señora de La Monnerie reflexionó, imaginó las consecuencias del asunto, la autopsia, los policías, los inspectores judiciales, los periodistas, las fotografías en la prensa y su familia convertida en pasto de la curiosidad popular. «La hija del poeta Jean de La Monnerie…» «Drama de embriaguez y celos en un castillo histórico…» «El montero disfrazó el crimen…» Mostrarían a Gabriel subiendo a un automóvil entre dos policías. Y luego todo saldría a relucir otra vez en el juicio, en que ella, la condesa de La Monnerie, debería constituirse en parte acusadora… «Sólo redundaría en perjuicio de nuestro medio…»

—Tiene usted razón, Laverdure —dijo—; más vale el silencio que el escándalo. Y si el señor De Voos es culpable, pues si no es castigado en este mundo, ya lo será en el otro… En cualquier caso, usted nos ha

hecho un favor a todos. Se ha comportado como un hombre muy por encima de su condición.

—La señora condesa es demasiado buena —contestó el montero, inclinando la frente—. A propósito —agregó—, el señor marqués querría que hoy se cazase de todas formas...

—¡Ni hablar! —dijo la señora de La Monnerie.

Fue una jornada de formalidades y se sucedieron las primeras visitas de pésame. Gabriel, con los hombros hundidos y la mirada vaga, repitió una vez tras otra:

—No lo comprendo... Debió de oírnos marchar a Laverdure y a mí... debió de salir al balcón para llamarme... No lo sé... ¡Y yo que no quise despertarla!

A fuerza de repetirlo, se imaginaba la escena perfectamente; él recorriendo el parque con el montero, plácidamente, y Jacqueline abriendo la puerta de la galería, tratando de divisarlos en la noche, hasta que las piedras se derrumbaron de repente, cuando ellos ya estaban demasiado lejos para oír la caída.

La señora Van Heeren se presentó sola. Su marido había vuelto de París en tren, «un poco enfermo», explicó. Gabriel hizo lo posible para no permanecer más que un instante con ella.

Gilon fue de gran ayuda para Gabriel; durante todo el día, sostuvo la conversación en su lugar, y por una vez se mezcló con inteligencia en lo que no le concernía. Aunque no llegó hasta las diez y media, y vestido de caza, como de costumbre, parecía que hubiera levantado él mismo el cuerpo de Jacqueline.

A quienes iban a expresarle su tristeza, el marqués les contestó repetidas veces:

—¿Han cazado algo?

Al fin, por la noche, la señora de La Monnerie y Gabriel se encontraron solos cara a cara. Pese a su incomodidad, la señora de La Monnerie lo abordó:

—Gabriel —le dijo—, ignoro y quiero seguir ignorando si le pesa la conciencia. Lo único que le pido es que, en caso de que sienta necesidad de confesarse, lo haga en una ciudad donde ninguno de nosotros sea conocido, y si puede ser, en el extranjero.

Era una forma de darle a entender que estaba al corriente de la verdad, al tiempo que le imponía cierta conducta.

—Pero no desaparezca de inmediato —agregó—; que su partida no parezca una fuga. En primer lugar, será preciso que sustituya a mi hija durante un tiempo en la administración de Mauglaives, e incluso, es su deber, en la tutela de los niños. No tema; yo lo vigilaré.

Luego fueron al salón. El ciego estaba sentado en su rincón junto a la chimenea de los hipogrifos, con la «caja de caza» enfrente, y sus manos recorrían las protuberancias verdes. Laverdure, de pie, con la

misma ropa que llevaba por la mañana y la gorra en la mano, decía:

—Y entonces aparece el jabalí que escapa por la alameda de Dames…

Relataba una caza de la temporada anterior, de la que el anciano ya no se acordaba.

XI

Hasta entonces, Marie-Ange y Jean-Noël sólo habían vestido de luto con colores mitigados: ella vestidos blancos con cinturón malva, y luego vestidos violeta con cinturón blanco, y él traje azul marino primero, más tarde traje de Eton con el pantalón de un gris bastante oscuro para que pudiese servir tanto para la primera comunión como para los entierros… Esta vez, los dos niños se vistieron únicamente de negro durante seis meses.

Marie-Ange recordaba su decepción el día del funeral de su abuelo el poeta, cuando le trajeron un vestido blanco en lugar del vestido «de señora», de color tinieblas, que tanto deseaba. Esas alegrías siempre llegan demasiado tarde. Ahora a Marie-Ange la exasperaban las tristes medias de hilo, apagadas como el hollín, que la obligaban a ponerse y que todas las mañanas tenía que colgar de las ligas grises.

—¡Si por lo menos fueran de seda! —le decía a Jean-Noël—. La tristeza no se demuestra con la ropa.

Llegaron las vacaciones de verano. La señora de La Monnerie decidió ir a Dinard con sus nietos, donde éstos pudieron volver a gozar de ir con las pantorrillas desnudas, vestir una falda de piqué blanco o una camisa de cuello abierto.

Todos los días, antes de comer, la señora de La Monnerie, apoyándose en una alta sombrilla cerrada, daba un paseo, en compañía de Jean-Noël, mientras que Marie-Ange, que apenas había estudiado durante el curso —«Tiene excusa, pero ésa no es una razón», decía la señora de La Monnerie—, permanecía encerrada en el hotel, haciendo los deberes. Cualquier niño que no fuese Jean-Noël hubiera acompañado a regañadientes a una anciana autoritaria y sorda, pero Jean-Noël, por el contrario, experimentaba una especie de deleite melancólico en seguir el paso de su abuela, en llevar el paquete de bizcochos livianos que ella compraba, y en reunirse con ancianos, cuyas arrugas, manías y ropas no se cansaba de observar. Esos viejos, aunque fueran bien educados y, en general, aseados, le recordaban a los mendigos que en otros tiempos desfilaban ante la puerta del palacete Schoudler, y a los que su bisabuelo Siegfried daba limosna.

La contemplación de la vejez constituía para Jean-Noël un placer del que no se cansaba, y que colmaba una doble necesidad de crueldad y de ternura, aunque no era uno de esos muchachitos hipócritas, mezquinos y solapados que viven entre las faldas de los

mayores. Jean-Noël era casi un adolescente, espigado, un poco pálido tal vez, cuyo rostro era de una candidez, una gran elegancia natural y una expresión risueña. Pero la senilidad, el drama y la muerte habían rondado demasiado en torno a su cuna y a su infancia para no dejarle un poso mórbido. El anuncio brutal de la muerte de su madre, seis meses antes, en un chalet de montaña, había concluido aquella educación de la desgracia a través de las lágrimas.

La señora de La Monnerie, después del paseo, tenía la costumbre de ir a sentarse a la playa en una silla de lona, para que Jean-Noël mirase a las mujeres que pasaban por los muelles.

—Tienes quince años —le decía—, y ya que tus padres han muerto, es preciso que alguien se encargue de formarte el gusto. ¿Qué te parece aquélla? ¿No te gusta? Bueno, pues estás equivocado; es un poco robusta, pero tiene gracia. Yo, que he tenido un cuerpo muy hermoso, sé lo que digo.

Los vestidos ligeros, los trajes de baño ceñidos, los tobillos que salían de las sandalias, los andares de los muslos dorados, las espaldas desnudas, la forma de los pechos se convertían en objeto de estudio. La señora de La Monnerie no se daba cuenta de la turbación que a veces se apoderaba del muchacho, ni de cómo lo miraban las mujeres y ciertos hombres, ni de lo atronador que era su tono de voz.

—Bueno, sí, abuela; ésa me gusta —murmuraba a veces Jean-Noël.

—Pobre pequeño —contestaba la señora de La Monnerie—; decididamente, no tienes ni pizca de gusto. Me pregunto para qué me tomo tantas molestias. ¡Sólo te llaman la atención las ligeras de cascos!

Hasta la hora del almuerzo la señora de La Monnerie se volcaba en sus nietos, pero por la tarde, como jugaba al bridge, confiaba en la buena educación que les había dado por la mañana.

Jean-Noël había trabado amistad en la playa con unos ingleses mucho mayores que él. Una mujer rubia y pálida, con los párpados un poco ajados por el tiempo, le enseñó a fumar y a beber whisky. Permanecía tendido a su lado sin decir nada, debajo de una sombrilla, mientras ella trazaba en la arena dibujos que empezaban siempre por un sexo masculino y terminaban en un ramo de flores. Jean-Noël se ruborizaba un poco; la mujer rubia, con las pestañas entrecerradas, lo vigilaba y se le aceleraba ligeramente la respiración. Todas las noches, Jean-Noël llenaba sus sueños con la imagen de la mujer rubia. Por las tardes, acudía a su encuentro en la playa y, mientras fumaba, estudiaba las ligeras manchitas rojas que a ratos le oscurecían, incomprensiblemente, las mejillas pálidas; se la imaginaba «cuando fuese vieja»; esperaba, con el corazón palpitante, que ella se atreviese o se lo propusiese, pero ella no se atrevió ni se lo propuso jamás. Los

dibujos en la arena y la cercanía del cuerpo adolescente parecían bastarle.

Además, dos hombres de unos treinta años, muy hermosos, muy esbeltos, de gestos y expresión muy delicados, no cesaban de vigilarlos discretamente, o más bien de vigilar a Jean-Noël, y éste se iba a nadar con ellos cuando la mujer rubia, hastiada de pronto de sus dibujos, tendía todo su cuerpo pálido al sol.

Marie-Ange reinaba sobre varios muchachos de su edad. Se echaba la melena hacia atrás, daba órdenes, reía demasiado fuerte, le gustaba dejarse tirar al agua por sus admiradores o los desafiaba a una carrera.

A menudo, el hermano y la hermana se hacían reproches sobre su comportamiento, semejantes a los arrebatos de celos, pero en presencia de su abuela les unía una complicidad absoluta.

Una tarde que sus amigos ya se habían ido, se encontraron solos en la playa. Marie-Ange, tendida junto a Jean-Noël, se puso a dibujar sobre la arena con la punta de los dedos.

—En el fondo, yo seré desgraciada toda la vida —murmuró.

Jean-Noël sentía la misma turbación opresiva que experimentaba al lado de la pálida inglesa. La tira del traje de baño de Marie-Ange se había deslizado y descubría su seno casi por completo.

—A ti te da igual, porque eres un chico —agregó mientras su mirada recorría el cuerpo de su hermano.

En un instante se habían vuelto impúdicos el uno frente al otro y, adrede, no le ponían remedio. Ella cogió un puñado de arena y se lo arrojó al pecho. Él le mordió la mano al pasar. Era la señal que estaban esperando para desafiarse con los ojos, para tratarse de imbéciles y precipitarse el uno sobre el otro y rodar cuerpo contra cuerpo, medio peleándose, medio riendo, haciendo volar la arena a su alrededor, hasta que con la excusa de la lucha, pudieron frotarse, experimentar, agarrarse, manosearse con una palma inquieta los recovecos de su carne que eran objeto de sus obsesiones. A ojos de los últimos bañistas, eran dos niños que jugaban en la playa.

El primero de ellos que gritó «¡Me haces daño!» rompió aquel juego de ávido conocimiento. Se levantaron jadeantes. Del placer físico tan sólo habían experimentado la aproximación, la prefiguración, sin osar siquiera reconocerlas como tales, puesto que el hecho de ser hermanos aún suponía un obstáculo en su imaginación. Con todo, volvieron en silencio, de la mano, portadores de una alegría secreta y de una vergüenza compartida que los unía todavía más y los hacía respetarse más el uno al otro.

XII

Tras la muerte de Jacqueline, Gabriel de Voos dejó de beber por completo. No supo si su abstinencia se debía al remordimiento o al temor a abandonarse a las confesiones en la embriaguez, pero el caso es que vivía replegado en sí mismo. Había envejecido repentinamente; los hombros se le habían hundido un poco.

—¡Cómo debe de sufrir ese hombre! —decía la gente—. Y nada le distrae.

Gabriel vivía casi siempre en Mauglaives, cuya administración rutinaria gestionaba con prudencia. Cazaba pegado a los perros, hablando lo menos posible y alejándose de los pocos hidalgos de nariz larga que aún seguían a la cacería. Van Heeren, aquejado por un ataque de gota, con las piernas aprisionadas en botas de algodón, ya no podía cazar.

A veces, cuando galopaba, Gabriel volvía la cabeza a un lado, como si esperase que el caballo de Jacqueline lo alcanzase. Al pasar por Chêne-Brûlé, el redondel del Señor, la calzada del estanque de Fongrelle o el valle de Combe-aux-Loups, Gabriel no podía dejar de decirle al primer montero:

—¿Recuerda, Laverdure, una caza... con la señora condesa?

Y un día Gabriel empezó a decir:

—Usted también cazaba con el barón François...

—¡Por supuesto, señor conde!

La conversación terminó ahí, pero Laverdure sintió un nudo en la garganta y no fue capaz de definir qué forma tan singular tomaba la desdicha en el alma del hombre que había salvado.

El comandante Gilon era el único amigo a quien Gabriel veía regularmente con cierto placer. Cenaban juntos, en Mauglaives o en Montprély, casi todas las noches.

—Mi querido Gabriel —le dijo una vez el antiguo dragón—, creo que deberías dejar pasar algún tiempo y luego..., un buen día..., volver a casarte. Si no acabarás como yo, viejo, barrigón, con una vida pequeña y nada más en la cabeza.

—¡Oh, no! ¡No! —contestó Gabriel—. Entonces el viudo sería yo... No quiero hacer sufrir a nadie.

En la chimenea de su habitación, Gabriel había hecho colocar una especie de altar, con las fotografías de Jacqueline y de François; encargó que les pusieran flores y pasaba largas horas frente a ellas, en muda contemplación. A veces, mirando el rostro de François

Schoudler con un casco de crines, en una fotografía de 1914, Gabriel murmuraba, con los ojos húmedos:

—Tal vez tú me perdones..., tal vez tú me comprendas..., tal vez tú me aceptes con vosotros dos, allá arriba, aunque ella no quiera...

Una noche, sin que nadie se diera cuenta, Urbain de La Monnerie murió. Los hilos de araña que lo ataban a la existencia se habían disuelto en el sueño. El panteón de la capilla de Mauglaives estaba lleno. Hubo que hacer unos arreglos y un poco de albañilería para poder colocar al marqués. Gabriel, con su abrigo negro, tuvo que presenciar tales trabajos.

El barniz del féretro de Jacqueline aún relucía. Gabriel apoyó en él la frente unos instantes. «François está en el cementerio de Père-Lachaise —pensó—; ella está aquí. Y yo ¿dónde estaré?» Luego dijo en voz alta a los trabajadores:

—¡Vamos, adelante!

El hermoso féretro de Jean de La Monnerie ya estaba agrietado, medio podrido y entreabierto. En su interior se veía el cofre de plomo soldado en el metal blando donde reposaba el gran hombre, aislado de sus parientes. En las otras tablas de piedra, otras planchas de roble descuajaringadas se abrían sobre rostros y pechos vaciados por la muerte. En los pisos inferiores la madera se había desintegrado en polvo y astillas, y las gruesas asas esculpidas, las placas grabadas y los crucifijos de plata se mezclaban con los esqueletos. Una vieja dama había conservado sobre las tibias unas medias negras asombrosamente intactas, pero se convirtieron en polvo al tocarlas.

Hubo que reunir y ordenar pequeñas osamentas de niños y varios cráneos pequeños, que se depositaron en el fondo del mausoleo para dejar espacio. Y eso que allí sólo había los despojos de un siglo y cuarto, porque los Mauglaives de antes de la Revolución estaban todos enterrados en la iglesia de la aldea. Se limpiaron las tablas, se reforzaron y se puso todo en orden; al fin la simetría reinó entre los muertos. Del fondo de la tumba llegaba el olorcito fresco y soso que emanan las formas humanas desvanecidas.

A continuación, Gabriel tuvo que encargarse de las formalidades de la sucesión; en principio, debía ser muy sencilla, como una devolución de todos los bienes a los hijos de Jacqueline. Fue entonces cuando aparecieron dos cincuentones agrios, de manos resecas y rostros amarillentos, que se opusieron, porque eran el hijo y la hija de la señora de Bondumont y su madre se había casado con el marqués bajo el régimen de comunidad de bienes.

—¿Cómo? —le preguntó Gabriel a Gilon al saber la noticia—. ¿Fuiste tú quien le amañó ese matrimonio de ancianos, quien vino a buscar al viejo Urbain, y ni siquiera se te ocurrió la idea de que se estableciera un contrato de separación de bienes? Sin embargo, ¡sabías

perfectamente que existían esos individuos!

Se produjo una de las escenas más violentas entre los dos amigos, que se separaron peleados. «¡Vaya manera de darme las gracias!», repetía Gilon ebrio de rabia, ante todo consigo mismo, de regreso a Montprély.

Hubo que acudir a la justicia, y fue Gabriel, en su condición de tutor subrogado, quien siguió el proceso. Alegó la nulidad de matrimonio por vicio de forma, por voluntad forzada de uno de los cónyuges y por irresponsabilidad de los contrayentes. Los herederos Bondumont alegaron el perjuicio moral que la larga relación del marqués con su madre les había causado a ésta y a ellos mismos, y sostuvieron que la ausencia de contrato demostraba, por parte del marqués, la voluntad de «reparar» su culpa. En su contra, Gabriel sólo pudo aportar un testamento de diez años atrás, en el que Urbain designaba legatarios a sus hermanos; pero él había sido el último de ellos en morir. Los adversarios argumentaron que, como descendientes directos de una mujer que durante treinta años había sido la compañera del difunto, poseían tantos derechos morales como los sobrinos en segundo grado.

El proceso resultó muy caro. La sucesión se dividió en dos. El tribunal, en un intento por juzgar de forma ecuánime un caso tan espinoso, reconoció que el castillo de Mauglaives y todo lo que contenía debía recaer en los herederos La Monnerie, cosa que podía satisfacer su orgullo de gran familia, pero desde el punto de vista financiero era una catástrofe, porque el valor de Mauglaives, del parque y de sus tesoros era superado con creces por el de la fortuna en títulos. En consecuencia, hubo que ceder a los Bondumont parte de los bosques y de las tierras, y vender varias granjas para pagar los gastos del proceso y los derechos de sucesión.

Jean-Noël y Marie-Ange, que cuando nacieron eran las criaturas más ricas de París, al alcanzar la adolescencia presenciaron el desvanecimiento del segundo lienzo de la inmensa fortuna prometida a sus esperanzas. Huérfanos, cuyo padre y cuya madre habían desaparecido en circunstancias igual de misteriosas y trágicas, se iniciaban a la vida solos, moldeados por los hábitos y las pretensiones de la riqueza, y sin otra cosa que una enorme fortaleza, entre medieval y renacentista, de la cual ni siquiera podrían mantener en condiciones las techumbres. Ya tenían la edad de apreciar su situación, y empezaban a mirar a quienes los rodeaban, y al mundo en general, con severidad.

Además, iban a cambiar de tutor por cuarta vez. Un día de octubre de 1932, Gabriel fue a entregarle a la señora de La Monnerie sus cuentas, dispuestas con hermosos márgenes y subrayadas con tinta roja. Había decidido reincorporarse al ejército y había acudido a

Sylvaine para obtener el apoyo de Simon Lachaume, a fin de que lo destinaran al regimiento que él quería, al sur de Argel. La señora de La Monnerie se había acostumbrado a él en los últimos meses y le encontraba muchas virtudes. «Lástima —pensaba— que no se entendiera con mi hija». La tía Isabelle fue nombrada tutora subrogada, en lugar de Gabriel.

El castillo de Mauglaives fue cerrado, y sólo permanecieron allí Florent y su mujer, para ventilar las habitaciones de vez en cuando. La balaustrada de la galería no había sido reparada, sino que colocaron a un lado las piedras que se habían desprendido.

Se acordó que Laverdure mantendría algunos perros y dos caballos, para conservar una especie de núcleo de caza, bajo la vaga autoridad del comandante Gilon, con quien Gabriel, pese a todo, se había reconciliado. «El señor Jean-Noël decidirá lo que quiera cuando tenga la edad…» Por otra parte, Laverdure acumuló todas las funciones de administrador y de hombre de confianza.

Cuando Gabriel recibió el comunicado de reincorporación, fue por última vez a Mauglaives y sacó de un baúl su hermosa guerrera roja y su quepis azul de espahí, que se habían conservado perfectamente entre naftalina. La guerrera le quedaba un poco apretada, y Gabriel tuvo le impresión de que incluso le había engordado la cabeza, porque el quepis también le apretaba. Luego empaquetó sus objetos personales, a los que añadió algunas reliquias de Jacqueline y François.

Atardecía. Por última vez, precedido por la tenue luz de la lámpara que sostenía el viejo Florent, atravesó aquellas habitaciones inmensas pobladas de señores que parecían haber sido atrapados de pie en el mortero de las paredes; avanzó bajo aquellos techos lejanos con sus pequeños rosetones de oro parecidos a los astros de un firmamento nocturno; pasó por delante de las armaduras que sostenían polvorientas oriflamas y de las chimeneas que levantaban en la sombra sus enormes mandíbulas de piedra.

El coche lo esperaba en el patio, el último automóvil que Jacqueline había regalado a Gabriel, la única cosa que le quedaba de su matrimonio y que iba a vender antes de embarcar.

—¡Buena suerte, señor conde! En fin…, mi capitán… —dijo Laverdure con la cabeza un poco vuelta para ocultar su emoción.

—Gracias, Laverdure… Le escribiré… —contestó Gabriel, estrechando con fuerza la mano del viejo montero.

Y su existencia fue a perderse, como un *oued*, en las arenas del desierto.

Trianon, 1 de diciembre de 1949

«Un efecto esencial de la elegancia es ocultar sus medios».

HONORÉ DE BALZAC

notes

Notas a pie de página

[1] En Francia, la palabra *maître*, que significa *maestro*, también se utiliza para dirigirse a los notarios o referirse a ellos. (*N. de la T.*)

[2] He aquí un buen diez puntas, / lo tiene todo para ser cornudo. (*N. de la T.*)